

El mundo cuenta con un lado oculto, una cara sobrenatural que nos susurra, que se intuye, pero que muy pocos perciben.

La mayoría de la gente no es consciente de ese lado paranormal... ni de sus riesgos.

A veces la gente se topa con esos peligros y desespera, se atemoriza, y no sabe qué hacer ni a quién recurrir. Pero no todo está perdido...

Dicen que en Madrid reposa una iglesia muy antigua, cuyo origen es desconocido. Allí, en su interior, frente a una cruz de piedra tallada en la pared, se puede alzar una plegaria.

También dicen que aquel que no tiene alma la escuchará, y si la fortuna acompaña, el ruego será atendido. Pero exigirá un elevado precio por sus servicios, uno que no todo el mundo está dispuesto a pagar. Mejor será asegurarse de que se quiere contar con él antes de recitar la plegaria. Eso es lo que dicen.



Fernando Trujillo Sanz

# **Tomo 1 del Testamento del Gris**

**La Biblia de los Caídos - 2**

ePub r1.0  
xciDi 15.12.15

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

Título original: *Tomo 1 del Testamento del Gris*  
Fernando Trujillo Sanz, 2012

Editor digital: XcUiDi  
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org). La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.



# TESTAMENTO DEL GRIS

## Tomo 1

*Los hechos narrados en el presente tomo son una continuación directa del Tomo 0 de La Biblia de los Caídos, y no es posible comprenderlos sin haber leído primero aquel.*

*Así mismo, también es preciso haber leído el Tomo 1 del Testamento de Sombra, dado que otorga una visión más amplia, especialmente del final de esta historia.*

*Tal vez un hombre sin alma no sea un hombre. Puede que sea un monstruo, como aseguran algunos, o puede que sea mucho más que un hombre. Ni siquiera yo, que conozco toda la historia, me atrevo a juzgar a un ser único.*

*El Gris, aquel que no tiene alma, es por definición un fenómeno insólito. ¿Cómo describir lo que siente un hombre sin alma? Tal vez ni siquiera se deba intentar.*

*No ha habido otros como él y nunca los habrá. No se puede comparar con nadie, ni hay precedentes para confrontarlo con otros. Sin embargo, mi opinión personal es que todos los seres de la creación deberían ser juzgados por sus actos, no por su condición. Y los actos del Gris son los que se narran en estas crónicas.*

*Que cada uno dicte su propia sentencia.*

RAMSEY .



# 1

Bruno movía la cabeza y olfateaba, mientras arrugaba la nariz involuntariamente. Un olor agresivo y penetrante, capaz de asfixiar a un hombre adulto, se extendía por toda la estancia.

Suspiró con resignación.

—¡Tenemos una emergencia, nena! —gritó.

—Te toca a ti —contestó Tamara entrando en el salón.

Tamara llevaba la cena sobre una bandeja roja con el estampado de Mickey Mouse. Esquivó al pequeño David, que gateaba en la alfombra entre el arsenal de juguetes y metralla de piezas descolocadas a los que apenas prestaba atención, y se sentó en el sofá.

—¿Cómo es posible que no te moleste este pestazo?

—Se acostumbra una —dijo ella. Cambió de canal con el mando a distancia—. Cuanto más tardes peor será. Y no te librarás esta vez. Empieza mi serie favorita.

—Está bien. Allá voy —dijo Bruno recabando fuerzas—. Ven aquí, pequeño marrano. —Cogió al bebé por las axilas y le alzó hasta que sus ojos quedaron a la misma altura. El olor le envolvió de inmediato—. ¿Quién es el mocoso más cochino de todos? —Le dio una vuelta en el aire—. ¿Y quién es el más guapo?

Apretó sus labios con suavidad sobre el cuello de su hijo y sopló. El bebé le devolvió una sonrisa deliciosa. Bruno no tenía claro si era por el tacto de los labios y el calor de su aliento, o por el sonido que producía, pero la pedorreta funcionaba. Al niño le encantaba y a él se le caía la baba al verle sonreír.

Pero ni siquiera la sonrisa de su hijo de trece meses le ayudaba a soportar el olor.

—No me dejáis ver la tele —protestó Tamara—. Echaos a un lado.

—Vamos a dejar a mamá que vea su serie romántica —dijo Bruno haciendo una mueca al bebé—, que si no, ya sabes cómo se pone.

Llevaba al niño boca abajo como si estuviera volando. Silbaba, imitando sin mucho éxito el sonido del viento. El bebé sonreía, agitaba los brazos y pataleaba.

Bruno se detuvo en la puerta del salón.

—Y los pañales están...

—En el segundo cajón de la cómoda —recitó Tamara sin despegar los ojos de la pantalla.

—Ya lo sabía.

Por fin se quedó sola. Unos minutos de paz. El capítulo de hoy era apasionante. La protagonista acababa de descubrir que su marido la engañaba con la nueva y joven abogada que había contratado la firma en la que trabajaba, bastante típico, pero igualmente emocionante. Tamara quería ver cuál iba a ser su reacción. Esperaba que le mandara al infierno y se quedara con todo. ¡Por cerdo! Si no...

La televisión se apagó en ese momento. Tamara bufó. Se levantó para ver si se había soltado el cable. El televisor volvió a encenderse, aunque no mostraba ninguna imagen, solo una nube de puntos negros y blancos y el sonido de la estática. Se volvió a apagar.

El cable estaba bien, no se había soltado. Tamara apretó el mando a distancia varias veces, pulsó los botones de la televisión manualmente. Nada. Solo restaba una cosa por hacer.

—¡Bruno! ¿Has terminado de cambiar al niño? ¡La tele se ha vuelto a estropear!

No obtuvo respuesta. Cruzó el pasillo andando deprisa, no quería perderse el resto del episodio. La puerta de la habitación del bebé estaba cerrada, pero le llegaba la voz de su marido hablando con el pequeño. Por lo visto, le estaba relatando una pelea entre Spiderman y otro superhéroe que ella no conocía. Seguramente por eso no le había oído cuando le llamó.

—Echa un vistazo a la tele, anda. Yo me ocupo de...

La frase murió en su boca con un gorgoteo. Al abrir la puerta, había entrado de nuevo en el salón, no en la habitación del bebé. Aquello no tenía sentido. Miró a su alrededor, tocó los cojines del sofá, el espejo que colgaba de la pared, la televisión que continuaba apagada. Todo era real, sólido, como debía ser. ¿Se estaría volviendo loca? Debía de haberse desorientado de alguna manera.

Volvió a salir al pasillo. Esta vez avanzó despacio, asegurándose de que no se giraba sin darse cuenta, lo que le hizo sentirse estúpida. Entonces reparó en que ya no escuchaba a Bruno ni al bebé y se le aceleró el corazón.

—¡Bruno! ¿Dónde estás? ¡Bruno!

La puerta de la habitación del pequeño David se abrió. Bruno salió al pasillo como una exhalación.

—¿Qué pasa? —dijo muy preocupado—. Me has asustado.

A Tamara le temblaban las manos.

—Yo... No lo sé... Me he mareado...

Él la abrazó.

—¿Te encuentras mal? ¿Te llevo al médico?

—No, estoy bien. Ha sido algo momentáneo, no me hagas caso.

No se atrevía a contarle lo que creía haber vivido. Y no merecía la pena, pronto lo olvidaría ella también. No era más que una bobada.

—¡Dios mío! El niño. ¿Le has dejado solo?

—Tranquila. Está en la cuna. Ya le había cambiado. Estábamos a punto de derrotar al malvado Doctor Octopus. Vamos a por el pequeño Spiderm...

La cuna estaba vacía.

—Dijiste que estaba en la cuna. Por Dios no pongas esa cara. ¡Me estás asustando! ¿Dónde está David?

—¡Estaba en la cuna! ¡Lo juro!

—¡Pues ya no está!

Ambos temblaban y gritaban. Sus respiraciones estaban casi tan aceleradas como sus corazones.

—Tiene que estar por aquí—dijo Bruno al borde de la histeria.

Tamara ya estaba abriendo el armario. Gritaba el nombre de su hijo sin cesar, arrojaba la ropa y los juguetes a un lado, sin contemplaciones.

—¡Maldita sea! ¿Cómo es posible?

—Tiene que haber salido mientras hablábamos en el pasillo—dijo Bruno.

—Pero si no anda, solo gatea. No puede salir de la cuna. ¡Es solo un bebé!

Bruno vio un fuego en los ojos de su mujer que nunca había visto antes.

—Te lo juro por lo más sagrado. Le dejé dentro de la cuna.

—Registremos la casa—rugió Tamara saliendo de la habitación.

No descansaría hasta repasar hasta el último centímetro de la casa. Entró en la habitación de matrimonio, que era la más cercana. David no estaba debajo de la cama, ni en los armarios, ni detrás de la puerta, ni entre las almohadas, ni...

La desesperación se estaba apoderando de ella. Tenía miedo. Un miedo tan intenso que le dolía. Un miedo que la estaba haciendo enloquecer. Por su mente desfilaron toda clase de imágenes aterradoras. Lesiones de bebés, secuestros y cosas mucho peores.

—¡Tamara! ¡Ven, deprisa!

La voz de Bruno provenía del salón.

—¿Le has encontrado?—preguntó casi sin respiración tras abrir de un portazo—. ¿Dónde estaba? ¡Dime que le has encontrado!

Pero sabía que no.

—Más o menos—balbuceó él.

No fue lo extraño de esa respuesta lo que paralizó completamente a Tamara. Fue la expresión de su marido, el tono de voz tan irreal que había empleado.

—¿Cómo que más o menos?

Bruno levantó un pie y lo mantuvo en el aire unos segundos. Luego lo posó un poco a la derecha, lo volvió a levantar. Después dio un pequeño salto a un lado, con la cara pálida de miedo. Miró al suelo con una expresión indescriptible y levantó la vista de nuevo.

—E-Está ahí... aquí... no está.

—Bruno, me estás preocupando de verdad. ¿Qué demonios...?

—¡No! ¡Para! ¡No te muevas!—Tamara se quedó quieta sin entender una palabra—. ¡Retrocede o le pisarás!

Su marido había perdido completamente el juicio. Tenía el rostro desencajado, su voz vibraba y se entrecortaba, confundía las palabras.

—Bruno no sé qué te pasa, pero tienes que calmarte. Tenemos que buscar a David.

—M-Mira.

Era obvio que Bruno no era capaz de hablar. Señaló con el dedo. Ella miró, y cuando lo vio, se cayó al suelo.

En la imagen del espejo estaba David, su hijo de trece meses, gateando, justo entre ellos dos. Tamara miró al suelo y no vio nada. Volvió a mirar el espejo. Allí estaba. Era él, su pequeño, parecía asustado pero no lloraba.

—¡Cielo santo! ¿Qué es esto?

Pasó la mano por el lugar que ocupaba su hijo en la imagen del espejo. No notó absolutamente nada. Ahora todo daba vueltas. Estaba perdiendo la razón, lo sabía, no podría soportarlo. Solo quedó una idea en su cabeza.

—Tengo que sacarle de ahí—dijo mientras se levantaba. Bruno estaba completamente petrificado contemplando la imagen de espejo—. ¡Ya voy, David, cielo! ¡Mamá va a buscarte!

Solo pudo dar un paso.

El espejo reventó en pedazos mucho antes de que lo alcanzara. Los fragmentos volaron, se esparcieron por el suelo, rebotaron contra las paredes y el suelo.

Tamara se desmayó.



Había frascos de todos los tamaños y formas imaginables, alargados, redondos, en espiral. En algunos recipientes burbujearan líquidos que desprendían olores imposibles de hallar en la naturaleza. También había estacas, muchas, colgadas de la pared y etiquetadas con unos símbolos que no eran runas, pero que tampoco pertenecían a un lenguaje conocido. Aquellos símbolos formaban parte del idioma de los brujos. Y solo los brujos lo comprendían y lo hablaban. Con él salvaguardaban sus secretos del resto del mundo.

La iluminación provenía de cuatro velas situadas en las cuatro esquinas de la habitación. La luz se mezclaba con los extraños olores, el polvo y las telarañas, dando lugar a una atmósfera densa y pegajosa, similar a una niebla amarilla extremadamente espesa. El silencio era casi absoluto.

El Gris observaba las estanterías distraído mientras se desplazaba en silencio y estudiaba los diversos ingredientes con sus ojos del color de la ceniza. Un brujo entró en la estancia, de unos diez años, puede que menos. Tenía los ojos verdes, resplandecientes, la cara pálida y sucia. Las manos huesudas revelaban la constitución delgada de un cuerpo que se ocultaba tras el manto raído que le cubría. El brujo, tras inclinar levemente la cabeza, se sentó en un taburete demasiado alto para él. Las patas de madera crujieron sonoramente.

—Si me dice qué busca, podré asesorarle debidamente. ¿Interesado en algún ingrediente en particular?

Tenía la voz débil, asustadiza.

—No. Diego se encarga de eso.

—Por supuesto —asintió el brujo—. El Niño siempre es bien recibido.

El Gris se acercó a donde el chico se sentaba, retiró la gabardina y apoyó las manos en la mesa que hacía de mostrador.

—Necesito diamantes.

Los ojos del brujo brillaron.

—¿La cantidad habitual?

—Sí.

El pequeño brujo saltó de la banqueta. Se movió deprisa y desapareció tras una cortina. Regresó con una bolsa de tela negra con varios remiendos.

El Gris examinó el interior y asintió, satisfecho. Dejó un fajo de billetes sobre la mesa.

—Me entristece decirle, Gris, que esa cantidad es insuficiente.

—Es el precio convenido.

—Lamentablemente, mis superiores me han informado de un incremento en el importe. —El Gris entrecerró un tanto los ojos. El brujo no pareció advertirlo—. Estoy autorizado a revelarle la causa, pero solo por tratarse de un cliente tan especial como usted. El contrabando de diamantes ha dejado de ser... lucrativo. Se ha discutido el descartarlo completamente de nuestras actividades, pero no era nuestro deseo desatender sus necesidades personales. En consecuencia, nuestra línea de suministros se mantiene exclusivamente para usted, con el consiguiente aumento de los costes al no poder repercutirlo en otros clientes.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Del doble.

El pequeño brujo sostuvo la mirada del Gris durante un rato largo.

—Es demasiado. Tengo un contrato que estipula el precio y sus posibles desviaciones. Este aumento se sale de los márgenes establecidos.

—Estoy al corriente —convino el brujo—. En el mencionado contrato figura una cláusula que contempla situaciones como esta.

Se produjo un silencio incómodo.

—No llevo tanto dinero —dijo al fin el Gris.

—Me hago cargo de su situación. —El brujo inclinó levemente la cabeza—. Y estoy al corriente de sus necesidades. Nada más lejos de nuestra intención que causarle el menor perjuicio. Nuestro único deseo es un comercio justo y la satisfacción de nuestros clientes. Teniendo eso en consideración, y habiendo previsto este pequeño inconveniente, puedo ofrecerle la totalidad de los diamantes a cambio de un reconocimiento por escrito de su deuda. No albergamos la menor duda de que nos pagará en cuanto le sea posible.

La mano huesuda del brujo empujó un pergamino amarillento por encima de la mesa.

—Acepto —dijo el Gris.

Tomó una pluma, la mojó en tinta y firmó. Acto seguido, guardó la bolsa de diamantes en las tinieblas de su gabardina negra. El brujo enrolló el pergamino y lo metió en un cajón de madera sin ninguna cerradura a la vista.

—¿Puedo servirle en algo más?

—Quiero contratar un servicio.

—En eso no puedo ayudarle, no figura entre mis competencias. Solo puedo despachar los productos de la tienda.

—Lo figuraba —dijo el Gris sin rastro de emoción—. ¿Hay algún adulto con el que pueda tratar?

—Si tiene la bondad de esperar...

—La tengo.

Volvió a desaparecer tras la cortina. El brujo que salió poco después era más alto y más delgado, si cabía. El Gris le conocía. Respondía al nombre de Pit y tenía quince años.

—¿Cómo estás, Gris? Me alegro de verte. Tienes buen aspecto.

—Lo tendría mejor si no inflarais los precios —replicó el Gris.

—Oh, entiendo. —Pit se sentó en el mismo taburete que había ocupado el brujo anterior. De nuevo crujió la madera—. Una situación

desafortunada. Son tiempos duros, amigo. Pero centrémonos en los negocios, que sé que no te gusta perder el tiempo. Al parecer requieres algún servicio por nuestra parte.

—Estoy buscando un martillo.

—Bien. ¿Podrías ser más específico?

—No.

El brujo levantó las cejas.

—No estoy seguro de entenderte, amigo.

—Si no sabes de qué martillo estoy hablando, no me sirves.

Ahora Pit alzó un tanto la cabeza, acarició sus labios con el dedo y asintió.

—Algo he oído sobre el arma de un centinela que se ha extraviado —murmuró—. También he oído que el mencionado centinela ha muerto... Si la memoria no me falla escuché un nombre... Miriam, creo que era. ¿Me equivocó?

—No te equivocas. Estás bien informado, Pit. Quiero ese martillo.

—Entiendo, entiendo. No es algo sencillo lo que me pides.

—Vosotros hacéis tratos con todo el mundo —dijo el Gris—. Solo tienes que abrir bien los oídos y prestar atención. Si te enteras de algo, me lo cuentas.

El brujo tardó en responder. Inclino la cabeza con gesto reflexivo.

—Tal vez podría ayudarte. Pero no lo simplifiques, es una tarea peligrosa. En nuestro mundo todo termina por saberse, y si descubren nuestra implicación en este asunto, el complicado equilibrio en el que nos movemos los brujos podría peligrar. A los demás centinelas no creo que les hiciera gracia que te ayudara.

—Ellos no interferirán. Tengo un acuerdo con Mikael.

—Entonces podría ser que no les hiciera gracia a los demonios. Es todo muy complejo y yo no puedo comprometer nuestra seguridad.

—Entonces no tenemos nada más que hablar.

El Gris se giró, resuelto a marcharse.

—Aunque tal vez algo llegue hasta mis oídos al margen de mi voluntad —dijo Pit. El Gris se detuvo, pero siguió de espaldas—. Alguna información que no pueda evitar captar en alguna de nuestras numerosas transacciones económicas y que pudiera estar relacionada con ese martillo. En ese caso, podríamos negociar.

Ahora sí se volvió el Gris. Le sometió a una mirada intensa.

—Cerremos el precio, no quiero sorpresas.

—Será elevado.

—Ya me habéis exprimido bastante —advirtió el Gris—. Mejor un precio justo que elevado.

—Conforme —accedió el brujo—. Pero debes saber que he hecho cuanto he podido por ti, amigo. La primera decisión respecto a los diamantes fue triplicar el precio.

—¿Cuánto quieres?

Pit se levantó, paseó por detrás de la mesa, de un lado a otro, y vuelta a empezar. El Gris aguardó en silencio.

—Creo que esta vez no es cuestión de dinero —dijo el brujo tras meditar sobre ello.

—No, Pit, por ahí no voy a pasar.

—Piénsalo. No podré ayudarte si no es así. Es un precio justo, acorde con el riesgo que conlleva.

El Gris lo pensó.

—De acuerdo. Si me facilitas información que me lleve hasta ese martillo... —El Gris hizo una pausa y desvió la mirada. Se mordió el labio inferior—. Yo... te deberé un favor.

—Trato hecho —dijo Pit—. Iré a por un pergamino.

El Gris se interpuso en su camino.

—Si me la juegas —dijo mirando directamente a sus ojos—, lo lamentarás. Si alguien se entera de nuestro trato...

—No tienes por qué preocuparte, amigo. ¿Alguna vez te he fallado? Nunca. Además, como muestra de confianza te daré algo gratis: información. Se pueden contar con los dedos de una mano las veces que un brujo da algo sin pedir nada a cambio.

—Lo sé.

—Hay otro rumor que he escuchado. Habla de un ángel muerto...

—También lo he oído. Son bobadas —le cortó el Gris—. ¿Das crédito a todo lo que se dice por ahí?

—Desde luego que no, pero no es eso lo que te quería decir. Yo soy neutral, Gris, no entro en disputas ni puedo saber qué es cierto y qué no. Pero hay alguien que cree que tú estás involucrado. Me preguntó por ti. No me lo dijo explícitamente pero mi intuición me hizo sospechar que piensa que tú mataste al ángel. Suerte que habló conmigo y no con otro, ¿no crees?

—¿Quién fue?

—Ocultó su identidad. —El Gris dio un paso hacia él—. Pero hay un rasgo que no pudo esconder, un pequeño problema con la luz del sol.

—Un vampiro.

—Exacto.

—¿Por qué me adviertes de que me busca?

—¿No lo sabes? Me preocupas por ti, Gris. Eres un cliente excelente, un amigo, y ahora que tenemos un nuevo acuerdo, no quiero que nadie interfiera en nuestros negocios. Espero que sepas cuidarte, amigo mío. Los vampiros no son precisamente...

Pit enmudeció de inmediato. Un hombre acababa de entrar en la habitación. Era alto y torpe de movimientos. Su pelo castaño estaba alborotado y descuidado, y su flequillo descansaba sobre unos ojos saltones de color pardo. El Gris se separó de Pit y fingió estudiar un frasco que contenía una sustancia a medio camino entre el estado líquido y el gaseoso.

El hombre caminó deprisa hasta la mesa, con paso tambaleante.

—Estoy buscando a alguien —anunció. Tenía la respiración agitada.

Pit se aproximó a él.

—¿De quién se trata?

—¿Eres un brujo de esos? —preguntó el recién llegado con cierto aire de estupidez.

—A su servicio. —Pit hizo un gesto con la cabeza.

—Me han dicho que aquí hace sus compras un tipo que no tiene alma.

El Gris dejó el frasco sobre la estantería, miró a Pit, de reojo. El brujo no dio muestras de advertir su mirada.

—En efecto, en ocasiones, aquel que no tiene alma nos honra con su visita.

—Tengo que encontrarle —dijo el hombre—. Mi hijo ha desaparecido. Se lo ha tragado mi casa, que está encantada... —Hizo una pausa, como si se avergonzara de lo que acababa de decir—. Necesito su ayuda. ¿Ese hombre va a venir hoy?

—No puedo estar seguro —contestó el brujo. El Gris le hizo un gesto negativo con la cabeza—. Pero basándome en sus hábitos de compra, si no ha venido ya a estas horas, no creo que lo haga ya.

—¡Mierda! —El hombre descargó un puñetazo sobre la mesa—. Perdón. Yo... Lo siento. ¿Sabes dónde puedo encontrarle?

El brujo miró al Gris de reojo. El Gris asintió con un movimiento casi imperceptible.

—Dicen que en Madrid reposa una iglesia muy antigua, cuyo origen es desconocido —recitó Pit—. Allí, en su interior, frente a una cruz de piedra esculpida en uno de sus muros, se puede alzar una plegaria. También dicen que aquel que no tiene alma la escuchará, y si la fortuna acompaña, el ruego será atendido.

—¿Estás seguro? —preguntó el desconocido, visiblemente desconcertado.

—Eso es lo que dicen —contestó el brujo.

—Entonces iré a esa iglesia. ¿Puedes darme la dirección?

Pit sacó un papel plegado de uno de sus mugrientos bolsillos.

—Gracias. —El papel temblaba en las manos del hombre.

—No se merecen. Menos aún cuando esto es un negocio, del que usted debe haberse informado o no habría acudido a mí preguntando por un brujo. Los negocios, caballero, se realizan para obtener un beneficio mutuo. Y me permito indicarle que en este caso solo usted ha salido favorecido de nuestra charla.

—No estoy seguro de entender a qué te refieres. ¿He infringido alguna norma? ¿No debería haber venido?

—De ningún modo —aseguró el brujo—. Todo el mundo es bienvenido a nuestra morada. Siempre y cuando estén dispuestos a comerciar. El inconveniente, en este caso, es muy simple. Usted no ha pagado el precio.

El hombre pestañeó, sorprendido.

—No he comprado nada.

—Ciertamente, porque no ha pagado aún, pero sí ha obtenido información. Al ser usted un cliente nuevo, me hago cargo de su confusión, que sin duda tiene su origen en su terrible pérdida. Por eso no voy a insistir en que pague. Mi deber es, no obstante, advertirle de que todos nuestros establecimientos están al corriente de nuestros clientes y su reputación. Y en un posible futuro que necesite de nuestros productos o servicios, puede que otro brujo no sea tan comprensivo como yo al conocer su primera... transacción realizada en nuestro gremio.

El hombre se tomó unos segundos para digerir la información que le había soltado Pit.

—Yo... Discúlpame, no sabía que la dirección de esa iglesia tenía precio.

—Y no lo tiene. Es mi tiempo y mi dedicación lo que estaría pagando, si considera que mi atención ha sido correcta, naturalmente. La satisfacción de nuestros clientes es lo primero. También puede presentar una queja formal, si lo desea.

—No, no. Has sido muy amable. Solo dime cuánto te debo.

—En su caso, siendo la primera vez, considerando que la naturaleza de la información que le he brindado es bastante trivial, y buscando la fidelización de un nuevo cliente, las normas me permiten ofrecerle un precio especial. Con la voluntad bastará.

El hombre sacó un billete de su cartera y lo dejó sobre la mesa.

—¿Suficiente?

—Indudablemente —asintió el brujo—. Usted mismo comprobará que su generosidad es tenida en cuenta en próximas visitas.

El hombre se marchó estudiando el papel con mucha atención. Aún se tambaleaba un poco cuando salió por la puerta.

—No has cambiado, Pit —dijo el Gris cuando estuvieron solos—. Siempre sacando beneficio de cualquier situación.

—¿Acaso he mentado en algo, amigo? Si he sacado beneficio es porque estoy aquí, a disposición de quien me necesite. Y eso se paga. Tú deberías saberlo bien, que nos conoces desde hace años. Y no me he olvidado de ti. Como la información que solicitaba era sobre ti, te daré la mitad de su donativo. Es lo justo. Como verás, haciendo negocios con nosotros, ganamos todos.

—¿Pretendes embaucarme a mí? —dijo el Gris—. Guárdate tu limosna, que ya os conozco bien. A estas alturas...

Un pequeño escándalo, que llegaba a través de la pared en la que estaba la puerta, le interrumpió.

—¡Anormal! —rugió una voz—. ¡Fantoche! Me das tanto asco que...

Sonaron varios insultos más, cada uno más obscuro y humillante que el anterior.

El Gris dejó el frasco en la repisa sin prestar atención, casi se cayó al suelo.

—¿Te vas? —preguntó Pit.

—Ahora vuelvo y cerramos nuestro acuerdo.

—Yo no me preocuparía —dijo el brujo—. No va a pasar nada en nuestro establecimiento.

—Yo no estaría tan seguro —dijo el Gris saliendo de la habitación—. Conozco al dueño de esa voz.



El Rastro de Cascorro rebosaba de actividad. Bullía, resplandecía multicolor, como cada domingo por las mañanas. Sara ya había comprado un jersey, un póster con todas las constelaciones, que llevaba enrollado y sujeto por una goma, y dos preciosos filares. Lo llevaba todo en una bolsa que se balanceaba mientras se abría paso por la Plaza de Cascorro, en pleno centro histórico de Madrid.

Caminaba observando los puestos y tenderetes que caían dentro de su campo de visión. Adoraba sumergirse entre la multitud, se sentía

viva.

Le llamó la atención un tenderete repleto de ropa estilo *hippie*. Un gorro de lana colgaba de una percha de plástico. Parecía calentito y cómodo, y los colores combinaban con el jersey que había comprado hacía un rato. Decidió probarse.

Lo cogió, se lo llevó a la cabeza... y se le cayó.

—¡Eh! —dijo el vendedor—. Si no te gusta, no lo tires al suelo.

—Perdón —contestó ella.

Lo recogió con dos dedos, tocándolo lo menos posible. Había rastreado algo sin querer. A veces sucedía así, sin que su voluntad interviniese en el proceso, simplemente le asaltaban imágenes. Normalmente tenía que concentrarse antes de rastrear algo, y a veces ni aun así lo conseguía, pero no en aquella ocasión. La imagen fue clara. Se trataba de una prenda robada.

—¡Qué feo es!

Sara se volvió.

Y allí estaba él. Con una mueca de desagrado, con su lunar arrugado bajo su labio inferior, los ojos relucientes, las manos incapaces de permanecer quietas.

—¡Niño! —gritó Sara dándole un cálido abrazo—. Me alegro de verte.

Diego se arrugó y soltó aire de golpe.

—Me estás estrujando. —La rastreadora aflojó el abrazo. Él sonrió—. Yo también me alegro. Sabía que no me esperarías y que tendría que buscarte por todos los puestos. Si es que yo sé un huevo de mujeres, tía.

Sara se sintió culpable, aunque no demasiado.

—¡Oye! ¿Vas a comprar el gorro o no? —Gruñó el vendedor.

—Ni de coña —contestó Diego—. Anda que no es feo el gorrito, macho. Este no lo vendes ni regalándolo.

Sara se apresuró a dejar el gorro donde estaba para evitar una discusión. Por un momento se le había olvidado la facilidad de Diego para alterar a la gente, solo por un momento.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó el Niño señalando la bolsa—. ¡Me has comprado algo!

Sus pequeños ojos castaños brillaban de expectación. La rastreadora sintió otra punzada de culpabilidad.

—Eh, sí, claro —mintió.

—Qué guay.

Sara sacó uno de los fulares y rezó para que a Diego le gustara. El rostro del Niño se arrugó al verlo.

—¿No te gusta? —preguntó ella—. Vamos, responde, ya sabes que no puedes mentir.

—No es eso. —Diego metió la mano en el bolsillo interior de su cazadora—. Es que... Mira.

Sacó un fular exactamente igual al suyo.

—¡Ja! No puedo creer que compraras el mismo que yo. He adivinado tu gusto.

—No —replicó el Niño—. En realidad, yo te lo había comprado a ti.

Los dos se rieron y se abrazaron.

—Podemos usarlo los dos, así iremos iguales...

—Qué dices, tía, pareceríamos unos *pringaos*. ¡Cómo se nota que eres mayor! Si los demás chicos de quince años nos ven así, me arrear una paliza que flipas. Ven, vámonos.

—¿Dónde?

—De compras.

—¿No esperamos al Gris?

Diego ladeó la cabeza y la atravesó con esa mirada que mezclaba a partes iguales reproche, cansancio y lástima.

—El Gris no se mostrará al sol, ya te lo he dicho, le da mal rollo lo de no tener sombra con la luz natural. Está un poco zumbado, pero qué se le va a hacer. Y la verdad es que lleva algo de razón. Yo pensaba que no tenía importancia, porque ¿cada cuánto te fijas en la sombra de otra persona? Pero sucede. Siempre se da cuenta alguien, como los niños, que suelen estar muy atentos a estos detalles, y lo sueltan, no te creas que se callan, los mamones. Entonces alguien más repara en ello y no veas la que se arma.

—Entonces, ¿no viene?

—Sí, pero él va por las alcantarillas —explicó Diego—. Es asqueroso. Seguro que trinca alguna enfermedad, si es que puede, porque lo cierto es que nunca le he visto estornudar siquiera. Es un tío raro. Mejor así, si viniera montaría un escándalo, no se le da bien la gente. Estás mejor conmigo, tendremos más discreción.

Sara consideraba que había muy pocas personas más indiscretas que el Niño, pero no lo mencionó, solo sonrió.

—Seguro que tienes razón.

—Toma, pues claro.

—Aunque hoy está nublado. Apenas hay sombras, podría haber venido.

—Si trinca un alma para confesarse lo hará, en esos casos sí tiene sombra, mientras le dura. Pero ya te arrepentirás de verle en sitios normales, ya.

—¿Tan malo es lo de la sombra? —preguntó Sara.

—Eso no es lo peor. En verano no se quita la gabardina, ¡y eso que es negra! Es un cabezón que no veas. Va dando el cante por todos lados y al tío le importa un bledo. No tiene estilo. Venga, vamos, tenemos que comprar muchas cosas.

Sara hizo lo posible por seguirle de cerca. Diego se escurría entre la marea de personas que inundaba las calles. Iba más rápido que los demás, cambiaba de dirección continuamente, se detenía, reanudaba el paso, rodeaba los puestos, evitaba a las personas grandes o muy mayores, no paraba de hablar.

—Perdón... Lo siento, tío... Mira por dónde vas, zoquete... Con permiso... Culpa mía... ¿Quieres avanzar, macho...? A ver si adelgazas, foca...

Sara le perdió de vista un par de veces, pero se guiaba por su voz. En una ocasión, vio a un hombre enorme intentar darle un pescozón, pero Diego fue más rápido. Se agachó y se perdió entre la multitud.

Por fin salieron a una calle más despejada. La rastreadora estuvo convencida de que tendría que sacarle de algún apuro, pero por fortuna

no hizo falta. El Niño intentaba atraerla con las manos, se le veía impaciente.

—¿Por qué vas tan despacio? Venga, está aquí al lado.

Doblaron una esquina. Ahora apenas había gente paseando. Era una calle muy estrecha y con poca luz. No olía bien.

Diego se detuvo frente a un edificio que parecía a punto de derrumbarse, más bajo que los demás, con una grieta considerable reptando por la fachada. A través de los sucios cristales del escaparate se veían unas extrañas figuras de madera, bastante feas, con varios gatos tumbados entre ellas y sobre ellas.

El Niño dobló la cintura y extendió la mano.

—Después de ti.

—¿De verdad vamos a entrar ahí?

—Pues sí, claro —Diego se enderezó—. Está un poco guarro, así que mejor no toques nada que no esté a la venta. ¿Quieres uno? —dijo el Niño ofreciéndole un pañuelo, que Sara rechazó.

Entraron en la tienda. El techo era muy bajo y negro, con numerosos objetos colgando, algunos de los cuales se balanceaban suavemente. Al principio, Sara pensó que podrían ser sonajeros, pero tras examinarlos de cerca, vio que eran símbolos extraños, de plata probablemente, y de un tamaño adecuado para llevarlos colgados al cuello. Reconoció uno de ellos. Se trataba de una runa, aunque no recordaba sus propiedades.

—Algunas personas piensan que trae suerte —explicó el Niño detrás de ella. Su voz sonaba distante al llevar el pañuelo cubriéndole la boca.

El suelo era de madera y chirriaba. Las paredes estaban completamente cubiertas de infinidad de objetos. Había frascos y recipientes con todas las formas y tamaños imaginables. La rastreadora supuso que eran ingredientes para las runas. También había estacas colgando de la pared, cientos de ellas. Y otros objetos que no acertaba a imaginar qué podían ser.

En el centro había una mesa circular con cuatro sillas. Sobre ella descansaba un montón de hojas amarillentas, de aspecto muy antiguo, parecía que se desmenuzarían con solo tocarlas.

Olía extraño. No era desagradable, pero aquel efluvio era muy intenso, similar al incienso. Sara no supo identificarlo. En la pared opuesta a la entrada había un mostrador, y justo detrás, una puerta cubierta por una cortina mugrienta. Había dos puertas más, una a cada lado de la habitación.

Inevitablemente, los ojos de Sara se perdieron entre las estacas. Recordaba que Diego le había explicado que las había de muchas clases, pero se había quedado corto. No solo variaban en la longitud, que ella creía que era lo más importante, sino también en el grosor y la forma. Las había rectas, curvadas, onduladas. Algunas tenían empuñaduras, otras estaban repletas de adornos. También se diferenciaban en los materiales: madera, acero, plástico, alguna parecía de piedra, otra de mármol.

—¿Qué pasa, tío? —dijo el Niño.

Sara le miró. Había un chico detrás del mostrador. No le había oído llegar. Era más joven que Diego, de unos diez años. Estaba demasiado sucio y demasiado flaco, parecía enfermo.

—Te esperaba, Diego. Encantado de verte por aquí.

—Ya ves —dijo el Niño sujetando el pañuelo—. Mira, te voy a presentar a una amiga muy especial. Trátala como si fuera yo, ¿eh? Sara, ven aquí. —Y dirigiéndose al muchacho del mostrador, anunció—: Esta es mi gran amiga Sara.

El chico posó en ella unos ojos verdes muy abiertos.

—Es un inmenso placer —dijo inclinando la cabeza.

—Igualmente —contestó ella.

—Necesitamos una estaca para ella —dijo Diego—. Una que mole. Va a ser una grabadora de runas de la leche, tiene talento, te lo digo yo. Dentro de poco os dará lecciones a vosotros.

—No te pases —replicó Sara. En realidad el cumplido le había encantado, pero le daba vergüenza—. ¿Me voy a comprar una estaca?

—Pues claro —dijo el Niño—. Así no tendré que prestarte la mía todo el rato. Es mi alumna —le dijo lleno de orgullo al pequeño brujo—. Y no te preocupes por la pasta, Sara, invito yo. Insisto. Quiero lo mejor para ti.

Sara, emocionada con la idea, no había abierto la boca.

El brujo extendió la mano hacia la pared.

—Puedes comprobar si alguna es de tu agrado.

—Venga, tío —dijo el Niño—. No seas cutre. Esas estacas son una castaña. Enséñanos las guapas, que no somos unos pardillos.

—Como deseas.

El brujo desapareció tras la cortina que tenía a su espalda.

—¿Y dejan que un niño se encargue de la tienda? —preguntó Sara.

—¿No te lo había dicho? —se extrañó Diego—. Los brujos son todos niños. No hay uno solo que cumpla los dieciséis años.

—¿Qué pasa cuando superan esa edad?

El Niño se quitó el pañuelo de la cara.

—Baja la voz —susurró—. Nadie está seguro. Ese es otro de sus secretos. Hay rumores, pero no te los puedo contar en este momento. Y no le preguntes a este sobre el tema, no les gusta nada.

Pues ella tenía un millón de preguntas más o menos. ¿Cómo era posible que no hubiera adultos? No tenía ningún sentido. Según le había explicado Diego, los brujos eran los comerciantes del mundo oculto, los que más sabían de runas y todo lo relacionado con ellas. En el pasado, habían llegado a influenciar a todos los demás ejerciendo un control económico, incluso llegando a dominarles temporalmente. Era difícil de creer que unos niños lidiaran entre todos los bandos, que un vampiro, por ejemplo, aceptara las condiciones de un crío de diez años.

El brujo regresó con una especie de manta roñosa. La puso sobre el mostrador y la desenrolló. Sara se quedó maravillada con su contenido.

—Esto es otra cosa —aplaudió Diego—. Estás sí molan, ¿eh, Sara? Venga, pruébalas, elige una.

Había muchas. Sara no sabía por dónde empezar.

—¿Qué es este número que llevan etiquetado?

—El precio —contestó Diego—. ¿Qué va a ser si no?

—¡Es imposible! —exclamó ella asombrada.

La suma era escandalosa.

—Te he dicho que invito yo. —El Niño le dio una palmada en la espalda—. Tú elige la que más te guste y olvídate de la pasta. Sin prisas. Yo estaré con el brujo, que tengo que comprar un regalo.

Sara apenas les vio alejarse por el raballo del ojo. Su atención estaba fija en la magnífica colección de estacas que tenía ante sus ojos. A primera vista, la que le resultó más extraña era una que tenía forma de espiral, como una rama enroscada sobre sí misma hasta terminar en punta. No le gustó nada, no era cómoda, y su tacto era muy áspero, prefería una más suave, como la de Diego. La siguiente era preciosa, de mármol blanco con hermosos dibujos grabados en toda su extensión, algo más gruesa que las demás. Seguramente por eso le pareció demasiado pesada, y muy fría, no se calentaba por más que la tuviera entre sus manos.

Se dio cuenta de algo curioso. No era capaz de rastrear nada tocando las estacas, ninguna. Pasó la mano lentamente por varias de ellas y no captó ni una sola imagen. Era como si fueran objetos recién creados que nadie hubiera tocado. Debía de ser algún truco de los brujos. Y tenía sentido. Si, como le había explicado Diego, los brujos guardaban el secreto de la fabricación de estacas, ingredientes y runas, no era de extrañar que protegieran sus productos de rastreadores como Sara.

Probó con una bastante fea que parecía hecha de piedra. Resultó más ligera de lo que había imaginado. No estaba tan mal. La hizo girar entre sus dedos. Una vuelta, dos... y se le cayó. Rebotó en la mesa, luego en los raídos tablonces de madera del suelo. Sara había temido que se rompiera, y dado el precio que tenía, su corazón se le había detenido momentáneamente. La recogió a toda prisa. Al levantarse tenía ante ella al hombre más grande del mundo.

Era más alto que el Gris, debía de llegar al metro noventa, como poco. Pero su masa corporal era al menos el triple. Y todo era músculo. Se apreciaba sin ninguna dificultad bajo el jersey ceñido que el hombre vestía. Tenía que ser un culturista. A Sara le llamó la atención que aquel mastodonte llevara las manos ocultas tras unos guantes de cuero. Sus ojos, hermosos, pequeños y negros, como los de Álex, la estudiaban con un brillo indeterminado. Su rostro era agradable, a pesar del mentón rectangular.

—No te la recomiendo —dijo.

—¿Perdón? —preguntó Sara aún confusa por la aparición de aquel gigante que la hablaba con dulzura.

—La estaca, la que se te ha caído. No es adecuada para ti.

—¿Cómo lo sabes? ¿Eres un brujo?

El hombre sonrió. Fue una sonrisa sin malicia, sincera, condescendiente.

—No, no hay brujos tan mayores. Ellos son solo adolescentes... ¿Eres nueva?

Sara había olvidado lo de la edad de los brujos. Aquel hombre tendría unos cuarenta años. Le costaba aceptar que no hubiera brujos de más de quince años.

—Sí, es la primera vez que vengo a esta tienda.

Él asintió con gesto comprensivo. Ella se puso colorada, le ardieron las orejas sin entender por qué.

—Te ayudaré encantado, si me lo permites —dijo el hombre acercándose a las estacas de la mesa—. Me llamo Erik, por cierto.

—Sara.

—La estaca que tenías no te conviene. Las de punta tan gruesa están pensadas para grabar runas de trazos muy anchos, pero lo pasarías muy mal dibujando líneas finas. De hecho, estoy convencido de que ciertas runas son imposibles de grabar con esa estaca. Seguro que te viene mejor una de propósito general. Además, no te pega.

—¿Y eso?

Erik giró la cabeza. Miró a Sara con tanta intensidad que ella casi retrocedió un paso.

—Por tus manos. Son demasiado delicadas para ese pedazo de roca. —Sara pestañeó y desvió la vista, incapaz de sostener la de aquel desconocido que cada vez se volvía más y más atractivo. Erik continuó examinando las estacas—. ¿Qué te parece esta?

Apenas se la distinguía entre la enorme mano de Erik.

—¿No es muy pequeña?

—Es retráctil. Mira.

Sonó un pequeño chasquido. La estaca creció y se estiró. Sara pensaba que la mitad de la estaca estaba oculta dentro de la otra mitad, pero no era el caso. La estaca aumentaba de tamaño, se alargaba, estaba claramente formada por una sola pieza de madera. Erik se la dio. Era suave como la seda, estilizada, parecía diseñada para su mano. Cuando Sara la tomó, le pareció que el instrumento se deslizaba entre sus dedos, acariciándolos.

—Me encanta —exclamó sin darse cuenta.

—Ven, pruébala.

Se dejó conducir hasta la mesa que había en el centro de la estancia, la que había visto al entrar. Le dio las gracias a Erik cuando le ofreció una silla para que se sentara. Luego se preguntó si la otra silla aguantaría a un hombre de su tamaño. Aguantó.

—¿Cómo se prueba una estaca? —preguntó Sara.

Se estaba comportando de un modo impulsivo, sin reflexionar, sin esconderse tras el complejo de inferioridad que le hacía sentir siempre vergüenza por saber tan poco de aquel mundo oculto. Con Erik se sentía bien. La trataba con amabilidad y parecía dispuesto a explicarle cualquier duda que tuviera.

Tampoco se le había pasado por alto el modo en que la miraba. Hacía mucho que un hombre no la observaba con deseo. Tal vez se equivocara, pero eso era lo que veía en los pequeños ojos negros de aquel gigante musculoso.

—Se prueba con estos pergaminos —dijo Erik, señalando un montón de hojas de papel amarillentas—. Y con ese ingrediente de ahí. Los brujos lo dejan para que los clientes dibujen unos cuantos símbolos y puedan probar las estacas. Toma este bote. Es un ingrediente neutro. Las runas que dibujes no producirán ningún efecto. Creo que una vez, hace mucho tiempo, alguien se puso a probar con un ingrediente de verdad, y prendió fuego a la tienda por error.

Sara se quedó maravillada con el resultado. Su estaca se amoldaba perfectamente a la forma de sus dedos, trazaba líneas perfectas, susurraba cada vez que rozaba el pergamino, silbando cuando los trazos eran más fuertes o más rápidos de lo habitual. No estaba grabando un símbolo concreto, solo garabatos sin sentido.

—¿Qué opinas?

Erik la estudiaba con la barbilla apoyada en la mano. La miraba fijamente a los ojos.

—Creo que es perfecta para ti. La manejas muy bien, se te ve feliz con ella. Me ha encantado verte así, radiante, disfrutando.

Sara retiró la mirada. No pudo evitarlo. Sentía que debía decir algo, pero no se le ocurría nada. Seguro que se estaba poniendo colorada de nuevo. Juguetó con la estaca para intentar disimular su falta de conversación.

—¡Cielo santo! —Sara retiró la mano de la estaca, como si fuera un hierro al rojo vivo—. No puedo quedármela.

—¿Por qué no? —quiso saber Erik.

—El precio —dijo ella—. Cuesta el triple que las demás, que ya me parecieron caras.

—Eso no es un problema —dijo el hombretón—. Será mi regalo. Quiero que te la quedes.

—Yo... No... No puedo aceptarlo... Es demasiado.

No podía negar que deseaba quedársela. Solo con acariciarla le entraban unas ganas irresistibles de ponerse a dibujar runas. Y Erik la miraba de un modo que le complicaba mucho seguir resistiendo la tentación.

—Me ofenderás si no aceptas mi regalo —aseguró él. Sara vio cómo su mano desaparecía entre las dos de Erik. El tacto de su piel era suave—. Lo hago por tu seguridad. Si te llevas una estaca con la que no te sientas cómoda, grabarás peor las runas. Y eso puede ser peligroso. Si me enterara de que te ha sucedido algo, no me lo perdonaría. Por favor, quedatela.

Sara no sabía qué decir. No quería retirar la mano, ni dejar de contemplar el negro de aquellos ojos. Ya no se sentía intimidada por Erik, por sus músculos y su tamaño. Se sentía bien con él...

—¡Qué bonito! —soltó el Niño apareciendo a su lado—. No sabía que tenías un lado tan dulce, gigantón.

Sara sacó su mano de entre las de Erik, sintiendo que el fuego se le subía a la cara. Carraspeó y corrigió su postura en la silla. Erik miró a Diego sin mostrar expresión alguna.

—Hola, Niño. Sigues siendo tan inoportuno como siempre.

—Es un don que tengo —replicó Diego con una sonrisa—. Pero por mí no te cortes, tío, sigue con el palique. A lo mejor aprendo algo de ti y todo. Jamás lo habría pensado. Nunca te he visto con una sola mujer.

Sara se sintió abochornada, pero consiguió hablar.

—No es lo que parece, yo...

—No tienes por qué darle explicaciones —la interrumpió Erik con mucha educación—. El Niño es famoso por su bocaza y su falta de tacto. No es culpa suya. ¿A que no, Niño?

La sonrisa de Diego se ensanchó al máximo.

—Ahora lo pilló. Te mola Sara, ¿eh, pillín? Por eso estás tan diplomático, pero a mí no me la pegas, macho, yo sé bien lo capullo que puedes llegar a ser.

—¡Niño! —exclamó Sara involuntariamente.

—No le tomes en serio —dijo Erik—. No puede evitarlo.

—¡Ja! Si es que no das una, macho —se rio el Niño—. Se ve que lo tuyo es el gimnasio. Por si no te has dado cuenta, Sara y yo nos conocemos muy bien. Es mi alumna —dijo rebotando orgullo—. Yo le he enseñado todo lo que sabe.

A Sara le dio demasiada vergüenza ser presentada como alumna del Niño. No consideró que aquello ofreciera una buena imagen de ella. Por supuesto era cierto que Diego le había ensañado cuanto sabía de las runas, pero nunca le había visto como un profesor. Sintió un rechazo instintivo y luego se reprochó con dureza haberse avergonzado del Niño.

A Erik le afectó mucho aquel comentario porque su rostro se deformó de un modo grotesco.

—¿Es eso cierto? —preguntó con dureza—. ¿Eres amiga suya?

—Pues claro que sí —se adelantó Diego—. Es mi colega. Está con nosotros.

Erik miró a Sara. Sus ojos relampaguearon.

—¿Estás con el Gris?

—Sí. ¿Cuál es el problema?

Erik agarró la estaca.

—Entonces retiro mi regalo —dijo con brusquedad—. Olvida lo que te he dicho.

—¿Te iba a regalar la estaca? —preguntó el Niño—. Pues sí que está colado el tío. Al menos no te ha comprado un banco de pesas.

—¡Espera! —gritó Sara—. No puedes marcharte así. Me debes una explicación.

Erik se volvió hacia ella.

—No te debo nada —bufó.

—Eh, eh, eh, tío. No te pases —dijo el Niño—. Seguramente los esteroides se te han subido a la cabeza.

Diego se plantó delante de Erik. Era como ver a un bebé enfrente de King Kong. Su cabeza quedaba a la altura del pecho de Erik, pero eso no parecía importarle. Sara le apartó de un tirón.

—Tienes la boca demasiado grande para lo pequeño que eres —dijo el hombretón—. Es cuestión de tiempo que alguien te la cierre de una vez por todas. Cuando crezcas un poco más, si nadie te ha dado una lección, ven a verme. No voy a ensuciarme las manos con un mocoso.

A pesar de ser completamente previsible, la explosión del Niño cogió a Sara desprevenida.

—¡Anormal! —chilló Diego. La rastreadora le tapó la boca. El Niño se sacudió la mano de encima—. ¡Fantoche! Me das tanto asco que...

Diego siguió forcejeando y logró soltar un par de insultos más. Por suerte no era muy fuerte y Sara pudo contenerle. Si enfadaba a Erik, el gigante les aplastaría a los dos con un solo brazo. Lo raro era que el hombretón no reaccionara a las provocaciones del Niño.

—Ahí lo tienes —dijo Erik—. Esa es la clase de chusma que suele acompañar al Gris.

—Estoy bien, suéltame —exigió Diego. Volvió a encararse con Erik, que tuvo que doblar el cuello al máximo y bajar la cabeza—. No es normal que un retrasado como este me altere tanto. Después de todo, los magos no son famosos por su cerebro, ¿verdad, Erik? Que yo me mida contigo intelectualmente sería como abusar de un subnormal, a lo mejor hasta me echarían otra maldición. Prefieres que echemos un pulso, ¿a que sí? Eso sí te gustaría.

¿Un mago? ¿Erik era un mago? Eso había dicho el Niño. Sara recordó que una vez le habló de ellos, pero no le había contado casi nada. Solo que existían. Si Erik era uno de ellos, no se correspondía con la imagen que ella se había formado de un mago.

Erik apretó los puños y respiró hondo, se tensaron los inmensos músculos de su cuello. Sara estaba al borde de la desesperación. No sabía cómo detener al Niño antes de que le dieran la mayor paliza de su vida.

—No eres nada, niño —dijo con desprecio Erik—. No merece la pena.

Era evidente que el mago se estaba conteniendo.

—Lo que yo decía —soltó el Niño—. ¡Mejor que te largues y nos dejes en paz, motón de músculos atrofiados!

El gigante dio un paso al frente, su pecho tocó la nariz de Diego. Aquello ya no tenía solución. El Niño había ido demasiado lejos. Lo más sorprendente era que Diego no destacaba por su valentía, más bien al contrario.

Sara estuvo segura de que Erik le lanzaría como a una bolsa de basura y vería al Niño volar por toda la tienda. Pero, por suerte, un portazo les interrumpió a todos, y por una suerte todavía mayor, era el Gris quien lo había dado.

—¿Hay algún problema?

Diego corrió hacia él y le abrazó. El Gris ni se inmutó. Tenía los ojos fijos en Erik, la cabeza ligeramente inclinada. Sara conocía esa mirada.

—Mira quién ha venido... —se burló Erik.

El Gris avanzó despacio, con el Niño justo detrás de él, aferrado a su gabardina negra.

—Detrás de mí, Sara.

Lo dijo sin mirarla, siempre pendiente del mago. La rastreadora obedeció. Su deseo era evitar que hubiera una pelea pero su instinto le decía que al Gris no le gustaría que interfiriera en una situación que desconocía.

—Por ella no tienes que preocuparte —dijo Erik—. Es el Niño. Deberías coserle la boca.

—Ha empezado él, lo juro —dijo Diego—. Dejé a Sara con la palabra en la boca cuando se enteró de que era nuestra colega. Me dieron ganas de...

—Está bien —le cortó el Gris sin dejar de mirar al mago—. Erik, si tienes algún problema con la boca de Diego, conmigo, o con cualquiera de mis amigos, no tienes más que decírmelo, pero a mí, y te aseguro que lo resolveremos.

—¿Qué dices ahora, pringado? —soltó el Niño.

Sara le dio un golpe en el hombro.

—Tú no tienes amigos —escupió Erik.

—Es posible —repuso el Gris—. Pero eso no es asunto tuyo.

—En eso estamos de acuerdo —convino el mago—. No quiero tener nada que ver con vosotros.

—Entonces, la solución es bien sencilla.

Se miraron durante un rato largo. Sara rezaba por que la situación no fuera más allá. Desconocía hasta qué punto el Gris podía enfrentarse a un hombre que le triplicaba en tamaño, y no lo quería averiguar.

Al final el mago se alejó. Se volvió antes de salir de la tienda.

—Yo respeto la tregua —le dijo al Gris—. Algún día nos veremos las caras.

Salió de la tienda sin esperar una respuesta. Sara resopló, aliviada.

—Bien hecho, tío —aplaudió el Niño—. Le has acojonado. Tanto músculo y luego...

—Terminad las compras —dijo el Gris—. Yo tengo que acabar de cerrar un asunto con los brujos. Una cosa más, Niño. Estamos sin blanca, así que ahorrad.

El Gris se perdió tras la puerta por la que había llegado, que daba a unas escaleras de aspecto ruinoso que descendían hasta algún sótano. La rastreadora, más relajada, se sorprendió de ver al Niño silbando, distraído, como si no hubiera pasado nada.

—¿A qué tregua se refería Erik?

Diego regresó a la mesa con un montón de estacas, las esparció y comenzó a ordenarlas.

—Nadie puede pelearse en un establecimiento de los brujos, ni en los alrededores —explicó—. El comercio es lo primero y, como ellos tratan con todo el mundo, aquí no puede haber camorra.

Sin duda esa era la explicación para el valor que Diego había demostrado con el mago.

—¿Y unos niños pueden imponer esa tregua?

—Esos niños controlan todo lo relacionado con las runas, así que pueden imponer un huevo de cosas. —Diego descargó un puñetazo en la mesa. Las estacas botaron y se desordenaron—. Lo siento, Sara.

—¿Qué pasa?

—Que son un poco cutres, pero ya has oído al Gris, no tenemos pasta. Vas a tener que llevarte una de estas.



### 3

Sara llegó la primera al cementerio. Estaba impaciente por estrenar su nueva estaca.

Había pasado la tarde dibujando las pocas runas que conocía en la mesa de su casa, acostumbrándose al tacto de la empuñadura, al peso de la estaca. Le costó un esfuerzo considerable no emplear ingredientes de verdad. Por una parte no debía desperdiciarlos, eran muy caros, y por otra, el Niño le había advertido de que podía ser peligroso si metía la pata. Aun así la tentación la llamaba y requirió de toda su fuerza de voluntad para vencerla.

Lo único que quería era hacerlo bien, con soltura, que no se notara su inexperiencia. Había observado cómo el Niño sostenía su estaca cuando grababa runas. Solía hacerla girar entre sus dedos cuando espaciaba los trazos. A Sara le encantaba cómo quedaba ese detalle, era como observar a un batería experimentado manejar la baqueta mientras golpeaba sin perder el ritmo en ningún momento. Ella no consiguió darle más de dos vueltas sin que se le cayera al suelo. Le faltaba práctica, pero ya lo lograría.

Se sentó en un banco a esperar y consideró probar de nuevo. Sin embargo, no le pareció buena idea. Se le caería la estaca al suelo y, si la veían, se burlarían de ella. El Gris no, el Niño puede que tampoco, pero Álex seguro que haría algún comentario, y no sería una alabanza.

Así que esperó sin más, preguntándose qué peligro tendrían que afrontar en esta ocasión. No podría ser peor que la última vez, cuando se enfrentaron al demonio en casa de Mario Tancredo. Aquella vez murió gente. Miriam, la centinela, pobrecilla. Era una mujer fuerte y valiente, no se merecía...

—Veo que sigues con nosotros.

Álex surgió de detrás de un árbol, silencioso, hermoso, serio, con sus ojos negros y penetrantes, que asustaban cuando miraban fijamente, y sus andares fríos y despreocupados. Sara aún no le había visto sonreír. Una cara tan bella, de rasgos tan perfectos, forzosamente debía tener una sonrisa preciosa, una sonrisa capaz de llenar de calor el interior de una mujer. Y, sin embargo, Álex solo inspiraba frío y temor, al menos a Sara. Era una persona distante que parecía no necesitar nunca a nadie.

—¿Acaso lo dudabas?

—No —contestó Álex—. Se sentó en el banco, pero en el extremo opuesto, guardando las distancias, como siempre—. Sabía que vendrías. No puede ser de otra manera.

El último comentario molestó a Sara. Encerraba ciertas implicaciones que no le gustaban en absoluto, por no hablar del tono arrogante que había empleado. Insinuaba que Álex la conocía perfectamente y que podía anticiparse a sus decisiones. Era una discusión en la que no iba a entrar con él de nuevo. De repente, Sara deseó que llegara alguien más para no estar a solas con él.

—Entonces —dijo la rastreadora—, ya no intentarás convencerme para que lo deje.

—No.

Demasiado escueto. Tampoco le gustó esa respuesta.

—Gracias.

—No me las des —repuso Álex—. No intento convencerte porque no es necesario. Tú ya sabes que no deberías estar aquí, que no estás hecha para este mundo.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy.

Ni siquiera la miraba al hablar. Sara nunca había visto a nadie tan pretencioso.

—¿No consideras la posibilidad de que te equivoques? Al Niño le gusta que yo esté en el grupo, él me quiere con vosotros.

—El Niño no destaca ni por su inteligencia ni por su carácter —replicó Álex—. Caerle bien al Niño es lo más fácil del mundo, no conozco a nadie más sociable que él. Es un gran compañero, pero por otros motivos.

—Porque puede curar, solo te cae bien por eso —le acusó la rastreadora.

—De nuevo te equivocas. No me cae bien, habla demasiado con esa lengua incansable que tiene. Curar es una cualidad muy valiosa, y muy rara, pero eso no le convierte en un buen miembro del grupo. Un estúpido que curase cien veces mejor no nos serviría. Causaría más dolor del que sanaría.

—Entonces...

—El Niño es una persona centrada a pesar de su aspecto inocente. Tiene claras sus motivaciones y sus objetivos, que encajan con los nuestros. Y no puede mentir. No se puede desconfiar de alguien así.

Un análisis implacable y calculador. Sara empezaba a pensar que era Álex y no el Gris quien no tenía sentimientos.

—¿Y qué me dices del Gris? Él me reclutó. ¿También es un estúpido que invita a unirse a todo el que se cruza con él?

—El Gris no es estúpido. El Gris está enfermo.

—Su alma...

—Tú crees que lo conoces porque has vivido una aventura a su lado. Le has visto medirse con un demonio y piensas que es un héroe, tu héroe. Pero no conoces el alcance de su enfermedad, no la comprendes en absoluto.

—¿Y tú, sí?

—Tu remedio no funcionará, Sara. El amor no lo cura todo, no en este mundo. Recuerda que te lo advertí.

—Creía que no intentarías convencerme más para que me marchara.

—Y no lo hago. ¿Acaso has cambiado de idea? No, Sara, seguirás con nosotros. Un tiempo al menos. Antes o después te darás cuenta de que llevo razón y te irás por tu propio pie. Solo tengo que esperar.

La rastreadora tardó un poco en replicar.

—¿Sabes, Álex? No he conocido nunca a nadie que desprecie tanto el amor. Hace falta ser muy prepotente para hablar de un modo tan categórico sin pruebas. Yo no sé quién eres, no me has contado nada de ti. Y mientras no lo hagas, no veo más que a alguien que habla por hablar, que juzga a todo el mundo como si estuviera en posesión de la verdad absoluta. Ya no me importa tu opinión. Si quieres que te escuche la próxima vez que me digas algo, te recomiendo que respaldes tus palabras con algo más que tu voz.

Ahora fue Álex el que guardó silencio. Se quedó inmóvil, observando la oscuridad de la noche. Pasaron los minutos. Sara llegó a pensar que Álex podría permanecer en la misma posición durante días, sin pestañear, sin respirar, como una estatua.

—No puedo revelarte quién soy —dijo Álex al fin. La rastreadora casi se había olvidado ya de la conversación—. Pero puedo ofrecerte una prueba de que no sobrevivirás mucho en el mundo oculto. Si quieres escucharla, por supuesto.

—Te escucho.

—Eres totalmente incapaz de matar a una persona.

¿Lo era? Sara reconoció en su interior que jamás había causado daño alguno a nadie, intencionadamente al menos, y que nunca había cruzado por su cabeza la idea de matar a alguien, o de permitirlo. Estaba en contra de la pena de muerte, por poner un ejemplo. Pero también sabía que todo puede cambiar en circunstancias extremas. ¿Sería capaz de matar para su salvar su vida? ¿O la de otro? Y si no, ¿era eso de verdad un requisito para sobrevivir en el mundo del que ahora formaba parte? Tampoco se imaginaba al Niño matando a nadie y ahí estaba. Aunque dejara morir a Miriam como hizo, había una diferencia entre no salvar a alguien y matarlo.

De nuevo llegó a la conclusión de que Álex no lo sabía todo. En el mundo no solo hay lugar para los asesinos. Tal vez eso es lo que percibieran sus bellos ojos negros, pero ella no estaba de acuerdo con esa visión.

Y estaba cansada de discutir con él sobre el mismo tema.

—¿Dónde están los demás? Llevamos un buen rato esperando.

Álex miró a ambos lados de la calle y arrugó la frente.

—No lo sé —dijo con aire pensativo—. El Gris no es muy puntual, pero el Niño sí. Es muy raro que no haya llegado el primero.

—Estoy aquí —gritó desde lejos.

Diego se acercaba caminando despacio. Alzaba la mano a modo de saludo. Sara notó algo extraño en él. Iba algo encorvado y arrastraba un poco los pies. No era su postura habitual. Diego siempre iba erguido, tratando de aparentar más altura de la que en realidad le correspondía, mirando en todas direcciones, atento, juguetón.

—Álex, hay algo...

—Lo he notado.

El Niño ya estaba cerca, pero la luz de las farolas no era suficiente para poder verle en detalle. Cada vez inclinaba más la cabeza, ocultando su rostro, mirando sus propios pies.

—Dejadme un sitio en el banco, tíos.

La rastreadora se levantó. Álex continuó sentado.

—Levanta la cabeza —pidió Sara—. ¿Por qué nos ocultas la cara?

—¿Eh? —dijo el Niño a media voz—. Siento haber llegado tarde. Yo...

—¡Levanta la cabeza! Me estás poniendo nerviosa.

Sara ya no pudo más. Le agarró por el pelo y la barbilla, y le obligó a alzar la cabeza.

—No..., eh, tía... ya vale... ¡Joder!

Diego se resistía, forcejeaba. Pero Sara no desistía en su empeño.

—¡Cielo santo!

Al fin lo consiguió. El Niño tenía un ojo hinchado. Un arañazo surcaba la mejilla derecha hasta llegar a un labio inferior también hinchado y partido justo encima del lunar que tenía en la barbilla. También le dolía la muñeca, a juzgar por cómo sostenía su propia mano.

—¿Qué te ha pasado? ¿Quién ha sido?

—Parece peor de lo que es —dijo el Niño, avergonzado.

—Pero tendremos que hacer algo, ¿no, Álex?

—No es para tanto —repuso Álex.

—¿Qué? —bufó la rastreadora—. ¡Alguien le ha dado una paliza!

—¿Y te extraña? —preguntó Álex—. Seguro que ya has vuelto a hacer de las tuyas, Niño. ¿A quién has cabreado con tu boca?

—Yo... —Diego bajó de nuevo la cabeza y se frotó las manos nervioso—. En realidad no fue culpa mía...

—Lo dudo —le interrumpió Álex.

—Ya está el listillo... —Gruñó Diego. Por un momento, el Niño recuperó su actitud desafiante habitual—. ¿Acaso me ha dado uno de esos malditos calambres cuando lo he dicho? No, ¿verdad? Entonces, no ha sido culpa mía, macho.

—Pero ¿qué ha pasado? —quiso saber Sara. Se volvió hacia Álex—. Y tú déjale hablar. Siempre tienes que juzgar a los demás...

—Si dejáis de pelearos, troncos, os lo contaré. Todo empezó en...



El aula número siete del colegio público Nuestra Señora de la Paloma estaba en completo silencio. Los bolígrafos se deslizaban sobre las hojas de papel produciendo un leve murmullo de fondo. Algunos alumnos los mordían mientras exprimían su memoria con los ojos desenfocados. Otros releían las preguntas una y otra vez tratando de encender una chispa en su mente, de romper el bloqueo que mantenía encerrados los aprendizajes sobre la Segunda Guerra Mundial.

—Queda media hora —anunció la profesora.

La docente se paseaba entre las mesas, vigilando, mirando aquí y allá, escuchando, asegurándose de que nadie copiaba.

Era un examen importante. Quien suspendiera lo tendría muy complicado para aprobar la asignatura de Historia. Los alumnos volcaban

todos sus conocimientos en el papel, a veces se enrollaban y alargaban las frases para dar la impresión de que sabían más.

La profesora siguió recorriendo el aula con las manos a la espalda, sin desviar en ningún momento la atención de su cometido. A lo largo de su carrera en la escuela, había cogido a muchos alumnos copiando, y era consciente de que había unos cuantos que se le habían escapado, que habían logrado burlar su vigilancia y obtener una calificación que no les correspondía, mientras otros compañeros estudiaban duro para aprobar. Eso la ponía enferma.

Un ruido llamó la atención a su espalda. Se dio la vuelta.

Acababa de rebasar la última fila, donde acostumbraban a sentarse la mayoría de los que intentaban copiar. Así, desde el final del aula, lograban tener al profesor delante de ellos la mayor parte del tiempo y no detrás, donde no podían comprobar si estaban siendo vigilados directamente en un momento concreto.

Había dos alumnos, uno a cada lado de su posición. Enseguida vio que algo extraño sucedía. Ambos estaban nerviosos, pero los nervios no provenían de la dificultad de las preguntas. Arturo era un repetidor, un chico grande y gordo, que evitaba claramente cruzar la mirada con ella, un signo bastante obvio de que algo pasaba. Aquel era un alumno problemático en muchos sentidos, la clase de persona que se veía que nunca llegaría a ser nada importante en la vida.

El otro era Diego, un muchacho bajito con un curioso lunar en la barbilla. Faltaba a muchas clases, aunque siempre traía un justificante de su padre. Era extraño que estuviera enfermo con tanta frecuencia. La profesora se había convencido de que los justificantes eran falsos, pero se equivocó; en una ocasión, mantuvo una entrevista con su padre, que le aclaró que el chico tenía una salud frágil. El padre de Diego resultó ser un hombre de pocas palabras, de cabellos y ojos grises, a pesar de aparentar poco más de treinta años. Diego era un muchacho peculiar. Casi siempre sabía las respuestas cuando le preguntaban, pero no parecía interesado en los estudios. No hacía los deberes y no solía presentar los trabajos que se le mandaban. Y discutía con mucha fuerza cuando se implicaba. Era testarudo y desvergonzado, y podía argumentar como un adulto si se lo proponía.

Ahora Diego lucía una sonrisa sospechosa, forzada, de esas que tratan de enmascarar algo pero no hacen más que empeorarlo todo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la profesora.

Diego se encogió de hombros, miró su examen intentado fingir que se concentraba en él. Arturo bajó más la cabeza.

Entonces lo vio. La profesora se agachó y recogió un papel del suelo, una chuleta, sin duda. Leyó rápidamente. Era una cronología de la Segunda Guerra Mundial. Estaba entre los dos chicos, un poco más cerca de Diego que de Arturo.

—¿De quién es?

El papel estaba impreso por ordenador, por lo que no podía recurrir a la letra para identificar a su dueño.

—¿Diego? —preguntó ella—. Estaba más cerca de ti.

—No es mío, lo juro —contestó Diego—. Y yo nunca suelto trolas, en serio, soy...

—¿Arturo?

Arturo removió su enorme barriga y la miró con gesto serio.

—Tampoco es mío —aseguró.

La profesora no sabía qué pensar, pero no iba a consentir que le tomaran el pelo.

—Si no me decís la verdad, os pondré un cero a los dos —amenazó.

Miró a Diego. Su intuición le decía que él hablaría antes o después, ya que le costaba mucho mantener la boca cerrada.

—Es de Diego —dijo Arturo en tono firme.

Diego no se defendió. Apretaba los labios y miraba su pupitre.

—¿Es eso cierto? —preguntó la profesora—. Diego, responde. ¿Es tuya la chuleta?

—¡Y un huevo! —estalló Diego de repente—. Lo siento, profesora, se me ha escapado. Es que no quería ser un chivato, no mola nada.

—¿Entonces no es tuyo este papel?

—¡Qué va! Yo podría enseñaros a todos qué motivó en realidad la Segunda Guerra Mundial. No necesito copiar.

—Eso lo juzgaré yo cuando corrija el examen —repuso la profesora. Se volvió hacia Arturo—. ¿Tienes algo que decir?

—Es un mentiroso. Es suyo, yo le vi copiando.

—¿En serio? —dijo Diego—. Puedo repetir todo lo que está escrito en mi hoja de papel con los ojos cerrados.

—Se lo habrá aprendido mientras lo escribía —le acusó Arturo.

—Ya basta —les interrumpió la profesora—. Necesito alguna prueba o no tendré más remedio que suspenderos a los dos.

Arturo dio un puñetazo en el pupitre, que se tambaleó.

—¿Me vas a suspender porque no puedo demostrar que ese bocazas ha copiado? ¡No es justo!

—Vigila tu boca o te expulsaré de la clase —le advirtió la profesora.

—Profesora, ¿puedo hacer una sugerencia de nada? ¿Por qué no echa un vistazo debajo del examen del señor don Ofendido?

La profesora levantó la hoja de Arturo. Debajo había otro pedazo de papel con el resto de la cronología de la Segunda Guerra Mundial.

—Sal de la clase, Arturo —ordenó la profesora—. Tienes un cero.

Arturo recogió sus cosas y se cargó la mochila a la espalda. Antes de dejar su pupitre, se inclinó sobre Diego y susurró:

—Estás muerto, enano.



—... Y luego ese maldito zampabollos me trincó a la salida del *tuto* —explicó el Niño—. Yo le aticé todo lo fuerte que pude. —Diego dio un puñetazo en el aire, como muestra de su actuación en la pelea—. Pero no sirvió de nada. Ese gordiflón está mejor protegido por esa capa de grasa repugnante que por las mejores runas del mundo. Es que ni se inmutó con mis directos. Cuando me enchufé en el ojo, vi las estrellas. Ya no me gustan los gordos. Sí, eso, tú riéte. Lo que me faltaba.

—Lo siento —dijo Sara cubriéndose la boca para ahogar su risa—. Me había asustado pensando que te había atacado alguien peligroso

y...

—¿Alguien peligroso? —El Niño se sentó en el banco y resopló. Dio una patada en el suelo—. ¿No has oído lo que te he contado? Esa bola de grasa es más peligrosa que un vampiro. Me lleva zurrando varios meses el muy capullo. Siempre me quita el bocata... Y dale con la risita. Me estás cabreando.

—Ya no me río más, lo prometo. —La rastreadora le acarició la cabeza—. Lo que no entiendo es por qué vas al instituto. No creo que te enseñen nada que ya no sepas y no creo que quieras un título para buscar trabajo el día de mañana. Y con tu maldición no podrás...

—Porque me hace sentir normal —aclaró el Niño—. Además, me aburro... ¡Ay! ¡Auuuu! Vale, vale, no es solo por eso. Asco de calambrazos. Pienso electrocutar un día a un ángel, ¡lo juro!

—Entonces, ¿por qué es?

Diego se puso colorado. Empezó a trazar círculos con el pie.

—Bueno..., yo... Hay una chica... Así, bajita...

Sara casi se cae al suelo de la sorpresa. ¡Le daba vergüenza! ¡Al Niño le daba vergüenza lo que sentía por una chica! Pero si Diego era la persona más descarada que conocía, no le había visto retraerse ante nadie. Claro que una chica era diferente. Le encantó ver al Niño ruborizarse.

—Eso está muy bien —le animó Sara—. No tienes por qué sonrojarte de esa manera. ¿Por qué no la invitas a salir?

—No es tan sencillo.

—Claro que sí. ¡Con lo lanzado que tú eres! No puedo creer que te dé miedo pedirle a una chica...

—¡No es tan sencillo! —repitió Diego levantándose de golpe—. ¿Qué le diría cuando me preguntara qué hice anoche? ¿Que ayudé a mi amigo sin alma a matar a un demonio? Me tomaría por un pirado. Y la alternativa es bailar *break dance* al son de esos calambres que me sacuden cuando largo trolas. Y duelen un huevo, ¿sabes? Pero aún no has caído en lo mejor de todo, tía. Yo creceré más deprisa que ella. Curaré al Gris o a quien sea, o me pudriré en el infierno. ¿Qué puedo contarle cuando le saque cinco o diez años?

—Ya vale, Niño —intervino Alex—. Deja el berrinche de una vez.

La rastreadora le fulminó con la mirada.

—No te metas con él —dijo furiosa—. No has oído lo que ha...

—¡No se mete conmigo! —gritó Diego—. ¡Es el único que no se ríe de mí! Los demás os cachondeáis. ¡Estoy harto! ¡Me largo de aquí!

Se alejó maldiciendo por lo bajo. Sara no se esperaba una reacción tan fuerte. No había sido su intención burlarse de él. Se dio cuenta de que era terrible todo lo que el Niño tenía que pasar, pero ella no se había percatado por el tono jocoso con el que Diego se expresaba, aunque eso no era una excusa. Tenía que pedirle perdón.

—¿Dónde vas? —preguntó Alex.

—A disculparme, ¿tú qué crees?

—Que lo empeorarás todo —dijo con suavidad—. Vuelve aquí.

—Estoy harta de ti y de tus opiniones.

—Me parece muy bien —dijo imperturbable—. Pero deja al Niño en paz. Ya has hecho bastante. No le vendrá mal llorar un rato.

—Eres un hombre cruel, Alex.

—No se ha enfadado conmigo, por si no te has dado cuenta.

Ese era un detalle que no entendía, pero que no tenía tiempo de analizar.

—Está sufriendo por mi culpa. No hay nada de malo en que le pida perdón. Tiene que saber que no me burlaba de él.

Alex clavó sus ojos negros en ella.

—El Niño es la única persona a quien la verdad le causa un tormento indescriptible. Tal vez en tu mundo la verdad sea la solución de todos los males. En el nuestro, no. Si quieres ayudar, cierra la boca y observa. Tienes mucho que aprender todavía.

Sara no recordaba haberse sentido nunca tan furiosa. Era consciente de que todo había salido mal, pero ella solo trataba de ayudar. Ella quería al Niño y no soportaba verle sufrir. Odió a Alex todavía más. Por emplear ese tono condescendiente y arrogante, por recalcar una vez más que ella pertenecía a un mundo diferente al de ellos, y sobre todo, por limitarse a señalar su error sin ayudarla a solventarlo. Puede que Alex tuviera razón, y que si iba en busca de Diego lo empeoraría todo, pero su compañero podría decirle qué podía hacer ella para reparar el daño que le había causado al Niño, porque seguro que lo sabía. Sin embargo, no lo haría. Alex se quedaría allí sentado, pensando Dios sabía qué.

—Lo repito. Eres un hombre cruel, Alex. No tienes corazón.

—Entiendo que lo veas de ese modo. Pero contéstame a una pregunta. Al Niño le impusieron esa maldición por un motivo. Y no fue por soltar un taco, precisamente. ¿Has pensado alguna vez cuál es la razón? ¿Has considerado siquiera la posibilidad, aunque sea por un segundo, de que tal vez se lo merece?



Félix era propenso al mal humor. Detestaba trabajar de informático. Los primeros diez años fueron casi aceptables, pero ya llevaba más de veinte revisando líneas de código en la pantalla de un ordenador. Con frecuencia se veía obligado a hacer horas extras, a renunciar a su tiempo libre por un trabajo que cada vez desempeñaba peor. Además, con cuarenta y siete años sabía que ya nunca llegaría a ningún puesto de relevancia en su empresa.

Su mujer le había abandonado hacía seis años para irse con un estúpido perdedor que trabajaba en una inmobiliaria. Su hijo de diecisiete años tampoco era una fuente de alegrías precisamente. Había repetido curso dos veces y no era necesaria una bola de cristal para saber que tampoco le aguardaba un futuro prometedor.

Sus relaciones con las mujeres eran lamentables. No conseguía echarse una novia ni en internet. Y no había modo humano de conseguir la fuerza de voluntad necesaria para perder los treinta kilos de sobrepeso, como poco, que arrastraba desde hacía ya cinco años.

En suma, Félix detestaba su vida.

Cuando llegó a casa, su hijo estaba perdiendo el tiempo frente al televisor, para variar. Saludó con un gruñido y recibió otro a cambio. Luego cogió una bolsa de patatas fritas y una cerveza, y se sentó en el sofá.

—Largo.

—¡Papá! Estoy viendo una peli.

—Ya no. Voy a ver el partido.

—Pero...

—¡A tu cuarto!

Y le dio un manotazo en el cogote.

Su hijo maldijo. Apartó con violencia un cojín y le arrojó a su padre el mando a distancia. Cuando el muchacho cerró de un portazo, Félix cambió de canal.

Su equipo iba perdiendo por tres a cero.

Un plato cruzó ante sus ojos, voló recto y se estrelló contra el televisor antes de que pudiera parpadear. El aparato quedó destrozado.

—Se acabó el partido —dijo alguien.

Félix aún no se lo creía, pero había un hombre en el salón. Un tipo de su estatura, poco más de metro ochenta, pero mucho menos corpulento. El intruso llevaba una gabardina negra que le cubría por completo. Tenía el pelo gris y los ojos, del mismo color, eran los más inexpresivos que hubiera visto nunca.

Félix se levantó encolerizado.

—¿Quién eres tú, imbécil? ¿Y cómo has entrado en mi casa?

—Soy yo el que quiere saber quién eres tú. Estoy de muy mal humor, así que te recomiendo que mantengas la boca cerrada.

Lo que faltaba. Félix se abalanzó sobre él, guiado por una rabia que provenía de lo más hondo de su interior, de la frustración que le producía su vida entera. Le iba a enseñar a ese desgraciado lo que era el mal humor. Descargó un puñetazo con todas sus fuerzas y todo el peso de su enorme cuerpo.

El desconocido parecía que se iba a quedar plantado allí sin hacer nada, pero en el último momento se movió, tan rápido que costaba creerlo. Aquel hombre respondió con otro puñetazo idéntico, en la misma trayectoria que el de Félix.

Cuando los puños se encontraron en el aire, crujieron. Félix casi se desmaya del dolor. Fue como si le hubiera dado un puñetazo a una plancha de acero de cinco metros de grosor. Cayó al suelo y se agarró la mano herida, retorciéndose y escupiendo los insultos más obscenos que se le ocurrieron.

—¡Papá! ¿Qué te ha pasado? ¿Quién es ese?

—Tú, ven aquí —dijo el hombre de la gabardina. El chico no se movió—. Arturo, ¿verdad? Trae un espejo de cuerpo entero, deprisa.

El chico salió del salón. El padre se levantó con dificultad, clavó en el desconocido una mirada de pura furia contenida mientras seguía sujetando su mano dolorida.

—¿Qué quieres? ¿Saber quién soy? Te lo diré, pero...

—Te he dicho que cierres la boca. No quiero que me digas nada, lo averiguaré yo.

Félix no tuvo más remedio que callarse. No necesitaba más pruebas para saber que no podría reducir a aquel tipo extraño. Le había golpeado con todas sus fuerzas y ni siquiera le había hecho temblar el brazo. Solo por la diferencia de peso, debería haber visto esa gabardina negra estrellándose contra la pared del fondo.

Su hijo entró en el salón arrastrando el espejo de su dormitorio, que medía metro y medio de altura.

—Apóyalo contra la pared y date la vuelta —ordenó el hombre. Arturo lo hizo cuando su padre asintió—. Quédate mirando a la pared.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó Félix.

El intruso llevó agarrado al padre por el cuello hasta el espejo y le obligó a sentarse frente a él.

—Quédate quieto.

Obedeció. Félix contempló su imagen en el espejo. El hombre de la gabardina negra estaba justo detrás de él. Miraba con mucha atención al espejo, con sus ojos de color ceniza. No se movía, solo observaba con tanta intensidad que daba miedo.

—¿Qué coño...?

—Calla.

Pasó el tiempo. Félix no sabía qué ocurría, nada de aquello tenía ningún sentido. La mano cada vez le dolía más, pero no se atrevía a tocarla. Siguió quieto, como aquel tipo le había ordenado. Notaba cómo se le estaban hinchando los nudillos, podía sentir los latidos de su corazón en la mano. Estaba a punto de levantarse cuando vio algo.

—¡Por Dios Santo! ¿Qué es eso?

—Silencio.

—No puedo creerlo. ¿Qué...?

El desconocido le apretó el cuello. Dolía. Félix se calló.

—Ya está —dijo el hombre de la gabardina soltándole el cuello.

—¡Ya está el qué! —gritó Félix—. ¿Qué ha sido esa mierda? Has fundido el espejo.

—Me equivoqué. No sois nadie... importante. Tenía que asegurarme.

—Esto es el colmo...

El desconocido le tapó la boca.

—Ahora me iré, pero antes... Tú —le dijo al chico—, date la vuelta. Bien. Hay un chaval en tu curso que se llama Diego. Un chico bajito que habla mucho.

—Sí, le conozco.

Félix vio cómo el miedo ensombrecía la cara de su hijo. No entendía nada.

—Ese chico...

—No volveré a pegarle —se adelantó Arturo—. Lo juro. Fue porque me delató en un examen, pero no lo haré más.

—Eso no es suficiente —dijo el hombre—. A partir de ahora te hago responsable de su seguridad. Si alguien vuelve a ponerle una mano

encima en el instituto, volveré. Y estaré muy enfadado. ¿Queda claro? Bien. Y no quiero que él sepa que yo he tenido nada que ver. Ponte hielo en esa mano —le dijo al padre.

Y se marchó.



—¡Ay!

Sara y Álex escucharon el grito con claridad, a pesar de la distancia a la que se había producido. No era extraño, dado que ambos llevaban varios minutos en completo silencio. Se miraron. Álex se llevó el dedo índice a los labios. Sara obedeció. Sacó la estaca y la agarró como si fuese un puñal. Escudriñó la oscuridad del cementerio en busca de alguna señal de peligro, aguzó el oído.

Pisadas. Sara supo que alguien se aproximaba. La inexpresividad de Álex le impidió saber si también él las había escuchado. Tal vez debería advertirle, pero no se atrevía a alzar la voz. Los pasos sonaron de nuevo, más cerca, y la rastreadora tuvo la certeza de que pertenecían a más de una persona. Venían hacia ellos directamente, desde la zona en la que estaba la tumba sin nombre sobre la que siempre descansaba Álex.

El corazón de la rastreadora se aceleró. Siempre había pensado que, cuando se enfrentaran a algún peligro, el Gris estaría con ella. No le hacía la menor gracia depender de Álex.

—¿Qué hacemos? —le susurró.

Álex la miró con indiferencia.

—Nada.

—¿Qué? No tengo tiempo para acertijos estúpidos. Si no vas a...

Sara enmudeció de golpe. Era Diego. Y no venía solo. El Gris caminaba a su lado, le sujetaba por la oreja, empujándole, forzándole a avanzar deprisa.

—¡Ay! No tires tanto, macho, que ya voy —protestó el Niño.

El Gris le soltó la oreja enfrente de ellos.

—El Niño tiene algo que decirte, Sara.

La rastreadora le observó muy intrigada. Diego se ruborizó, tragó saliva y rehuyó su mirada. Se rascaba el lunar de la barbilla con gesto nervioso.

—Yo... siento lo que te dije antes, Sara... No debería...

—Fue culpa mía —intervino ella—. No me di cuenta de cómo podía afectarte la maldición en el instituto. Yo...

El Gris le mandó callar con un gesto severo.

—Niño.

Diego alzó la cabeza y cruzó sus ojos con los de Sara.

—No. No fue culpa tuya. Mi maldición es mi problema, de nadie más —sonaba avergonzado—. No puedo pretender que la gente tenga en cuenta mi situación. Tú reacción fue normal, se notaba que querías ayudarme con esa chica. Y yo... me enfadé sin motivo. Estaba cabreado por la paliza que me arreó ese gordinflón de mierda. No debería haberlo pagado contigo... Te quiero, Sara. Espero que me perdones.

La rastreadora le abrazó, apretando con fuerza el pequeño cuerpo de Diego entre sus brazos.

—Pues claro que te perdono, tonto. Sabes que yo también te quiero. No lo dudes nunca.

No podía evitar que Diego despertara su instinto maternal. Por mucho que supiera que no era un simple niño, le veía ahí, frente a ella, tan bajito, tan pequeño, desprotegido, como un hijo disculpándose por haber cometido una travesura. Le habría perdonado cualquier cosa.

—Conmover. Váis a pasar por situaciones mucho más tensas que una pelea de instituto. Si os ponéis así de tiernos ahora, no imagino qué haréis cuando llego lo peor.

Era Álex el que había hablado así, claro. La rastreadora no replicó y soltó a Diego.

—Bien —dijo el Gris—. ¿Quién ha convocado al grupo?

Se miraron unos a otros.

—¿No has sido tú? —preguntó Sara.

Álex también le miró con el rostro contraído por la duda.

—Pues yo tampoco he sido, tíos —aseguró Diego—. Estaba sobando y el maldito gato me despertó de un mordisco. Mirad. —Se subió la manga del jersey hasta dejar a la vista el brazo—. Tres arañazos. Qué asco de bicho. De verdad que podríamos actualizarnos un poco y usar el móvil, como todo Dios.

—No me fio de la tecnología —dijo el Gris—. Los móviles se pueden intervenir.

—Ni que fuéramos del servicio secreto...

Álex se levantó de la piedra en la que estaba sentado y miró en todas direcciones.

—Esto no me gusta.

Fue hasta la tumba sin nombre y se acurrucó en la lápida.

—Pues a mí no me gusta que a él no le guste —dijo el Niño.

Sara compartió la sensación de peligro. Aunque se suponía que nadie más podía llegar a esa parte del cementerio, eso no la tranquilizaba. Diego se ocultó tras un matorral reseco, entre las sombras. Temblaba tanto que era imposible no advertir su presencia.

—Sal de ahí —ordenó el Gris.

—Sí, tienes razón, tío. Este escondite es una bazofia.

—¡He dicho que salgas! —repitió el Gris. Su cuchillo estaba ahora en su mano derecha.

—Pero si ya estoy aquí —dijo el Niño—. Mira que eres raro, macho.

El Gris apartó a Diego con la mano izquierda, empujándole hasta situarle a su espalda. El Niño tropezó, se tambaleó y cayó al suelo. Soltó

un juramento muy desagradable.

—Guarda el arma —dijo una voz. La silueta de un hombre surgió entre dos árboles, allí donde el Gris miraba—. No te hará falta.

Diego se revolvió en el suelo, y al intentar levantarse demasiado deprisa, resbaló. Terminó de rodillas, aferrado a la gabardina negra del Gris.

—¿Quién ha dicho eso? ¡No veo nada, joder!

El Gris le dio una patada para que se callara.

—Guardaré el cuchillo cuando sepa que no lo necesito.

El desconocido salió a la luz. Caminaba con paso vacilante, inseguro, estudiando el entorno. Daba la sensación de no saber bien dónde se encontraba. Álex se colocó muy cerca de él, silencioso, serio, observándole con atención.

—Me llamo Bruno —anunció el hombre alzando las manos—. No busco problemas, solo al que se hace llamar el Gris. Aquel que no tiene alma, si me han informado correctamente.

Álex dio un paso hacia él.

—¿Cómo has encontrado este lugar?

Bruno retrocedió, asustado.

—¡Álex, déjale hablar! —ordenó el Gris. Se desplazó a un lado, dejando que la luz de una farola cayera sobre él y sobre el Niño, que no soltaba su gabardina—. Le conozco.

—¿Tú eres el Gris? —dijo Bruno muy sorprendido—. ¡No puedo creerlo! Nos vimos en El Rastro, en aquella tienda. Me oíste hablar con aquel niño, preguntando por tí, y no te dignaste a dirigirme la palabra. ¿Por qué?

—Yo decidí ante quién respondo. Hay un procedimiento...

—¡Ya me lo explicarón! —le interrumpió Bruno de mala manera—. Encontré la iglesia que me dijo aquel chaval que parecía un mendigo. Y elevé mi plegaria. ¡Hice todo lo que me dijeron pero tú no me escuchaste!

—Te escuché —aseguró el Gris—. La plegaria me llegó alta y clara, pero tu caso no me interesa.

—¿Mi caso? ¿Así es como lo denominas? ¡Necesito tu ayuda! No es un caso, maldita sea. ¡Estoy desesperado!

Diego se situó a un lado del Gris.

—¿Quién es este tío? Está hecho una birria y de verdad que se le ve desesperado. Me da un poco de pena.

Sara miraba con interés a Bruno, intrigada. Álex se acercó al Gris.

—Cuidado. Aún no sabemos cómo ha llegado hasta nosotros.

—Yo me ocupo de él —les dijo el Gris—. Bruno, como verás, no he guardado mi cuchillo. Te aconsejo que lo consideres una muestra de lo delicada que es tu situación. Álex te ha hecho una pregunta y no la has contestado. Dinos cómo nos has encontrado.

El Gris apretó la empuñadura con fuerza. El Niño y Álex se apartaron un poco.

—No puedes hacerle daño —dijo Sara uniéndose al grupo—. Es inofensivo y solo quiere que le ayudes.

—No te metas, novata —susurró Álex—. Si conoce nuestro punto de encuentro, no es inofensivo. Es peligroso.

—¿Vas a matarme? —preguntó Bruno—. Hazlo. Haz lo que tengas que hacer, pero ayúdame. Dicen que eres el mejor, que resuelves casos imposibles.

—Habladurías —repuso el Gris—. También dicen que soy un monstruo. Es raro que solo hayas escuchado lo que te interesa.

Bruno tembló, apretó las mandíbulas y suspiró.

—También escuché esa parte. No me importa quién o qué seas. Necesito que encuentres a mi hijo. Conozco el precio y lo pagaré. Lo pagaré cien veces si es preciso.

El Niño se acercó mucho al Gris.

—Sácale pasta, tío —susurró—. A lo mejor está forrado. Y no quería decirlo, pero estamos sin un pavo.

—Acude a la policía —dijo el Gris—. Ya te he dicho que no me interesa la desaparición de un crío. Sucede todos los días. No es asunto mío.

—Tal vez sí seas un monstruo. Estás negando ayuda a un padre desesperado.

El rostro del Gris se endureció. Su voz cambió y vibró con violencia.

—¿Negar ayuda? ¡Crees que estoy obligado a ayudar a los demás! ¡Nadie me ayudó a mí! ¡Nadie! —El Gris saltó y en dos zancadas rapidísimas llegó hasta Bruno. Le agarró por el cuello. La punta del cuchillo brilló por encima de su cabeza—. Normalmente no me importa lo que los humanos penséis de mí, pero has venido a mi territorio, y sigues sin responder a la pregunta de cómo me has encontrado.

Sara corrió a su lado.

—No lo hagas. Contrólate.

El Gris apretó más fuerte.

—Estoy perfectamente —le dijo a la rastreadora—. ¿Ves que me tiemble el pulso? Bruno, te quedan pocos segundos para que mi cuchillo se encuentre con tus tripas. ¡Habla!

Bruno respiraba con dificultad. Tenía los ojos abiertos al límite, forcejeaba inútilmente, babeaba y jadeaba.

—Tamara me dijo dónde encontrarte —consiguió murmurar.

—Tamara...

El cuchillo rebotó en el suelo. El Gris liberó a Bruno, despacio, con los ojos desenfocados, como si le hubieran asestado un golpe en el estómago.

—¡La leche! —exclamó el Niño.

Sara parecía ser la única a quien ese nombre no le decía nada, incluso Álex se mostraba sorprendido.

—¿El hijo es de Tamara? —preguntó el Gris. Ahora sonaba diferente, casi asustado, no autoritario como hacía unos segundos. Bruno asintió. Se masajeaba el cuello con una mueca desagradable—. ¿Tamara es... tu novia?

—Mi mujer.

—Esto se pone cada vez mejor —dijo el Niño—. Yo alucino.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —preguntó Álex.

—Cuando me apuntan con un cuchillo en un cementerio, tiendo a pensar con poca claridad. Además... ella no quería que acudiera al Gris.

—¿El hijo es tuyo? —preguntó el Gris muy serio.

—Ya te he dicho que sí.

—Los padres consideran hijos suyos a bebés adoptados, o incluso a hijos que sus mujeres han tenido con otros hombres. Quiero saber si eres el padre biológico, es importante.

—¿Es mi hijo! ¡Y ha desaparecido! ¿Por qué no me ayudas a encontrarle y lo compruebas como más te guste?

—Lo haré.

—Te pagaré lo que me pidas. Te entregaré mi alma, si eso es lo que quieres.

—No hace falta —dijo el Gris. Diego y Sara se miraron—. Dame los detalles. Cuéntame dónde y cómo desapareció.

Bruno explicó lo sucedido entre pequeños sollozos. Relató la última vez que habían visto al bebé en un espejo y cómo había saltado en pedazos segundos después.

—Tío, qué mala pinta tiene esa movida —comentó el Niño—. ¡Una casa encantada!

—Bruno, aléjate —dijo el Gris—. Tenemos que hablar a solas. Vete ahí, detrás de esa tumba.

—¿Vas a aceptar porque es el hijo de esa tal Tamara? —preguntó Sara cuando estuvieron a solas.

—¿Te molesta? —intervino Álex—. Hace un instante le pedías al Gris que ayudara a ese pobre hombre.

La rastreadora le atravesó con una mirada rabiosa.

—Solo me gustaría saber la razón por la que vamos a meternos en este lío.

—No tenéis por qué acompañarme —atajó el Gris—. Esta vez, no.

—¿Se puede saber de qué mierdas estás hablando? —preguntó Diego, molesto.

—No sabemos nada de esa casa. Puede ser peligroso. Yo tengo mis motivos para ir, pero vosotros, no.

Ente bufidos, Diego le dio un puñetazo inofensivo al Gris en el hombro.

—Yo me apunto, tronco. Y no me vengas con paridas. ¿Qué vas a hacer si no te curo, listillo? Te romperán la cara y lo sabes, y luego te llamarán «aquel que no tiene dientes». Yo voy y punto.

Se cruzó de brazos con firmeza.

—Y yo —replicó Álex.

Sus ojos negros brillaron. Sara sabía que Álex no se separaría del Gris.

—Somos un equipo. Yo también voy —dijo la rastreadora.

—De acuerdo —dijo el Gris—. Álex, tú y Sara iréis con Bruno a su casa en su coche. Quiero que le vigiléis. Aún no sé qué pensar de él. Yo iré con el Niño a por ingredientes para las runas. Nadie entrará en la casa hasta que estemos todos. ¿Está claro?

Asintieron. Luego llamaron a Bruno, que acudió muy deprisa a la llamada. Se mostró muy aliviado de que aceptaran ayudarlo.

—Gracias, de verdad.

El hombre estrechó la mano del Gris con mucho entusiasmo y se dirigió a Álex.

—No me toques —dijo Álex.

—Él es así de simpático —dijo Sara—. Ya te acostumbrarás.

—Ya te digo —dijo el Niño con una sonrisa encantadora—. Tiene alergia a las personas. Nunca toca a nadie. Bueno, basta de rollos.

¿Nos vamos o qué?

El Gris recogió el cuchillo del suelo, lo limpió de barro y lo enterró en las tinieblas de su gabardina negra.

—Espera —susurró Sara sujetando a Diego por el brazo.

—Que yo voy con el Gris, tía. ¿No le has oído antes?

—Ya. Solo una pregunta. ¿Quién es Tamara?

—Anda es verdad, si tú no la conoces. Pues verás cómo mola. —Diego le guiñó un ojo—. Tamara es la antigua novia del Gris.



El Niño hacía equilibrios sentado sobre el reposabrazos de la escalera mecánica. Se mecía de un lado a otro con los brazos extendidos y sonreía. Varias personas le miraban con desaprobación.

—Baja de ahí —dijo el Gris.

—Ya queda poco, tío. Verás cómo aguanto hasta que llegemos al final.

No aguantó. Se inclinó hacia adelante y perdió el equilibrio. Si el Gris no le hubiera sujetado, habría caído sobre el hombre que iba delante con sus dos hijos de la mano.

—La culpa es tuya —se defendió Diego en respuesta a la mirada ceñuda del Gris—. ¿Por qué tenemos que ir en metro? Hay mucha gente. Se tarda mucho.

—Tengo que comprobar algo.

—¿Está buena?

—¿Cómo?

—Tamara. Me hablaste de ella, pero nunca la he visto. Debía de ser una buena jaca, ¿eh, pillín?

Llegaron al final de la escalera, caminaron por un pasillo largo, inmersos en la nube de viajeros que se desplazaban por el metro.

—No me apetece hablar de ella.

—Ya empezamos. Al Niño no se le cuentan esas cosas, ¿verdad? Seguro que con Álex sí hablas de pibas. Como él es un guaperas... ¡Eh, tío, mira por dónde vas!

Un hombre grande y corpulento les adelantó dando un pequeño empujón a Diego, pero no se inmutó ante el comentario del Niño, y siguió andando, indiferente.

—Olvidalo, Niño —dijo el Gris.

Diego bufó.

—Siempre me empujan porque soy bajito. Verás cuando pegue el estirón.

El andén estaba lleno de gente que esperaba el próximo tren. Un mendigo sucio y flaco se paseaba con la mano extendida y un pedazo de cartón a modo de letrero en el que exponía brevemente su precaria situación. Los viajeros apenas reparaban en él. Tres chicos bailaban rap en una esquina.

El Gris frunció el ceño, entrecerró los ojos y barrió el andén con una mirada penetrante.

—¿Qué miras? —preguntó Diego, nervioso—. ¿Algún peligro? ¿Aquí, entre tanta gente?

—No, no te alteres. Escúchame bien, he oído ciertos rumores sobre un tren fantasma.

—¡No jodas! Yo también, pero pensaba que eran chorradas de críos. ¿Así que va en serio? ¡Qué guay! ¿Vamos a montar? ¿Cuándo llega ese tren? No irá al infierno, ¿verdad? No tengo ninguna prisa por ir antes de tiempo.

—Céntrate, Niño. Los trenes fantasma no existen.

—Macho, me estás liando...

—Olvidate de las estupideces de los fantasmas. Quiero encontrar ese tren y ver qué tiene de especial.

Diego acarició el lunar de su barbilla.

—¿Y cómo lo vamos a encontrar?

—Como todo lo relacionado con el mundo oculto. Si hay algo de cierto en ese rumor, el tren tendrá runas. Busca runas por la estación.

—*Dabuti*. Yo empiezo por allí, ¿vale? Donde está el tío del abrigo amarillo —dijo Diego. El Gris se quedó quieto, mirándole fijamente—. Joder, lo siento. Se me va la olla. No recordaba que no puedes ver los colores. Empiezo por ese extremo, junto al tipo del mostacho con cara de tonto.

—Bien —asintió el Gris—. Yo voy al extremo opuesto. Cuando llegue el tren, sube y revisa los vagones. Nos vemos en la siguiente estación.

Se separaron. Diego vio la gabardina negra del Gris perderse entre la gente. Luego empezó a estudiar las paredes. Había pintadas y grafitis, que podían esconder una runa perfectamente, pero no fue el caso. No encontró nada que se pareciera a ningún símbolo que él conociese. Tuvo dudas respecto a cierto garabato que se mezclaba con una papelera, pero no lo llegó a comprobar. Si hurgaba en una papelera podía pillar una infección y como el Gris no le estaba mirando...

No, allí no había nada. Y empezaba a aburrirse de husmear. La gente le miraba un tanto extrañada. Una anciana le preguntó qué había perdido mientras estudiaba el suelo. Seguro que el Gris estaba por ahí sentado tan tranquilo, mientras él pringaba con el trabajo sucio, como siempre.

El tren llegó enseguida. Diego casi muere asfixiado y estrujado entre la gente al cruzar la puerta. En cuanto recobró el aliento, empezó a revisar el vagón. Era complicado moverse entre la multitud, pero por suerte el Niño no era corpulento, aunque eso no le libró de llevarse algún pisotón y un par de codazos. Lo más parecido que encontró a un símbolo era el mapa de las líneas de metro, que estaba pegado en varias partes del vagón.

Se preguntó si el Gris le estaría tomando el pelo con ese encarguito. Encontrar un símbolo de la Biblia de los Caídos en el tren parecía absurdo, pero luego recordó que el Gris no sobresalía por su sentido del humor. Era casi tan soso como Álex. Así que debía de ser verdad que había oído rumores sobre un tren especial. Diego empezó a pensar en excusas que soltarle al Gris para justificar no haber encontrado nada, ya que no estaba dispuesto a continuar rebuscando entre los pasajeros, que le arrojaban miradas incómodas. Se le ocurrió media docena de posibles excusas mientras el traqueteo del vagón le mecía suavemente, cuando de repente vio algo, un trazo curioso que se extendía por la

pared, curvado de un modo familiar. La posibilidad era remota pero merecía la pena comprobarlo. Si encontraba la runa, quedaría bien ante el Gris.

La línea que le había llamado la atención descendía por la pared hasta perderse detrás de uno de los bancos en los que se sentaban los viajeros.

—Perdón... Lo siento, tío...

Consiguió llegar hasta el banco.

—¿Por qué me miras así? —preguntó una mujer madura y rolliza que estaba sentada con un bolso gigante sobre las rodillas.

—No es a usted, señora —contestó Diego, distraído, intentando ver detrás del respaldo.

—¿Señora? Querrás decir señorita.

El Niño hizo caso omiso. Se deslizó a un lado y acercó la cabeza para ver mejor.

—¿Le importa, señora?

—¡Otra vez! Los jóvenes de ahora no tenéis educación. ¿Qué estás mirando? No me molestes. ¡Y no pongas esa cara!

La mujer se removió en el asiento, acomodó sus abundantes carnes y resopló.

—Solo quiero mirar ahí detrás un segundo. No es para tanto.

—Lo que quieres es mi sitio —gruñó la mujer—. Debería darte vergüenza.

—Que no, mujer, que no. No alucine.

—¿Entonces qué buscas ahí detrás? Y no digas que alucino o te suelto un par de tortas.

Diego tomó aire y contó hasta diez.

—Tengo que examinar la parte de detrás del banco. Soy... Trabajo en mantenimiento.

—¿Tú? Pero si tendrás trece años como mucho. No digas estupideces. ¿Qué te pasa? ¿Tienes un ataque de epilepsia? Deja de moverte así.

—¡Ay! ¡Mierda! Está bien, no soy de mantenimiento. Estoy buscando un símbolo mágico que...

Dejó la frase a medias al ver venir una mano gigantesca hacia su cara, pero no le dio tiempo a esquivarla.

—¡Símbolo mágico! —Gruñó la mujer—. Así aprenderá a no molestar a los adultos. ¡Niños! ¡No tienen educación!



—Toma la calle de la derecha —señaló Bruno—. Por ahí llegaremos antes.

Sara obedeció. Redujo la marcha, giró el volante y entró en una calle más pequeña, de un solo carril, pero con menos tráfico. Álex ocupaba el asiento de atrás, en completo silencio. Si no le viese por el retrovisor, la rastreadora pensaría que iba sola con Bruno en el coche.

—¿Y tu mujer está sola? ¿No le da miedo?

—Se niega a abandonar la casa hasta que recuperemos a nuestro hijo —explicó Bruno.

—Debe de ser muy doloroso —replicó ella, comprensiva.

Sentía unas ganas irresistibles de tomar su mano, de rastrearle y ver con sus propios ojos qué había sucedido en la casa. Pero no lo haría, no sin su consentimiento. No era ético violar la intimidad de los demás.

Sara no había imaginado siquiera la posibilidad de que el Gris hubiese mantenido una relación sentimental. Su primera idea, cuando el Niño le explicó quién era Tamara, fue que se trataba de una novia anterior a la pérdida de su alma. Pero claro, aquello no podía ser, dado que él no guardaba recuerdos de esa etapa de su vida. Es decir, que Tamara había salido con un hombre sin alma. Debía de ser una mujer muy interesante.

—De todos modos, mi mujer no está sola —dijo Bruno, que miraba por la ventanilla con aire ausente—. Dos tipos están con ella, ayudándonos a encontrar a David. Una especie de médiums o algo así.

—Entiendo. Nadie recurre al Gris sin agotar otras opciones primero.

Sara frenó para evitar una moto que le adelantó por la derecha, haciendo un uso temerario del escaso espacio que quedaba entre el coche y los que estaban aparcados en la acera.

—Yo intenté encontrar al Gris primero, acudí a la iglesia a recitar la plegaria, pero él no me hizo caso.

—¿Y entonces buscaste a los médiums?

—No. Se presentaron ellos solos. Y no íbamos a rechazar su ayuda sin saber si el Gris nos escucharía. Tamara... no quería llamarle, pero yo sí.

—¿No conocíais a los médiums? —preguntó Álex desde la parte de atrás. Era la primera vez que abría la boca desde que separaron del Gris y del Niño.

—No —respondió Bruno—. No les habíamos visto nunca.

—¿Cómo os encontraron? ¿Quiénes son? Dime sus nombres.

—El pequeño se llama Saúl. Y solo nos dijo que habían detectado una presencia en la casa y que podía ayudarnos a librarnos de ella.

—¿Qué pasa, Álex? —preguntó Sara, que había visto una mueca en su rostro a través del espejo retrovisor.

—No me gusta. Eso de la presencia suena a palabrería y no creo en las coincidencias.

—¿Qué insinúas? —se alarmó Bruno—. Mi mujer está sola con ellos. ¿Está en peligro?

—No —se apresuró a decir la rastreadora—. Y si lo está, Álex no puede saberlo. No le hagas caso.

Le hizo un gesto a Álex por el espejo, con la esperanza de que comprendiera que no era buena idea poner nervioso a Bruno, que ya sufría bastante por su situación. Pero lo cierto es que ella compartía la inquietud de Álex. Llevaba poco en aquel mundo oculto, pero suficiente para fiarse de las intuiciones de su compañero, por poco que le gustara. De todos modos, no tenía sentido hacer conjeturas en el coche. Ya iban de camino y si Tamara estaba o no en peligro era algo que iban a averiguar muy pronto.

Ahora tenían un camión delante. Sara redujo la velocidad.

—No entiendo por qué tu mujer no quiere la ayuda del Gris —dijo.

—Ni yo —asintió Bruno—. Salvar a nuestro hijo debería ser lo único importante.

—Seguro que ella también lo cree así. Una madre solo piensa en el bien de su hijo. Tamara tendrá sus razones. ¿No te contó nada del Gris?

Bruno iba a decir algo, pero Álex se adelantó.

—Lo que mi compañera quiere saber en realidad —dijo secamente— es si tu mujer aún siente algo por el Gris, si sabes algo de lo que hubo entre ellos cuando estuvieron juntos. ¿No es así, Sara?

La rastreadora pisó el acelerador demasiado fuerte y maldijo, para después apresurarse a frenar y no empotrarse contra el camión. Luego atravesó a Álex con una mirada furiosa. Apretaba el volante muy fuerte, con ambas manos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Bruno.

—Quiero saber la razón por la que Tamara rechaza la ayuda del Gris. Podría guardar relación con el peligro al que nos vamos a enfrentar y darnos alguna pista importante. ¿No es así, Álex?

Álex no dijo nada, pero Sara vio una mueca fugaz en su rostro, tal vez una sonrisa sutil. A la rastreadora no le resultó divertido.

—Tamara nunca me contó mucho del Gris —dijo Bruno desviando la mirada al exterior del coche, a través de la ventanilla—. Sé que hubo algo fuerte entre ellos, aunque fue hace mucho tiempo. Fuera lo que fuese se niega a hablar de ello. Hubo una época en que me dominó una mezcla de curiosidad y celos, y traté de averiguar algo sobre él, pero no conseguí nada de ella. Luego escuché rumores sobre un hombre sin alma. Pensé que eran simples bobadas, un personaje de alguna película de terror para adolescentes, hasta que me di cuenta de que era él. Tuerce por esa calle. Ya queda poco. Cuesta entenderlo. ¿De verdad no tiene alma?

—No la tiene —dijo Sara.

—¿Cómo es posible? ¿No debería estar muerto? He oído decir que es un monstruo, que roba la vida de los demás y no puede mostrarse a la luz del sol.

—Eso son estupideces, mentiras. Es un ser humano, no un monstruo.

—Es posible —concedió Bruno—. Había oído que no tenía sombra, pero me he fijado, esperando usar ese detalle para reconocerle, y he visto que es mentira.

—Solo tiene sombra con luz artificial, por eso evita mostrarse de día.

—También dicen que es un asesino, que ha matado a no sé qué personaje muy importante para quitarle su alma.

—Te repito que eso es mentira. El Gris no hace daño a nadie, solo toma prestada...

—Se acabó hablar del Gris —interrumpió Álex—. Voy a dejar una cosa clara, Bruno. Lo único que te interesa saber de él es que va a encontrar a tu hijo. Nada más. ¿Queda suficientemente claro?

—Es lo único que me importa —convino Bruno—. Si no, no habría ido a buscar al exnovio de mi mujer.

Nadie volvió a hablar durante el resto del trayecto, que duró muy poco. Enseguida llegaron a la casa de Bruno y Tamara.

A pesar de que el matrimonio tenía garaje, aparcaron fuera, en la calle, a una manzana de distancia. El grupo caminó en silencio. Bruno marchaba el primero, con paso rápido. Se notaba que tenía prisa por reunirse con su mujer. Álex, silencioso como siempre, observaba todo con sus ojos negros. Sara se preguntaba qué pasaría por su mente. No había nadie paseando a esas horas de la madrugada, ni se veía ningún detalle fuera de lo normal en los chalés situados a ambos lados de la calle.

—Es aquí —señaló Bruno con impaciencia.

Estaba delante de una puerta que daba a un jardín bastante amplio y bien cuidado, que rodeaba un chalé moderno y grande. Sara hubiera esperado ver algo en las paredes de fuera, algún indicio de que dentro estaban sucediendo sucesos inexplicables. Se acordó de la casa de Mario Tancredo y de su hija demonio. Un escalofrío la hizo estremecerse.

Bruno abrió la puerta.

—Vamos, de prisa.

—No —repuso Álex—. Vamos a esperar al Gris. Lo dejó bien claro. Nadie entrará hasta que él venga.

Un aullido agudo, claramente femenino, rompió el aire.

—¡Tamara! —exclamó Bruno.

—He dicho que no —insistió Álex.

Bruno se lanzó corriendo a la casa. Álex se apartó de su camino, con demasiada rapidez, evitando cualquier contacto con el enloquecido marido. A Sara le sorprendió ese detalle. La rastreadora habría jurado que Álex le iba a detener de un golpe, pero se equivocó.

—La mujer puede estar en peligro. Nos necesitan.

—No es asunto nuestro —dijo Álex.

—¿Vas quedarte ahí sin ayudar a Tamara?

—Así tienes menos competencia con el Gris.

—Eres un imbécil.

—El Gris te ordenó que no entraras sin él.

—El Gris no tuvo en cuenta esta situación.

—Muy bien —concedió Álex—. A esto me refería cuando te dije que no entendías nada —extendió la mano y señaló la puerta—. Ahí tienes. Corre a salvarles. Yo esperaré al Gris.



El Gris aguardaba en el andén. Los pasajeros pasaban a su lado, salían de los vagones del metro como un pequeño rebaño, la mayoría en silencio, y enfilaban el corredor que les conducía a la salida.

—No empujes, tío.

Diego llegó hasta el Gris una vez que el andén estuvo despejado. Se masajaba la mandíbula con la mano derecha.

—¿Alguna pista del tren?

—Nada, tío. Y sinceramente lo va a seguir buscando su prima. Yo paso. Una señora encantadora me ha cruzado la cara. Vaya racha que llevo.

—Solo es un tortazo.

—Ya verás cuando crezca. En cuanto ensanche un poco y desarrolle este cuerpo esmirriado le voy partir la cara al que me ponga la mano encima, macho. Me dan ganas de...

—Ya está aquí el siguiente vagón —le cortó el Gris—. Subamos.

Casi no había gente. Solo tres personas. Una de ellas iba tumbada, ocupando varios asientos, aparentemente dormida.

—Bueno, esto es otra cosa —dijo el Niño más animado—. Aquí podemos buscar la runa de marras sin que nos molesten.

El Gris se sentó.

—Déjalo. Ya encontraremos ese tren en otra ocasión.

—¿Cómo? ¿Y para eso me he llevado el guantazo? Podías haberlo dicho antes, tío, que siempre pringo con los encargos más chungos...

—¿Quieres sentarte de una vez? Tengo que hablar contigo.

El tren avanzaba en silencio. Un panel electrónico anunciaba la siguiente estación y una voz lo repetía por el altavoz.

—¿Qué pasa? Estás muy serio. No me asustes, que soy muy aprensivo, ya lo sabes. Suéltalo, venga. ¿Qué pasa?

—Si dejas de hablar, podré hacerlo yo. Verás, niño, tengo una duda... Se trata de Tamara...

—Aún te mola, ¿eh? Es lo que tienen las pibas. Y como tú no has estado con otra, pues es peor. Menos mal que se trata de eso. Me habías acojonado. No vuelvas a poner ese careto.

—El problema es que no sé cómo debo comportarme. No sé qué debe hacer un... exnovio. ¿Debería mostrarme distante por respeto a su marido? ¿Alegrarme de volver a verla e interesarme por cómo le ha ido? ¿Recordar los viejos tiempos? Yo... No estoy seguro... No tengo...

—No es eso, tío. Tu alma no tiene nada que ver. Podrías conseguir ahora tres o cuatro almas, métértelas todas dentro, y seguirías sin saber qué hacer. Casi preferiría que me hubieras dicho que nos persigue el cerdo de Mikael. Es mucho más sencillo saber qué hacer con un ángel que con una mujer. A lo mejor deberías consultarlo con Sara.

—No quiero que ella sepa nada de esto, de mi falta de...

—Y dale. ¡Que no es falta de nada, joder! Vamos a ver, pensemos, que no es tan difícil. El marido podría ser un problema. Los celos y esas paridas. Aunque la verdad es que el tal Bruno no me pareció el típico machito, y encima te necesita para encontrar al nene. Lo chungo es Tamara y eso depende de la ruptura. ¿Fue dolorosa...? Vale, vale, no me mires así. Sí que debió de acabar mal el tema. Entiendo que ella ha rehecho su vida, tiene familia y tal, no debería estar cabreada. Pero las mujeres son orgullosas. Seguramente le gustará saber que a ella le va mejor que a ti. Si quieres putearla, lo mejor es que te pongas meloso con Sara.

—No quiero putearla.

—Entonces lo que más le gustaría a ella, y que nunca admitirá, es ver que tu vida es un desastre.

Llegaron a otra estación. Solo subió un pasajero nuevo. Era muy tarde, cerca de la hora de cierre y cada vez había menos gente.

—¿Por qué le gustaría que mi vida fuese mal? ¿Quiere verme sufrir?

—No exactamente. —El Niño se removió en su asiento, se irguió, adoptó ese tono casi adulto con el que compartía sus conocimientos con los demás. Le encantaba sentir que le necesitaban—. Al loro, que es un poco liso. Probablemente Tamara no te desea ningún mal. Lo que espera comprobar al verte es que te va peor sin ella que con ella. Es decir, que tu desgracia se debe a que ya no la tienes junto a ti.

—¿Por qué?

—Porque así se siente especial, necesitada, importante. Seguro que le encantaría saber que quieres volver con ella. Si ahora eres feliz y todo te va genial significa que acabar la relación con ella fue un acierto.

El tren retomó su camino. El Gris sacudió la cabeza.

—Ella no quiere volver conmigo, te lo aseguro. Aunque no tuviera familia.

—¿Tanto la cagaste? Bueno, da igual. A todas las mujeres les gusta que sus ex quieran volver con ellas, aunque los desprecien. Así se sienten deseadas. ¿No ves cómo se maquillan? Se pasan horas frente al espejo, tío. ¿Y para qué? Pues claro, para atraer a los hombres. Y luego se arrancan los pelos de las piernas, se operan, hasta son capaces de andar con tacones imposibles y destrozarse los pies para verse más bonitas, pero ese sufrimiento no las detiene. Y la verdad es que funciona. Admitámoslo, babeamos como auténticos retrasados cuando una tía buena, bien arreglada, se contonea delante nuestro. Es la naturaleza...

—Creo que ya lo he entendido.

—Lo dudo mucho —se burló Diego—. Nadie las comprende. Recapitemos. Si quieres cabrearla, ponte cariñoso con Sara. Si quieres que se sienta mejor, aparenta ser un triste. Bien mirado, no tienes que hacer gran cosa para la segunda opción. La pinta de enterrador que tienes con esa gabardina no te favorece nada. Y tampoco te peinas muy bien. El pelo gris mola, está chulo, nadie de tu edad lo tiene. Podrías fardar un huevo con él, ¡pero pásate el cepillo por la cabeza! Vete a la peluquería de vez en cuando, macho, que no es para tanto... ¡Eh! No me estás haciendo caso. ¿Qué miras?

El tren se había detenido en otra estación. El Gris se levantó de repente, empujó a un pasajero y salió por la puerta sin mirar atrás.

Diego estaba tan sorprendido como el hombre que el Gris había derribado y lanzaba juramentos desde el suelo. El Niño se reunió con el Gris en el andén, frente a un mapa pegado en la pared en el que se mostraban todas las estaciones de la red del metro de Madrid. Las diferentes líneas se cruzaban unas con otras marcando el recorrido que realizaban los trenes.

—¿A qué ha venido eso?

El Gris apoyó la mano en la pared. Los pasajeros les miraban con recelo mientras salían del tren y se encaminaban a la salida, por un pasillo que llevaba a unas escaleras mecánicas.

—¿En qué estación estamos?

Diego alzó la cabeza y leyó el nombre en un cartel electrónico que colgaba del techo curvado.

—Atocha. No deberíamos habernos bajado en esta.

El Gris, sujetando su estómago con la mano libre, se centró en el mapa.

—Por esta estación pasa la línea azul.

—¿Y qué? Eso ya lo sabía... Espera. ¿Me estás vacilando? Tú no puedes ver los colores. —El Niño le miró los ojos con mucha curiosidad—. Señala la línea verde. ¡La leche! Ahora la roja. ¡Estoy flipando!

—Niño...

El cartel electrónico que colgaba por encima de sus cabezas reventó en ese momento, se soltó una de las fijaciones y se inclinó. Una lluvia de chispas se derramó sobre ellos. El Gris se dobló y terminó de rodillas en el suelo.

—Sácame de aquí —gimió.



Sara no podía retirar la vista del chalé de Bruno y Tamara. Al final se había quedado fuera, esperando al Gris, sin hacer nada por ayudar a Bruno. Se había dicho a sí misma que si volvía a detectar alguna señal de peligro acudiría en su ayuda, pero todo permanecía tranquilo. Y para su sorpresa, resultó que tanta calma atacaba a sus nervios.

Álex permanecía algo apartado bajo la sombra de un árbol, en silencio, ajeno a la casa, a ella y al mundo entero. La rastreadora estaba convencida de que la casa podía reventar en una explosión en ese momento y su compañero ni siquiera pestañearía.

Antes de que se volviera completamente loca por la curiosidad y la impaciencia, una figura se acercó caminando por la acera. No era el Gris, como ella había esperado, sino una chica que venía sola, sin hacer nada por ocultar su presencia. Álex apenas le dedicó un vistazo rápido.

Hasta que la chica se detuvo delante de Sara.

—Tengo que hacerte una pregunta un poco rara —dijo.

Hablaba con cierto aire rebelde, mascando chicle sonoramente. Llevaba un tatuaje en la mano derecha, varios *piercings* y una bata blanca, como la de un médico, que no concordaba con su estilo ni con su juventud, y menos aún con el pelo teñido de varios colores diferentes que lucía en una cresta.

—¿Me hablas a mí? —preguntó Sara.

—¿Hay alguien más en la calle?

Era evidente que no había advertido la presencia de Álex.

—¿Nos conocemos?

La chica hizo un globo con el chicle, que explotó con un sonido corto y seco cuando casi tenía el tamaño de su cara.

—Está claro que no. Oye, tengo prisa. Tengo que preguntarte una estupidez, así que dime si significa algo para ti, y si no, me piro.

—Está bien —dijo Sara un tanto desconcertada.

—¿Te gustan los dragones?

—¿Cómo dices?

—Dragones, tía. Ya sabes, esos lagartos gigantes que vuelan y escupen fuego. ¡Bah! Ya te dije que era una chorrada.

Álex surgió de repente, se colocó a un lado de Sara.

—¿Plata?

—¡Hostia! —exclamó la chica—. ¿Y tú quién eres? Me has asustado.

—¡Contesta!

Pero fue inútil. La chica ya se alejaba corriendo.

—No puedes asaltar así a la gente —le reprendió Sara—. La has espantado.

—Volverá. —Álex seguía mirando la figura de la chica, cada vez más lejos.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablabas de dragones. ¿Ya se te ha olvidado quién está obsesionado con ellos?



En el andén se había organizado un pequeño revuelo, los pocos pasajeros que quedaban se apartaron del cartel electrónico que parecía a punto de soltarse y estrellarse contra el suelo. Todavía escupía chispas.

—Ha sido un cortocircuito —explicaba en tono tranquilizador un hombre a dos niños que seguramente eran sus hijos—. No hay por qué preocuparse.

Una mujer se acercó al hombre de la gabardina negra que jadeaba a cuatro patas en el suelo.

—¿Se encuentra bien, señor?

Había un chaval bajito, con un lunar en barbilla, que permanecía junto a él y parecía preocupado.

—Está genial —dijo el chico, indicándole con un gesto que no se acercara—. Gracias por su interés.

Un fluorescente parpadeó, otro comenzó a emitir sonidos extraños y terminó apagándose con una nueva lluvia de chispas. La mujer, asustada, se marchó corriendo.

—Vámonos de aquí. —El Gris se puso en pie con dificultad.

—¿Qué está pasando? ¿Te duele algo? —preguntó Diego.

—Estoy mareado.

Por el pasillo, los pocos viajeros que quedaban se alejaban del andén. El Gris se apoyaba en el Niño para conservar el equilibrio. Las escaleras mecánicas se detuvieron en cuanto el Gris puso un pie en el primer escalón. Otro fluorescente murió con un chispazo.

—Gris, lo estás causando tú, ¿verdad?

—Eso creo. Pero no sé por qué. —El Gris se agarraba el estómago cada vez más fuerte—. Tenemos que alejarnos.

Al llegar arriba había dos técnicos arrodillados, con una caja de herramientas, que estudiaban el mecanismo de escalera. Diego y el Gris pasaron junto a ellos, cansados por el esfuerzo de subir tantos escalones. Uno de los técnicos miraba su teléfono móvil con el ceño fruncido.

—No funciona —le dijo a su compañero.

El Gris apretó el paso, manteniendo una mano en el hombro del Niño y apoyándose en la pared con la otra de vez en cuando.

—Será mejor que no pillemos un ascensor —sugirió el Niño, un tanto asustado.

Siguieron caminando, cada vez más rápido. Al llegar a la salida, el Gris podía andar solo. Se sentó en un banco a tomar el aire.

—Ya pasó, Niño.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y si empiezan a reventar los coches que pasen a tu lado?

—Porque ya no veo los colores —contestó el Gris—. Hay algo allí abajo... que no había sentido nunca. Tengo que volver y...

—Eh, despacito, tío. —Diego se puso delante para evitar que el Gris se levantara—. De eso nada. Casi te da un telele en ese andén.

Además, tienes que ayudar a tu piba, ¿recuerdas? Nos están esperando.

El Gris hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—Tienes razón. Pero volveré.

—Lo que tú digas. Ahora dime cómo nos vamos, porque no tenemos pasta para un taxi.



Álex tenía razón. La extraña chica que había preguntado por los dragones no tardó en regresar. Y Sara detestaba que su silencioso compañero de ojos negros llevara razón.

La chica no venía sola. Empujaba una silla de ruedas algo oxidada. En la silla se sentaba un hombre de mediana edad, calvo y barbudo, de ojos saltones e inquietos, que llevaba el cuerpo de cintura para abajo cubierto por una manta.

—Son estos —dijo la chica.

Mascaba chicle con la boca abierta, moviendo el *piercing* que atravesaba su labio inferior, arriba y abajo rítmicamente. Su cresta multicolor se mecía con el viento.

El hombre de la silla de ruedas les repasó a ambos con la mirada. Primero a Sara, después a Álex, luego volvió a centrarse en la rastreadora, esta vez con una mezcla de descaro y asombro, pero enseguida regresó a Álex. Sonrió.

—Álex, mi buen amigo —dijo—. ¿Quién es tu bella compañera? ¿No nos presentas?

—¿Plata? —preguntó Álex.

Sara recordó algo molesta que Plata no la recordaba cuando cambiaba de cuerpo.

—Naturalmente —dijo Plata—. Oh, es cierto. Olvidaba que no os había visto con este cuerpo. ¿Qué tal estoy?

La chica resopló desde detrás de la silla de ruedas, movió los ojos en un claro gesto que indicaba que Plata estaba completamente loco.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Sara.

Plata parpadeó muy rápido.

—Una presentación adecuada sería lo correcto, pero lo pasaré por alto ante una mujer de tan asombrosas cualidades. Verás, querida, salté a un cuerpo en una aldea perdida. Allí había un dragón que atemorizaba a la gente y no tuve más remedio que quedarme a acabar con la bestia. El mal bicho resultó ser un cobarde. No se atrevió a asomar sus escamas mientras yo estuve allí. Y luego, en contra de mis deseos, volví a saltar a este cuerpo.

—Ella es Sara —intervino Álex, reprendiendo a la rastreadora con una mirada severa—. Es una nueva compañera.

El rostro de Plata se iluminó.

—Fabuloso. Una gran adquisición para el grupo. Mis felicitaciones al Gris. Por cierto, ¿dónde está el Niño?

—¿Quién me va a pagar? —interrumpió la chica, visiblemente molesta.

—¿Pagarte? —preguntó Sara.

—Sí, pagarme. Vuestro amigo el de los dragones me ha liado para que le traiga hasta aquí. Me dijo que si os encontraba me soltaríais mil pavos.

—¿Mil euros? ¿Por traerle?

Plata carraspeó.

—Yo no podía venir solo, querida...

—Y se ha escapado de una residencia. —La chica hizo un globo con el chicle antes de continuar—. Yo trabajo allí de enfermera y le he sacado a hurtadillas por la pasta. Así que venga, a pagar, o me lo llevo de vuelta.

—¿Cuánto lleva en la residencia? —preguntó Álex.

—Desde esta mañana —contestó Plata.

—Cinco años —le corrigió la chica—. Desde que le atropelló un coche y se quedó paralítico. Normalmente es un hombre tranquilo. Pero hoy se le ha metido toda esa locura de los dragones en la cabeza y no para de dar la lata.

Álex endureció la expresión de su rostro.

—Mira, enfermera, no sabes en dónde te estás metiendo. Así que es mejor que te largues antes de que lo lamente.

—Mira, guaperas, me la he jugado sacando a vuestro amigo de la residencia —dijo mascando y mostrando una sonrisa falsa—. Así que es mejor que soltéis la pasta. Y me llamo Ana, no enfermera. ¿Te enteras?

—Desde luego hay cierto peligro —dijo Plata estirando el cuello para verles desde su baja posición en la silla—. Pero estoy aquí para protegeros. ¿De qué se trata esta vez? Es un dragón, ¿verdad?

Sara se arrodilló para quedar a su altura.

—Aún no lo sabemos, pero tiene que ver con la antigua novia del Gris...

—¿Tamara? —Plata dio un pequeño bote en la silla—. Una gran mujer. Hace mucho que no la veo. ¡Qué emoción! Siempre se me olvidaba escribirle. Un fallo imperdonable por mi parte.

De modo que Plata también conocía a Tamara. La rastreadora cada vez sentía más curiosidad por ella, además de algún que otro pinchazo de envidia. Y era evidente que Plata no olvidaba a la exnovia del Gris al saltar de un cuerpo a otro, un detalle que la irritaba, no lo podía evitar.

Un grito cortó de raíz los pensamientos de todos ellos. De nuevo, un aullido de mujer, igual que el primero. Provenía de la casa de Bruno y Tamara.

—¡El dragón! —exclamó Plata.

—Tenemos que entrar —dijo Sara.

Álex iba a intervenir, con toda seguridad para oponerse a su decisión, pero una voz se lo impidió.

—¡Deteneos!

El Gris y el Niño se acercaban corriendo. Diego iba algo rezagado, resoplando, con signos evidentes de no poder seguir el ritmo.

—¿Dónde estabais? —Gruñó Álex—. ¿Os ha pasado algo?

—Nada importante —contestó el Gris. El Niño apoyó las manos en las rodillas, jadeó, les echó un vistazo rápido y volvió a bajar la cabeza. Quería decir algo, pero le faltaba el aliento—. Vamos a entrar ahora mismo.

—Deberíamos discutirlo primero —dijo Álex—. Trazar un plan. No sabemos qué nos espera ahí dentro.

—El grito era de Tamara —objetó el Gris—. Podéis quedaros si lo preferís. Pero yo voy a entrar ya. Y seré el primero.

Sara reparó en que sus ojos grises apenas se habían posado en Plata y en Ana, la enfermera. El Gris estaba completamente centrado en la casa y nada más parecía importarle. Cruzó el jardín apresuradamente hacia la puerta, sin comprobar si los demás le seguían o no.

—¿A qué esperamos? —gritó Plata. Empujó las ruedas con las manos, pero la silla casi no se desplazó—. ¡Maldición! ¡Que alguien me empuje hasta el cubil de la bestia!

—¿Y estos dos quiénes son? —resopló el Niño, aún con dificultades para respirar por el cansancio.

—Vamos, Niño —le apremió Sara. Y se lanzó detrás de Álex, que corría hacia la casa.

Diego trotó a su lado como pudo, respirando ruidosamente. La silla de ruedas chirriaba a sus espaldas.

La puerta se abrió un segundo antes de que el Gris llegara a ella. Bruno salió a recibirles.

—Entrad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el Gris. Entró como una exhalación, con su enorme y deteriorado cuchillo en la mano derecha, mirando en todas direcciones, buscando el foco del peligro. Los demás fueron llegando de uno en uno.

—Hemos oído un grito —dijo Sara.

—Tamara está bien —aclaró Bruno.

—Vamos a comprobarlo —exigió el Gris.

—Espera. Aún faltan esos dos —dijo señalando a Plata y a Ana. La enfermera empujaba la silla de ruedas tan rápido como podía.

—No vienen con nosot... .

Antes de que el Gris pudiera terminar la frase, Bruno salió, agarró la silla por la parte de delante y ayudó a la enfermera a introducirla dentro de la casa. El Gris ardía de impaciencia.

—Llévame con Tamara.

—Un momento —pidió Bruno—. Tengo que cerrar la puerta.

—Que cierre otro.

—La cerradura es compleja —insistió Bruno—. Tengo que activar el código de seguridad.

El Gris bufó, se mordió el labio inferior y apretó la empuñadura del cuchillo.

—Si Tamara está bien, ¿por qué ha gritado?

Bruno terminó de cerrar la puerta e introdujo un código de seguridad en un dispositivo adherido a la pared. Luego se volvió. Todos le miraban con expectación.

—Ha gritado porque ha encontrado un cadáver.



## 5

El cuerpo colgaba de una sogas muy gruesa que parecía brotar directamente del techo. Se balanceaba en círculos lo bastante amplios como para deducir que alguien le había empujado hacía poco.

Era un hombre corpulento. La cabeza, con un color entre azul y amarillo, colgaba sobre el hombro derecho, apoyada sobre la sogas que había roto su cuello. Un charco de orina crecía bajo sus pies. Oía mal.

—¿Quién eres tú? —preguntó un hombre pequeño, que estaba al otro lado de la cocina.

—¿Y tú? —contestó el Gris.

El hombre se movió a un lado, hasta pegarse a la pared, de modo que el cadáver no interrumpiera su línea visual. Midió al Gris con una mirada intensa y descarada. Sus movimientos eran rápidos, precisos.

—Ha venido a ayudarnos —dijo Bruno entrando en la cocina.

Los demás se habían quedado en el salón por orden del Gris. No había nadie más allí.

—No necesitamos su ayuda.

—Eso lo decido yo, Saúl —repuso Bruno con demasiada firmeza—. Es mi casa y es mi hijo el que ha desaparecido.

—Y es mi compañero el que ha fallecido.

El Gris se acercó al muerto, lo estudió en silencio, sin mostrarse preocupado por nada más, ni siquiera por la actitud hostil que le demostraba el tal Saúl. La cocina era amplia y estaba algo sucia y descuidada, se notaba que no la habían limpiado recientemente. No había nada roto, ni se veía ningún arma. Ningún electrodoméstico estaba encendido. Todo parecía normal.

Había una mesa con cuatro sillas en una esquina, lejos del centro, donde colgaba el cadáver.

—Hay una huella en esa silla, de una bota si no me equivoco. ¿Concuerda con la del muerto?

—¿No es evidente? —contestó Saúl con desdén—. Dejando a un lado que el tamaño es difícil de confundir, es de color azul, como la suela de sus botas. Si no eres capaz de deducir eso, no serás de mucha ayuda.

—Déjale trabajar —ordenó Bruno.

—¿Moviste tú la silla? —preguntó el Gris.

—No —respondió Saúl—. Sé lo que te estás preguntando. ¿Cómo ha podido colgarse siendo tan grande si la silla está tan lejos?

—En realidad me preguntaba si la sogas es tuya o de tu amigo.

Saúl entrecerró los ojos y relajó la tensión de su rostro.

—Veo que te has fijado en las runas de la cuerda. Puede que sí seas de utilidad después de todo.

—Estas, en concreto, no me suenan de nada.

—Ni a mí —convino el pequeño hombre. Su voz había cambiado, sonaba más suave, casi amistosa—. Y contestando a tu pregunta, no. Esa cuerda no es nuestra. No sé de dónde ha salido. Bruno dice que tampoco la había visto nunca.

El Gris dio otra vuelta alrededor del muerto.

—Entiendo que tu amigo estaba solo o su muerte no sería un misterio. ¿Alguna idea de por qué se ha suicidado?

—Ninguna. No tiene sentido. Estábamos un poco cansados. Me dijo que iba a por algo de comer. Yo estaba con Bruno cuando Tamara le encontró. Escuchamos el grito y vinimos corriendo. Fue poco antes de que llegaras tú.

El Gris no dijo nada durante varios segundos. Bruno y Saúl le observaban atentamente.

—Nadie se suicida sin una razón. Aquí tuvo que suceder algo.

—Mi compañero no se ha suicidado.

Ahora fue el Gris quien estudió a Saúl con la mirada. Se tomó su tiempo, centrándose en los ojos principalmente, tratando de adivinar su color.

—¿Insinúas que le han colgado? Tu amigo parece fuerte y no veo signos de lucha.

—Tal vez le partieran el cuello primero y luego le colgaron para confundirnos —apuntó Saúl—. Lo que sé es que mi compañero no era un cobarde.

—Entonces la pregunta es más complicada —repuso el Gris—. ¿Quién ha matado a tu amigo?



—¡Niño!

—¡Plata! —Diego corrió con los brazos abiertos, saltó y aterrizó sobre Plata. La inercia provocó que la silla de ruedas saliera disparada hacia atrás, hasta chocar contra la pared. Una estantería tembló, varios libros cayeron al suelo y se rompieron dos lámparas de porcelana—. No te había reconocido, tío. ¡Qué alegría! ¿Qué le pasa a este cuerpo?

El Niño se bajó de la silla y miró a Plata con preocupación.

—No está mal —aseguró Plata—. No siento nada de cintura para bajo. ¡Mira!

Se dio un par de puñetazos encima de la manta que cubría sus piernas.

—¡Mola!

—Y se está cómodo, ¿sabes? Como voy en silla, siempre puedo apoyar los brazos y la espalda. —Plata bajó la voz—. Aunque reconozco que es un poco humillante tener que pedir ayuda para hacer mis necesidades. Solo me preocupa no poder socorreros si nos ataca un dragón. Cuento contigo para proteger al grupo —añadió muy serio.

—Eres un cachondo —se rio el Niño—. Te he traído un regalo, para que veas que te echo de menos. Se lo compré a los brujos. —De su bolsillo sacó una pequeña figura de madera que le dio a Plata—. Espero que te mole.

—¡Un dragón! —A Plata se le iluminó el rostro—. Gracias, Niño. Es muy bonito... Aunque... hay un problema.

—¿No está bien hecho? No me vengas con...

—No, no, no es eso. Es que lo perderé cuando salte —dijo Plata, encogiéndose de hombros.

Diego se dio una palmada en la cabeza.

—¡Siempre se me olvida! Trae. Yo te lo guardaré. ¡Eh! Se me olvidaba. Verás, Plata, quiero que conozcas a alguien que te va a encantar. Sara, ven, hazme el favor.

La rastreadora les estaba observando sin demasiado interés. No podía hacer gran cosa hasta que el Gris regresara de examinar el cadáver. Álex se había retirado a una esquina del salón, como de costumbre. Y Ana, la enfermera, mascaba chicle y les miraba a todos con mala cara.

—Ya conozco a Sara —dijo Plata—. Una gran adquisición para el grupo, sin duda.

—¿La recuerdas? —se extrañó Diego—. La última vez que saltaste...

—Nos hemos conocido hace un rato —le interrumpió Sara, que no quería hablar de la amnesia que Plata experimentaba con ella. Le lanzó una mirada muy sugerente al Niño—. Justo antes de que tú y el Gris llegarais.

Diego se dio unos toquécitos en la cabeza.

—¡Ah! Ya lo pilló.

Ana también se acercó al corrillo.

—Bueno y mi pasta, ¿qué?

—Vaya pinta tienes, tía —sonrió el Niño—. ¿Y ese pelo? ¿Te crees que eres un arcoíris?

—No molestes, chaval —gruñó la enfermera y se volvió hacia Plata—. La pasta, vamos, que no tengo todo el día. Me estoy perdiendo una fiesta del copón.

—Eh... Sí, claro —dijo Plata—. Un trato es un trato y yo siempre cumplo mi palabra. Pero, verás, no llevo dinero en este cuerpo.

—¿De qué va este rollo? —preguntó Diego, confundido.

Sara se lo explicó omitiendo los detalles que había dado Plata respecto a su historia en el último cuerpo y la supuesta protección que brindó a un pueblo amenazado por un dragón. Quería reducir al mínimo la curiosidad de Diego. Se centró en el dinero que Plata le había prometido a la enfermera a cambio de llevarle hasta ellos.

—Pues estamos apañados —suspiró el Niño—. El Gris está pelado de pasta.

—A mí no me vais a torear —se enfadó Ana—. Yo quiero mi dinero, que os he traído a vuestro amigo. Es evidente que estáis todos como cabras, pero a mí eso me da lo mismo. Si el Gris ese tiene el dinero, me va a oír.

Y salió del salón dando un portazo antes de que nadie pudiera detenerla.

—Me gusta esa chica —dijo el Niño—. Y no es solo por esas pintas tan chulas que lleva. Tiene algo... No sé... Mola. Y va a flipar cuando se entere de dónde se ha metido...

Sara dejó de escucharle y estudió con más atención la enorme estancia en la que se hallaban. Era el salón principal de la casa. Tenía una chimenea de piedra en el centro de la pared opuesta, con varios troncos medio consumidos y un montón de ceniza, pero sin el menor rastro de calor, por lo que dedujo que hacía bastante que no se encendía. Los sillones no estaban bien colocados, ni tampoco las mesas ni las sillas, ni la mayoría de los muebles. Todo había sido desordenado, seguramente mientras buscaban al bebé desaparecido. También había cristales por el suelo que debían proceder de un espejo roto colgado en la pared porque las ventanas no presentaban ningún desperfecto.

Álex parecía absorto en las paredes, las miraba con mucho detenimiento pero sin tocar nada. El Niño y Plata hablaban animadamente, intercambiaban historias, relataban toda clase de locuras y reían. La rastreadora les envidió por un instante, al verlos tan contentos, ajenos a cuanto sucedía, y se dio cuenta de que hacía mucho que ella no se reía. Los acontecimientos que vivía el grupo del Gris no le resultaban cómicos en absoluto y tal vez la única forma de verlos de ese modo era estar un poco loca, como Plata, aunque sin llegar a ese estado de desconexión con la realidad que le hacía vivir en una especie de mundo paralelo imaginario.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la espera comenzaba a inquietarla. El Niño le había explicado que el Gris siempre iba solo en el primer contacto por si daba con alguna pista relacionada con su alma perdida, o mejor dicho, robada. Sara respetaba esa decisión, pues simbolizaba su esperanza de recuperarla, pero también le dejaba solo ante un posible peligro. Quizá necesitaba su ayuda, su capacidad de rastro para averiguar algo que él pudiera pasar por alto. Lo mejor sería ir con él y averiguar si...

—¿Qué hacéis vosotros en mi casa?

Al girarse, Sara vio a una mujer en la puerta del salón. Enseguida tuvo la sensación de que su rostro fue hermoso en algún momento, tal vez incluso podría volver a serlo cuando recobrará el color y sus ojos no estuvieran apagados. También ayudaría que se arreglara aquella melena rubia que caía enmarañada sobre los hombros hundidos. La ropa tampoco había sido escogida para realzar su belleza. La mujer llevaba unos vaqueros sucios y una sudadera de hombre que le quedaba demasiado grande, con toda seguridad no era suya. En su rostro se reflejaba sufrimiento y dolor.

La mujer les miró a todos, uno por uno, sin mover la cabeza, hasta que sus ojos se toparon con Álex y despidieron fuego por un fugaz instante. Algo cambió en ella, en su expresión, que se tornó más dura a pesar de la fragilidad general que transmitía toda su apariencia.

—Hemos venido a ayudarte —dijo Álex.

Sara sospechaba que se trataba de Tamara, la antigua novia del Gris, pero lo cierto es que no la veía de ese modo, como a la novia de un hombre. Al contemplar aquella tez pálida y descuidada veía a una persona atormentada, lo que encajaba a la perfección con una madre que había perdido a su hijo.

—¿Él también ha venido? —preguntó la mujer. Álex asintió—. Qué pregunta tan tonta. Vosotros nunca os separáis.

Desde luego, no era un reencuentro entre viejos amigos. No se saludaban ni se abrazaban, no había preguntas sobre el pasado a pesar de que se conocían desde hacía tiempo, como dejaban ver sus palabras. Lo que hubiera entre ellos no daba la impresión de ser nada bueno. A la rastreadora no le sorprendió que Álex no despertara simpatías en una persona que ya le conocía.

Hubo una pausa demasiado larga, cargada de tensión. Era cuestión de tiempo que Diego la rompiera. El Niño se acercó a la mujer dando saltitos.

—Encantado de conocerte, Tamara. He oído mucho sobre ti y me alegro de que por fin nos encontremos. Seguro que seremos buenos amigos. —Ella no le prestaba atención, seguía pendiente exclusivamente de Álex, pero al Niño no le importaba—. Me llamo Diego, por cierto. El guaperas no se curra mucho las presentaciones. Mejor lo hago yo, que tengo más tacto. Ella es Sara. Es una rastreadora del copón, muy maja. Y ese es mi colega Plata. A veces se le va la pinza, pero es majete.

—¿Ahora lleváis a un niño con vosotros? —preguntó Tamara.

—Es más que un simple chico —contestó Álex.

—Bien dicho, colega.

—Quiero que os larguéis de mi casa. —Era una orden directa y severa, aunque su voz sonara cansada.

Sara, que no entendía esa reacción, iba a aclarar que estaban allí para buscar a su hijo, pero Álex se adelantó.

—Yo también quiero que nos larguemos —repuso sosteniendo la mirada de Tamara—. No se nos ha perdido nada aquí y encima no somos bien recibidos. Lo que no entiendo es por qué me lo dices a mí con esa mirada tan dura. Si tu marido ha dicho la verdad, has perdido a tu hijo. —Álex ni siquiera parpadeaba al hablar. Sara se horrorizó ante la crueldad de sus palabras, tan frías que cortaban el aliento—. Si conservas tu memoria, cosa que deduzco por tu actitud, recordarás que es al Gris a quien tienes que convencer de que nos vayamos. Y si crees que puedo ayudarte en esa tarea, estaré encantado de hacerlo.

Por lo visto, Álex trataba del mismo todo a todo el mundo, no era algo personal contra Sara. Ni siquiera Diego se atrevió a intervenir. La rastreadora le vio abrir la boca, pero no llegó a decir nada. Tampoco Tamara, que se hizo a un lado para dejar paso a su marido, sin dejar de arrojar una mirada violenta a Álex.

Bruno entró primero, después el Gris, que tardó un segundo en localizar a Tamara, apoyada contra la pared. Se miraron. Y había algo en aquella mirada que la diferenciaba de cualquier otra. Los ojos se cruzaron, penetraron en los del otro, se tocaron desde la distancia, se dijeron cosas en silencio mientras los demás observaban sin entender el alcance de aquella conexión.

Bruno abrazó a su mujer y ella parpadeó, rompiendo el enlace visual.

—¿Por qué le has llamado?

—Para que encuentre a nuestro hijo —respondió Bruno un tanto brusco.

—¿Por qué piensas que lo conseguirá? No le conoces. Exigirá un precio por sus servicios, seguro que ya te lo ha dicho.

—No —dijo el Gris—. He venido por voluntad propia, sin pedir nada a cambio...

—¡No estoy hablando contigo! —le interrumpió Tamara. De repente estaba furiosa. El Gris guardó silencio. Ella le dio la espalda y encaró a su marido—. Me prometiste que no le buscarías. No quiero que se quede, ni él ni su grupo...

—¡Se queda! También es mi hijo y haré cuanto sea necesario para recuperarle. Si existe una sola posibilidad de que le encuentre, entonces es más que bienvenido.

—Tú no le conoces, no sabes lo peligroso que es. —Tamara hablaba con violencia, como si se tratara de una disputa privada y estuviera a solas con su marido—. Si algo sale mal te culparé a ti, no a él. Si le sucede algo a mi pequeño, no te lo perdonaré.

—¡Haré lo que crea que es mejor para nuestro hijo! ¡Y deja de contradecirme en público! —Alzó la mano con la palma abierta.

Pero no la llegó a bajar. El Gris apresó su muñeca antes de que pudiera hacerlo.

—Si se te ocurre tocarla, si lo piensas siquiera, te la arrancaré.

Tamara se encogió, asustada, con los ojos muy abiertos.

—Por si se te ha olvidado —dijo Bruno—, ella es mía ahora, no tuya. Tú perdiste tu oportunidad hace mucho. No te metas donde no te llaman.

El Gris le soltó y asintió:

—Te lo he advertido. Puedes tomarme en serio o no, es tu decisión.

—Mi decisión es que busques al bebé y te mantengas lejos de mi mujer. También deberías considerarlo una advertencia.

Luego pateó el suelo y se marchó. Tamara retrocedió involuntariamente cuando pasó a su lado, resbaló un poco sobre la pared en la que estaba apoyada.

—¿Estás bien? —El Gris hizo amago de tomarla por el brazo.

—Puedo levantarme yo sola —dijo ella apartando su mano—. ¿Qué estás haciendo aquí? Creía que buscabas tu alma. En esta casa no la encontrarás.

—He venido por tu hijo.

—¡No te creo! Sé que no es culpa tuya, pero eres inestable, lo sabes. No quiero arriesgar a mi hijo con tus... con esas cosas raras que solo tú puedes hacer.

Sara seguía la conversación atentamente, impresionada por el desprecio que Tamara mostraba, intrigada por saber de dónde provenía ese resentimiento. Diego se sentó cerca de la pareja, apoyó la cabeza en las manos y los codos en las rodillas. Solo le faltaba una bolsa de palomitas.

—Me iré muy pronto —dijo el Gris—. En cuanto le encuentre. Explicame qué ha pasado, los detalles, y yo...

—Te irás ahora y te llevarás a toda esa gente. No os quiero aquí. ¿Has olvidado qué le sucedió a mi casa cuando vivíamos juntos?

—Fue un accidente.

—La casa reventó en pedazos —dijo ella—. Si vuelve a pasar, mi hijo morirá. Él es como mi propia vida, si le pasara algo... No sabes lo que se siente.

—Conozco el dolor.

—¿Sabes qué es perder a un hijo? No me hables de dolor.

—Sé qué significa vivir con un vacío dentro. El mío no puedo llenarlo...

Diego se levantó de un salto.

—A mí me zurra el gordo del *tuto*. Un zampabollos enorme... —Tamara y el Gris le miraron—. ¿Qué pasa? ¿No estamos compartiendo nuestras desgracias? Pues yo... —Sara le agarró, tiró de su brazo, pero el Niño se zafó y permaneció allí plantado—. Ah, sí, y voy a ir al infierno cuando estire la pata, a ver quién supera esa. La maldición...

La rastreadora consiguió arrastrarle lejos de la pareja. Diego protestó y se enfurruñó, se fue hasta la chimenea de mala gana.

—Ella tiene razón, amigo mío —dijo Álex—. Puede ser peligroso. ¿Y si perjudicas al bebé en vez de salvarle? Tal vez deberíamos irnos.

El Gris se giró pausadamente hasta tener a Álex directamente frente a él.

—No te metas en esto, no es asunto tuyo.

La rastreadora no sabía qué pensar. Se sintió inútil, incapaz de aportar nada a la situación ni de suavizarla. Había mucha tensión, las miradas que se cruzaban Álex, Tamara y el Gris hacían saltar las chispas, sus posturas eran rígidas, se tensaban sus músculos.

—¡Eh, tíos! —exclamó Diego—. Ya podemos irnos.

—Cállate, Niño —soltó el Gris.

—Pero si ya he resuelto el problema... Mirad, he encontrado al nene.

Y, efectivamente, allí, junto a la chimenea, había un bebé gateando por el suelo. Diego, mostrando una sonrisa inocente, le señalaba con la mano abierta.



## 6

El pasillo era largo. Ana lo recorría deprisa, malhumorada, molesta por seguir en aquella casa, alargando las zancadas inconscientemente.

Le irritaba seguir allí mientras una fiesta estaba en marcha sin ella, con sus amigos, la música rugiendo, y el alcohol y las drogas fluyendo libremente. Tenía que encontrar al Gris ese y sacarle el dinero que le había prometido el pirado de los dragones. Apretó más el paso.

A su derecha, entre dos cuadros inclinados que parecían a punto de caerse, Ana encontró una puerta cerrada, de madera oscura. La enfermera descargó su frustración sobre la puerta con una patada, que solo consiguió producir una ligera vibración en la madera. Ana sonrió al ver la huella de su pie junto al pomo y abrió por el método tradicional.

—¡Eh, tú!

No terminó la frase al comprobar que no había nadie allí. Resopló al comprobar que estaba en un lavabo de espacio reducido. Habría aprovechado para retocarse un poco —ella cuidaba su imagen—, pero del espejo que colgaba de la pared solo quedaba un pequeño fragmento en la esquina superior, demasiado pequeño. El resto se hallaba esparcido por el suelo en muchos pedazos. Pisó varios de ellos mientras se alzaba de puntillas. Solo logró ver el *piercing* de su ceja derecha y una fracción de su cresta en la imagen del espejo.

Cerró la puerta al salir y la pateó de nuevo, dos veces. Las tres huellas quedaron superpuestas. Aún estaba lo suficientemente agitada para soltar una patada más, iba a hacerlo, pero resonaron pasos a su espalda. Se volvió.

Bruno avanzaba en su dirección.

—Lo siento, tío —dijo avergonzada—. No quería estropearle la puerta... —Él ni siquiera la miró al pasar a su lado. Estaba serio, indiferente, los ojos fijos en algún punto distante, caminando mecánicamente—. Espera. Estoy buscando al Gris. ¿Sabes dónde está?

—No —contestó Bruno sin detenerse.

Ella le tocó el brazo.

—Pero si es tu casa...

Él la miró de reojo, sin dejar de andar, durante apenas un instante, lo justo para decir:

—Vete a la mierda.

Ana retiró la mano como si hubiera fuego.

—Idiota —murmuró mientras le veía alejarse.

Luego se marchó en la dirección opuesta. Dobló una esquina y encontró otra puerta, de nuevo con dos cuadros a cada lado. Los mismos, para ser exactos. Se sintió momentáneamente desorientada. La puerta era diferente, blanca, de esas que tienen una parte central de cristal translúcido. Ana se fijó otra vez en los cuadros. Eran bastante feos. ¿Cómo podrían gustarle a Bruno o a su parienta aquellos cuadros? Uno de ellos parecía apunto de caer, tal vez a causa de un desconchón que atravesaba la pared de arriba abajo, similar a una gotera o humedad, y que la abultaba un poco.

Esta vez, Ana contuvo las ganas de darle una coz a la puerta y recurrió al pomo.

Se trataba de la cocina, amueblada de un modo bastante sencillo y aburrido, sin gusto. Tampoco encontró allí al Gris. En su lugar, arrodillado sobre los azulejos de suelo había un hombre pequeño, que se levantó como un resorte y le arrojó una mirada ceñuda.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? —bufó.

El hombrecillo se enderezó muy rápido y se interpuso entre el cuerpo de otro hombre que yacía en el suelo, con una cuerda gruesa adornada con símbolos desparramada sobre su enorme barriga.

—¿Le pasa algo a ese? —preguntó Ana—. Soy enfermera. Puedo echarle un vistazo.

El hombre pequeño dio un paso al frente, apretó los labios y en sus ojos brilló un destello a amenazador.

—Te he preguntado quién eres. No vas a acercarte a mi amigo ni un centímetro más.

—Pero qué desagradable eres, enano. Por mí como si tu amigo se ahoga en un montón de mierda. No te preocupes que no pienso tocarle, me largo.

A Ana solo le interesaba encontrar al Gris de una maldita vez y conseguir su dinero, así que ni se molestó en esperar una réplica del tío asqueroso ese, que ni siquiera se había dignado a saludarla. Seguramente, era debido a su aspecto. No sería la primera persona que reaccionaba mal ante su estética. Que le den.

La enfermera salió muy deprisa, dando un portazo a su espalda. Y se encontró con que no podía ir a ninguna parte. A ambos lados había paredes, no como antes de entrar en la cocina. Debería encontrarse de nuevo en el pasillo, pero había entrado en otra estancia, muy pequeña, sin dar un solo paso, solo con cerrar la puerta. Aquello no tenía ningún sentido. Sobre todo porque no estaba colocada. En alguna fiesta había pasado por experiencias similares en las que de pronto se hallaba en algún lugar sin saber cómo había llegado hasta allí. Pero también se sentía bien, a veces incluso flotando, con el cuerpo muy ligero. Sin embargo, su cuerpo parecía ahora tan pesado como si fuera de acero. Le costaba moverse, pensar. Tenía miedo.

Se giró decidida a regresar a la cocina. La puerta había cambiado. No era blanca, sino marrón y el cristal translúcido del centro no estaba. Aquella era una puerta diferente. Algo crujió bajo sus pies. Ana inclinó la cabeza. Eran cristales... No, eran trozos de espejo.

Conteniendo el aliento, examinó la pared y lo vio. El mismo espejo roto en el que antes había intentado retocarse la cresta. Estaba de nuevo en el baño y la puerta no se abría.

Gritó con todas sus fuerzas.



—Os lo he dicho, pero no me hacéis caso, mamones —se quejó Diego.

Señalaba la chimenea. Frente a ella, había un bebé vestido con un pijama de una sola pieza, con botones a la espalda. El bebé gateaba cerca de los troncos medio consumidos por el fuego, mientras se acercaba lentamente al hueco sucio y oscuro destinado a albergar las llamas.

—¡David! ¡Hijo mío! —chilló Tamara al borde de la locura.

Álex, desde el otro extremo de la estancia, volvió violentamente la cabeza hacia el Gris. El Gris tardó un segundo en entender el significado de aquella mirada. Reaccionó con rapidez, a tiempo de sujetar a Tamara, que se había abalanzado sobre su hijo con los brazos abiertos.

—¿Qué haces? ¡Suéltame, maldita sea! ¡Déjame coger a mi hijo!

Lanzaba patadas y manotazos, agitaba la cabeza, maldecía. El Gris no cedió.

—Puede ser peligroso —dijo esquivando un codo que pasó peligrosamente cerca de su boca—. Déjame examinarlo primero. Solo será un segundo.

—¡Ni se te ocurra tocarlo! ¡Si no me sueltas...!

Tamara bufaba y escupía. De su boca salieron insultos brutales, amenazas, hasta que el Gris la cubrió con su mano y apretó muy fuerte.

—Sara, Niño, ayudadme. Sujetadla mientras echo un vistazo al bebé.

—Eso está hecho, tío —dijo el Niño acudiendo a su lado—. Venga, suéltala. Sara y yo la tenemos bien sujeta... ¡Su puta madre, cómo se menea! ¡Quieta, joder! ¡Ay! En toda la boca, lo sabía...

—Tranquila —pidió Sara, pasando apuros para sujetar a Tamara—. Es solo un momento y en seguida podrás coger a tu hijo. No le pasará nada. Puedes verlo tú misma, pero cálmate.

Puede que fueran sus palabras, o puede que el agotamiento, pero Tamara se tranquilizó, tanto que casi se desploma. Sara y Diego tuvieron que sostenerla.

El Gris se puso en cuclillas junto a Álex, muy cerca del bebé, que gateaba mirando en todas direcciones con los ojos muy abiertos.

—No me gusta —comentó Álex—. No está manchado de ceniza.

—Lo veo —asintió el Gris—. De todos modos no creo que estuviera en la chimenea. Parece encontrarse bien.

—El problema es dónde ha estado hasta ahora.

—Lo averiguaré. Necesito un espejo para examinarle.

El bebé, como si hubiera entendido algo, dejó de dar palmadas en el suelo, se inclinó peligrosamente hacia un lado, se apoyó y, tras una maniobra algo complicada, logró sentarse y conservar el equilibrio. Sus ojos castaños, enormes, no dejaban de apuntar al Gris.

—Agu... ta... sas... ¡Tita, tita, títaaaa!

Un sollozo largo escapó de Tamara, que apenas tenía fuerzas para revelarse.

—Tíos —dijo Diego—. Dejad que la mamá pille al nene. Quiere teta, atontados, que no entendéis un pijo de críos.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó el Gris.

—Porque «tita» quiere decir «teta». Si lo sabré yo...

Sara miró al Niño muy asombrada de sus conocimientos. Diego sonrió y soltó a Tamara, e invitó a la rastreadora a seguir su ejemplo.

—El pequeñajo tiene hambre. Y si lleva no sé cuántos días desaparecido no me extraña. Dejad que se dé un buen atracón de teta y veréis la siesta que se pega. Los bebés viven que te cagas de bien. Cuando no se los traga una casa encantada, claro.

—Sigue sin gustarme todo esto —insistió Álex.

Pero ya era tarde. Tamara pasó entre ellos como una exhalación, directa hasta su hijo. Álex se apartó de su camino tan rápido como pudo.

—David —sollozó Tamara, cogiéndolo entre sus brazos.

La madre y el hijo se convirtieron en uno solo durante varios segundos, mientras los brazos de ella arropaban al bebé con fuerza contra su pecho. De los ojos de Tamara caían lágrimas, de su boca jadeos y suspiros. La madre cubría de besos la cabeza de su hijo. El bebé sentía a su madre, su calor y su olor, la tocaba con sus manos por todas partes.

Los demás callaban y miraban, en silencio, excepto Plata que soltó un ronquido grave y atronador. El Niño le dio un codazo que obtuvo el efecto deseado.

—Yo alucino con este tío. Se duerme en cualquier parte.

El bebé rompió a llorar.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Un dragón? —soltó Plata, despertando, agarrándose fuerte a la silla de ruedas.

—No, no —dijo Diego—. Tú tranquilo que yo te aviso si vemos uno.

—Excelente. ¡Hay que mantener la guardia!

Tamara permanecía ajena a lo que ocurría a su alrededor. Para ella solo existía el bebé, que cada vez lloraba con más fuerza. Taladraba los oídos.

—Se ha cagado —soltó el Niño arrugando la nariz—. ¿Qué pasa? ¿Es que vosotros no lo oléis?

—Ahora no es el momento para... —empezó a decir Sara, pero también ella inspiró por la nariz y se calló.

—Te lo he dicho. El Gris no se entera porque no capta los olores, pero este pestazo es evidente para los que somos normales.

—No es el bebé —aseguró Álex.

—Pues aquí huele que alimenta, macho. Así que si no es el bebé... —Diego inspiró con fuerza y movió la cabeza en círculos, intentando detectar el origen del tufo—. Plata, tío, te has pasado.

—¿Yo? —Plata se llevó las manos al pecho, indignado—. De ningún modo. Yo, jamás, en público... ¡Maldición! ¡Es este cuerpo! —Enrojeció de repente y balbuceó—. ¡No es culpa mía! —prometió mirando a Sara y agitando las manos—. De cintura para abajo no siento nada. ¡Lo juro! Delante de una dama yo no osaría...

El Niño empujó la silla de ruedas para alejarle, sin importar las protestas de Plata. Le dejó pegado a la pared.

—Ahí te quedas, tío, por lo menos un rato, que si no, nos vamos a asfixiar. Ese cuerpo que has pillado está podrido.

Tamara se levantó con su hijo en brazos, cruzó el salón casi sin mirar a nadie en dirección a la puerta. El Gris se quedó tal y como estaba, de cara a la chimenea, sin volverse para mirar a Tamara, sin decir nada, sin hacer el menor movimiento.

Diego acompañó a Tamara hasta la puerta.

—Se ve que tiene hambre, ¿eh? Cómo berrea. —Tamara continuaba en su mundo. Diego, sin embargo, parecía muy animado—. Y le he encontrado yo, que el Gris siempre se lleva todo el mérito... De nada. Joder, qué voz tiene el condenado. Perdón, se me ha escapado... Dale un buen tetazo y verás cómo se calma. Permíteme, yo te abro la puerta. Enhorabuena a la familia —dijo justo antes de que Tamara saliera.

Plata chocó contra un sofá intentando girar la silla de ruedas. Preguntó, muy molesto, que quién lo había colocado ahí. Luego le dio un puñetazo y le prometió al mueble que ardería bajo el fuego de un dragón. Siguió luchando con las ruedas para conseguir dominar la silla. No tenía demasiado éxito.

—Hemos terminado —anunció el Gris.

Sara, que había estado mirando a Plata hasta ese momento, se acercó a la chimenea, donde el Gris permanecía clavado como una estatua.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí —intervino Álex—. Ya no es asunto nuestro.

—No hablo contigo —repuso la rastreadora.

—El bebé ha aparecido —dijo el Gris—. Y está perfectamente. Si tiene algún problema de salud, necesitará un médico no a mí.

—Creía que había un muerto en la cocina —insistió Sara—. ¿Y qué hay de tu novia? ¿Eso es todo? No sé qué pasó entre vosotros, pero no puedes dejarla sola en esta casa.

—No está sola. Tiene a su marido y a ese otro tipo. Además, ya escuchaste lo que me dijo Tamara. No quiere que estemos aquí.

—No puedes tomarla en serio. Cuando dijo eso, estaba afectada por el dolor de haber perdido a su hijo. ¿Y si fuera tu familia? ¿Les dejarías en una casa donde desaparece un bebé y aparece un muerto?

—Yo no tengo familia.

Álex se colocó frente al Gris, cara a cara, interrumpiendo el contacto visual con la rastreadora.

—Estamos perdiendo el tiempo y lo sabes.

El Gris asintió con un movimiento sutil, casi imperceptible.

—Es la hora —dijo girando sobre sus talones—. Debemos irnos.

—¿Por qué? —preguntó Sara—. ¿Qué tienes que hacer que te impide quedarte y terminar de resolver esto?

El Gris se detuvo.

—Tengo que confesarme. Mi tiempo se acaba. —Y siguió andando.

—No te cabrees, Sara —dijo el Niño—. No ha sido muy emocionante, pero ya no hay nada que hacer. La próxima misión molará más. ¡Plata! ¿Te vienes? ¡Si controlas tus evacuaciones, claro!

Justo en ese momento, la silla de ruedas se estampó de lado contra la pared.

—Le estoy cogiendo el tranquilo —jadeó Plata retrocediendo, tirando de las ruedas con las dos manos—. No puedo acompañaros, Niño, tengo que practicar más para estar en condiciones de enfrentarme a la bestia.

El Gris, que estaba ya cerca de la puerta, dio un paso atrás. Ahí estaba Plata, en sus esfuerzos por girar sin chocar contra nada.

—¿Te quedas?

—Sí, claro. Si no consigo dominar una simple silla de ruedas no puedo aspirar a cabalgar en condiciones sobre un dragón. Sus monturas son mucho más rígidas e incómodas. Por eso me gusta este cuerpo, porque no me duele el culo.

El Gris no era el único repentinamente interesado en Plata. Álex, junto a él, también le observaba con mucha atención. Sara les imitó sin comprender por qué los desvaríos de Plata eran de repente lo suficientemente importantes para que el grupo no se marchara.

—¿Estás seguro de que hay un dragón en esta casa? —preguntó el Gris.

—Desde luego, amigo —contestó Plata—. ¿Te olvidas de mi olfato? Y ahí está la prueba —añadió señalando la chimenea—. Ceniza, restos de fuego. No puede estar más claro. Encontraré a ese reptil, puedes contar conmigo. No temas, yo... Ah, entiendo. Lo siento mucho, amigo mío. Tu alma no está aquí, no quiero darte falsas esperanzas.

El Gris y Álex se miraron.

—Eh, tíos —llamó Diego—. Alguien ha cambiado la puerta.

—¿A qué te refieres, Niño? —preguntó Sara.

—A que es diferente. Rastréala a ver qué pasa.

—A mí me parece una puerta normal y corriente.

—Y esas huellas ¿qué? Alguien ha pateado la puerta y no hemos sido nosotros. El pie es muy pequeño.

—¿No has sido tú? —preguntó Álex.

—¡Qué va! ¡Te juro que yo no...! —Diego se quedó paralizado un instante—. ¿Para qué juro nada? ¡Si yo no puedo mentir!

El Gris miró a Sara y asintió. La rastreadora posó la mano sobre la puerta. Le temblaba ligeramente. Cerró los ojos y se concentró. Acarició la madera, describió círculos cada vez más amplios.

—No veo nada... —dijo, aún con los ojos cerrados—. Es muy extraño... —La mano se movió más deprisa, hasta llegar al pomo—. Absolutamente nada.

Y abrió los ojos. Era evidente que estaba muy sorprendida, tal vez asustada.

—Algo has visto —aventuró el Niño—. Por eso tienes esa jeta. Vamos, suéltalo.

—Tiene esa jeta —dijo Álex— precisamente porque no ha visto nada. Y ahí está el problema.

—¿Qué problema? No lo pilló.

—No es normal que no capte ningún rastro —Álex no se dirigía a nadie en particular. Empleaba un tono reflexivo, como si estuviera pensando en voz alta—. Todos los objetos tienen alguno. Son tocados por muchas personas, por otros objetos. Todo tiene rastros, más o menos sutiles. Incluso cuando los borran con una runa, algo queda, siempre. ¿No es así Sara? —La rastreadora asintió, pero Álex no la miraba, no esperaba su confirmación para continuar—. Solo conozco una excepción a esta regla.

—¿Cuál?

—El Gris.

Excepto Plata, que seguía peleando con la silla de ruedas en un rincón, todos se volvieron hacia el Gris, que permaneció inmóvil.

—Una puerta sin alma. —El Niño se acarició la barbilla, pensativo, alzó la cabeza como si mirara al techo—. ¿Alguien va a soltar una gilipollez más gorda que esa? Porque no es nada fácil de superar. Si llego a sugerir yo algo así menuda bronca me cae, pero como lo ha dicho el listillo...

—Nos vamos de esta casa ahora mismo —dijo el Gris—. Todos, sin excepción. Niño, encárgate de Plata, convéncele como sea. Álex, registra la casa. Yo voy a buscar a Tamara y a su familia. Sara, tú...

Le interrumpió un grito, alargado y agudo, de mujer, amortiguado por la distancia. El primero en salir al vestíbulo fue el Gris, rápido y en tensión, mirando en todas direcciones. Detrás, con cuidado de no acercarse a él para no estorbarle, salió Sara. Luego, el Niño, que no tuvo el suficiente cuidado y tropezó con la rastreadora, y ella, a su vez, con el Gris.

—Esperadme —llamó Plata—. ¡Que alguien me empuje!

El alarido de la mujer se repitió, acompañado de varios golpes. Había un matiz desesperado en aquella voz.

—No suena bien —apuntó Diego, temblando—. Yo me quedo con Plata y eso. Vosotros id a ver de qué va la cosa. ¡Suerte!

Regresó al salón corriendo antes de que nadie pudiera decir nada.

El Gris y Sara cruzaron el vestíbulo trotando y tomaron uno de los pasillos, guiados por el chillido.

—Dos pasos detrás de mí —ordenó el Gris—. Sigue mi ritmo y no toques nada. Si ves alguna rana, avísame.

Sara obedeció. Mantenía la distancia mientras la gabardina negra del gris ondeaba delante de ella, deslizándose con suavidad sobre el suelo, sin hacer ruido. Las luces estaban apagadas y el Gris parecía más una sombra que una persona. Se detenía un segundo en cada esquina, a veces palpaba la pared, luego seguía. No corría, pero avanzaba deprisa.

La rastreadora ni siquiera había visto al Gris sacar su cuchillo, pero su filo brilló en la oscuridad, silbando de izquierda a derecha a una velocidad difícil de creer, rasgando el aire hasta clavarse en la pared. Tampoco había advertido la silueta que se hallaba delante de ellos, que se había agachado ágilmente, esquivando el arma. Aquella figura jadeó, se revolvió y saltó a un lado. Luego sonó un golpe seco. El Gris cayó hacia atrás sobre Sara, que no tuvo tiempo de apartarse.

El peso del Gris desapareció casi inmediatamente. Desde el suelo donde yacía y un tanto aturdida por el golpe, Sara le vio de nuevo en pie, apenas un segundo después de haber caído, en posición defensiva, encarando a su atacante.

—Voy a acabar contigo, quienquiera que seas —rugió el enemigo, que a Sara le pareció de tamaño reducido—. ¡Esto es por mi compañero!

—¡Detente! —dijo el Gris, haciendo una finta. La gabardina se extendió completamente por el lado derecho y describió un arco amplio hacia atrás, acompañando el giro de su cuerpo—. ¿Saúl?

La silueta del hombre se congeló a poca distancia de la rastreadora, que se incorporó tan rápido como pudo. Era un hombre de baja estatura, con el rostro contraído por la rabia. Resoplaba con fuerza y apretaba los puños.

—¡Por todos los...! —exclamó—. No te había reconocido. ¿Quién ha apagado las luces?

—No lo sé. —El Gris relajó su postura y recuperó su cuchillo tras extraerlo de la pared—. ¿Por qué me has atacado?

—Escuché los gritos y pensé...

Volvieron a escucharse. Era la misma voz, de una mujer sin duda, que pedía ayuda desesperadamente, entre golpes alocados que retumbaban. Sonaba cerca.

Sin decir nada, los tres corrieron en la oscuridad, hasta llegar a una puerta cerrada en medio del pasillo con un cuadro en cada flanco. La puerta temblaba rítmicamente. Del otro lado provenían los gritos, histéricos y estridentes.

—Está cerrada —dijo Sara tras tocar el pomo.

—Hay alguien atrapado dentro —señaló Saúl.

—No hay tiempo para rastrear, Sara —dijo el Gris apartándola—. La echaré abajo. ¡Aléjate de la puerta!

—No es buena idea —objetó Saúl—. No sabemos qué...

El Gris descargó una patada. La madera crujió y se desencajaron las bisagras. Saúl soltó una maldición.

Una mujer salió corriendo en cuanto retiraron la puerta y se abalanzó sobre el Gris, que se la sacudió de encima para entrar en la estancia. Saúl se apresuró a tomarla en sus brazos.

—¿Ana? —preguntó Sara reconociendo la cresta de colores chillones que coronaba su cabeza—. ¿Qué ha pasado?

La enfermera apenas podía hablar. Sollozaba y no daba muestras de reconocer a nadie. Saúl intentaba tranquilizarla en vano, abrazándola con firmeza.

—Calma, ya pasó todo.

—Me encerraron... Estaba en la cocina y... aparecí en el baño, a oscuras... Nadie me ayudaba... ¿Por qué me tocas tanto? ¡Suéltame! ¿Qué eres, un perverso?

El Gris salió del baño, caminando despacio.

—No hay nada ahí dentro.

—¡Que me sueltes! —repitió Ana.

Saúl aflojó un poco el abrazo, pero no la liberó.

—Intentamos ayudarte.

El Gris tomó a la enfermera sin demasiada suavidad y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Dices que estabas en la cocina?

—¡Otro más! ¿Queréis violarme? —Ana se agitó, se revolvió con mucha fuerza, pateó—. ¡Asquerosos! Como me toquéis...

La mano del Gris se alzó con un movimiento rápido. La bofetada que le asestó a Ana arrastró su cabeza de lado a lado.

—Si no te calmas...

Ella le escupió en la cara.

—¡Te sacaré los ojos si intentas tocarme! ¡Degenerados!

El Gris alzó la mano de nuevo.

—¡No! —intervino Saúl, agarrando su brazo—. Déjala en paz.

Era evidente que la orden no sería obedecida, así que Saúl asestó un puñetazo al Gris en el costado. La enfermera quedó libre y se largó corriendo por el pasillo.

El Gris se levantó muy serio. Clavó los ojos en Saúl, que a pesar de su corta estatura no se amedrentaba ni temblaba, y sostenía su mirada con ferocidad.

—Deteneos —pidió Sara.

—Si vuelves a tocar a esa chica —amenazó Saúl, ignorando a la rastreadora completamente—, tú y yo acabaremos lo que empezamos en el pasillo. Y no te gustará el resultado.

El Gris, ahora inexpresivo, tardó en moverse. Se produjo un momento muy intenso. Al final dio un paso hacia Saúl, que no retrocedió, luego otro. Después cayó al suelo, se desplomó de bruces y quedó inmóvil.

—¿Qué le has hecho? —estalló Sara.

Saúl, asombrado, ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Solo le he dado un puñetazo —explicó—. Pero es imposible que solo por eso se haya derrumbado.



—Estoy contigo, tío —dijo Diego entrando en el salón—. Deja de ladrar.

—¡Niño! Gracias al Cielo. Ayúdame a levantar mi cuerpo. ¡Me lo estoy perdiendo todo!

Plata debía de haber vuelto a chocar porque estaba tirado en el suelo, con la silla de ruedas tumbada de costado. Diego sudó un poco hasta que logró sentarle de nuevo, sobre todo porque Plata no dejaba de apremiarle, dando manotazos, y aunque intentaba colaborar, solo causaba más estorbo.

—Ya está. La silla se ha abollado un poco... ¡Mierda! ¿Quién ha apagado las luces?

A través de la ventana se filtraba algo de luz, insuficiente para ver con claridad, sobre todo en medio del desorden que reinaba en el salón, con prácticamente todos los muebles tirados por el suelo.

—Es el dragón. —Plata sonaba muy excitado—. Es uno negro, seguro. Son los peores, siempre conjuran la oscuridad antes de atacar.

—No te muevas tanto, que no se ve un pijo... ¡Ay! ¡Mi pie!

—Perdón. La rueda gira mal. ¡Así no puedo hacer frente a la bestia!

—Ya se encarga el Gris —dijo el Niño sacudiendo el pie dolorido—. Nosotros, aquí, a esperar órdenes, que se está mejor. ¿Qué es eso?

Desde el pasillo llegaron pisadas, se escucharon golpes y gritos.

—Ya está aquí, viene a por nosotros. En guardia —soltó Plata alzando el puño—. Por fin ha llegado el momento, el día que... ¿Por qué agitas mi silla, Niño?

—¡Los pasos suenan más cerca! Mira, Plata, seamos sinceros, que es lo mío. Si la palmo, me asaré en el infierno, lo sabes. En cambio tú pillas otro cuerpo y tan campante. ¡No quiero morir, Plata!

—¿Piensas que consentiré que te suceda algo, Niño? No temas, estoy perfectamente adiestrado para esto. Es mi destino.

—Eso quería oír. —Diego se colocó detrás de la silla de ruedas—. Tú primero. Si ese dragón de mierda o lo que sea se atreve a venir por nosotros, se las verá contigo. Sé que cuando tengo miedo digo demasiadas tonterías, pero me alegro de que estés conmigo, Plata. Si estiro la pata dile al Gris que...

—Silencio —ordenó Plata, recogiendo una escoba y colocándola en posición horizontal sobre el reposabrazos—. El factor sorpresa está de nuestro lado. Cuando asome el dragón, empuja con todas tus fuerzas. La carga debe ser recta, sin titubeos, para que yo pueda acertar en el corazón con la lanza.

—Debo de estar completamente loco para hacer esto.

Las pisadas se acercaban, sonaban con mayor claridad. El Niño no se daba cuenta de que apretaba el respaldo de la silla de ruedas con todas sus fuerzas. Trataba de mantenerse en silencio, pero no podía controlar su respiración, ni los latidos de su corazón, que retumbaban en sus tímpanos como truenos. La oscuridad convertía todo en sombras, en formas negras y grises. Se preguntó si así era cómo el Gris veía el mundo.

Una de esas formas, precedida de pisadas largas y veloces, se materializó delante de la puerta.

—¡Ahora! —chilló Plata—. ¡Ha llegado la hora de tu muerte, bestia apestosa!

Diego reaccionó al chillido. Agachó la cabeza y empujó con todas sus fuerzas. La rueda chirriaba mientras ganaban velocidad.



Ana ni siquiera sabía en qué dirección corría. Tropezaba en la oscuridad, se apoyaba en las paredes de vez en cuando, abría todas las puertas. Pero no se detenía. Lo único que quería la enfermera era salir cuanto antes de aquella maldita casa.

Tenía miedo porque no comprendía cómo había acabado encerrada en el baño cuando salió de la cocina, porque no se libraba de la sensación de llevar una hora recorriendo el pasillo sin llegar a ninguna parte y porque el color gris de los ojos del hombre que la había abofeteado no podía, bajo ninguna circunstancia, ser natural. Allí estaba sucediendo algo muy extraño y no le interesaba averiguarlo. La culpa de todo era suya por haber hecho caso al chiflado de los dragones cuando le pidió que le llevara hasta sus amigos.

Empezaba a cansarse, jadeaba, pero seguía corriendo. Oyó voces. Se detuvo en la siguiente esquina, asustada e insegura. Se asomó con cuidado, lo mínimo para poder echar un vistazo sin que la vieran. Y se asustó más.

Había vuelto de nuevo al baño en el que se había quedado encerrada. En el suelo estaba el tipo de los ojos grises, inmóvil. La tal Sara, de

rodillas a su lado, le gritaba algo al hombrecillo que conoció en la cocina. Ana se llevó las manos a la cabeza.

No era posible que estuviera en el mismo lugar. Ninguna casa que ella hubiera visto nunca tenía un pasillo que diera vueltas en círculo. Dio la vuelta y se marchó antes de que la vieran, tratando de no razonar una explicación, solo quería dar con la salida. Esta vez caminó más despacio, fijándose en los detalles para asegurarse de no dar la vuelta en ningún momento. Le dio la impresión de que el pasillo era más ancho que antes y de que su trazado no era completamente recto. Cada vez estaba más confusa y desorientada. Se paró, respiró hondo y se apoyó en la pared mientras luchaba por no perder el control de sí misma. Se habría quedado descansando más tiempo de no ser por una sombra que se movió a unos metros de distancia.

Aquella sombra tenía la forma de un hombre, era silenciosa y oscura, aunque en realidad, era algo muy diferente. Las sombras no permiten ver a través de ellas, y Ana veía con claridad la foto colgada en la pared que estaba justo detrás. La enfermera no pudo moverse ni hablar, el pánico le impedía realizar cualquier movimiento. La silueta se desplazó lentamente, deformando la imagen como un cristal translúcido, hasta que desapareció fundiéndose con la pared.

Mientras huía de allí lo más rápido que podía, Ana se convenció de que la habían drogado, que por eso sufría alucinaciones y se perdía en aquella casa del demonio. No sabía cómo lo habían hecho, porque no recordaba haber bebido nada, pero era la única explicación posible. Y por alguna razón, ese pensamiento la tranquilizó un poco. Saber cuál era el problema le dio cierta sensación de control, aunque no fue suficiente para ahuyentar el miedo.

La enfermera llegó a una zona más amplia que le resultaba familiar. Ya había pasado antes por allí, estaba segura. Se animó, presentía que la salida de la casa andaba cerca.

—¡Ahora! —gritó una voz enloquecida—. ¡Ha llegado la hora de tu muerte, bestia apestosa!

Ana escuchó un chirrido que le taladró los oídos. Se giró instintivamente, temblando por los nervios. No llegó a ver nada, pero muy cerca, en la estancia que tenía delante, se produjo un golpe muy fuerte que sacudió la pared. La enfermera dio un pequeño bote en el sitio. Entonces todo fue silencio hasta que oyó un gemido.

—Mi cabeza...

Ana conocía esa voz.

Justo al cruzar la puerta, la luz se encendió. Era el salón principal de la casa, reconoció la chimenea y los muebles desordenados. Junto a la pared, a menos de un metro de distancia, había un revuelo de manos y pies, también una silla de ruedas volcada y el palo de una escoba partido por la mitad. Del montón de brazos y piernas salían gemidos y lamentos. Algunos de esos lamentos pertenecían al que llamaban Plata, el pirado cazador de dragones. Los otros, los más desesperados, los soltaba el tal Diego, el chico de la lengua desatada.

—¿Qué os ha pasado a vosotros dos?

El Niño se tambaleó al levantarse. Se llevó las manos a la cabeza.

—Menuda hostia —murmuró—. Plata... Voy a matarte... Tú y tu carga.

—Ha sido la rueda —se defendió el hombre desde el suelo, que trataba de levantarse sin conseguirlo—. Desvió la trayectoria. No es culpa mía.

—Es mía por hacerte caso. Nunca aprenderé.

Esos tipos estaban completamente locos. Ana no tenía tiempo para sus desvaríos. Y ahora que había vuelto la luz sabía dónde estaba la salida, muy cerca. El salón era la primera estancia a la que habían entrado desde el vestíbulo principal de la casa. Se dio media vuelta y se marchó sin despedirse, lo que claramente no les importó a aquellos dos, que seguían discutiendo y echándose la culpa el uno al otro.

Ana no se topó con nadie en el vestíbulo, cosa que agradeció. Sin embargo, su esperanza de salir de allí se vino abajo al comprobar que la puerta estaba cerrada. Giró el pomo en ambos sentidos, soltó una patada, empujó con el hombro... No sirvió de nada. Debía de ser una buena puerta.

No le quedó más remedio que regresar a ver si los dos chalados podían ayudarla.

—Cómo pesas, macho —se lamentó el Niño, que colocaba a Plata en la silla de ruedas, la cual no daba la impresión de que fuese a resistir mucho tiempo sin desmantelarse—. Y a ver si no la lías más con ese trasto.

—Bien. Gracias, Niño. A lo mejor podías darme un cojín.

—¡Pero si no sientes el culo!

—Es para la cabeza. Estoy un poco cansado...

—Eh, vosotros —les interrumpió la enfermera—. ¿Sabéis quién ha cerrado la puerta?

Diego la miró abriendo mucho los ojos.

—¿Ya te piras?

—Y vosotros deberíais hacer lo mismo.

—Ya te digo. Pero tengo que esperar a los demás. ¿Seguro que has girado bien el pomo? No sé para qué cerrarían la puerta desde dentro. Eh, oye, no te mosquees conmigo. Sal por la ventana.

—No podrá —dijo Álex entrando el salón—. Están cerradas.

—Pues me las cargaré —dijo Ana—. Lanzaré una silla contra el cristal si hace falta, pero yo me largo de esta casa.

—Es mejor que no lo intentes.

—Álex, ¿de qué va esto? Me he dado un piñazo con Plata y todo me da vueltas. Así que habla claro.

—La puerta está cerrada —dijo Álex. Hizo una pausa y añadió—. Con una runa.

—¿Qué?

—Quedaos aquí —ordenó Álex muy serio—. Voy a buscar a los demás y les traeré al salón. No hagáis nada raro, estamos atrapados en esta casa.



Diego acarició el lunar de su barbilla con aire pensativo.

—No me lo trago —dijo estudiando al tipo que tenía delante. Le miró de arriba abajo, con descaro, negando con la cabeza—. ¿Tú has noqueado al Gris? ¡Pero si eres un tapón! Apenas me sacas un par de centímetros de estatura. Ningún enano se cepilla al Gris así como así.

Saúl miró a Sara, a pesar de que el Niño estaba plantado delante de él.

—¿Quién es este bufón en miniatura?

—Está un poco alterado —explicó la rastreadora—. Niño, cura al Gris.

—Ya voy —respondió Diego—. El Gris me contará la verdad.

El Niño fue hasta el sofá, donde yacía el Gris, inconsciente. Sara y Saúl lo habían dejado ahí cuando regresaron con Álex. Ana estaba con Plata, tratando de ajustar la rueda de la silla. La enfermera había enmudecido, se la veía preocupada y asustada, lo suficiente para pasar por alto las extensas narraciones sobre reptiles voladores que Plata le contaba sin advertir el menor desinterés en ella.

Diego colocó las manos en el pecho del Gris.

—Esto está chupado.

A su lado, Álex aguardaba muy atento.

—¿Qué pasa, Niño? ¿Por qué tardas tanto?

—¡No funciona! —Diego retiró las manos con una mueca de espanto—. ¡No puedo! —Volvió la cabeza violentamente hacia Saúl—. ¿Qué le has hecho? ¡Si te lo has cargado, te reviento, bastardo!

Saúl reaccionó a la velocidad del rayo, alzando los puños y flexionando las rodillas. Sara atrapó al Niño a medio camino mientras corría encorizado hacia Saúl. Le sujetó por el pecho, rodeándole con los dos brazos, desde la espalda, y le levantó. Sus piernas patearon en el aire.

—Espera, tranquilo. Él no ha hecho nada, yo lo vi. ¡Ay!

—¡Suéltame! ¡No me das miedo, pedazo de mierda! ¡A ver si puedes conmigo! ¡Te voy a romper la boca!

—¡Álex, ayúdame! Niño, estate quieto, me haces daño.

—¡Cabrón! ¡Te voy a dar de hostias!

—¡Ya basta, Niño! —gritó Álex colocándose entre Diego y Saúl—. Y tú, baja los puños o te los tragarás. ¡Niño! Para de una vez. Quieres ayudar al Gris, ¿verdad? Pues relájate y cuéntame el problema. Sabes que yo me encargaré de todo. Bien, así es mejor. Suéltale, Sara.

La rastreadora obedeció, asombrada del efecto que las palabras de Álex ejercían sobre Diego. No hubiera creído que nadie pudiese calmar la explosión del Niño, que era una de las personas más emocionales que había conocido, y mucho menos Álex, alguien áspero y desagradable, con la facultad de irritar a cualquiera e incapaz de pronunciar una palabra amable.

—Lo siento, tío —sollozó el Niño apoyándose en una silla—. Lo he intentado, te lo juro... Le he curado un millón de veces, pero esta vez no puedo... Perdóname.

—Está vivo, Niño. Así que deja el berrinche. Mira su pecho. Se mueve.

—¿En serio? Joder, es verdad. —Se miró las manos, entrecerró los ojos y las agitó—. ¿Habré perdido mis poderes?

—¿De qué poderes habla? —preguntó Saúl.

—Te recomiendo que cierres la boca —le dijo Álex sin volverse—. Bastante has hecho ya.

—¡Eh! A lo mejor he perdido la maldición y por eso no puedo curar. —El rostro de Diego se iluminó.

—¿Maldición? —murmuró Saúl.

Sara observó a Diego, intrigada. ¿Sería posible que la maldición hubiera desaparecido? Desde luego, explicaría que no pudiese curar, pero la maldición suponía mucho más que eso. Obligaba al Niño a decir la verdad, le condenaba a ir al infierno una vez estuviese muerto y le brindaba la oportunidad de reducir esa condena a cambio de curar a otros, aunque esas curaciones tenían el precio de acortar su vida haciéndole envejecer. Es decir, que en cierto modo se mataba a sí mismo. Era un castigo muy retorcido que le había impuesto el ángel Mikael y que el Niño lograba evitar en parte cuando curaba al Gris, que al carecer de alma, no le hacía envejecer apenas.

—Niño, nada ha cambiado. Vas a morir y vas a ir al infierno... —dijo Álex.

Sara arrojó a Diego con sus brazos, que se había encogido al oír a Álex.

—Es cierto, nada ha cambiado...

—¿Tenías que decirle eso ahora? —soltó Sara.

—De nada sirve que tenga falsas esperanzas —repuso Álex—. No hay tiempo para sentimentalismos. Niño, ve con Plata. Convéncele que al Gris le ha atacado un dragón, a ver qué dice. Venga, muévete.

—Plata... —dijo Saúl para sí mismo.

Ahora Álex se volvió hacia él. Se quedó a un paso de distancia e inclinó la cabeza para mirarle a los ojos. Su expresión era la misma de siempre, también su voz, pero Sara advirtió algo distinto en él, casi amenazador. En aquel instante se alegró de no estar en el pellejo de Saúl.

—Voy a esforzarme en ser claro —comenzó Álex, hablando muy despacio—. Vas a contarme exactamente qué le has hecho al Gris o no vas a contar nada más en tu vida. No hay nadie en esta sala con menos paciencia que yo.

—Plata está en ese cuerpo, en el paralítico... —dijo Saúl, hablando para sí mismo. A Sara le pareció un error que no se tomara en serio a Álex—. Y ese niño tiene una maldición... Entonces, el que llamáis el Gris es aquel que no tiene alma...

—Luego me explicarás cómo sabes tanto de ellos. Ahora lo que debes entender es que si el Gris muere, yo me enfadaré, y mucho. Hay pocos que me hayan visto en ese estado. Y, por cierto, ninguno de ellos sigue con vida. Habla.

Esta vez la amenaza debió llegar a Saúl directa y sin fisuras, porque el hombre centró su mirada en Álex, como si le viera por primera vez.  
—También he oído hablar de ti. Quieres recuperar su alma para luego matarlo, ¿me equivoco? A quien no conocía es a Sara. Pero da lo mismo. Sois un grupo de rarezas con un miembro maldito por los ángeles. No tengo nada que tratar con vosotros.

—Eso es cierto, solo tienes que hablar y deprisa.

—Álex, es suficiente —dijo una voz débil.

—¡Gris!

El Niño salió corriendo desde el otro extremo del salón, donde estaban Plata y Ana, lo atravesó en medio segundo, saltó y aterrizó directamente sobre el pecho del Gris. Cayeron al suelo y rodaron. Diego se aferraba a él con todas sus fuerzas.

—Estoy bien —gimió el Gris, le palmeó amablemente la espalda—. Me asfixias...

—¡Qué susto, macho! —Diego por fin le soltó.

—Ayúdame a levantarme.

Sara le tomó por el brazo y tiró. Al incorporarse, el Gris cruzó la mirada con Álex brevemente. Álex giró sobre sus talones y salió del salón sin decir nada.

—Ya está —dijo el Niño—. ¿No te caerás, eh? ¿Qué hacemos con el enano? Si quieres le meto, Gris. Tú pídemelo y le crujo al muy payaso.

—No hace falta, Niño. —El Gris le revolvió el pelo de la cabeza, cosa que tranquilizó a Diego—. Él no ha hecho nada. No mentía, solo me dio un puñetazo.

—Entonces, ¿qué te ha pasado? —preguntó Sara.

—Nada. Un ligero mareo. Me encuentro bien.

—O puede que te estés muriendo —señaló Saúl—, que bien mirado es lo que te corresponde. Te duele, ¿verdad? No, no estás bien. No puedes estarlo, engendro, no sería natural que te sintieras bien. No me dijiste quién eras, pero te conozco, he oído hablar ti...

—La historia de siempre —susurró el Niño—. Parece que siempre damos con un idiota en todas partes.

—Y lo que he oído no es nada bueno —continuó Saúl—. No mientas a tus amigos. Diles la verdad, Gris, hombre sin alma. Cuéntales cómo te atormenta el vacío de tu interior. El mundo duele, no es un lugar para ti. ¿Quema? Apuesto a que ardes por dentro. Y solo una confesión ante un santo te aliviará, por eso agonizas.

—¿Es eso cierto? —preguntó Sara.

—No te conozco —dijo el Gris—. No sé tanto de ti como tú de mí, así que no entiendo de dónde viene esa hostilidad. ¿Te he perjudicado de algún modo con anterioridad?

—Me perjudica tu simple existencia. Y me asquea. Que sigas respirando y acaparando la atención de un santo, mientras las personas normales sufren, es un insulto. Que hagas uso de las almas de otros para continuar tu existencia es una aberración.

—No haré uso de la tuya, no temas.

—¿Temor? ¿A tí?

—Si tanto sabes, estarás al corriente de que nunca he tomado un alma que no se me ofreciera. No soy yo quien busca almas. La gente acude a mí.

—Y tú comercias con lo máspreciado. Hay otros que se dedican a hacer lo mismo, buscar a los débiles y aprovecharse de su situación. ¿Te suena? Claro que sí, les conoces muy bien. No quiero tratos contigo. No te acerques a mí.

Se marchó dando un portazo.

—Que le den —soltó Diego, haciendo un corte de mangas.

—Gris, tenemos un problema —dijo Sara—. Han cerrado la casa y no podemos salir. Si no te confiesas...

—Lo sé. Os escuché hablar. No te apures, no estoy tan mal...

—¡Eh, vosotros! —Ana se acercó hasta ellos. No tenía buena cara, no sonreía, ni sonaba educada—. Me importan un huevo los dragones, las almas y vuestras mierdas en general. No quiero saber qué clase de psicosis colectiva habéis desarrollado, en serio. Pero quiero salir de esta casa ahora mismo.

—Te vibra la cresta cuando berreas, tía —apuntó el Niño—. Mola, es gracioso. Yo también quiero abrirme. Me da mal rollo este sitio. Pero antes he lanzado una silla contra la ventana y nada. ¿Ves ese montón de astillas? Aquí se cuece algo chungo, Gris. Yo opino como la enfermera. Sácanos de aquí.

El Gris asintió.

—Lo haré. Pero vamos a mantener la calma. No sabemos a qué nos enfrentamos.

—Parece una casa encantada —dijo la enfermera—. Si no me habéis drogado, juraría que he visto a un fantasma. Y las habitaciones cambian de lugar.

—No existen las casas encantadas —replicó el Gris.

—Pues yo estaba en la cocina y luego...

—He dicho que no existen.

—¡Eh! ¿Qué haces? Ya me diste una bofetada. Si vuelves a tocarme...

—No iba a tocarte. Solo quería sentarme. —El Gris levantó una silla del suelo—. Vamos a usar la cabeza. De momento nos quedaremos aquí, en el salón. Niño, asegura la zona. Sara, tú echa un vistazo a la runa de la puerta, rastrea a ver si encuentras algo que nos dé una pista. Ana, ocúpate de Plata. Déjale que haga lo que quiera, ayúdale y presta atención a sus palabras, aunque parezcan locuras.

—¿Qué harás tú? —preguntó la rastreadora.

—Voy a buscar a Tamara y a su familia. Moveos. Que nadie haga cosas raras.

El Gris se aseguró de que no hubiera nadie en el pasillo. Luego dobló una esquina. Allí, entre las sombras, aguardaba Álex, tan serio como él. Puede que un poco más.

—Es peor de lo que imaginé —dijo Álex.

—Nos han encerrado, ¿cómo puede ser peor?

—Porque yo tampoco puedo salir de la casa.

El Gris enarcó una ceja.

—Eso es imposible. A ti no pueden...

—¿Me has visto bromear alguna vez? —replicó Álex.

Pasaron segundos. Los dos hombres permanecieron inmóviles. Sus miradas hablaban en silencio, decían lo que ambos sabían, con mayor claridad tal vez que con palabras. Y lo que decían no era agradable.

—Tienes que ocuparte del Niño, Álex —dijo al fin el Gris—. Sara estará bien y Plata nunca ha necesitado ayuda de nadie, pero el Niño...

—No lo haré.

—Me lo debes.

—Tú me debes algo a mí. Tu vida. Si empiezas a hablar como si ya estuvieras muerto, acabaré con el Niño. Lo juro.

—Hay que afrontar la verdad. Si no estoy en una iglesia dentro de poco...

—No vas a morir aquí. ¿Me oyes? Te sacaré de esta casa cueste lo que cueste. Tienes que resistir. No es la primera vez que te rindes. Tu vida es dolor, Gris, como la de mucha gente, pero se trata de seguir avanzando. ¿Te he dejado alguna vez? ¿Has tenido la mínima duda de que te apoyaría por muy fea que se pusiera la situación? ¿Hay alguien más que haya estado siempre a tu lado?

—Es cierto...

—¡Pues espabila! —Álex le sacudió por los hombros—. ¿Quieres ayudar al Niño? Pues empieza a buscar la respuesta. ¡Lucha! Tu alma sigue ahí fuera, en alguna parte, y vamos a encontrarla.

El Gris se enderezó. De un manotazo se sacudió las manos de Álex y le asestó una mirada furiosa.

—Gracias.

—No se merecen. Ya sabes que cuando mueras será porque yo te habré matado.



Uno de los trazos, el más largo, descendía ligeramente inclinado, desde la esquina superior derecha hasta casi tocar el suelo. Los demás eran más bien un remolino confuso, desigual y poco armonioso. No había nada parecido a la simetría. Las líneas se cruzaban aleatoriamente o esa era la impresión que le daba a Sara.

La rastreadora nunca hubiera pensado que aquella colección de garabatos formara una runa. Acarició la puerta con suavidad, empezando por el marco, buscando algún rastro.

—Así no conseguirás borrarla —dijo Saúl aproximándose a ella—. Las caricias no sirven de mucho.

El pequeño hombre se acercó a la puerta y la estudió con una mirada ceñuda.

—Estaba analizando la runa —se defendió Sara—. No pretendía borrarla pasando la mano sobre ella. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Buscar una salida. Tranquila, no tengo nada contra ti.

—Estoy tranquila.

Saúl despegó los ojos de la puerta y los posó en ella. A la rastreadora no le gustó aquella mirada.

—Pues no deberías estarlo. —Saúl soltó un profundo suspiro—. ¿Y bien? ¿Has sacado alguna conclusión sobre la runa?

—No veo por qué debería compartirla contigo.

—O sea que no. No pareces muy lista. Quizá por eso vas con esa gentuza. Déjame adivinar. Hiciste un trato con el Gris, te ayudó de alguna manera, o eso te hizo creer, y ahora le debes tu alma. Apuesto a que es la tuya la que piensa utilizar para confesarse, si es que logra salir de aquí a tiempo.

—Te equivocas. Parece que te pasas de listo. Voy con el Gris por voluntad propia. Pero no dudes que le prestaría mi alma si lo necesitara.

—O sea que eres idiota. En eso acerté. Así que por voluntad propia, ¿eh?... Interesante. Entonces eres una rastreadora, y por lo que veo, novata.

—¿Cómo lo sabes?

—Muy fácil. El Gris se quedó sin rastreador hace poco y tú le sustituyes. Seguro que no te contó lo que le sucedió a tu antecesor... No, claro que no, no vaya a ser que tu voluntad se resienta y cambies de opinión. Y lo de novata es más fácil de adivinar. No sabes nada de esta runa. Eres inexperta e ingenua.

—Tú tampoco sabes gran cosa o ya la habrías disuelto.

—No la había visto nunca, eso es cierto. Pero sé lo suficiente para deducir que es muy rara, puede que única, tus amigos te lo confirmarán. Si conocieras más de las runas básicas, lo entenderías. Pero puede que no te quieran enseñar.

—Me dices todo eso para ponerme en su contra. ¿Por qué lo haces? No funcionará. No sé por qué odias tanto al Gris, pero ni tu charla ni tu compañía me interesan. Me voy.

—¿Por qué confías en él?

Sara, que se había dado la vuelta, se detuvo. Saúl torció los labios en un gesto arrogante, evidenciando que sabía que ella no dejaría la conversación a medias.

—Sabes bien que el Gris es una rareza y un peligro. Pocos opinan diferente. No pareces mala chica, ¿qué has visto en él?

—He visto su fuerza —dijo Sara—. He visto su sufrimiento y su dolor, y no se rinde, lucha por recuperar su destino. También he visto a muchos despreciarle sin razón, como haces tú, pero él no se deja amedrentar por nadie.

—De modo que eres una idealista. Ves lo que quieres ver, nada más. Allá tú, pero te aconsejo que abandones a ese grupo, no sabes dónde te metes. Y lo lamentarás.

—No sé por qué debería creerte. ¿Porque sabes lo que le sucedió al anterior rastreador? Eso no significa que nos conozcas en absoluto.

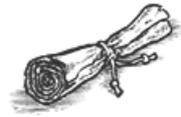
—Sé mucho más que eso, rastreadora. El Niño, por ejemplo, ese que tanto aprecias, porque no hay más que ver cómo le miras, ese es el peor de todos. No te ha contado por qué le maldijeron, ¿a que no? Yo tampoco lo haría de ser él. ¡Oh, sí! Yo sé cómo se ganó una plaza en el infierno y la tiene bien merecida.

—¡Mientes!

—Eso quieres creer, pero dudas. Ves la lógica en mis palabras, aunque no te gusta lo que escuchas.

—No me gusta porque solo hablas a medias. No me cuentas toda la verdad.

—¿De qué serviría? No me creerías de ningún modo. Además, en realidad no me importa lo que decidas. Poca gente sabe ver la verdad y tú no eres de esa clase. Adiós, rastreadora. Suerte con tus amigos, sobre todo con el Niño.



—Perdona, no quería asustarte —dijo el Gris con cuidado.

—No lo has hecho —repuso Tamara—. Te esperaba, supongo que era inevitable que habláramos. Y no hace falta que susurres. El bebé duerme profundamente, basta con que no hables alto.

—No quería despertarlo. Celebro que esté bien. De todos modos, creo que es mejor que nos alejemos un poco de la cuna. No saldremos de la habitación, no pretendo separarte de tu hijo.

—Solo un par de pasos, no me alejaré más. Oh, Dios, ¿qué te ha pasado?

—Estoy bien.

—A mí no puedes engañarme. Conozco esa postura, ligeramente encogida, y el color de tus ojos grises, ahora más apagados todavía. ¿Cuánto tiempo te queda? Y dime la verdad. Te he visto vomitar sangre y delirar por fiebres tan altas que no podía ni tocarte. Te cuidaba cuando sufrías convulsiones por todo el cuerpo y sé que ahora estás peor. ¿Por eso has venido? ¿Para despedirme?

—No. Tengo tiempo de sobra, días.

—Es decir, horas. Te he dicho que no puedes mentirme. Con todo, no has cambiado. La misma gabardina negra, esos mismos cabellos plateados que siempre me gustaron tanto. Imagino que siguen sin crecer, como antes, como cuando los acariciaba entre mis dedos... — Tamara bajó la mirada y sacudió la cabeza—. No. Aquello terminó. Es el pasado. Ahora tengo una familia.

—Tú tampoco has cambiado.

—Eso es por tu visión defectuosa. Apuesto a que no distingues los detalles, como las patas de gallo que me han dejado los años. ¿Has notado el cambio en mi pelo? No son canas. Mi cabello es ahora rubio, me lo he teñido, por eso lo ves más claro y te confunde.

—Yo te veo igual que siempre. Más triste acaso. Antes sonreías, incluso cuando me cuidabas, cuando estaba peor y...

—No sigas por ese camino. No quiero recuerdos ahora, no me hacen ningún bien. Me debo a mi hijo y mi familia. No negaré que no te he olvidado, pero ha pasado mucho tiempo. Oía historias sobre ti, cuentos, habladurías, un compañero de trabajo al que su hijo le había contado una leyenda sobre un hombre sin alma. Al principio, pensé que habías muerto. Hasta que llegaron los rumores. Dicen cosas terribles sobre ti. Cosas que no quería creer. Cosas que por desgracia encajan y que son posibles. Dime, ¿son ciertas?

—Tal vez un hombre sin alma no sea un hombre. Ya no lo sé, no estoy seguro de nada. Lo único que puedo hacer es seguir el camino que otro escogió para mí. He causado mucho dolor, tú lo sabes mejor que nadie, lo has sufrido. He decidido sobrevivir y buscar aquello que me robaron y que es mío. Y puede que fuera mejor para todos que yo no existiera... Me preguntas si es cierto lo que cuentan de mí... Probablemente no. Las historias se distorsionan al ser contadas, al pasar de boca en boca. La gente teme lo que no conoce, como a mí. Si me conocieran no dirían esas cosas. Dirían otras mucho peores, dirían la verdad, que yo he...

—Basta, no quiero saberlo. He cambiado de opinión. No debía haber preguntado. Ya no es asunto mío, tú no eres asunto mío. ¿Por qué has vuelto? No me debes nada.

—Te lo debo todo...

—Nada, he dicho. Y no me hagas gritar porque despertaré al bebé. La promesa que me hiciste antes de irte, olvídala. ¿Te ha sorprendido que haya formado una familia? ¿Qué esperabas? Maldito seas. No imaginas durante cuánto tiempo mantuve la esperanza de que volvieras. Ahora es tarde, lo siento. Recorre tu camino, como has dicho.

—Lo haré. Y cuando lo haga, si Álex no consigue matarme, volveré. No interferiré en tu familia, lo juro. Solo te pediré unos minutos. Hay algo que quiero decirte, pero solo siendo un ser humano de verdad, completo. Si no quieres escucharme, lo entenderé.

—Me pides demasiado.

—Lo sé.

—Te iría mejor si me olvidaras de una vez.

—No pienso olvidar quién soy nunca más.

—Entonces... Intentaré darte esos minutos. Es cuanto puedo prometerte ahora.

—Es suficiente.



Tamara se inclinó sobre la cuna hasta besar a su hijo, que seguía plácidamente dormido. Una lágrima cayó en la almohada.

—Ya puedes salir —susurró—. Se ha ido.

—Estoy detrás de ti.

—Prefiero no verte la cara. —Tamara se sentó en una silla, introdujo la mano entre los barrotes de la cuna y acarició a su hijo. Añoraba su contacto—. Sé breve. No tengo ganas de hablar contigo.

—Lo has hecho bien.

—Vete al infierno. —Se pasó el dorso de la mano por los ojos. La muñeca quedó húmeda.

—Ya le has visto. Empeora, puede que haya llegado a su límite. Necesita una meta, algo a lo que aferrarse o no lo soportará.

—Y yo soy esa meta...

—Tiene que vivir, Tamara. No puedes comprender lo importante que es el Gris.

—Ni falta que me hace entenderlo —dijo alzando la voz más de lo que quería—. Si te he ayudado es porque quiero que viva, así de sencillo. Él no merece morir. Por eso y porque soy débil y no he encontrado una forma mejor de ayudarlo. Pero no pienses ni por un segundo que me alegro de contribuir a tus manipulaciones. No volveré a mentirle.

—¿Estás segura de que le has mentido?

Tamara se levantó y se giró, violentamente.

—Que Dios te maldiga, Álex, por lo que estás haciendo con él —inclinó la cabeza y suspiró—. Que nos maldiga a los dos.



## 8

En el salón de la casa, el desorden era, si cabía, aún mayor que antes. Las sillas estaban arrinconadas de mala manera en una esquina, los sillones y las mesas, amontonados junto a las paredes, algunos encima de otros. Sobre el suelo se veían libros, marcos de fotos, estatuillas y pequeños adornos, algunas flores, jarrones... un poco de todo. Muchos de esos objetos estaban rotos, a todas luces a consecuencia de haber sido arrojados sin contemplaciones mientras se arrancaban las estanterías y los cuadros de la pared.

Ana, la enfermera, miraba por la ventana, ajena a la discusión que mantenían Sara y Diego, excitados, nerviosos, cada uno al lado de una mesa de mármol de aspecto muy pesado.

—A la derecha. ¡Empuja!

—En esa esquina no cabe nada más, Niño, no seas cabezón. ¡A la izquierda!

Debían de llevar un rato así, sin ponerse de acuerdo, empeñados en salirse cada uno con la suya. Por eso no habían oído entrar al Gris.

—Dejad todo eso. Tenemos que repasar lo que sabemos de esta casa.

—¡Vale! —dijo Diego.

El Niño separó las manos de la mesa y fue al lado del Gris. Sara le siguió. Ana permaneció inmóvil, junto a la ventana, tras echar un vistazo rápido al jefe del grupo.

—Estaba organizando todo, como me has pedido —dijo Diego—. Voy a pintar una runa en el suelo, justo en el centro, pero necesito sitio. Luego he pensado en proteger las paredes, creo que con dos será suficiente, a menos que ya hayas abierto la puerta.

—No he podido.

—Bueno, por lo menos, así no he currado para nada. Que estoy sudando, macho. Aquí no colabora ni Dios, no veas la guerra que me dan. —Sara negó con la cabeza, pero el Niño no la vio—. Álex, como de costumbre, se ha esfumado. El señorito parece que tiene un sexto sentido para saber cuándo hay trabajo físico. Y Plata ha montado una que flipas. Con tanto trasto por ahí no podía moverse con la silla de ruedas, que por cierto no durará mucho, está hecha polvo. Se daba golpes continuamente y al final se cabreó y se largó a buscar al dragón. Y Sara no me hace caso, se empeña en...

—Luego continuas con esos detalles —le interrumpió el Gris—. Ahora tenemos que ver cómo salimos de esta casa. Sara, ¿has averiguado algo?

—No mucho —dijo la rastreadora con algo de vergüenza—. No conozco la runa de la puerta, pero me parece muy rara.

—Lo es —confirmó el Gris—. La he examinado antes de venir.

—Saúl también lo hizo, dijo que nunca había visto ninguna parecida.

—Pues estamos jodidos —soltó el Niño—. Es muy chungo deshacer una runa desconocida. Y tiene que ser potente, porque no se pueden romper ni los cristales de las ventanas.

—Significa que nos enfrentamos a alguien nuevo —concluyó el Gris—. Alguien de quien no sabemos nada. Nos lleva ventaja.

—Y no deja rastros —señaló la rastreadora—. Solo capto imágenes cotidianas de Tamara y su familia, saliendo y entrando en la casa, muy corrientes. Es decir, que son de antes de que desapareciera el bebé o les vería preocupados y asustados.

—La casa, además, cambia de forma —dijo de pronto Ana. La enfermera se acercó a ellos. Su voz temblaba ligeramente, su actitud era más sumisa. Estaba asustada—. La puerta del salón estaba antes en el baño. ¿Veis las huellas? Son más. —Levantó el pie para que pudieran ver la suela—. Le di unas patadas antes de quedarme encerrada y ahora está aquí. Además, cuando salí de la cocina...

—Eso no puede ser, ¿a que no, Gris? Dile que las casas encantadas no existen.

El Niño no habló con convicción, más bien con cierto tono de súplica, el que se emplea cuando alguien quiere escuchar cierta respuesta, aunque sepa que es falsa.

—Las casas encantadas no existen —confirmó el Gris—. Pero es cierto que esta cambia su distribución.

—¿Qué? No, tío, tiene que haber otra explicación. La punki se ha fumado algo, seguro. Me juego lo que sea a que llevas una china por ahí. Venga, vacía los bolsillos.

—Niño, la chimenea donde encontraste al bebé...

—¿Qué pasa?

—Que ya no está.

No solo no estaba, sino que no había señal alguna de que en la pared que ahora todos miraban hubiera habido algo. Tenía el mismo color que el resto, sin desperfectos, sin huellas que demostraran que hasta hacía muy poco había un conducto de piedra que ascendía hasta el techo.

—¿Y qué vamos a hacer? ¡Quiero largarme de aquí! Si esto no es una casa encantada, entonces...

—Niño, domínate. —El Gris le cogió por los hombros—. En esta casa hay alguien. Nos ha encerrado por alguna razón, pero le vamos a encontrar. ¿De acuerdo?

—¿Estás seguro? Me dan miedo las...

—La runa de la puerta la ha pintado alguien, no ha sido una casa.

—¡Es verdad! —Diego recobró algo de su compostura—. Suena lógico, cuadra. Sí, tiene que ser eso. ¡Dabuti! Ya estoy mejor, de verdad.

—Pues yo sigo intranquila —dijo Sara—. ¿Por qué te alegra tanto saber que se trata de una persona y no de una casa?

El Niño la miró tan extrañado que la rastreadora sintió que había hecho la pregunta más absurda del mundo.

—Porque a una persona la podemos matar —contestó alegre, casi risueño—. A una casa es más complicado. ¿Verdad, Gris? ¿A que te vas a cepillar al culpable?

—No lo hará. —Saúl entró en salón, repasó brevemente el desorden de la estancia y se fijó en el Gris—. No vas a matar a nadie, bicho raro. Espero que lo tengas claro.

Diego y Sara se colocaron detrás del Gris. La rastreadora, además, tiró de la mano de Ana para que también retrocediera.

—¿Qué interés tienes en salvar a quien nos ha encerrado? —preguntó el Gris.

—El mismo que tú —repuso Saúl—. Quien haya grabado esa runa tiene una página de la Biblia de los Caídos, lo sabes muy bien. Solo así se explica la aparición de una runa nueva y desconocida.

—¿Una página de qué? —susurró la enfermera.

—Yo solo quiero salir de aquí —dijo el Gris.

Saúl sonrió con desgana.

—Entonces, cuando la encuentre, no te importará que me la quede. Así no habrá problemas entre nosotros.

—¿Has venido a decirme eso?

—También a advertirte de que controles a tus chicos. Mientras estemos encerrados no quiero que interfieran en mis asuntos. Vosotros buscad la salida y dejadme en paz, es bien sencillo.

—¿Algo más?

Saúl dio una vuelta sobre sí mismo y repasó rápidamente todo el salón.

—Solo una cosa. Imagino que no habéis cogido el cuerpo de mi compañero.

—¿Ha desaparecido? —preguntó Sara.

—Sí, alguien se lo ha llevado de la cocina. Si lo encontráis, no lo toquéis. Hasta luego.

El Gris esperó a que se marchara antes de hablar.

—Pongámonos en movimiento —dijo—. Sara, tú vas a rastrear al bebé. Tienes que hablar con Tamara y conseguir que te deje examinar a su hijo. Si averiguamos dónde ha estado, puede que averigüemos cómo salir de la casa.

—¿Y Álex? —preguntó Diego.

—Está buscando a Bruno. Algo no encaja con él. Tened cuidado si os lo encontráis.

—Ya me había olvidado del padre. —Diego se dio un golpecito en la cabeza—. Parecía un buen tipo. En fin, ¿y yo qué hago?

—Encuentra a Plata. No quiso salir de la casa.

—¿Y qué?

—Que sabía que estábamos encerrados —explicó el Gris.

—¿En serio? Vale... ¡Eh! Un momento. ¿Quieres que vaya yo solo por esta casa buscando a Plata?

—Sí.

—¿Con el muerto ese desaparecido y las habitaciones cambiando de sitio?

—Es importante.

—Y una polla.

—Niño...

—¡Que no! —A Diego le temblaban las manos y las piernas—. Yo no me separo de ti. Sabes que meteré la pata...

La rastreadora se adelantó, le cogió por los hombros y le miró de cerca, con una sonrisa deslumbrante.

—Yo confío en ti, Niño. Sé que puedes encontrar a Plata, nadie le entiende como tú. Y, además, eres el más valiente de todos.

—¿Yo? Pero si me dan miedo hasta los gusanos. No, Sara, no puedo mentir y fingir ser valiente. Me sudan las manos. ¡Estoy acojonado! El Gris es el valiente. Él sí que le echa huevos...

—Él no siente miedo, porque no puede, pero eso no es valor. Tú, sin embargo, sientes miedo, y a pesar de ello estás aquí y nunca te niegas a acompañar al Gris, por peligrosa que sea una misión. Te enfrentas a tu miedo todos los días. No conozco a nadie tan valiente.

El Niño, de repente, abrazó a la rastreadora.

—Jo, tía... Es lo más bonito que me han dicho nunca.

—Yo iré contigo —dijo Ana, que había observado la escena con expectación—. En cierto modo es mi responsabilidad. Y no puedo quedarme aquí quieta o me volveré loca.

—*Dabuti*. —Diego la agarró de la mano y tiró—. Vámonos antes de que cambies de idea. —La enfermera le siguió sin soltarse—. Eso sí, cuando estoy nervioso hablo mucho...

Sara esperó a que se fueran y luego cerró la puerta.

—El Niño no se equivocaba, ¿verdad? —dijo muy seria—. Vas a matar al responsable de esto.

Era una afirmación con cierto reproche.

—No sé si podré.

—Pero lo vas a intentar. ¿Y si matándole nos encierras de por vida? Matar no puede ser la solución a todo. No seas como Álex. Tú no eres...

—¿Un monstruo?

—Yo no he dicho eso. Sabes que no lo pienso o no estaría aquí, contigo. Yo creo en ti, Gris. Lo que le dije al Niño sobre el valor...

—Era cierto. Para mí es fácil, nada me asusta. Es una emoción que no logro sentir, que apenas recuerdo, que me cuesta entender que otros tengan. ¿Qué conclusiones sacas de un hombre que no le teme a nada?

—No vayas por ese camino. No permitas que nadie te haga sentir diferente. Te odio cuando te pones así. Es como con Saúl. ¿Por qué le permites que te hable de esa manera? Te llama monstruo y aberración, y ni te inmutas.

—¿Qué importa lo que él piense? ¿Cambiaría algo que discutiera con él sobre mi supuesta condición?

—Nada en absoluto. Pero eso no es importante. La opinión de Saúl es basura, estoy de acuerdo, pero lo significativo es que no te defiendas. Y antes de que me des otra excusa, te diré que tú no eres así. Sí tienes sentimientos. Te he visto defender al Niño en el rastro. Y no tengo ninguna duda de que me defenderías a mí también. No consentirías que ese tipo nos humillara. ¿Por qué no actúas igual contigo mismo? La respuesta es obvia, Gris, y decepcionante. No te importa que te llame monstruo porque crees que tiene razón. Y mientras pienses así, tú eres tu peor enemigo.



—¿Por dónde vamos?

—Ni pajolera idea. —El Niño aún agarraba la mano de Ana—. Plata es impredecible. Podría estar en cualquier parte. Es capaz de confundir a un grillo con un dragón, así que vete tú a saber.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Pues dar una vuelta a voleo, hasta que demos con él.

La enfermera se separó un poco y le miró con el gesto torcido.

—¿Ese es tu plan?

—Es el mejor —aseguró Diego—. Con Plata no funciona la lógica, solo la suerte. Ven, empecemos por la segunda planta.

Subieron los escalones despacio, sin separarse.

—Estáis todos un poco tocados —observó Ana, que caminaba detrás del Niño—. Solo la tal Sara parece una persona normal.

—¿Entonces por qué vienes conmigo?

Diego pegó la oreja a la primera puerta que encontraron en medio de un pasillo.

—Porque no quiero estar con el Gris ese. Me da miedo.

—¡Bah! Eso es porque no le conoces —repuso el Niño sin despegarse de la puerta—. Es un buen tío... No oigo nada. Vamos a probar. —Diego abrió la puerta solo un par de dedos, lo imprescindible para poder echar un vistazo—. No veo nada...

La enfermera empujó con un manotazo y la puerta se abrió hasta chocar contra la pared. Diego dio un salto y chilló, aferrándose a Ana.

—Aquí no hay nadie —dijo ella.

—¡Me has asustado! No vuelvas a... Oye, este sitio me suena.

—Solo es un baño.

El Niño lo estudió con atención. El espejo que colgaba en la pared estaba roto en pedazos. El resto de la estancia parecía un baño como otro cualquiera, espacioso, aunque sin ningún detalle particular.

—No sé qué puede ser —murmuró Diego—. Pero hay algo aquí familiar... Y eso me da mal rollo. Vámonos.

Tiró de la enfermera y siguieron por el pasillo.

—¿No vas a soltarme la mano nunca? —preguntó ella.

—No. Tengo miedo.

—Pues así vamos a ir muy lentos...

Sonó un chasquido seco. Una ráfaga de aire frío les envolvió y pasó de largo. Las paredes temblaron levemente. Las luces se apagaron. El Niño se apretó contra Ana, que le rodeó fuerte, con los dos brazos. En la oscuridad, los dos pensaron lo mismo, que...

Las luces volvieron a encenderse. Se miraron. El Niño vio la punta de una cresta sobre dos ojos asustados. La enfermera vio un lunar que no paraba de moverse arriba y abajo, bajo unos dientes que castañeaban.

Justo delante de ellos había una pared que antes no estaba. El pasillo ahora doblaba a la derecha, formando una esquina. Desde esa dirección les llegó el sonido de pasos.

No les hizo falta decir nada. Retrocedieron, juntos, asustados, hasta llegar al baño. Se metieron dentro y cerraron la puerta cuidando de no hacer ruido. Los pasos sonaban más cerca.

—A lo mejor...

—No, no puede ser Plata —susurró Ana—. A menos que pueda curar la parálisis que tiene de cintura para abajo.

Diego asintió, apretó los dientes. Sacó la estaca que tenía guardada, resuelto a grabar una runa en la puerta, pero le temblaban las manos y se le cayó al suelo. Ana se agachó junto a él y le tapó la boca. Las pisadas se oían cada vez más nítidas. Quienquiera que fuese estaba prácticamente al otro lado de la puerta.

El Niño se dio la vuelta. Los pasos, que hasta ese momento avanzaban con un ritmo constante, se detuvieron, justo al otro lado. Ana vio la sombra de las piernas por debajo de la puerta. Durante un segundo solo escuchó la respiración de Diego y el sonido de su propio corazón, que retumbaba en sus tímpanos.

Las sombras se movieron y los pasos se alejaron, con el mismo ritmo y la misma velocidad.

—Por poco —suspiró el Niño—. Tía, creo que nunca he tenido tanto miedo.

—Me estás tocando el culo —dijo ella.

—¿Eh? Lo siento... Yo... No ha sido aposta. —Diego retiró la mano, pero enseguida comprobó que la enfermera no estaba molesta, más bien parecía que hubiera visto al mismísimo diablo. Tenía la cara paralizada de miedo. El Niño siguió su mirada y también se quedó petrificado.

El pomo de la puerta giraba. El pestillo soltó un pequeño chasquido, crepitaron las bisagras mientras giraban lentamente. Una silueta alta, masculina, estaba de pie, enfrente.

Esta vez gritaron los dos.



—Sara, ¿verdad? Ese era tu nombre.

La rastreadora cerró la puerta con delicadeza, sin hacer ruido. La escasa luz que sumía la habitación en la penumbra no le impidió distinguir la decoración infantil, los cuadros de pequeños animales, los colores llamativos de las paredes, el oso de peluche que era tan grande como la

cuna y ocupaba una de las esquinas.

—Siento molestarte —dijo casi en un susurro—. Me ha enviado el Gris.

Tamara no alzó la cabeza para mirarla, sino que continuó balanceándose en la mecedora, con el bebé en sus brazos.

—Está profundamente dormido. No te preocupes, no se despertará.

—El Gris quiere que bajéis al salón principal.

—¿Ya podemos salir de la casa?

—Aún no, pero es lo mejor. Estaremos todos...

—Entonces esperaré aquí —atajó Tamara—. Si eso era todo, dile que me avise cuando encuentre la salida. Y también a mi marido. No voy a abandonar a mi familia.

—Es más seguro que vengas conmigo mientras le encontramos. Puedo llevar la cuna para el bebé.

—Vais a llenar el salón de garabatos, ¿verdad? ¿Cómo se llamaban?... Runas, eso. Tú y el Gris pensáis que eso nos protegerá. Ni siquiera él sabe a qué nos enfrentamos o me lo habría dicho. No tenéis ni idea y vuestras runas no servirán de nada. Pero eso él ya lo sabe. Y también sabe que yo me negaré, por eso te ha enviado a ti.

—Estoy aquí para ayudarte —replicó Sara.

—Para ayudarle a él, quieres decir. Te ha pedido que vengas a hablar conmigo en su lugar. Y no creo que sea solo por tu aspecto bonachón y sincero. Hay algo más, le conozco bien... Y puede que esté relacionado con que no dejes de tocar la cuna de mi hijo. —Sara retiró la mano inmediatamente—. De modo que es eso —siguió Tamara—. ¿Qué eres? ¿Una adivina o algo así? No andarías con él si no tuvieras algún talento paranormal.

Sara dudó antes de contestar. Había pasado por alto que Tamara había sido la novia del Gris y por tanto debía saber mucho sobre el mundo oculto, probablemente más que ella. Se esforzaba por pensar que su actitud severa y fría, tajante incluso, se debía a la desaparición de su hijo, no a algo personal que tuviese contra ella. Con todo, no podía evitar el leve desasosiego que crecía en su interior, en sus tripas, un rechazo ante alguien que parecía juzgarla.

—Soy una rastreadora —dijo sin encontrar un motivo para ocultar la verdad—. A veces cuando toco algo puedo...

—Sé lo que significa —la cortó Tamara—. Y el Gris quiere que examines a mi hijo. Ya puedes olvidarlo. Ningún desconocido va a tocar a mi bebé y menos algún miembro de vuestro grupo.

Sara dio un paso en su dirección.

—No entiendo esa actitud. —Sara controló con esfuerzo su enfado para no subir la voz—. Estamos intentando ayudarte. El Gris está arriesgando su vida, vino a esta casa con la única intención de devolverte a tu hijo. Y tú, en vez de mostrarte agradecida, nos desprecias a todos, sin conocernos siquiera.

—No me hace falta conocerlos —repuso Tamara sorprendentemente calmada—. Aunque a algunos los conozco más de lo que querría. Álex, por ejemplo, me dices que está aquí para ayudarme, pero... Ah, la cara que has puesto demuestra que algo sí sabes de él. Pues escúchame bien, lo que tú sepas sobre Álex no es ni la mitad. No puedes comprender de lo que es capaz y, si pretendes hacerme creer que ha venido a ayudarme, o eres estúpida o una ingenua.

Ya era la segunda vez que alguien advertía a Sara sobre un miembro del grupo. Y era obvio que tanto Tamara como Saúl tenían razones de sobra en las que basar su opinión. Como poco, creían firmemente en lo que decían y no intentaban engañarla, sino en todo caso, advertirla.

—Luego está Plata —continuó Tamara—. Le conocí después de empezar con el Gris, cuando era un hombre diferente, casi normal e incluso tenía sombra. Luego empeoró mucho y fuimos al médico. Claro, ¿qué podíamos hacer sin saber qué le pasaba? Yo creía que acompañaba a mi novio a una consulta normal y corriente. Le habían hecho un análisis de sangre y no sé qué otras pruebas. El médico, un hombre agradable con una foto de su mujer y sus hijos sobre la mesa de su despacho, nos dijo que el Gris estaba bien, que de hecho tenía la constitución perfecta para realizar una prueba más que solo pasaban los mejores del mundo.

—¿Qué prueba?

—Ni idea, pero aquel médico tan simpático y corriente nos prometió que si el Gris superaba ese test, podría convertirse en un cazador de dragones.

—Era Plata —dijo rápidamente Sara.

—Así se conocieron ellos —confirmó Tamara—. Nos fuimos indignados de la consulta, pensando que estaba loco, pero volvió con otro cuerpo. Por aquel entonces aún intentábamos hacer una vida normal. Una noche vino a casa mi hermana con su marido a cenar y todo fue normal hasta que mi cuñado agarró un cuchillo y se lo lanzó al gato asegurando que era una cría de dragón.

—Cielo santo. ¿Le dio?

—Falló, pero destrozó media casa hasta que le reducimos.

—Al menos no hubo daños —suspiró Sara.

—Los hubo. Mi cuñado tiene Alzheimer y mi hermana le cuida desde hace años. Desde que Plata salió de su cuerpo, no paró de quejarse de unas jaquecas terribles. Los médicos nunca dieron con la causa. Dos años después ya no reconocía a su mujer. Su hijo, mi sobrino, que nació dos meses más tarde, nunca ha oído a su padre llamarle por su nombre. Y esta es la parte suave de la historia. Hay mucho más. Así que no me cabe duda de que tú y ese niño no sois normales si vais con el Gris. Ese chico de aspecto inocente tiene que ser una buena pieza aunque yo desconozca el motivo. Y tú no eres una excepción. Así que te lo repito: ninguno de vosotros va a acercarse a mi hijo.

—Entiendo lo que debes haber sufrido...

—¿En serio?

—Nadie puede entenderlo, es cierto. Pero Plata es completamente libre, no es culpa del Gris que le acompañe. El Niño dice...

—¿El Niño lo dice? Empiezo a creer que de verdad eres una ingenua. Es la única explicación posible si piensas que el Gris no consiente que Plata vaya con él. Podría evitarlo si quisiera. Pregúntate por qué no lo hace. Y luego haz la misma pregunta contigo. Tu expresión es muy reveladora. Apuesto a que fue él quien te encontró a ti y no al revés.

—¿Tú sabes el motivo de que me buscara? —preguntó Sara con un leve temblor.

—Lo sospecho.

—Pero no me lo dirás.

—Porque si acierto, no te gustaría saberlo.



—¡Callaos de una vez, idiotas!

Diego no habría reunido el valor suficiente para desenterrar la cabeza de los brazos de Ana y volverse si no hubiera reconocido la voz de su compañero.

—¡Álex! ¡Maldito anormal! ¿Sabes el susto que nos has dado?

La enfermera estaba pálida, no podía hablar. Observaba a Álex, de pie frente a la puerta del baño, como si fuera un monstruo a punto de devorarla, con los ojos y la boca abiertos.

—Largaos de aquí de una vez, vamos.

Diego ayudó a Ana a levantarse del suelo.

—¿Eran tuyos los pasos que escuchamos? Podías habernos avisado, casi nos morimos cuando abriste la puerta.

—No eran mis pasos —dijo Álex—. Y no podía decirte nada para que no me oyeran.

—¿Quién? —Diego tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo, rendido por el peso de la enfermera, que, mareada, se dejaba cargar sobre el Niño—. ¿Es Plata? ¿Le has encontrado? Nosotros le estamos buscando.

—Plata no nos ha encerrado en la casa. —Álex lanzó una mirada rápida al pasillo—. Tengo que irme o le perderé. Encuentra a Plata, Niño.

—Espera, ¿a quién persigues? ¿Quién nos ha hecho esto?

—Bruno, el marido de Tamara. Le he visto alterar la casa. Tened cuidado con él.

—No nos dejes solos...

No acabó la frase porque Álex ya se había marchado.



—Te he oído.

—No he hecho nada para ocultar mi presencia —dijo el Gris entrando en la cocina—. Baja los puños, no he venido a pelear contigo.

Saúl los bajó, pero los mantuvo cerrados. No relajó los músculos ni dejó de mirar al Gris un instante, atento a cada movimiento que hacía, como alguien que está ante su enemigo y sabe que el enfrentamiento es inevitable.

—Te dejé bien claro que no quiero tener nada que ver contigo.

—Lo entendí. —El Gris caminó en círculo, despreocupado, hasta quedar de espaldas a Saúl. Se inclinó para estudiar el suelo en el lugar donde antes descansaba el cadáver de su compañero—. Tienes el peso del cuerpo montado en la pierna izquierda, preparado para actuar. No me has creído. Me tienes miedo.

—No vas a desconcertarme dándome la espalda —dijo Saúl—. Y yo no tengo miedo de nadie, mucho menos de ti.

—Sí, eso también encaja.

El Gris se apoyó en la pared y cruzó las manos sobre el pecho.

—¿Con qué encaja? —preguntó Saúl.

—Con tu verdadera identidad —contestó el Gris—. Esa que te has molestado tanto en esconder. Es evidente que sabes demasiado, no puedes ser una persona corriente. Así que estudié la runa de la puerta. A Sara aún le falta experiencia. No se dio cuenta de que está emborronada porque son dos runas. Alguien ha grabado una sobre la original. Y ese has sido tú.

—No sé quién crees que soy, rareza, pero ¿por qué iba a hacer algo así? ¿Insinúas que intentaba ocultar la runa? ¿O impedir que saliéramos de la casa?

—Es lo primero que pensé —admitió el Gris—. Pero estudié los trazos. Intentabas deshacer la runa original y no lo conseguiste. No necesitas mantener una expresión tan rígida, se me da muy mal descifrar el rostro de las personas.

—Por supuesto que traté de abrir la puerta. No sé dónde quieres llegar. ¿Has deducido mi supuesta identidad secreta porque quiero salir de esta casa?

—No. Ha sido por los ingredientes que utilizaste para dibujar la runa —replicó el Gris—. Concretamente, ninguno. Solo hay dos clases de personas que pueden dibujar runas sin ingredientes. La primera es un mago, pero es demasiado obvio que no eres uno de ellos.

—Pudo ser otro el que dibujó el segundo símbolo...

—Ya has admitido que fuiste tú. El segundo tipo capaz de hacer eso es un centinela. Eso es lo que eres, Saúl, lo que también explica en cierto modo tu odio hacia mí y que sepas tanto sobre nosotros.

—No hace falta demasiado para odiarte, solo conocerte un poco. Pero hay varios errores en tu razonamiento. Un centinela no oculta su condición, tienen un código, y te puedo asegurar que informarían de la muerte de un compañero, entre otras cosas.

—Conozco el código. Los ángeles os utilizan para buscar las páginas de la Biblia de los Caídos y para borrar nuestro rastro, para que los humanos normales y corrientes no sepan que existimos. Así que solo hay una explicación: eres un repudiado.

Saúl abandonó la postura defensiva y se relajó. Dejó caer los brazos, colgando con las manos abiertas.

—No sabes tanto sobre centinelas. Los ángeles no despiden a un centinela sin más, no le dan una carta de recomendación para que busque otro empleo. Es más complicado.

—Los ejecutan, lo sé, generalmente otros centinelas. No eres el primer fugitivo que conozco, Saúl. Tú y tu amigo estabais huyendo.

Se miraron durante un tiempo largo. Ninguno de los dos varió su postura.

—Tú también sabes demasiado, pero te equivocas si crees que todo esto tiene algo que ver con nosotros. Esta casa se tragó al bebé antes de que llegáramos. Y a mi compañero no le mató otro centinela.

—Ya lo sé. Los otros fugitivos que he conocido eran diferentes. Hacían lo que fuera por mantenerse ocultos y odiaban a los ángeles y el código, aunque ninguno logró sobrevivir demasiado tiempo. Pero tú no funcionas de ese modo. Buscas la redención. Crees que puedes ser readmitido porque no has hecho nada malo. Si no me equivoco, eras un centinela de Mihr, el ángel que ha desaparecido. No tienes ni idea de por qué te ha pasado esto, pero todos los que dependáis de ese ángel estáis en busca y captura. Y os quieren coger vivos, por eso sé que a tu amigo no le mató otro centinela.

—Es imposible que sepas tanto. Nadie conoce...

—Yo sé por qué Mihr desapareció sin decir nada. Y tú, también, solo que no quieres o no puedes aceptarlo. Mihr era un traidor y, lógicamente, todos sus centinelas están bajo sospecha. No me gustaría estar en tu pellejo cuando te atrapen.

—Te lo estás inventado. ¡Ningún ángel puede ser un traidor! —vociferó Saúl—. No sé qué ha pasado con Mihr porque nadie puede saberlo. No te creo.

—Como quieras —dijo el Gris—. Pero verás que no tengo nada contra ti. La runa de la puerta es nueva. Nadie la conoce. Piensas, igual que yo, que quien la ha dibujado tiene una página de la Biblia de los Caídos. Una que nunca se había descubierto hasta ahora. Quieres recuperarla para entregársela a los ángeles y limpiar tu nombre.

—Tú también la buscas. No me insultes diciendo que has venido a salvar a tu antigua novia. Los demás puede que se lo traguen, pero yo no. Quieres perdurar a pesar de no tener alma, algo bastante asqueroso, por cierto, y tu única posibilidad de lograrlo reside en la Biblia de los Caídos.

—Si esa página existe y está en esta casa, te la entregaré. Yo nunca faltó a mi palabra.

—No. A mí no me engañas.

—No me importa lo que pienses de mí, pero me basta con que no me veas como a un rival. No interferiré en tu búsqueda. Y solo te pido

que nos saques de aquí. No creo que nadie pueda retener a un centinela.

—Ahora nos entendemos. Toda esta palabrería es solo para llegar a lo que te preocupa, salvar tu existencia repugnante. Estás loco si crees que te ayudaré a ir por ahí haciendo tratos con la gente. Me das asco, Gris, para mí alguien que no tiene alma ya está muerto. Solo que en vez de pudrirte en un cementerio como te corresponde, puedes caminar y hablar. Tu tiempo se acaba y yo te veré agonizar hasta que te extingas definitivamente.

—Si eso es lo que quieres... Pero si encuentras una salida puedes ayudar a los demás. Ellos no te delatarán, no saben quién eres. Yo me quedaré dentro, no temas.

—Tus amigos no son mucho mejores que tú —soltó Saúl frunciendo los labios—. Algunos de ellos, al menos. Y no me fío de tu palabra. No hay nada que puedas hacer para que cambie mi opinión sobre ti.

—¿De dónde proviene ese odio tan profundo? —preguntó el Gris—. No te he hecho nada, ¿o sí? ¿Cuál es el origen de ese rencor? Tu arrogancia no te deja plantearte que podrías estar equivocado respecto a mí.

—¿Te haces el tonto conmigo? Has cometido el peor de los crímenes, Gris. —Saúl le señaló con el dedo, temblando de rabia—. Mataste a un ángel, a Samael, y nada puede justificarlo. ¡Nada! Limpiaré mi nombre mucho mejor si además de una página de la Biblia de los Caídos les entrego tu cabeza.



Ana, tras varios minutos quieta, abrió los ojos de golpe y aspiró una gran bocanada de aire, como si llevara todo ese tiempo conteniendo la respiración. Se levantó del suelo y agarró a Diego por los hombros, que la observó muy asustado.

—Dime la verdad, Niño. Vamos a morir en esta maldita casa, ¿no?

—¿Qué? No, mujer, no. De eso nada... ¡Ay! ¡Aaaaaaay!... Espera, puede que sí. Estamos bien jodidos, pero nada es seguro.

La enfermera le soltó y se encogió. Sollozó y se sorbió la nariz, a duras penas podía contener el llanto.

—No quiero morir...

—Eh, venga, vamos. —Diego le dio un par de torpes palmadas en el hombro—. Tenemos una buena oportunidad. Solo debemos encontrar a Plata, en serio. Luego nos reunimos con los demás y ya está. ¿Me estás oyendo? Hasta yo me lo creo. ¡Estoy consolando a una persona que tiene miedo! Debo de estar madurando.

—Está bien —dijo al fin Ana—. Vamos por ahí.

—No. En la dirección contraria.

—Pero Álex ha ido por ese lado.

—Precisamente —dijo el Niño—. Y está persiguiendo a Bruno, el responsable de todo este lío. Que se pegue Álex con él. Nosotros vamos a buscar a Plata. Así nos alejamos lo máximo posible del peligro.

Recorrieron el pasillo casi abrazados. Por suerte, el corredor era amplio y espacioso, y muy largo. Abrían las puertas que se encontraban, pero no entraban, sino que se limitaban a repasar las estancias desde la entrada. Pasaron por una habitación para invitados, un cuarto de limpieza y lo que parecía una sala de música. No advirtieron nada inusual. Plata no aparecía por ninguna parte, así que prosiguieron la búsqueda.

—Esto es un poco raro, ¿no?

—¿El qué? —preguntó Ana.

—Los juguetes de esta habitación —señaló Diego. La estancia estaba abarrotada de todos los cacharros imaginables con los que poder entretener a un hijo—. ¿No te extraña nada?

La enfermera siguió al Niño al interior. Allí, entre tanto juguete, se respiraba una atmósfera agradable e inocente.

—Son un poco complicados para un bebé —dijo examinando una pizarra de dibujo—. ¿Te referías a eso?

—Bueno, eso también, aunque podría ser que Tamara fuera una madre muy previsora que quisiera tenerlo todo preparado antes de que el nene crezca. Y la pasta no le falta, con la pedazo de choza que tiene. —Diego tropezó con una bicicleta—. Lo chungo es que hay demasiadas muñecas.

—¿Y qué?

—Pues que es un niño y esto parece la habitación de una niña. ¡Si hasta es rosita! ¡Y una casa de muñecas! ¡No me jodas! Hay que ser hortera. Me juego lo que sea a que hay una Barbie por alguna parte.

—Oye, ¿todo esto nos ayuda a encontrar a Plata?

—Pues no mucho —admitió Diego, que rebuscaba en uno de los armarios—. A menos que tenga un dragón de peluche. Pero hay algo más... Tengo una sensación rara... Aquí hay algo, lo sé... Dios, qué asco me doy... No lo pilló. Seguro que el Gris o Álex se darían cuenta, pero yo soy un tarugo.

—Déjalo ya. —Ana tiró de su brazo para obligarle a mirarla—. Oye, me da igual cómo eduque esa tía a su hijo. Yo quiero irme. ¿Seguro que Plata podrá sacarnos?

—Es probable —contestó Diego, pensativo—. Y si no puede siempre es mejor tenerle cerca. Su mejor cualidad es la suerte. Tiene una potra que no veas.

—Pues vamos a encontrarle de una vez. —Ana le hizo un gesto desde la puerta para que saliera de una vez.

—Tienes razón... ¡Espera! Ya lo tengo. ¡Ven, corre!

—¿Qué haces? —preguntó ella entrando de nuevo en la habitación.

—¿Cómo no se me había ocurrido antes?

El Niño alzó una silla pequeña de color rojo, con las dos manos, por encima de su cabeza. Luego la estrelló contra el suelo.

—¿Te has vuelto loco? —se escandalizó la enfermera.

—¿Qué va! —Diego la miró muy excitado—. Ya se cómo encontrar a Plata. Pásame otra silla.



No había nadie en el salón principal de la casa. En un primer instante, a Sara le sorprendió, pero luego agradeció tener algo de tiempo para asimilar todo lo que le habían dicho.

Se sentó en el sofá que estaba pegado a la pared y soltó un largo suspiro. Se sentía tan cansada como si hubiera estado transportando piedras de un lado a otro. Le asaltaban emociones contradictorias, dudaba, estaba confusa. Nunca antes había visto a Tamara o a Saúl, pero habían logrado que se planteara con quién estaba compartiendo su nueva vida. El Niño era el peor de todos, le había asegurado Saúl, un desconocido, un hombre que sabía mucho más que ella, una novata. Y luego Tamara había insinuado que el Gris tenía un motivo para que ella formara parte del grupo, igual que Plata, un motivo que le había ocultado.

Deseaba con todas sus fuerzas que todo aquello fuese mentira, que fueran invenciones, pero ¿con qué propósito iban a disponerla contra sus compañeros? A Sara no se le ocurría ninguno. Y necesitaba encontrar dos, ya que eran dos personas muy diferentes las que le habían advertido. ¿Qué ganaban haciéndola creer algo que no era cierto? Por otro lado, ¿qué sabía ella de sus nuevos compañeros? Bien poco. Era todo muy confuso...

—¿Te encuentras bien?

Sara se enderezó en el sillón y volvió la cabeza hacia la entrada.

—No te había oído llegar, Gris —dijo ella—. Solo estoy un poco cansada.

El Gris se sentó a su lado. En realidad se dejó caer en el sofá y apoyó la espalda. No era una postura propia de él. La pierna derecha de Sara quedó parcialmente cubierta por la gabardina negra. Estaba fría.

—¿Qué hay del bebé?

—No he podido ni tocarle —explicó Sara—. Tamara no me deja acercarme a él. No... No quiere que ninguno de nosotros...

—Sé lo que piensa. Creía que tú podrías convencerla.

—Por eso me enviaste, querías que le hablara bien de ti. El Niño habría soltado cualquier burrada con su lengua descontrolada. Pero yo...

—Nadie más tiene una buena opinión de mí, Sara, pero veo que tampoco tú crees ya en mí. Dices que no soy un monstruo pero no eres capaz de demostrárselo a nadie. Es muy complicado sonar convincente si tú no te lo crees.

—¿Me culpas a mí de que Tamara no confíe en ti? Ella te conoce mucho mejor que yo.

—No te culpo de nada. Yo soy el único responsable. Y lo creas o no, tu opinión es la que más me importa de todas.

Esa afirmación desarmó a la rastreadora, que no se la esperaba. Le costó sostener aquella mirada triste y apagada que proyectaba el par de ojos grises que tenía delante, dos esferas del color de la ceniza, sin brillo, hermosas de un modo poco habitual.

—Tengo la sensación de que no tomas en cuenta mis consejos.

—Porque no puedo, no siempre. Hay decisiones que debo tomar, no tengo otra elección. Pero eso no significa que no los necesite para no olvidar lo que de verdad importa.

—Yo... La convenceré. Déjame intentarlo.

—No tenemos tiempo. —Algo cambió en los ojos del Gris. Sara notó que de repente estaban más lejos, sin que ninguno de los dos se hubiera movido. El momento anterior, en el que se había sentido tan cerca de él, se había esfumado—. El bebé es la clave de todo. Se lo quitaré para que puedas rastrearlo.

—No puedes decirlo en serio —se espantó Sara—. Si de verdad te importa algo mi opinión, ayúdame a entenderlo. Tiene que haber otra solución. ¿Por qué has venido, Gris? ¿Qué pasó entre vosotros?

—He venido porque estoy en deuda con ella.

Sara le invitó a seguir hablando con un ademán.

—Al principio yo era casi normal...

—Sí, algo me explicó ella al respecto.

—Luego vino el dolor. Empezó en el pecho, un dolor frío, desgarrador, que se extendió por todo mi cuerpo. Me costaba moverme y respirar... Cuando llegó a mi cabeza creí que no lo podría soportar. Nada conseguía calmarme, no podía dormir... Llegué a estar desesperado... y comencé una cadena de errores... Encontré cierto alivio en las drogas, un tiempo al menos, hasta que el dolor volvió, mucho más fuerte. Ella no me abandonó, estuvo a mi lado siempre. Yo pensaba que iba a morir, que solo era cuestión de días. Por aquel entonces ya había perdido mi sombra y había conocido a Plata.

—También me contó esa parte. Sigue, por favor.

—Los dos teníamos claro que mi problema no encontraría solución en la medicina convencional. Entonces, una mujer nos habló de una solución. No se trataba de algo permanente, pero ganaría tiempo. Me enseñó a tomar prestada el alma de otra persona.

—¿Quién era esa mujer?

—Un demonio. Nadie más sabe tratar con las almas. Supongo que fue mi instinto de supervivencia el que me empujó a intentarlo, porque el dolor era tan fuerte que no me dejaba pensar. Así que lo hice, tomé el alma de otro hombre, o por lo menos lo intenté.

—¿Qué quieres decir?

—El hombre murió. Le maté yo al grabarle la runa. No es sencillo dibujar una runa de esa clase, y yo no lo había hecho nunca. Fue la primera persona que he matado desde que tengo memoria. Y yo iba a seguir sus pasos porque estaba agotado. Mi tiempo se había terminado. Recuerdo que pensé que era lo mejor. Pero Tamara no me dejó rendirme y yo accedí a intentarlo de nuevo, por ella. Y por ella cometí el mayor error de todos.

—¿Qué error? Sigue. Continúas con vida, así que tuvo que salir bien.

—Solo había otra alma que pudiera tomar en aquel momento. —Sara se encogió involuntariamente al comprender que Tamara había ofrecido su alma—. Cuando se la devolví, después de haberme confesado, tardó dos días en despertarse. Y cuando se despertó estuvo muy enferma durante casi un mes.

—Pero se curó, así que aún no lo entiendo. Ella te ofreció su alma para salvarte y lo consiguió. ¿Qué pasó después? El Niño me dijo que metiste la pata terriblemente, algo que le contaste en el metro, ya sabes lo indiscreto que es. ¿Qué hiciste?

—Ella no me dejó, Sara. Fui yo. La abandoné sin decir una palabra.

—Entonces no me extraña que te odie. Después de semejante sacrificio, se lo pagas así.

—Su alma fue la primera que tomé. No quería robarle nada más y no podía darle lo que ella más quería.

—¿Una vida normal? A lo mejor ella hubiera preferido estar contigo. Si la abandonaste, no la dejaste elegir. Era su decisión, pero tú la tomaste por ella. Maldita sea, Gris, ¿cuándo aprenderás que hay gente que no te ve como un monstruo, que quiere estar a tu lado?

—No se trata de eso. Hay cosas mucho más importantes que yo.

—Ella estaba enamorada de ti. No hay nada más importante.

—Lo hay.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no podías darle?

—Un hijo —contestó el Gris—. Soy estéril, Sara, no puedo... crear vida.



Ana tosía cada vez más. Se cubría la boca y la nariz con la mano, pero no servía de mucho.

—¡Vamos a incendiar toda la casa! —exclamó—. ¡Tenemos que apagarlo!

Las llamas crecían en el centro de la habitación, se multiplicaban.

—Todavía no —protestó el Niño—. Aguanta un poco.

Diego rompió otra silla infantil contra el suelo.

—¡No eches más madera!

—Tú controla con el extintor.

El humo cada vez era más denso, salía de la habitación y se extendía por el pasillo.

—¿Aún no podemos apagarlo? —preguntó la enfermera sin esconder su preocupación.

—Solo un poco más...

—¡Ahí estás, reptil del infierno! —rugió una voz desde el pasillo—. ¡Te encontré!

—¡Ahora! —gritó el Niño—. ¡Apágalo!

La espuma del extintor hizo su trabajo con rapidez. Ana roció la pila de sillas destrozadas que habían usado para encender el fuego. Las llamas se extinguieron, aunque el humo no se dispersó inmediatamente.

Por el pasillo avanzaba Plata, chirriando, impulsando la silla de ruedas con una mano mientras sostenía una fregona con la otra, en posición horizontal a modo de lanza.

—¡Niño! ¡Apartaos!

Diego se echó a un lado con ademán cansado, esperó pacientemente a que la silla de ruedas le rebasara y la agarró por detrás, deteniéndola en seco.

—Tranquilo, tío. No hay ningún dragón. —Diego miró a Ana y le guiñó un ojo—. Te dije que funcionaría.

—¿Se ha escapado? —preguntó Plata removiéndose en la silla—. Es por esta montura. ¡No puedo llegar a tiempo con este cacharro!

Descargó un puñetazo sobre el reposabrazos. Ana le indicó al Niño con un gesto que Plata estaba loco. Diego sonrió y asintió.

—Por suerte no estamos quemados, Plata, relájate. Y no vuelvas a irte por ahí de caza, mamón, que nos ha costado un huevo encontrarte.

—¿Podemos volver ya con los demás? —preguntó Ana.

—Desde luego, querida —contestó Plata—. No puedo consentir que os pase nada.

Los tres emprendieron la marcha de regreso al salón.

—Oye, Plata —dijo el Niño—. ¿Conoces esta casa?

—Conozco todos los cubiles de dragones que existen.

—Ya, ya, menuda pieza estás tú hecho. Escúchame bien, yo he estado en esa habitación y es de una niña mayor. Y si no me estoy volviendo loco, este cubil está cambiando, imitando el de Mario Tancredo.

—¿No lo sabías? —Plata arqueó las cejas—. Es bastante evidente...

—¿Quién es ese Mario Tancredo? —preguntó Ana.

—Un cerdo, un corrupto —respondió el Niño—. Esa habitación era de su hija, otra pieza de cuidado. Tenemos que avisar al Gris de que Bruno tiene alguna relación con Mario. Está cambiando la casa para que coincida con la del corrupto.

—¿Y eso es malo?

—Es una larga historia, créeme, pero te aseguro que no es nada bueno. Bruno nos ha engañado a todos.



—Silencio —ordenó el Gris—. Alguien viene.

Sara también se volvió hacia la puerta, conteniendo el aliento sin darse cuenta mientras se acercaban las pisadas. Soltó el aire al reconocer a Bruno entrando en el salón.

—Mi hijo, ¿dónde está? ¡Quiero verlo!

La angustia se reflejaba en su rostro y en el movimiento acelerado de sus manos. Resoplaba como si hubiera corrido varios kilómetros.

—Está perfectamente —le informó Sara—. Lo encontramos en...

—¿Cómo sabías que ha aparecido el bebé? —preguntó el Gris.

La rastreadora se quedó muda por su falta de tacto. Un padre quería ver a su hijo desaparecido y al Gris no se le ocurría otra cosa que interrogarle. Bruno le midió con una mirada furiosa.

—Me lo ha dicho el Niño. Me lo encontré en la segunda planta, creo que estaba buscando al de la silla de ruedas. ¡Y ahora, si no te importa, me gustaría ver a mi hijo!

El Gris no dijo nada. La rastreadora vio el cambio en sus ojos. Ya no era el hombre que hacía unos instantes se había abierto un poco y le había contado su pasado. De nuevo se mostraba frío y distante.

—Está con Tamara —intervino Sara—. En su cuarto, no te preocupes.

—Voy a verle ahora mismo —dijo Bruno.

Caminaba deprisa, pero le siguieron de cerca.

—Tu casa nos ha encerrado —señaló el Gris mientras subían las escaleras—. ¿Dónde te habías metido?

—¿Tú qué crees? —soltó Bruno sin volverse—. Estaba buscando a mi hijo. Ya te dije que esta casa está encantada.

El Gris no lo negó, como temía Sara. Siguió en silencio hasta el segundo piso y tomaron un pasillo hasta la segunda puerta a la derecha. Bruno entró sin llamar.

Tamara se enderezó en la mecedora y parpadeó varias veces. Parecía que le costaba enfocar, como si se hubiera quedado dormida. Bruno se acercó a su mujer deprisa. Ella le abrazó, del cuello, entrelazó sus manos mientras se le escapaba un sollozo, acercó los labios para besarle. Él se apartó.

—David. ¿Dónde está?

—En la cuna. —Tamara lo señaló con el dedo.

Bruno llegó en dos zancadas largas, tomó al niño entre sus brazos y lo besó. El bebé se despertó lentamente, agitando los brazos. El padre y el hijo enseguida estuvieron arrojados por los brazos de la madre, que daba gracias con la voz quebrada.

—Ya estamos juntos... No nos volveremos a separar...

El Gris contemplaba a la familia desde la puerta, con la cabeza levemente inclinada, inmóvil.

—Yo no debería estar aquí —susurró.

Sara puso la mano sobre su hombro.

—Ninguno de los dos deberíamos —repuso ella—. Dejémosles solos.

—Mira lo que tengo —dijo Bruno—. ¿Te gusta? Es un sonajero, David. Mira cómo suena... —Le oyeron decir a Bruno justo antes de cerrar la puerta.

Sara no sabía qué hacer o decir cuando estuvieron en el pasillo. El Gris acababa de presenciar lo que podría haber sido su vida si hubiera sido capaz de tener hijos y formar una familia. La rastreadora dudaba si hablar de ello era lo que le convenía o necesitaba, o si eso le causaría más dolor.

—Sospechas de Bruno, ¿verdad? —dijo ella tras varios minutos de silencio.

—Sospecho.

—Nos pediste a Álex y a mí que le vigilaráramos en el cementerio, cuando vino pidiendo ayuda...

—Ya no importa. Salgamos de esta casa. Vamos a buscar a los demás.

Sara vio con claridad que él no quería hablar del asunto. Le siguió en silencio escaleras abajo, hasta que el Gris se detuvo en el vestíbulo.

—Algo ha cambiado —observó.

Ella estaba tan pendiente de él, que ni se había fijado. Miró alrededor con atención.

—¿Es más grande que antes?

—Y me resulta familiar.

—A ti también debería sonarte este sitio, Sara —dijo Álex apareciendo por una puerta—. Gris, tenemos que actuar deprisa...

—¿Has encontrado una salida?

—No. Pero sé quién es el responsable. Tenemos que encontrar a Bruno. Va a desear no haber nacido cuando le ponga las manos encima.

El Gris endureció el rostro y giró bruscamente la cabeza. A la rastreadora se le aceleró el corazón.

—¿Bruno? ¿Estás seguro?

—Le he visto alterar la planta de arriba. Casi le atrapo, pero el Niño me distrajo y... ¡Gris! ¿Dónde vas?

—Bruno está con Tamara y con el bebé —explicó Sara mientras corrían tras el Gris—. Acabamos de dejarles solos.

—Idiotas —murmuró Álex.

Llegaron de nuevo a la habitación en el momento en que el Gris derribaba la puerta de una patada. Tamara yacía en la mecedora en una postura incómoda. No se veía a nadie más. En medio segundo el Gris estaba arrodillado junto a ella.

—Está viva. Respira.

—¡Aquí no hay nadie más! —exclamó Sara.

El Gris no dio muestras de oírla. Tocaba el rostro de Tamara con delicadeza, la acariciaba. Después la zarandeó por los hombros. Tamara se despertó sobresaltada y asustada. Miró al Gris confundida.

—¿Qué ha pasado?

—Tu marido ha desaparecido.

—¡David! ¡Mi bebé!

—Está en la cuna —dijo Álex—. Duerme.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó Sara haciéndose a un lado para que Tamara pudiera llegar hasta la cuna.

—Aún no lo sé —admitió el Gris—. Pero tengo la sensación de que Bruno está jugando con nosotros. Y lo va a lamentar.



—Tira, joder —murmuró Diego entre dientes—. Que lo estoy haciendo yo todo.

—No, tira tú —repuso Ana con idéntico esfuerzo—. Hacia arriba no sale.

Él empujaba la silla de ruedas, que se había quedado atascada en la curva de la escalera. Ella tiraba del respaldo. Los dos sudaban, pero la silla no se movía.

—Deberíamos dejarle aquí —jadeó el Niño apoyando las manos en las rodillas.

—Desde luego no se enteraría de nada. —Ana miró con una mezcla de sorpresa y desprecio a Plata, que descansaba sobre la silla con la boca abierta—. ¿Cómo puede quedarse dormido en estas circunstancias?

—Lo hace a menudo. Si un día encuentra un dragón de verdad se lo comerá mientras él duerme.

Plata soltó un ronquido largo y grave, que imitaba a la perfección un rebuzno afónico. Se movió para acomodarse, cambió de lado y murmuró algo así como «a la carga». La silla se inclinó y cayó al suelo.

—Lo que faltaba.

—Al menos se ha desencajado la rueda.

—¡Y el tío sigue durmiendo!

Plata tampoco se despertó mientras le levantaban, lo que les dejó a los dos extenuados y sudorosos. Tuvieron que sentarse unos minutos para recobrar. Bajar el resto de las escaleras resultó algo más sencillo, una vez que cuidaron de que las ruedas no se encajaran con la barandilla.

—Bien, ahora... Por ahí —señaló Diego—. No, un momento, vamos a la cocina.

—¿No puedes esperar a comer algo luego?

—Es una idea que he tenido. Si ese bastardo de Bruno está copiando la casa del corrupto puede que encontremos una salida. La última vez que estuve allí, la ventana y parte de la pared estaban destrozadas.

—¿Qué pasó?

—Ummm... Una niña de ocho años lanzó una nevera y se lo cargó todo.

—Vale que pasen cosas raras aquí... —dijo la enfermera—. Pero no sueltes trolas.

—Te aseguro que yo no miento —suspiró el Niño—. Ya me gustaría... Bueno, eso es lo de menos. Está aquí al lado, vamos a echar un vistazo. Y total con este no vamos a pasar desapercibidos.

Se refería a los ronquidos de Plata y al chirrido de la silla, que les acompañaron durante el corto trayecto a la cocina. Dejaron la silla de ruedas fuera, apoyada contra la pared.

—Si alguien intenta llevárselo, oiremos la rueda rechinar —dijo la enfermera.

A Diego le convenció el razonamiento. Entraron.

Tal y como había anticipado el Niño, la cocina había cambiado. Los muebles eran más bonitos, de diseño, tan limpios que brillaban. La nevera estaba donde le correspondía. Y no había ningún desperfecto en la pared ni en la ventana.

Lo que sí había era un hombre en el centro de la estancia, balanceándose, colgado de una cuerda que descendía desde el techo, con la cabeza apoyada sobre el hombro. Las manos, ligeramente moradas, colgaban inertes.

—¡Otro hambre! —exclamó el Niño—. ¿Qué está pasando en esta casa de los cojones? ¡Que alguien me lo explique! ¡Eh! ¿Pero qué haces? ¡No lo toques!

Ana ya había rodeado el cadáver para situarse frente él. Alzó la cabeza y contempló el rostro con una mueca.

—Ven aquí.

—¿Por qué? Yo paso de tocarlo.

—Porque tu teoría sobre la casa es basura.

La curiosidad venció al miedo y al asco, y Diego se acercó para estudiar la cara del muerto.

—Cada vez entiendo menos —murmuró—. ¿Por qué se ha suicidado Bruno?



—Agu... da, us...

—Alejaos del bebé —dijo el Gris.

El pequeño David sonrió como si hubiera entendido la orden y estuviera conforme con que nadie le molestara. Continuó jugando en su cuna con un oso de peluche, revolcándose entre las sábanas.

—Tío, ahora que la mamá está desmayada es el momento de examinar al mocoso —dijo el Niño—. No sabemos cuánto le durará el *shock*, pero se va a despertar de muy mala leche después de haber visto a su marido ahorcado, ¿no crees? Y no veas cómo se las gasta, macho, sé que era tu novia, pero es cosa fina.

—El Niño tiene razón, Gris —le secundó Álex—. No vamos a hacerle nada malo al bebé, pero para salir de aquí debemos averiguar qué pinta en todo esto. Lo hacemos por nosotros tanto como por ella. Tamara lo entenderá.

—Nadie va a tocar al bebé —repitió el Gris.

Estaba apoyado en la pared, en el extremo opuesto a donde se encontraba la cuna, pero aun así nadie se movió ni intentó llegar hasta el pequeño David.

—¿Por qué no quieres que le echemos un vistazo, Gris? —preguntó Sara.

—Porque Tamara lo prohibió, por eso. Encontraremos la forma de salir sin usar al bebé. Si cuando se despierte nos da su permiso, entonces lo haremos. No quiero discutir más sobre esto. Si alguien tiene alguna objeción, que se la guarde, o que se vaya, me da lo mismo. ¿Podéis asegurarme que examinando al bebé daremos con la salida? No, no podéis. Así que vamos a centrarnos en lo que sabemos.

—No estás siendo racional. —Álex miró al Gris muy serio—. No estamos ante un problema trivial. Ya han muerto dos personas. No tengo tiempo para tus pudores, ¿me oyes? A lo mejor quieres demostrar que sí tienes sentimientos o quizá estás mal de la cabeza, me da lo mismo, pero o me das una buena razón o voy a hacer lo que sea necesario para solucionar el problema. Y no voy a consentir que una mujer desequilibrada por la muerte de su marido decida nuestra suerte.

—Álex, creo que has olvidado quién eres y cuál es tu posición. —El Gris se separó de la pared—. Tal vez sea el momento de que te lo recuerde...

—Eh, eh, eeeeh... Ya vale, machitos. —Diego, de un salto, se colocó entre ellos—. ¿De qué vais? Vaya par de gilipollas estáis hechos. No soporto cuando os ponéis así. Me dan ganas de pirarme, pero no puedo, claro. —El Gris regresó a su posición original, apoyado en la pared. Álex retrocedió a una esquina—. Eso está mejor, pero tenemos que hablar. Empezaré yo, porque los ánimos están un poco calientes. A ver, todos creímos que Bruno era el culpable, pero la cagamos. Y la cagamos bien. Alguien se ha cepillado a Bruno y al otro pollo, al menda ese tan tocho que estaba muerto antes de que llegáramos. Tenemos que encontrarle y darle caña. Y yo creo que está bastante claro que tiene que ser un demonio, ¿no?

—¿Cómo estás tan seguro? —quiso saber Sara.

—Porque está imitando la casa de Mario Tancredo, joder, es evidente. ¿Se te olvidó que allí trincamos a un demonio? Esto es una venganza. Además, el cerdo de Mario ya había hecho tratos con demonios antes.

—Algo no encaja —objetó Álex—. Los demonios suelen matar de un modo mucho más violento y estos cadáveres no tienen signos de violencia. Han muerto del mismo modo y en el mismo lugar, como un ritual.

—Se han suicidado —intervino Ana, que hasta ese momento estaba arrodillada junto al sofá donde yacía Tamara, atendiéndola—. Nadie se ha cargado a esos dos. Yo encontré el cadáver de Bruno con el Niño. En la cocina no había ni un plato roto. Es imposible que se hubieran peleado con un asesino. Se ahorcó.

—Entonces estamos peor que al principio —opinó Sara, mirando a la enfermera—. Porque no tenemos ni idea de por qué lo hicieron, si es que de verdad se suicidaron. Yo he rastreado a Bruno y hay algo raro. No veo nada del día de hoy. Su último rastro es de ayer. Tuvo una discusión con Tamara porque había ido a la iglesia a pedir ayuda al Gris y ella no quería que le llamara. Él estaba muy frustrado porque no había obtenido respuesta. Todo lo que he visto es un padre preocupado por su hijo, nada que le relacione con Mario o con un demonio. Un hombre normal y corriente.

—Excepto en el día de hoy —apuntó Álex—. En el que no encuentras ningún rastro y por tanto no nos sirves de nada.

—¿Y de qué sirves tú?

—Cuidado que empezamos de nuevo con los líos —advirtió Diego—. A ver esta teoría qué tal. Hay alguien más que puede haberse cargado a esos dos. Lo siento, es que no me trago lo del suicidio. ¿Qué tal Saúl? Ese enano arrogante no nos tiene ningún aprecio. Y ni siquiera se molesta en disimularlo, el mamón. No le ha hecho gracia que vengamos y ha matado a Bruno por traernos.

—¿Y por qué no nos ha matado a nosotros? —sugirió Sara.

—Seguramente piensa hacerlo —dijo el Niño.

—Dejando a un lado que es un teoría demasiado simple —dijo Álex—, seguimos sin saber cómo ha logrado colgarles de una soga sin dejar signos de violencia. Y la misma soga para los dos. Tampoco entiendo que matara a su compañero.

—A lo mejor se pelearon por la página de la Biblia de los Caídos —insistió Diego—. No hay nadie más que pueda haberlo hecho.

—Saúl no ha sido —aseguró el Gris, tajante.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Niño —intervino Álex—. ¿Qué dijo Plata cuando encontrasteis el cadáver?

—¿Plata? Nada, estaba dormido, como ahora. Ahí le tienes, roncando como si nada.

Antes de que nadie dijera nada más, Saúl entró en el salón, silbando despreocupadamente. Llevaba las manos a la espalda, no miraba a nadie en particular, a pesar de que todos los ojos se clavaron en él automáticamente. Se tumbó en un sofá que estaba libre, junto al de Tamara, puso las manos detrás de la cabeza y cruzó las piernas. Silbó una melodía más rápida y alegre.

—¿Y este de qué va?

—Cállate, Niño —gruñó Álex y se dirigió a Saúl—. Tú, será mejor que dejes la música y te expliques.

Saúl dejó de silbar, pero siguió mirando al techo.

—No sé si debería —dijo, distraído—. Después de escuchar vuestra conversación, no entiendo cómo seguís vivos. Cuesta creer que se os conozca por ser un grupo que se encarga de resolver lo que otros no pueden. A mí me parecéis bastante estúpidos. Sobre todo el niño. No resolvería ni un puzle de dos piezas.

Diego se encendió. La cara palideció de rabia en un instante. Sara le sujetó y le tapó la boca, segura de que iba a cometer alguna locura.

—Si sabes cómo salir de aquí deberías decirlo —le aconsejó la rastreadora mirando a Álex—. Estamos todos muy nerviosos y no es momento para enfrentamientos.

—Se nota —dijo Saúl—. Pues sí, sé lo que tenemos que hacer para salir. Y vosotros también lo sabrías si usarais el cerebro. No es complicado de deducir.

—Pues dílo. ¿Qué tenemos que hacer?

—Nada. Esperar, contar chistes, pasar el rato. Iba a sugerir que cantáramos unas canciones, pero al guaperas no parece gustarle la música.

—No sabe nada —escupió Álex.

—Qué curioso... Pensaba que tú eras el más listo del grupo. —Saúl se incorporó hasta quedar sentado—. Estáis asustados porque no tenéis ni idea, pero tranquilos, dentro de un rato la puerta de la casa se va a abrir sola.

—De modo que debemos quedarnos aquí sin hacer nada.

—Es lo que os conviene.

—Yo también encuentro curioso que alguien que presume de inteligencia nos pida que nos quedemos quietos sin ofrecer una explicación —dijo Álex—. ¿Qué haría un tipo tan listo como tú en nuestro lugar? Yo creo que pensaría que quieres que nos quedemos aquí. Y vería lógico desconfiar de quien no te lo cuenta todo. Debes de tener una razón y no creo que nos guste.

—Oh, vaya si la tengo... Voy a divertirme con esto.

—Lo dudo mucho —dijo Álex—. Si puedes abrir esa puerta es mejor que lo hagas ahora mismo o el que se va a divertir contigo soy yo.

Saúl le miró y sonrió. No se mostró asustado en absoluto.

—Tranquilo, tipo duro. Me divertiré más si os lo cuento. De hecho, quiero ver vuestra cara. Y por cierto, no, no puedo abrir la puerta, pero como ya he dicho se abrirá sola. En cuanto uno de vosotros muera.

—¿Quién?

—¿No es obvio? —Saúl volvió el rostro hacia Sara—. La rastreadora ha dicho que Bruno está limpio, que no pude ver ningún rastro desde ayer. Algo cambió en el día de hoy. Mi compañero lo descubrió y por eso le mataron.

—O se suicidó —apuntó Álex.

—No lo creo. Y tú tampoco. Pero déjame continuar, luego rebates mi teoría si puedes. Nuestro asesino raptó a un bebé, luego llegasteis vosotros y el bebé apareció, ileso, y la casa se cerró.

—Es una trampa.

—Evidentemente —siguió Saúl—. El malo utilizó a Bruno para atraeros. No puedo estar seguro pero apuesto a que le chantajeó, le dijo que mataría a su hijo si no os metía en la casa. El asesino cumplió y le devolvió al bebé, pero supongo que Bruno iba a contarle todo y por eso le mató. A ver si ahora podéis seguir sin mi ayuda. ¿Por qué utilizar a esta familia? ¿Qué relación guarda con el mundo oculto? —Uno a uno todos se volvieron hacia el Gris—. Veis cómo no era tan complicado...

—¿Quería encerrar al Gris! —exclamó Diego—. Ha utilizado a Tamara porque sabía que el Gris vendría en cuanto se enterara.

El Gris no dijo nada, tenía los ojos fijos en el bebé.

—Pero ¿qué quiere de él? —preguntó Sara.

—Matarle —respondió Álex.

—Excelente deducción —aplaudió Saúl—. Y lo va a conseguir de la forma más sencilla del mundo. Sin tocarle siquiera. Solo va a evitar que se confiese, con retenerle aquí es suficiente. Una trampa muy elegante. —Se tumbó de nuevo—. ¿Cuánto tiempo te queda, Gris?

El Gris parpadeó, fue el único movimiento perceptible.

—Poco —dijo en un susurro—. Muy poco.

El Niño corrió a su lado, le abrazó y apretó fuerte.

—¿Es eso cierto? —Tamara estaba sentada en el sofá, miraba al Gris con violencia—. Dime que no es verdad. —Señaló al Gris con un dedo tembloroso—. ¡Dime que no han matado a mi marido por tu culpa!

El Gris se liberó del abrazo del Niño, apenas sostuvo la mirada de Tamara un segundo. Luego, con la cabeza ligeramente inclinada, abandonó la estancia.



—¿Qué haces aquí? —preguntó Álex.

El Gris estaba en cuclillas, al amparo de las sombras, en una esquina del dormitorio principal. Álex sabía que evitaba mirarle a los ojos directamente.

—Quiero estar solo.

—El Niño y Sara están buscando al asesino —le informó Álex—. Y yo también. Vamos a encontrarle y te sacaremos de aquí. No me fio de Saúl. Tienes que hablar con él.

—Saúl no tiene nada que ver. Lo que ha dicho concuerda.

—Pídele que nos ayude a encontrar al responsable...

—No lo hará. Saúl es un centinela fugitivo —dijo el Gris—. Como cree que me cargué al ángel, me quiere muerto. Igual que tú. Igual que todos, por lo visto. ¿Sabes una cosa, Álex? Estoy harto de vosotros. ¡Y del mundo entero! Déjame en paz. No tengo ninguna gana de hablar contigo.



—¿Quieres aprender o no? Pues no mires, tía. Un poco de paciencia.

—Vale... Lo encontraremos, ¿verdad, Niño? Al asesino, digo. Y salvaremos al Gris, ¿a que sí?

—Sara, se supone que tú eres la positiva. Si me haces dudar, me cago en los pantalones. Así que no vuelvas a...

—Lo encontraremos.

—Mejor. Bien... esto ya está. Ya puedes mirar.

—Parece una runa muy sencilla. ¿Qué hace? ¿Solo eso? ¿Un ruidito de nada?

—Pero tía, es muy chulo. Dale tú con la estaca... Ahí no, en el centro. Mola, es un fá sostenido, por cierto.

—¿Es que vamos a hacer un piano?

—Muy graciosa. Ahora píntala tú, listilla, al lado de la mía. Fíjate bien, copia los trazos hasta que sea idéntica. Y dale caña, que no tenemos todo el día... Uf, menudo churro. Anda, empieza de nuevo. Sostienes la estaca desde la base, así es muy complicado...

—Me estás poniendo nerviosa, Niño.

—Perdón.

—Ya está.

—Tiene buena pinta. Pero no la has probado. Dale con la estaca a ver cómo suena... ¡Ja! Vaya chasco, ¿eh?

—¿Qué he hecho mal? Yo la veo idéntica a la tuya. ¿Tengo que golpear en otra parte de la runa?

—No, no. Le estás atizando bien. El problema es que la runa está mal dibujada. Estate quieta un momento y te lo explicaré. Y deja de mirarla, préstame atención. Eres muy impaciente, Sara. Veamos, la runa está perfecta, como has dicho. No creo que nadie pudiera distinguirlas si las examinara. La diferencia está en cómo la he pintado. ¿Por qué crees que no te dejaba mirar mientras dibujaba? Tú has empezado por el círculo exterior, que es lo más intuitivo, luego te has currado los trazos del centro. Prueba a hacerlo al revés. Espera, que te lanzas a lo loco. Usa la otra mano, la izquierda.

—Es que soy diestra.

—Pues más te vale coger algo de soltura con la izquierda. Y no protestes, que esta runa está chupada. Venga, dale... No está mal... Esa línea, repítela... Eceeso es. Ahora dale en el medio.

—¡Suena! ¡Lo he conseguido!

—Te lo dije.

—Es alucinante. Entonces no basta con saberse el dibujo, hay que memorizar cómo se hace.

—Ya te digo. Por eso me aburre el rollo de las runas. Así es cómo los brujos protegen sus secretos. Si no, cualquiera podría reproducir sus runas y ver qué efectos causan.

—¿Y no es posible conseguirlo a base de probar?

—Tal vez se podría con las más simples, pero te aseguro que es imposible con las que son un poco elaboradas. Además, las variaciones son infinitas, no solo el orden de los trazos. Algunas requieren esperar un tiempo determinado entre una línea y otra, o dibujarse con las dos manos. Otras runas solo se pueden grabar en un momento concreto del día, o incluso durante una estación del año. También las hay que solo las pueden dibujar mujeres.

—Impresionante.

—Hay una teoría que dice que las más potentes solo las pueden dibujar niños, por eso no hay brujos con más de dieciséis años. Creo que hay alguna runa que es una pasada y solo se puede grabar una vez en la vida. Hay ingredientes especiales. Miles de variaciones, por ejemplo, si estiras la línea del centro en la que has dibujado cambia la nota que produce cuando golpeas la runa. Vamos que podríamos estar estudiándolas toda la vida y solo sabríamos una pizca del potencial que encierran.

—Y vienen de la Biblia de los Caídos, ¿no? Allí están explicadas todas y cada una de ellas.

—Se te hace la boca agua, Sara. Sí, esa es la teoría, por eso todo *quisqui* busca las páginas de marras. Y hay algo más en ese libro, un secreto del copón. Pero no me enrolló, que aún falta lo mejor. Atiende. Esta runa la voy a pintar yo. Ve tomando nota. A lo mejor deberías hacerte tu propio libro de runas, como el que tiene el Gris, claro que él puede llevarlo en su gabardina sin que se note ni le pese. Bueno, ya está, ¿qué te parece?

—Bastante fea. ¿Qué hace?

—Písala.

—¿Reacciona al peso? Solo veo que los trazos se iluminan, no entiendo su utilidad.

—Ahora lo entenderás, tía. Mira esto, que es la pera. Ahora dibujo una línea por aquí, un círculo... ¿O era al revés? ¡Asco de runas, de verdad! Ah, ya lo tengo. Falta esta parte... y ya está. Písala de nuevo.

—Es... Impresionante, ¿cómo has conseguido que suene? Las runas son...

—Las he unido. Este montón de líneas repugnantes que hay en medio es una runa de enlace. La del suelo detecta el peso, como ya has visto, a partir de unos treinta kilos más o menos, si no he metido la pata, claro. La primera sonaba al golpearla, pero ahora ya no, ¿lo ves? Puedes atizarle todo lo fuerte que quieras. Al enlazarlas, esta runa solo suena cuando la del suelo soporta más de treinta kilos.

—Tengo que aprender más, Niño. ¿Qué runas se pueden combinar? ¿Y cuántas?

—Muchas. Pero tenemos curro, Sara. ¿Has pillado lo de las runas? Bien, pues vamos a llenar la primera planta de runas de esas y las

enlazamos a la que suena. Es como un sistema de alarmas. Si alguien viene, el pitido nos alertará.

—¿Y si las pisamos nosotros?

—Le vamos a hacer una variación para que no funcione con seres humanos. No lo había hecho antes para que pudieras ver cómo funciona. Espero que no haya animales en casa.

—¿Quién piensas que es el asesino?

—Un tipo corriente, no, desde luego. No puede cambiar la casa así como así, y sabe un huevo de runas.

—¿Usa la magia?

—Sara, no seas inocente. Decir eso nos hace quedar mal. La magia no existe. Los hechizos, los conjuros... Todo eso son paridas infantiles. Cuando pasan cosas raras siempre hay una runa en alguna parte o más de una.

—¿Qué me dices de tu maldición? ¿No es una especie de maleficio que te echaron los ángeles?

—Puedes llamarlo como quieras, pero lo que esos cerdos me hicieron fue pintarme una runa. Una que no puedo borrar.

—¡Enseñámela!

—No puedes verla.

—¿Por qué no?

—Porque la grabaron en mi alma. En eso consisten las maldiciones. Usan nombres comunes para no estar inventando palabras de mierda. Pero siempre son runas del libro de las narices. Me encantaría trincarlo y prenderle fuego, te lo juro.

—¿Y los magos? También adoptaron un nombre común y corriente, ¿no? ¿Por qué ese precisamente si la magia no existe?

—Esos están un pelín sonados. Desde luego no pueden vociferar palabras idiotas y lanzar rayos por los dedos. La verdad es que son unos chulos que no pueden hacer mucho más que cualquier otro. Lo que sí mola es que pueden pintar runas sin necesidad de ingredientes. Por eso se creen especiales. Bueno, la verdad es que lo son. Los ingredientes son caros. Y son exactamente lo opuesto a la idea de mago estudioso que memoriza hechizos y es muy sabio. Esos palurdos se pasan la vida ejercitando el cuerpo, están cuadrados. Y meten unas hostias considerables. Te aseguro que si los magos sintieran interés por el mundo corriente, podrían reducir todos los récords olímpicos a marcas ridículas para aficionados.

—Me encantaría poder pintar runas así, sin...

—Ya, ya. Venga, que nos enrollamos y tenemos curro. ¿Cuál es la lección más importante que has aprendido?

—Que hay que memorizar cómo se pintan las runas y que se pueden enlazar unas con otras para...

—¡No! Lo más importante es que la magia no existe. Y ahora a dibujar. Tapa las runas con una alfombra o algo así. Y no la cagues porque estamos sin un duro y solo tenemos material para cubrir la primera planta.

—Si yo fuera una maga...



Llevaban mucho tiempo en silencio. Tamara tenía los ojos en blanco, con la mano entre los barrotes de la cuna, tocando a su hijo mientras jugaba. Ana no tenía mejor aspecto. Al principio la enfermera se movía como un animal enjaulado por todo el salón, pero ahora estaba sentada, también junto a la cuna, callada.

Saúl seguía repantigado en el sofá. Plata, profundamente dormido en la silla de ruedas, intercalaba exclamaciones con ronquidos, se movía mucho, pero nunca abría los ojos.

—Yo no debería estar aquí —se lamentó la enfermera—. No tengo nada que ver con vosotros. Solo le traje a él —añadió señalando a Plata.

—Es complicado entender el papel que desempeña Plata en todo esto —dijo Saúl, aburrido—. Quien se relaciona con él, suele verse involucrado en asuntos muy importantes. Y siempre parece que es casual.

Tamara se separó por primera vez de la cuna.

—Tú le odias, ¿verdad?

—Nadie puede odiarle sin entenderle —contestó Saúl—. Plata es...

—A él no, al Gris.

Saúl se sentó en el sofá y la miró con atención, asintió y en su rostro se pintó una expresión triste.

—No te tortures. Tú no sabías quién era cuando le conociste. Te enamoraste de él y...

—¿Quién más le odia?

—Te convendría olvidar todo lo relacionado con el Gris. Pronto acabará todo.

—Quiero saber quién ha matado a mi marido. Algún día mi hijo tendrá edad suficiente para preguntar qué le pasó a su padre.

—Perdonad —dijo Ana—, creo que...

—¡Habla! —gritó Tamara—. Dímelo de una vez.

Saúl carraspeó.

—Hay mucha gente que tiene motivos para verle muerto...

—¡Escuchadme! —chilló la enfermera—. El bebé está enfermo. Le pasa algo.

Tamara se dio cuenta de que llevaba un tiempo sin escuchar su voz. El pequeño David estaba tumbado boca arriba, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué dices eso? Está tranquilo, se está adormeciendo.

—Tiene fiebre —dijo Ana—. Por eso apenas se mueve. Tócale. He visto a muchos bebés y te digo que no está bien.

—¡Dios mío! —exclamó Tamara estrechándole entre sus brazos—. ¡Está ardiendo!

—Se habrá resfriado —opinó la enfermera.

—¡No puedo perder también a mi hijo! ¡No puedo!

Tamara comenzó a temblar descontroladamente, entre sollozos y una respiración entrecortada. Saúl se acercó y la sujetó por los hombros.

—No vas a perder a tu hijo, cálmate.

No funcionó. Tamara tenía los ojos en blanco, no escuchaba. Saúl la agitó un poco. Ella por fin reaccionó y le miró.

—Ayúdame.

—Tenemos que bajarle la fiebre —dijo la enfermera.

—Tamara, entrégame al niño —pidió Saúl—. Vas a estrangularlo o se te caerá si sigues con esos espasmos. Ana es enfermera, ella sabrá qué hacer... Eso es, ya lo tengo.

Le pusieron sobre la cuna y le quitaron el pijama. Tamara, incapaz de hablar, lo observaba todo conteniendo el aliento.

—Este pijama está muy sudado —dijo Ana—. Convendría quitárselo.

—¿Qué es eso? —preguntó Saúl señalando una marca alargada en la espalda del niño, fina, de tono ligeramente rojo.

—Parece un arañazo —opinó la enfermera—. No hay infección, así que no puede ser la causa de la fiebre. Tamara, ¿dónde guardas las medicinas?

—En el baño de la segunda planta... Y en la cocina —balbuceó.

—Ve a por ellas —dijo Saúl. La enfermera no se movió—. ¿Qué pasa?

—Yo... Tengo miedo de ir sola por la casa... Lo siento.

—¡Será posible! Está bien, te acompañaré. Tamara, estarás bien aquí. Espéranos, que volvemos enseguida.

Tamara asintió mecánicamente, sin dejar claro si había entendido algo de lo que le habían dicho.

—No cubras a tu hijo —aconsejó la enfermera—. Es mejor para que le baje la temperatura. Vámonos.

—Vámonos —repitió Saúl.



había resultado agotadora, ya que demandaba una precisión milimétrica en cada trazo. También le dolían un poco las rodillas de pintar sobre el pavimento.

Se sentó en el suelo de la cocina, donde acababa de grabar el último símbolo. El cadáver de Bruno seguía allí. Lo habían bajado de la soga y lo habían cubierto con una sábana. Sara lo había rastreado de nuevo, en busca de algún indicio, sin éxito.

Diego asomó la cabeza por la puerta.

—Descansando un rato, ¿eh?

—Si no paro un poco, se me caerá la mano.

—Ocupate de la runa del salón, la que sonará si alguien activa las demás. Yo voy a pintar las últimas en la habitación del final del pasillo.

—¿Vas a ir tú solo?

La cabeza del Niño desapareció sin responder nada. A la rastreadora le sorprendió su repentina ausencia de miedo a la soledad. Tal vez el pavor a perder al Gris era mayor y actuaba de estimulante para encontrar de una vez al responsable. Diego dependía de él para curarle sin que la maldición acortara su tiempo de vida. Y no solo eso, el Niño le quería. Sara podía verlo sin necesidad de saber que inevitablemente Diego era sincero cuando lo decía. No se atrevía a imaginar cómo podría afectarle la muerte del Gris.

Recordó que Saúl le había advertido que el Niño era el peor de todos, que su maldición era un castigo justificado por algo que había hecho. Álex también había insinuado que se lo merecía. Sara no se consideraba una estúpida y sabía que ninguno de esos dos hablaban por hablar. Sin embargo, ella no podía creerlo, no quería creerlo. Ella veía a un niño inocente, descarado y miedoso, pero con buen fondo, que admiraba al Gris, que estaba atormentado por una maldición que le separaba de las personas normales, y que era sincero. Si había cometido algún tipo de error o crimen anteriormente ahora se estaba redimiendo. Sara resolvió seguir a su lado, tal como le dictaba su instinto, hasta que Diego decidiera revelar su pasado. Solo entonces se formaría su propia opinión. Lo que de ningún modo iba a hacer es dejarse influenciar por Álex. Si existía alguien opuesto a ella ese era sin duda su compañero de ojos negros y facciones perfectas.

Sara se frotó la mano de camino al salón. Dejó de hacerlo nada más entrar, al toparse con la mirada dura de Tamara y el frío de su rostro.

—Será un momento. Solo tengo que dibujar una runa en la pared.

Tamara estaba sola, mecía al bebé en la cuna. Plata roncaba en una esquina.

—Hazla allí, si no te importa. No quiero esos símbolos cerca de mi hijo.

La rastreadora se acercó a la pared indicada.

—Siento lo de tu marido, Tamara. Sé que te quería mucho.

—¿Has rastreado su cadáver? —dijo bruscamente—. Te lo ordenó el Gris, supongo.

—Fue idea mía. Buscaba algún dato para desenmascarar al culpable. No pretendía ser indiscreta.

—El culpable es el Gris. Ahí tienes el dato que buscas. Él, tú y todas las rarezas del mundo paranormal o como lo llaméis.

Sara se acercó a ella, despacio, sosteniendo su mirada, sin parpadear ante la furia que desprendía Tamara.

—Es tu dolor el que habla, lo comprendo.

—No comprendes nada. Le sigues a todas partes, le defiendes a pesar de que ves con tus propios ojos cómo es. —Tamara desvió la vista hacia el suelo—. Yo también pensaba como tú cuando le conocí. A lo mejor le quieres, puede que estés enamorada de él.

—Esa eras tú, no yo. Algo te ha hecho cambiar de opinión. Debes tener una visión horrible de él si la única explicación que encuentras para que yo le acompañe es estar enamorada. No aceptas otras alternativas. ¿Por qué?

Tamara alzó de nuevo la cabeza, agitó la melena sobre la espalda, atravesó a Sara con la mirada.

—Tal vez no seas tan ingenua como para seguirle solo por amor después de lo que has visto. Le has idealizado, ¿o me equivoco? Te recuerda a alguien, a otra persona. ¿Un marido? ¿Un hijo? ¿Un amigo? Preguntas mucho por nuestro pasado, pero no me cuentas el tuyo. Dime, Sara, ¿perdiste a alguien? Sí, algo así, te sientes culpable y ahora intentas redimirte salvándolo a él.

—¿No sabes nada de mí! —Se encendió Sara—. En cambio él me ha contado lo que pasó entre vosotros. Pero ha venido a ayudarte...

—¿Yo nunca le pedí que viniera!

Sara, que estaba muy cerca de Tamara, se detuvo en ese preciso instante.

—Es cierto —dijo, pensativa—. Fue Bruno el que le llamó. Tú te negabas a aceptar su ayuda. ¿Porque te abandonó? No, no es suficiente. Fue hace demasiado tiempo. Sucedió algo más que tú no has olvidado. —La rastreadora llegó hasta Tamara y la agarró por las manos—. Dices que yo le idealizo, pero tú le odias demasiado. ¿Por qué?

—¿Qué haces? ¡Suéltame!

Tamara forcejeó pero no pudo librarse de Sara, que apretaba con fuerza sus muñecas.

—¿Alguien ha matado a tu marido! ¿Por qué culpas al Gris? ¡Mírame a los ojos! ¡Nunca le quisiste! ¿Es eso, Tamara? No. Ya veo que sí le querías.

—¿Me estás leyendo? ¡Suéltame! ¡No tienes ningún derecho!

Sara apretó los ojos, cerró las manos con más fuerza.

—Le querías. Entonces debía de ser él quien no te quería a ti... No, tampoco. ¿De dónde viene ese dolor? —La rastreadora abrió los ojos de repente—. Es culpabilidad, lo veo. ¿Qué le hiciste, qué te avergüenza tanto?

—¿No puedes entenderlo!

—Demasiadas sensaciones. Céntrate en la ruptura, cuando te dejó. Él no podía darte un hijo y... ¡Ah!

Sara la soltó y cayó al suelo, jadeando y sudando, agotada. Se quedó de rodillas con la boca abierta.

—Abortaste. El Gris no es estéril...

Tamara se desplomó en la silla.

—No quería tener un hijo suyo. Tenía miedo de que... —Un sollozo le impidió seguir hablando.

—De que su hijo fuera como él —terminó la rastreadora, asqueada—. Sin alma.

—No te atrevas a juzgarme. ¿Qué habrías hecho tú? Mi hijo, sin alma, sin sombra, sin poder relacionarse con los demás. ¿Cómo iría al colegio? ¿Tendría que confesarse también para sobrevivir tomando el alma de otros? Tuve mucho miedo... Siempre he querido tener hijos... Pero el día que supe que estaba embarazada del Gris fue el peor de mi vida... Yo le cuidé, compartí su dolor y su sufrimiento. Sujeté su mano mientras estaba al borde de la muerte. Escuché cómo me suplicaba que le matase para que acabara el dolor. Escuché también sus amenazas cuando no le hice caso... No podía arriesgarme a que mi hijo pasara por algo similar... Así que...

Sara esperó pacientemente a su lado mientras ella lloraba. No necesitaba rastrearla para entender sus emociones. Ninguna madre quiere que su hijo tenga problemas de salud.

—Eres muy fuerte, Tamara, por seguir adelante después de todo lo que has pasado. Tu hijo te lo agradecerá algún día.

Tamara, algo más serena, se limpió la cara con la manga de la camisa.

—Él nunca sabrá nada de esto.

—Lo que no entiendo es por qué mentiste al Gris. Has dejado que crea todo este tiempo que es incapaz de tener hijos y que te ha abandonado.

—Era la mejor manera de alejarle de mí. Si lo hubiera sabido, podría haber insistido, puede que incluso lo hubiese utilizado como una esperanza, un motivo para continuar. Necesitaba algo real, no un hijo que yo no iba a tener nunca con él. Era mejor la otra opción.

—¡Álex! Álex se lo llevó a buscar su alma. Le arrojaste a las manos de ese asesino. ¿Esa era la mejor opción?

—Es muy fácil juzgar desde fuera, sin haber vivido lo que yo. ¡No te atrevas a hacerlo! Tú no estabas allí. Es imposible que lo comprendas.

—No es tan complicado. Le destrozaste su autoestima. Perdió su memoria y su pasado cuando le robaron su alma. Y contigo aprendió que el amor no es suficiente para mantener una relación y que nunca podrá formar una familia. No me extraña que se sienta diferente de los demás. Pero es mentira y no tuviste el valor de decirle la verdad.

—¿Y tú sí lo tienes? Si eres tan buena y tan noble, ve y cuéntaselo. Ahí le tienes, a unas pocas horas de morir. Aprenderás una dura lección.

—Pero morirá sabiendo la verdad, sin creer que es un monstruo. Por supuesto que se lo diré.



Un montón de cajas pequeñas estaban desperdigadas sobre la encimera de la cocina. Ana rebuscaba entre ellas, leyendo los nombres de los medicamentos. Daba manotazos y lanzaba juramentos, bufaba.

—Aquí no hay nada que me sirva —gruñó—. No puedo darle ninguna de estas medicinas al bebé. Tenemos que buscar el botiquín de la segunda planta que nos dijo Tamara.

Saúl ni siquiera despegó los ojos del libro que sostenía en las manos.

—Sí, sí, lo has hecho muy bien —dijo pasando una página.

La enfermera se volvió, le quitó el libro de las manos con un tirón.

—No me has escuchado.

—¡Devuélvemelo!

—¡Las medicinas! Tienes que llevarme a la segunda planta.

—Ve tú sola. —Saúl recuperó el libro y pasó las páginas deprisa, hasta llegar a la que estaba leyendo—. Las escaleras están al final del pasillo.

Ana suspiró.

—¿Por qué no me ayudas? No es momento para leer sobre esos dibujos que pintáis por todas partes.

Saúl la miró sin mover la cabeza.

—Ninguna medicina puede ayudar a ese niño.

—Qué sabrás tú. He tratado a muchos niños y la fiebre...

—La fiebre no se la curará ningún medicamento.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo que tenía en la espalda no es ningún arañazo. Mejor que Tamara no lo sepa o se pondrá histérica. Y ahora déjame leer en paz. O vete a buscar el botiquín, me da exactamente igual. Mientras no me molestes...



—Vas mejorando —dijo Álex acomodándose al paso de Sara—. Has presionado a una mujer que acaba de perder a su marido, la has rastreado contra su voluntad para averiguar la verdad. Te endureces. Estás aprendiendo.

La rastreadora continuó caminando por el pasillo, impassible, sin importarle que Álex la siguiera por detrás.

—¿Por qué no me sorprende que espieras nuestra conversación? No vas a detenerme, Álex. Se lo voy a contar.

—¿Esa impresión te he dado?

—Has empezado con un halago. No tratas de intimidarme y usas un tono casi amable, como si fueras una persona normal. Has cambiado de táctica, así que sí, creo que intentas detenerme.

—Te equivocas. No era un halago. Aún te considero débil. Y te equivocas más todavía respecto al Gris. No quiero impedir que le cuentes la verdad. He venido a ayudarte.

La determinación de Sara flaqueó un instante, estuvo a punto de pararse y mirarle a los ojos. No se esperaba un cambio así en Álex.

—Tú lo sabías. Si no se lo has dicho en todos estos años es porque no te interesa.

—No veía el momento oportuno.

—Mientes —dijo Sara, abriendo una puerta—. La gente no cambia, tú menos que nadie.

—Las circunstancias sí cambian.

Tras comprobar que no había nadie en la habitación, Sara prosiguió andando por el pasillo. Los pasos de Álex se mantenían detrás, a la misma distancia.

—¿No deberías estar buscando una salida?

—Aún dudas de mí. No temas, no te detendré, ya te lo he dicho. ¿Por qué no me preguntas dónde está? O bien crees que no lo sé, o que no te lo diría. No te culpo. Pero de todos modos, yo regresaría a la planta de abajo. Aquí no está el Gris.

Sara vaciló ante las escaleras. Lo pensó durante unos segundos y al final descendió por los escalones.

—Sigo sin fiarme de ti —aseguró.

—¿Qué piensas decirle exactamente?

—Que no es estéril, que tiene opciones. En resumen, que no es tan diferente a los demás.

—Un argumento extraño, viniendo de ti —opinó Álex—. Hay personas normales que sí son estériles. ¿O es que les consideras diferentes a los demás?

—Creía que ibas a ayudarme.

—Lo estoy haciendo. No se te olvidará contarle que yo lo sabía.

—Por supuesto.

—La verdad es lo único que importa.

—Por supuesto —repitió Sara.

—Me gusta la idea, suena bien, aunque yo no la practique a menudo. A lo mejor aprendo algo de todo esto. Entonces le contarás que Tamara no quería tener un hijo con él.

—Lo entenderá. No es estúpido. Ya se considera un monstruo. Le dolerá, pero no le sorprenderá que ella quiera lo mejor para su hijo. No todo el mundo quiere hijos o formar una familia.

—Eso no importa. Estamos hablando de opciones. Su sufrimiento terminará porque gracias a ti se enterará de que podría formar una familia. Yo te apoyo, Sara. Será un alivio para él no padecer un problema físico que le impide dejar embarazada a una mujer, como sucede con millones de personas. La alegría superará el pequeño detalle de que es el único hombre con el que ninguna mujer querría tener un hijo. No creo que se sienta diferente o especial por eso, qué va. Se sentirá muy integrado, seguro que enseguida conoce a varios tipos con los que se identifica. No puede ser tan complicado dar con un hombre al que todas las mujeres le negarían uno de los instintos básicos primarios: la reproducción...

—Lo estás tergiversando...

—La verdad le enseñará al Gris que no tiene derecho a perdurar, que cuando se muera no quedará nada de él en el mundo. Y no porque no pueda tener descendencia, sino porque le rechazarían. No te olvides de contarle eso, Sara. ¿O no crees que sea verdad lo que he dicho?

La rastreadora apretó los dientes y se giró. Sus ojos temblaban de pura rabia.

—Tal vez no sea el momento, considerando su situación, pero en cuanto...

—¿Qué diferencia hay entre que le queden una hora de vida o unos días? Su situación nunca mejorará. La verdad, Sara, tienes que contarle la verdad, no traiciones tu decisión. Cuéntasela. Yo estoy aquí para apoyarte y asegurarme de que lo hagas. ¿No te alegras de que haya cambiado y esté de tu parte?

—¿Por qué haces esto?

—Porque somos un equipo. Tenemos que estar unidos y aprender unos de otros. Yo estoy aprendiendo mucho contigo.

—Es repugnante cómo aprovechas las situaciones para beneficiarte.

—¿Acaso fui yo quien abortó? No tomes la vía fácil, Sara, no me culpes a mí de la situación. Yo no le robé su alma y no fui yo quien le ocultó el embarazo. Ódiame si te hace sentir mejor, pero sé justa cuando señales con el dedo.

—Tú podrías ayudarlo...

—¿Y no es eso lo que vamos a hacer? Te lo repito, no te retires. Vas a contarle que el mundo es maravilloso y que podría tener hijos, que podría enseñarles a leer y a escribir, y llevarles al parque a jugar con otros niños. Y como quiero ayudarte, yo no le contaré nada sobre otras mujeres, ¿de acuerdo? Me mantendré en silencio. Sabes que no te estoy mintiendo.

—Sabes que lo deducirá él solo.

—Porque es la verdad y eso es lo importante. ¿O ya se te ha olvidado? Yo te lo recuerdo, no te preocupes.

—A ti no te importa la verdad.

—Mucho más que a ti. La diferencia es que yo no la reverencio. Hasta hace poco pensaba que hay circunstancias en las que la verdad puede ser perjudicial. Pero tú me has enseñado lo contrario. Vas a contárselo, Sara, o lo haré yo. Y en ese caso, no me callaré nada, me extenderé en los puntos más dolorosos, me aseguraré de que no tenga ninguna duda sobre todas y cada una de las implicaciones. Ya me conoces lo suficiente para saber si soy o no convincente cuando hablo. Tú decides.

—Si se lo cuento al Gris será solo porque...

—Contarme, ¿qué? —dijo el Gris que llegaba por el pasillo, solo, con los hombros caídos. Estaba sufriendo. Sara podía verlo con toda claridad.

—Sara tiene algo importante que decirte, Gris —dijo Álex—. Deberías escucharla.

—Te escucho.

—Sara —insistió Álex, animándola con un gesto de la mano.

—Gris, yo...

—Dime.

—Tal vez no te guste lo que tengo que decirte... —La voz de la rastreadora temblaba—. Pero creo que debes saberlo...

—Cuéntame, Sara.

El Gris apoyó la mano en el hombro de ella. Ambos se miraron y en ese intercambio hubo comprensión. La rastreadora se sintió cerca de él.

—Sabes que yo confío en ti. Sea lo que sea, puedes decírmelo —dijo el Gris.

—Espero que no te lo tomes a mal... —Sara logró desviar la vista un instante para mirar a Álex, que asintió con un movimiento casi imperceptible—. Verás... El hijo de Tamara se ha puesto enfermo.

—¿Qué?

El Gris se separó de ella y salió corriendo. Sara respiró hondo.

—Me mentiste, Álex. Sé que no se lo vas a contar.

Álex no varió su expresión.

—Espero, Sara, que de verdad hayas aprendido algo de todo esto.



Ana creía que llevaba horas sentada en la cocina. Saúl seguía estudiando su libro en absoluto silencio, pero con una intensidad casi violenta. Pasaba las páginas a manotazos, gruñendo y refunfuñando, algunas partes las repasaba con el dedo índice, apretando tan fuerte que la enfermera pensaba que iba a atravesar el libro.

Ana había intentado convencerle de que la acompañara a buscar las medicinas para el bebé, pero Saúl le había gritado. Como el miedo le

impedía deambular sola por la casa, se vio resignada a esperar. Sospechaba que Saúl no sabía qué enfermedad padecía el bebé y que por eso se negaba a compartir con ella su teoría, cualquiera que fuese.

La puerta de la cocina se abrió de golpe, estrellándose contra la pared. Diego acababa de darle una patada. Sostenía un palo alargado en la mano derecha.

—¡Anda! ¿Qué hacéis aquí vosotros dos?

—Lárgate, Niño —bufó Saúl.

—Pírate tú. Tengo que pintar un par de runas por aquí.

—Buscamos medicinas para el bebé —dijo Ana—. Tiene fiebre.

El Niño barrió la cocina entera con la mirada, deteniéndose en el techo más que en ninguna otra parte.

—¿El bebé? Pero si está perfectamente. Acabo de curarlo. Teníais que ver cómo juega en la cuna el condenado.

Saúl cerró el libro de golpe. Se levantó una pequeña nube de polvo.

—Eso es imposible.

—¿De verdad? Tú, que sabes tanto de nosotros, ¿no conoces mi maldición? Puedo curar a cualquiera, atontado.

—¿Le has borrado la marca de la espalda?

—¿Qué marca? —Diego se encogió de hombros—. Yo curo, tío, pero no tengo ni guarra de lo que curo. Es muy raro, la verdad.

—Tengo que examinar a ese bebé.

Ana dio un paso hacia la puerta, luego se detuvo y miró al Niño.

—Ve con él —dijo Diego—. Yo tengo que hacer unas pintadas y me estorbarías. Y seguro que a Tamara le mola tener a una enfermera cerca.

La enfermera asintió y salió de la cocina tras Saúl, que se alejaba casi corriendo.



Tamara, que yacía adormecida sobre el borde de la cuna, se despertó bruscamente.

El Gris acababa de irrumpir en el salón. Sus botas resonaban rítmicamente, y la gabardina negra ondeaba. Sus ojos de ceniza no la miraban a ella, estaban fijos en la cuna, en el bebé, que dormía boca arriba con los brazos en cruz.

—¿A qué has venido? No tenemos nada que hablar hasta que...

Álex y Sara llegaron en ese instante. La rastreadora negó con la cabeza mientras la miraba alarmada. Tamara entendió que después de todo no le había contado el secreto. El Gris avanzó hasta quedarse a un paso de la cuna.

—¿El bebé está bien?

—Está dormido. —Tamara abrazó la cuna en un gesto protector—. Antes tenía fiebre, pero ahora se encuentra bien.

—¿Se le ha pasado sin más?

—¿A qué viene esa pregunta? El Niño le ha curado. ¿No le enviaste tú?

—¿Por qué ponéis esa cara? —preguntó Sara viendo la mirada que intercambiaron Álex y el Gris—. El bebé duerme plácidamente.

—El Niño no cura a nadie voluntariamente —señaló Álex—. Solo al Gris.

—¿Qué estáis insinuando? —dijo Tamara.

—Sabía que ese mocosito mentía —rugió Saúl entrando en la estancia. Ana le seguía de cerca—. Alejaos del bebé, rarezas.

—¿Qué está pasando? —gritó Tamara—. ¡Que alguien me lo explique!

La enfermera tocó al bebé en un momento de despiste de la madre.

—Le fiebre no ha remitido.

—¿Qué hizo el Niño, Tamara? —preguntó el Gris.

—¡Dios mío! No puede ser... Me aseguró que podía curar cualquier enfermedad... Cogió al bebé en brazos y le distrajo con un sonajero. David pareció alegrarse de su contacto, así que le dejé... Cantó una nana... Y el bebé se durmió. Lo dejó en la cuna y se marchó. ¿Le ha hecho algo malo? ¡Decídmelo!

—¡El sonajero! —exclamó Sara—. ¿Era el mismo que usó Bruno cuando cogió al pequeño?

—Sí...

—¿Habías visto antes el sonajero? —preguntó el Gris—. ¿Lo compraste tú o Bruno?

—No. La primera vez que lo vi fue cuando lo sacó Bruno. ¿Cómo iba a dudar de su padre?

—Ese Niño maldito —soltó Saúl, asqueado—. Sabía que no debía fiarme de ninguno de vosotros.

—Dices que el Niño te engañó —le dijo el Gris—. ¿Notaste algún cambio en su aspecto?

—No tengo nada que hablar contigo —dijo muy tenso Saúl.

—Ningún cambio —se apresuró a contestar Ana—. Estaba igual que siempre.

—Entonces no le ha curado —dijo Álex—. El Niño envejece cuando cura a alguien.

Estalló una discusión en la que todos hablaban a la vez. Volaban las acusaciones, se cruzaron amenazas e insultos. La tensión acumulada era brutal.

Tamara seguía la conversación con dificultad, moviendo la cabeza de uno a otro según iban hablando.

—¡Ya basta! ¡Decidme qué le han hecho a mi bebé!

—Aún no lo sé —dijo el Gris, que se abrió paso hacia la puerta—. Pero tengo que ir a la cocina. ¡Apartaos! ¡Fuera!

—No voy a perderte de vista —le amenazó Saúl—. Todo esto es por tu culpa. Te dejaré pasar cuando me digas por qué quieres ir a la cocina.

—Porque el Niño está a punto de ahorcarse. —El Gris apretó los puños sin dejar de andar—. Y si no te apartas de mi camino, te mataré aquí mismo.

Saúl se apartó.



—Griiiiiiiiiiiiiis...

Se notaba que pretendía ser un grito, pero apenas llegaba a ser un gemido ahogado. Se notaba también su desesperación y su angustia.

La mano derecha del Gris desapareció entre los pliegues de su gabardina para emerger un segundo después sosteniendo el cuchillo de mango desgastado, adherido a una hoja oxidada y ligeramente torcida de más de cincuenta centímetros de longitud. Se trataba de un movimiento mecánico para él, que realizaba sin pensar, mientras atravesaba la puerta de la cocina.

En el centro, pataleando y girando sobre sí mismo, colgaba el cuerpo de Diego. La soga le atenazaba el cuello. Tenía el rostro morado.

—Ayuuuuu... ame... iiiiiis... por fav...

—¡Sujetadle los pies! ¡Deprisa!

El Gris saltó, se agarró a la cuerda por encima de la cabeza del Niño. Alzó el cuchillo, pero Diego le dio una patada descontrolada y falló al cortar la soga. Sara se tiró al suelo de rodillas debajo del Niño. Recibió varios golpes hasta que logró sujetar las piernas de Diego y elevarle sobre sus hombros. Se escuchó la inhalación de una honda bocanada de aire.

El Gris aprovechó el segundo en que la cuerda quedó quieta y la cortó. Cayeron los tres al suelo. Sara rodó a un lado. Diego tosía violentamente, se frotaba la garganta, corrían las lágrimas por sus mejillas. Trató de hablar, pero su respiración estaba demasiado acelerada. Sus ojos, tras recuperar su brillo normal, se posaron finalmente en el Gris, que estaba sentado en el suelo, a su lado. El Niño le abrazó con todas sus fuerzas. Aplastó su cabeza contra la gabardina y en ese oscuro refugio lloró nuevamente con el rostro aún amoratado.

—¿Quién me ha hecho esto?... ¡Hijo de puta!... ¡Como te pille te voy a colgar yo a ti de las pelotas! —Separó un poco la cabeza, pero enseguida volvió a pegarla al pecho del Gris, a quien se apretó más con sus pequeños brazos. Luego descargó varios puñetazos contra él—. ¿Y tú dónde estabas? ¿Por qué me dejas solo? —Le volvió a abrazar—. Te odio... No vuelvas a tardar tanto.

El Gris le indicó a Sara con un ademán que no interviniera.

—Estoy contigo, Niño.

—¡Cállate! ¡Cabrón!

—Estoy contigo —repitió el Gris.

Sara les contempló abrazados sin atreverse a decir nada, admirando el vínculo tan especial que había entre ellos. Después de ver al Niño dejar morir a Miriam, en la casa de Mario Tancredo, la rastreadora había creído que su única motivación para acompañar al Gris era el beneficio que obtenía al curarle sin que afectara a la maldición. Ahora sabía lo equivocada que estaba. Diego era, con toda probabilidad, la persona que más quería al Gris en el mundo.

—¡Sara! —El Niño por fin se separó del Gris y se abalanzó sobre ella para abrazarla. La rastreadora experimentó alguna dificultad para respirar—. Casi la diño, tía.

—Ya pasó. ¿Te duele el cuello? —preguntó ella. Diego se apartó bruscamente. Agarró las manos de Sara y la obligó a posarlas sobre su pecho—. Niño, ¿qué haces?

—Rastréame...

—Me aprietas mucho.

—¡Rastréame! Quiero saber quién me ha colgado del cuello.



—Vamos, suéltalo.

La voz llegaba con dificultad a los oídos de Tamara, que tenía serios problemas para pensar. Su cerebro parecía saturado, se negaba a funcionar debidamente. Solo era consciente de tener los brazos en tensión, alrededor de algo caliente. Por alguna razón no debía soltarlo bajo ningún pretexto.

—Está en *shock* —dijo otra voz, femenina—. No me extraña.

Eran dos, estaban frente a ella. Sus rostros se acercaban y alejaban a intervalos regulares. Dijeron algo más mientras discutían. Le llegó desde abajo una vibración, un golpe, y los rostros se quedaron quietos, ya no se movían.

—Levántala de la mecedora, a ver si reacciona.

De pronto los sonidos se hicieron más nítidos, se volvieron inteligibles. Del mismo modo se aclaró su visión. El mundo volvía a tener sentido.

—Dame al niño, Tamara —pidió Saúl—. Si le aprietas tanto le vas a hacer daño.

Así comprendió Tamara de dónde provenía el calor que empapaba su pecho. La temperatura de su hijo todavía era elevada, seguía enfermo. Le costó mucho separar los brazos. Ana, la enfermera, tomó al bebé con delicadeza.

—Curadle... por favor —fue cuanto pudo decir.

Se sentía muy débil.

—Eso intento —le dijo Saúl—. Ana, desnúdale.

—Sigue con fiebre. Deberíamos...

—Tengo que verle la espalda.

Tamara se apoyó en la cuna con las dos manos. No podía levantar la vista de su hijo. Ana le desabrochó el pijama y lo deslizó hasta dejar al descubierto la mitad superior del cuerpo. Brillaban las gotas de sudor.

—Me lo temía —se lamentó Saúl.

—¿Qué es eso? —preguntó Tamara con espanto.

En su pequeña espalda había dos líneas rojizas. Una de ellas, la más larga, era la que antes habían confundido con un arañazo. La nueva describía varias curvas, se cruzaba con la primera en diferentes puntos.

—Son trazos —explicó Saúl—. Están pintando una runa en tu bebé, Tamara. Con el primero no me di cuenta, lo siento.

—¿Una runa? —preguntó la enfermera—. ¿Como la que mantiene la puerta de la casa cerrada?

—Sí. El primer trazo lo dio Bruno, el segundo el Niño. Me juego lo que sea a que ese sonajero del que hablan es una estaca. Tamara no quería creerlo. Podía entenderlo del Niño, pero no de su marido.

—¿Qué hace esa runa?

—No lo sé, pero tenemos que impedirlo.

—Hay runas buenas, ¿verdad? —preguntó esperanzada.

Pero esa esperanza murió bajo la mirada de Saúl.

—Ninguna que se ponga sobre una persona. Escúchame bien, Tamara. Un adulto podría soportar que le grabaran una runa de las más débiles y aun así le dolería muchísimo. Un bebé... No sé cuántos trazos requerirá la runa, pero si la completan, morirá.

—¿Por qué lo hacen? ¿Quién quiere matar a mi hijo?

—Lo mejor será preguntar a quien ha pintado la runa —opinó Saúl—. A menos que de verdad se haya ahorcado en la cocina.



—Lo voy a repetir una vez más —bufó Diego mirando directamente a Álex—. No recuerdo una mierda, ¿vale? Estaba grabando una runa en el pasillo. Me mareé un poco. Lo siguiente que recuerdo es aparecer colgado del cuello justo aquí. Yo soy el primer interesado en saber qué me pasó, ¿no crees?

—Entonces, ¿no fuiste a curar al bebé? —preguntó Sara—. Tamara nos dijo...

—Que no, joder, que yo no he sido.

—Interesante —dijo Saúl entrando en la cocina. Sara se enderezó enseguida, pero el Gris la tranquilizó posando la mano sobre su brazo—. Esa es una mentira descarada. —Cogió una silla y se sentó enfrentado a Diego, que mostraba su disgusto con una mueca muy desagradable—. Si se tratara de otra persona, te sacaría la verdad a golpes, pero tú no puedes mentir, ¿a que no, Niño maldito? Es decir, que o eres más tonto de lo que yo creía o alguien te ha borrado la memoria.

—¿Por qué tengo que soportar a este pedazo de mierda de medio metro? —preguntó el Niño—. Me acaban de dar un masaje en el cuello y no estoy de humor.

—Mira, chaval. Alguien está pintando una runa en el bebé de Tamara y tú eres el responsable del último trazo.

—Una runa mataría al bebé —dijo Sara—. El Niño no tiene ningún motivo para hacer eso, no cuadra.

—Y sería facilísimo descubrirle con una simple pregunta a la que no podría responder con una mentira —añadió Álex—. Además, ¿por qué se iba a suicidar después? Nadie tiene más miedo a la muerte que él.

—Nos ha jodido, porque voy al infierno...

—Qué lealtad, cómo os defendéis —se burló Saúl—. Entonces no importará que le registre para ver el sonajero que usó con el bebé.

—¿Qué sonajero? —preguntó Diego.

—No vas a registrar a nadie —repuso Álex—. Si hay alguien en esta casa que odia al Niño y quiere verle muerto eres tú. Por otra parte, no estás seguro de nada o no estarías hablando con nosotros.

—Saúl no ha sido —intervino el Gris.

Todos lo miraron a la vez, como si se dieran cuenta de que él también estaba en la cocina con ellos.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó el Niño—. A mí me parece que Álex tiene razón.

—Porque está vivo.

—No lo entiendo.

—Le he dado muchas vueltas. Bruno me trajo a la casa, pero desde el primer momento me extrañó que fuese capaz de encontrarnos en el cementerio.

—También te encontró en la tienda de los brujos.

—Ahí sí era Bruno de verdad —aclaró el Gris—. Luego cuando vino al cementerio era otra persona la que ocupaba su cuerpo, por eso Sara no puede rastrear nada desde ese instante, y por eso lo que ve antes no es sospechoso. El responsable no chantajeó a Bruno, como Saúl había supuesto, usurpó su cuerpo. Nos encerró aquí. Luego le usó para grabar el primer trazo y por último se libró de él. Se ahorcó y abandonó el cuerpo cuando la soga apretó el cuello. Tu compañero, Saúl, sufrió la misma suerte, creo que se sirvió de él para preparar la runa de la puerta o alguna otra que afecte a esta casa. Y el Niño iba por el mismo camino. Le utilizó para dibujar el segundo trazo del bebé y también iba a deshacerse de él. El culpable está muerto y necesita cuerpos vivos para dibujar runas.

Nadie habló durante un rato en el que trataban de asimilar las palabras del Gris.

—Entonces, ¿qué es? —dijo al fin Sara—. ¿Un fantasma?

—Puedes llamarlo como quieras —contestó el Gris—. Un espíritu, un espectro, un alma que no ha seguido su camino.

—Pues estamos bien jodidos —bufó el Niño—. Son unos mamones de cuidado. No es nada fácil cargarse a uno. ¿Os acordáis de aquel bastardo del museo? Casi nos...

—No os precipitéis —aconsejó Saúl—. Admito que los detalles encajan en general, pero tiene que tratarse de otra cosa. Los espíritus son

muy violentos y no razonan, no tienden trampas ni trazan planes tan elaborados.

—No encuentro otra explicación —insistió el Gris.

—Los demonios también pueden poseer a la gente.

—Siempre hay síntomas físicos evidentes cuando lo hacen. Nos habríamos dado cuenta. Y tú sabes bien que ningún demonio podría poseer a tu compañero.

—Pues debe de ser algo nuevo. —Saúl no se dio por vencido—. Igual que esa runa que nadie conoce. Un fantasma despedazaría al bebé sin más y a todos nosotros también. Cuando entran en un cuerpo no tienen tanto control durante tanto tiempo, perciben muy mal nuestro mundo. Algo no termina de encajar.

—¿Quieres poner en peligro la vida de todos mientras juegas a las adivinanzas? —El Gris se levantó—. Adelante. Busca la explicación que más te convenga. Pero ten en cuenta una cosa. Va a poseeros a todos y os matará.

—Pero a ti no —bufó Saúl—. Eres el único que está a salvo de ser poseído, ¿verdad? La excepción a todos los demás.

—Con frecuencia soy la excepción.

—Está claro que todo esto es por ti. Así que seguramente fuiste tú quien le mató. No negarás que tiene sentido.

—Lo tiene.

—Entonces, dínos. ¿A quién has matado?

—Así no avanzaremos mucho —dijo el Niño—. La lista es bastante larga.

—Pero tiene razón en una cosa —dijo Álex—. Tenemos que averiguar quién era o no tendremos ninguna posibilidad.

El Gris, que había dado un paso, se detuvo, meneó la cabeza con los ojos cerrados.

—Empecemos por regresar con Tamara y el bebé —dijo muy serio—. No podemos dejar que les posean. Álex, tú y Sara, buscad alguna pista en los cadáveres. Niño...

—¡Yo voy contigo!

El Gris asintió.

—Saúl, elige, ¿te quedas o vienes conmigo?

—¿Piensas darme órdenes como a tu grupo?

—No. Pero si te quedas solo, la próxima vez que nos veamos no sabremos si eres tú o estás poseído. Y considerando que ya han muerto dos personas, actuaremos en consecuencia.



Recorrían el pasillo deprisa. El Gris delante, marcando el paso, atento. Diego detrás, casi rozándole.

—No me gusta el Saúl ese —dijo el Niño—. Es un poco listillo, como Álex, pero más feo.

Le molestó que el Gris no dijera nada. Diego prefería hablar cuando tenía miedo porque eso le distraía y así no reparaba en que su amigo caminaba encorvado. No mantenía la cabeza tan alta como de costumbre y no controlaba su respiración, podía oírlo. No eran buenos síntomas.

—A lo mejor deberías grabarte unas runas, Gris. De esas que te hacen más fuerte. Ya sabes, por si acaso...

—Estoy bien.

Lo malo de no poder mentir era que el Niño solía detectar de un modo casi infalible cuándo otra persona lo hacía, incluso las mentiras piadosas, de modo que no podía engañarse a sí mismo. Su maldición era realmente asquerosa. Suspiró y caminó en silencio.

Plata seguía dormido en la silla de ruedas con la cabeza colgando hacia atrás. Sus ronquidos podían confundirse con truenos. Tamara y Ana estaban junto a la cuna. Se volvieron en cuanto el Gris y Diego entraron en el salón.

—¿Qué le has dibujado a mi hijo? —soltó furiosa Tamara.

—Él no ha sido —contestó el Gris—. Tampoco fue Bruno, no dudes de tu marido. Alguien los ha utilizado.

La enfermera palideció de repente y señaló al Gris con el dedo, temblando.

—¿Qué diablos te pasa?

Tamara adoptó una expresión similar. Retrocedió y abrazó al bebé con fuerza.

—¡Estás borroso! ¡Gris, no te acerques a nosotros!

El Gris se detuvo, frunció el ceño.

—Se les va la olla —dijo el Niño estudiando al Gris con atención—. Yo te veo bien. ¡Coño!... Son ellas las que están borrosas.

Diego parpadeó y se frotó los ojos. La silueta de Tamara, de pronto, se difuminó. Los colores se mezclaban, el contorno ondeaba como si hubiera una cortina de agua delante de ella. A Ana le sucedía lo mismo. La cresta que partía su cabeza serpenteaba. En cambio, no sucedía lo mismo con los muebles que las rodeaban.

El aire tembló. De todas partes llegó un murmullo que les envolvió, suave y pegajoso. Un sonido que el Niño no había escuchado nunca. La figura de Ana recobró su definición, desaparecieron las ondulaciones, y a continuación se aclaró la de Tamara.

—¡Se mueve! —gritó la enfermera.

La advertencia llegó tarde. Hubo un silbido, seguido de un violento golpe cuando el cuerpo del Gris se estrelló contra la pared tras volar de espaldas por la habitación. Se desplomó boca abajo, gimió. Una grieta creció en el lugar del impacto.

Aquel ente que deformaba la visión se desplazó sin tocar el suelo. Brillaban dos esferas azules en lo alto de su figura, ahora alargada y muy alta. El Gris estaba en pie cuando llegó hasta él, con el puñal en la mano.

—¡Huid!

Se agachó a tiempo, por poco, un segundo antes de que un brazo difuso atravesara el lugar que ocupaba su cabeza. Detrás de él la pared tembló por el golpe. La grieta creció más.

—¡No le veo bien!

—¡Lo tienes justo delante! —chilló Diego—. No tiene color, Gris. ¡Rájalo!

Obedeció, cortó con el cuchillo el aire que flotaba ante él. El cuchillo frenó, se quedó atrapado entre aquella estructura insustancial. La hoja se deformó a la vista, igual que la mano. El Gris forcejeó, pero no pudo moverla. El siguiente golpe también le arrojó por los aires, hacia la derecha, hasta chocar contra una vitrina. Los cristales volaron en una ráfaga. De la boca del Gris caía un hilo rojo oscuro.

El cuchillo del Gris hendía el aire en su dirección, abrazado por esa forma irreal, que lo empuñaba. Apuntaba a su cabeza. El Gris, sin fuerzas para levantarse, rodó a un lado. El puñal varió su trayectoria para perseguir a su presa. Apareció una nueva figura que se acercaba muy deprisa. El Gris no pudo distinguirla hasta que se abalanzó sobre él.

—Sara... vete...

—Te sacaré de aquí. Vamos, levanta.

El cuchillo se clavó en la pared, a un palmo de su posición. El Gris tiró de Sara, que cayó sobre él. Ahora podía ver al fantasma. Su visión aún le atravesaba, distinguía los muebles que había detrás, pero su forma rezumaba un tono más oscuro que apenas reflejaba la luz. A los ojos del Gris se mostraba como una sombra semitransparente. La vio extenderse hasta una mesa y alzarla con facilidad.

El mueble descendía cuando un cuerpo saltó a través del espíritu. Un cuerpo pequeño que absorbió el terrible impacto. La mesa se quebró sobre su espalda y le aplastó contra el Gris y la rastreadora. El fantasma aulló y se desvaneció.

El Gris apenas logró retirar los fragmentos de madera que les cubrían. Con sus últimas fuerzas giró la cabeza de su salvador.

—No lo he hecho por ti —susurró Saúl—, sino por ella.

Saúl se desmayó y un segundo después, también se desvaneció el Gris. Debajo de ellos crecía un charco de sangre.



El Gris yacía tumbado en el sofá del salón con una expresión apacible.

—Duerme —aseguró el Niño—. Ya le he curado.

Ana le miraba perpleja.

—¿Cómo has podido detener la hemorragia? —preguntó la enfermera.

Por su experiencia había realizado cientos de curas, había visto y tratado muchos miembros fracturados, contusiones, cortes, incluso colaboró una vez en la amputación de una pierna. Pero nunca había visto una herida dejar de sangrar y cerrarse en unos segundos. Ni siquiera quedaba una cicatriz.

—Es un truco —contestó Diego—. Mola, ¿eh?

—Saúl también está herido —dijo Sara.

La rastreadora había extraído una astilla de madera, de casi un palmo de longitud, del brazo de Saúl. El pequeño hombre estaba sentado en el suelo con el brazo completamente empapado. Sara taponaba la herida con una camiseta.

—¿Quieres que cure a ese? Lo llevas claro.

La enfermera dio un pequeño salto, muy sorprendida.

—Me ha salvado la vida, Niño —dijo Sara—. Y al Gris también.

—Me la suda. No voy a gastar ni diez minutos de mi vida con él. Odia al Gris. Se relamía de gusto cuando pensaba que iba a morir aquí encerrado. Le pueden dar mucho por saco.

—Ya te advertí la clase de persona que era —le dijo Saúl a Sara—. No te molestes.

Se mareó un poco al incorporarse.

—¿Dónde vas?

—A curarme el brazo.

—Te acompaño —se ofreció Ana—. Puedo coserte la herida y limpiarla. Encontraremos algo con lo que hacer un vendaje decente.

—¿Qué? —bufó el Niño cuando se marcharon como respuesta a la mirada ceñuda de Sara—. Es mi vida y mi decisión. Y duele un huevo curar a alguien que no sea el Gris. No pienso hacerlo.

Un grito ahogó la réplica de la rastreadora.

—¡Ayuda!

Ella y el Niño corrieron junto a Tamara, que estaba volcada sobre la cuna. Lograron apartarla con gran esfuerzo. La sábana, blanca hasta ese momento, tenía una mancha roja. A Tamara le temblaba todo el cuerpo, así que fue Sara la que giró al bebé. Tenía un cristal clavado en el brazo, de tamaño pequeño, pero enorme en proporción al delgado miembro del bebé.

—Voy a buscar a Ana —dijo el Niño.

Tamara le agarró antes de que pudiera irse.

—Cúrale. Tú puedes hacerlo.

—Bueno, sí, pero no es tan sencillo. La enfermera se ocupará de él.

—¡Niño! —gritó Sara—. No puedo creerlo. Tú no eres así.

—¿Sabes lo que me pasa si curo a alguien? Claro que sí. Piensa en lo que me pides. Es mi condena.

—Por favor —suplicó Tamara—. Haré lo que quieras, lo juro... Te daré cualquier cosa que esté a mi alcance... No dejes morir a mi hijo... Es todo lo que me queda.

—No me mires así, Sara —se encendió el Niño—. No es justo. ¿Y si yo no estuviera aquí?

—Pero estás y puedes hacer algo bueno.

El Niño se dio la vuelta, resopló y pateó el suelo, se dio la vuelta de nuevo y miró a Tamara.

—¿Tú lo harías por mí?

—¿Salvarte? Pues claro.

—¿Y si perdieras salud o tiempo de vida al hacerlo? —preguntó muy serio Diego—. ¿Darías tu vida para alargar la mía?

—Eh... Sí...

—¡Ha dudado! Lo has visto, ¿a que sí, Sara? Ha hecho una pausa...

—¡Salva al bebé! —estalló la rastreadora.

—¡Mierda! ¡Joder! —El Niño dio una patada al aire, se agitó, se tiró de los pelos—. No puedo creerlo. Si es que soy un imbécil. Se acercó a la cuna.

—¿Le dolerá? —preguntó Tamara.

—A él no. Pero yo voy a flipar en colores.



Sara agradeció el silencio. En el salón dormían todos menos Tamara, que no tardaría en caer rendida a juzgar por la estrecha rendija a la que se habían reducido sus ojos. Estaba reclinada en la mecedora con la mano extendida hacia la cuna.

El Gris no había experimentado cambios. Plata dejó de roncar cuando Sara le colocó una almohada en el cuello. El Niño yacía en el suelo. Había gritado mucho al curar al bebé, entre unas convulsiones terribles. Babeó, se le pusieron los ojos blancos y finalmente se derrumbó. La rastreadora estiró sus piernas, que habían quedado en una posición poco natural, y deslizó un cojín debajo de su cabeza. Ahora le acariciaba el pelo.

Sara estaba orgullosa de él. Después de haberle visto negarse a curar a Miriam en casa de Mario Tancredo, había dudado si se ocuparía del bebé, pero al final lo hizo, a pesar del sacrificio que suponía para él. Le observó con curiosidad para ver si envejecía, pero no apreció ningún cambio relevante. Imaginó que la herida no era muy seria y por tanto no había necesitado mucho tiempo de su propia vida para sanarle. Algo le había oído comentar sobre cierta relación entre la gravedad de herida y el coste en tiempo que representaba para él.

Saúl se equivocaba respecto a Diego. Quizá había hecho algo horrible que justificara un castigo tan espantoso, pero había cambiado. Y puede que ese fuera el verdadero objetivo que perseguían los ángeles, que se convirtiera en una persona mejor.

Sara se dio cuenta de que su mano acariciaba los cabellos del Niño siguiendo el ritmo de las respiraciones de los demás, que se habían fundido en un murmullo suave y envolvente, rítmico, pausado. Se sintió cansada. El sueño también le afectaba a ella, reclamaba su turno, los párpados cada vez pesaban más. Pero debía mantenerse alerta. El peligro, aunque ahora le parecía lejano, era muy real, y no sabía cómo funcionaba una posesión. Tal vez uno de ellos se despertara en cualquier momento sin ser el dueño de su cuerpo. Cambió de postura para obligarse a moverse. Si continuaba cediendo al sopor tendría que levantarse y pasear. Le apetecía tanto recostarse un poco y cerrar los ojos...

Oyó a Álex entrar en el salón, que le hacía señas desde la puerta para que saliera. La rastreadora se levantó de mala gana y le siguió.

—¿Es prudente dejarlos solos?

Álex cerró la puerta.

—Estarán bien. Necesito tu ayuda, Sara. He encontrado una salida.

—Eso es genial. ¿Sabes cómo acabar con el fantasma?

Álex se acercó a ella, se inclinó para acercar la boca a su oído, bajó la voz.

—Por ahí no hay nada que hacer. El Gris no podrá con él, ya lo has visto.

—Porque está cansado.

—Porque es demasiado fuerte para él, para todos nosotros.

—Entonces, ¿por qué no nos mató? Huyó, algo tuvo que darle miedo.

—Huyó porque solo quería matar al Gris, apuesto que por salvar al Niño de la horca. Es el único al que no puede poseer y le molesta. Pero no le mató porque tú interviniste. A ti no quiere matarte, Sara. Te necesita...

—Para pintar otro trazo de la runa del bebé —terminó ella.

—Exacto. Esa es la clave. Os permite vivir para poseeros y seguir dibujando los trazos.

—¿«Nos»? ¿Qué hay de tí?

—Eso no importa. Atiende. Planea utilizaros uno a uno. Porque si grabara la runa de golpe el bebé moriría en el acto. Quiere completarla en un momento concreto, aún no sé para qué exactamente, pero tenemos que impedirlo. Es nuestra única posibilidad.

—¿Quieres que borre la runa? Yo no...

—No se puede borrar una runa sin conocerla...

—Ahí estáis —balbuceó el Niño, saliendo del salón—. Y juntitos. ¿Qué cuchicheáis?

Se frotaba los ojos y se tambaleaba, saltaba a la vista que acababa de despertarse.

—Niño —dijo Sara—. ¿Cómo estás?

—Me duele todo el cuerpo —se quejó Diego—. Es la última vez que curo a alguien, lo juro. Qué asco de ángeles... ¡Eh! ¿Qué pinta tengo?

—Estás prácticamente igual. No te preocupes.

—Han sido unos meses. Menos mal, porque si no, duele de verdad. —El Niño se tocó la mandíbula, se palpó la cara—. Necesito un espejo, joder. Mira... Ni un solo pelo en la barba. ¡Y ya tengo dieciséis! Así nunca pareceré mayor. Pero estos putos granos sí que me salen por toda la cara. Asco de acné... Y tampoco he ganado altura. Qué mierda. A ver si por aquí hay algún cambio...

Sara le detuvo sujetándole por el brazo. Diego ya se había desabrochado los pantalones y había bajado la cabeza.

—Eso lo puedes comprobar luego, ¿no crees?

—Eh, sí, claro, perdona... Es que me pica y...

—Deja tus paranoias para otro momento, Niño —gruñó Álex—. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos. —Diego asintió muy serio—. Hay que evitar que el fantasma termine la runa del bebé.

—Buena idea. De eso hablabais, ¿no? Iba a sugerir lo mismo. ¿Cómo lo hacemos?

—La única posibilidad que tenemos —explicó Álex— es evitar que la complete. Uno de los trazos empieza en la espalda y baja por la pierna izquierda.

—Lo pilló —dijo muy excitado el Niño—. Si no podemos impedir que pinte, le jodemos el lienzo. Quieres cortarle la otra pierna.

Álex se quedó callado, quieto, mirándoles a los dos con mucha intensidad.

—No puedo creerlo —se espantó Sara.

—Tío, yo lo había dicho de broma. No puedes pensar en serio...

—Otra opción es matarlo —insistió Álex.

—¡Por Dios! —Sara se llevó las manos a la cabeza—. ¡Lo dices en serio! Pero ¿qué te pasa, Álex? Nadie sería capaz de algo así. Estás hablando de mutilar a...

—Es un bebé, es horrible, pero es la mejor solución. —Álex hablaba con una sorprendente calma—. Es tu ocasión de demostrar si has aprendido algo, Sara. Deja a un lado tus estúpidos ideales. Librate de tus prejuicios y verás que estoy hablando de salvar vidas.

—A costa de la de un niño.

—El bebé va a morir igualmente. No me culpes a mí de eso. Podéis morir todos con él o hacer lo que os digo.

—¡No! Ni siquiera lo voy a considerar.

—Entiendo. —Álex seguía tranquilo, como si estuvieran discutiendo sobre dónde ir de vacaciones. El Niño se había encogido. Murmuraba y meneaba la cabeza, también estaba asustado, como Sara—. Piensas que vamos a salir de aquí sin que muera nadie más. Tu esperanza te hace creer eso, ¿verdad, Sara? Abre los ojos. ¿Qué dirás cuando muera el siguiente sabiendo que podías haberlo evitado? ¿Le dirás a Tamara cuando entierre a su hijo que amputándole una pierna o un brazo habría podido sobrevivir?

—¿Tienes alguna garantía de que eso funcionará? No, es una medida desesperada o ya me habrías demostrado que tu teoría es infalible en lugar de pedirme simplemente que lo haga. Mientras haya una sola posibilidad, no lo haré.

—¿Y qué posibilidad es esa? Dime, Sara, ¿cuál es tu alternativa? ¿Vas a sugerir algo o prefieres que sigamos como hasta ahora, esperando a que el fantasma nos vaya cazando uno a uno? No has aportado nada. Eres una inútil, como ya te avisé. Si no estuvieras aquí, nada cambiaría.

—¿Cómo llega alguien a ser como tú, Álex? Creía que ya había visto de lo que eres capaz, pero me equivoqué, siempre te superas. Te veo, te oigo y aun así me cuesta creer que exista alguien que pueda despreciar tanto la vida humana. Tiene que haber una razón. ¿Qué te pasó para convertirte en lo que eres?

—No te gustaría saberlo.

—Álex, recapacita. Tú eres muy inteligente. No tengo una solución, que Dios me perdone por eso. Soy una novata y puede que demasiado débil, no importa. Tú, sin embargo, sabes más que nadie. Puedes hacer algo bueno con todo tu potencial, algo que no sea matar a un crío inocente. ¿Por qué no te esfuerzas para salvarnos a todos?

—Lo he hecho, pero tú no lo ves.

—Eres imposible. ¡Estás completamente loco! Me das pena, Álex.

—No está loco —intervino Diego.

—No me digas eso, Niño. No me digas que estás de acuerdo con él, por favor.

—Solo digo que no está loco. Le conozco. Álex nunca se deja llevar, es frío, es un capullo desagradable que no le cae bien a nadie, es listo, como tú misma reconoces, y sabe mucho. Y también es un vago que siempre me encasqueta a mí todo el curro, pero eso es otro rollo... El caso es que Álex no toma decisiones a la ligera. —Diego se volvió hacia él—. Pero esta vez te has pasado, macho. Ni a mí se me habría ocurrido algo así.

—No pienso hacerlo —añadió Sara—. Puedes intimidarme todo lo que quieras, no cambiaré de opinión.

—No me equivocaba respecto a ti, Sara. Niño, te está contagiando su sensiblería. —Álex les miró a los dos durante unos segundos—. Como no puedo contar con vosotros, no me dejáis otra opción.



—Eres muy fuerte —dijo Ana atravesando la piel con una aguja—. O estás acostumbrado al dolor. He dado puntos sin anestesia, mucho más pequeños que estos y menos numerosos, y como poco el paciente hacía muecas y contraía la cara.

—He sufrido heridas peores —contestó Saúl.

La enfermera estaba terminando de coserle el brazo. Le faltaba un último punto. No era uno de sus mejores trabajos y eso se reflejaría en la cicatriz resultante, que sería bastante fea, pero dada la escasez de medios y el temblor que el miedo provocaba en su brazo consideró todo un logro no haber empeorado la herida. Había tenido que recurrir a una aguja e hilo de coser que encontró en un costurero, en la sala de estar.

Saúl no parecía interesado en su brazo. Sentado en el suelo, miraba la pared del baño mientras Ana trabajaba, pensativo, ausente, y sin soltar una sola queja. El suelo estaba manchado de rojo, como su ropa.

—Ya está. Has perdido mucha sangre. Eh, no muevas el brazo.

Saúl lo flexionó, apretó el puño, su semblante mostró un gesto de aprobación.

—Los puntos parecen fuertes. No saltan.

—Deberías mantener el brazo en cabestrillo.

—No puedo. Tengo mucho que hacer.

—Puedo... ¿Puedo acompañarte?

El pequeño hombre, que había hecho ademán de levantarse, se detuvo y se volvió a sentar.

—Pareces una buena chica. No deberías venir conmigo. Es peligroso.

—No quiero volver con los demás. —La enfermera apartó la vista—. Tengo miedo. No entiendo nada de lo que está pasando, pero ellos son... extraños. Todos. Tú... Tú pareces una buena persona, valiente, te vi abalanzarte sobre esa cosa y atravesarla para salvar a Sara.

—Estarás mejor con ellos. Mantente alejada del que llaman Gris y trata de no escucharles. De hecho, si salimos de esta casa, no estarás fuera de peligro a menos que olvides lo que ha pasado y nunca hables de ello con nadie.

—¿Quién me iba a creer?

—Eso da igual. Tú has visto cosas que no deberías. Si lo cuentas, creerán que es una invención o una anécdota graciosa que se te ha ocurrido mientras estabas colocada. Da igual, pero alguien lo repetirá, por diversión. La anécdota pasará a ser un rumor, luego un cuento o una leyenda, quién sabe. Te puedo asegurar que algunas películas que has visto están inspiradas en historias como esta. Pero lo que importa es que

hay... un grupo de personas que vela para que la gente normal no sepa la verdad. Se les conoce como centinelas y aunque son buena gente también son muy estrictos. Prácticamente no tienen límites con tal de impedir que la verdad salga a la luz.

—¿Por qué lo ocultan?

—Para que el mundo continúe como hasta ahora. Y porque cumplen órdenes.

—¿De quién?

Saúl suspiró.

—No lo creerías. Y de todos modos te he dicho que cuanto menos sepas mejor.



—Tía, ¿qué es eso, una caricia? —El Niño hizo una mueca de desaprobación—. Dale fuerte, joder. Mira y aprende.

Diego, sentado sobre el pecho del Gris, alzó la mano y le cruzó la cara. Sara se encogió involuntariamente. El Gris giró hasta toparse con el sofá. De su boca escapó un gemido.

—Dale otra vez —pidió Sara.

—No le despertarán —dijo Tamara desde la mecedora—. Podéis echarle un cubo de agua encima. Hasta que no se recupere, no abrirá los ojos.

—¿Y cuánto tardará? —preguntó Diego bajándose del sofá.

Tamara se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia la cuna.

—Vale, entonces esto es lo que haremos, Sara —continuó el Niño—. Si el Gris pregunta cuando se despierte, la bofetada se la has dado tú. Suponiendo que te pregunte a ti, claro.

A la rastreadora le sorprendió la capacidad del Niño para preocuparse por detalles completamente irrelevantes. Al menos, ahora se le veía mejor, más alegre, más lleno de vida. Tenía una capacidad envidiable para superar el miedo, para cambiar de un estado de ánimo a otro en pocos segundos. Uno de esos cambios se produjo en ese mismo instante, cuando su rostro se puso serio de repente. Álex acababa de entrar por la puerta.

Pasó a su lado sin mirarlos y fue directamente hacia Tamara.

—No dejes que se acerque al bebé —le advirtió Sara.

Pero Tamara no pareció tenerla en cuenta.

—Solo trata de salvar a mi hijo —replicó, ignorando a la rastreadora.

Álex llegó hasta la cuna para estudiar al bebé.

—No lo conoces, Tamara —insistió Sara, espantada de lo que era capaz de hacer Álex—. No puedes...

—Le conozco mucho mejor que tú —repuso Tamara—. Y desde hace más tiempo.

La rastreadora se quedó petrificada. Había una fuerte determinación en la voz de Tamara, en su expresión y su mirada. Y sin embargo no podía conocerle tan bien si le permitía acercarse a su hijo.

—¡Por todos los dragones!

—¡Plata! —El Niño salió corriendo hacia él, que se revolvió en la silla de ruedas—. La madre que te parió. Llevas sobando como tres horas.

—¿En serio? —preguntó Plata, aturdido—. Una de esas bestias debe de haberme lanzado un conjuro de sueño...

Sara volvió su atención a Álex y Tamara mientras Diego iniciaba una de sus charlas sobre dragones con Plata.

—No te apures —le dijo Álex en un tono impreciso—. He dado con un modo de borrar la runa del bebé.

—¿De verdad? —Se entusiasmó Sara—. ¿Cómo? Sabía que lo conseguirías si...

—Si pensaba sobre ello —la interrumpió Álex—. Algo que tú no pareces capaz de hacer, ¿o tienes algo que aportar?

—Déjala en paz —bufó Tamara—. ¿Cómo vas a quitar eso de mi hijo?

Álex continuó mirando a Sara unos segundos antes de continuar. La rastreadora sostuvo su mirada sin pestañear.

—Se borra como cualquier otra runa —explicó Álex—. Se necesita un ingrediente especial, en este caso de los más caros me atrevería a decir.

—Pagaré lo que haga falta —dijo Tamara.

—Ese no es el problema. Hace falta conocer la runa para saber el orden en que se dibujan sus trazos, el tiempo empleado, la mano empleada... Todos los detalles para poder dibujarla correctamente. Solo así se puede deshacer el símbolo.

Una sombra oscureció el semblante de Tamara.

—¿Y no conoces esos detalles?

—Yo no, pero los brujos sí. Ellos son los que más saben de runas. Si alguien puede borrarla, es un brujo.

—¿Un brujo? —preguntó el Niño acercándose a ellos—. Tranquilos, he dejado a Plata afilando el palo de la escoba. Está convencido de que es una lanza. ¿Has dicho un brujo, guaperas? Una idea cojonuda. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido? Solo le veo un inconveniente. Que yo sepa aquí no hay ninguno. ¿Quieres que les llame por teléfono, a ver si se pueden pasar a echar una mano? Y de paso que se traigan una *pizza*, que tengo hambre.

Álex fulminó a Diego con la mirada, un destello iluminó sus ojos negros.

—Empiezo a cansarme —dijo en tono amenazador—. Da la impresión de que os gusta poneros en contra de todo lo que digo. Podría entenderlo si propusierais alguna alternativa. Niño, te estás convirtiendo en un estorbo, como ella. Y ya no cuento con vosotros. Esto no os concierne. La runa está en el cuerpo del bebé, así que quien decide es la madre. Largaos y dejadnos en paz. Seguid perdiendo el tiempo, que es para lo único que servís.

—Jo, tío. —Diego bajó la cabeza y el tono de voz—. Cómo te pones. Yo solo decía que...

—Deja de comportarte así —intervino Sara—. Si puedes sacarnos de aquí, hazlo de una vez.

—Yo no puedo.

—¡Niño! —llamó Plata—. ¡Tengo frío!

—Ahora voy —contestó Diego.

—Has dicho que sabías cómo borrar la runa —dijo Tamara—. Trae a un brujo o haz lo que sea.

—Ya he dicho que yo no puedo —repitió Álex—. Solo hay uno de nosotros que puede salir de la casa.

—¿Quién?

—¿No es obvio? ¿Quién es capaz de saltar de un cuerpo a otro sin importar las distancias?

Se volvieron hacia la silla de ruedas. Plata parecía cansado, se le había caído el palo de la escoba y no alcanzaba a cogerlo. Le hacía señas a Diego para que se acercara.

—Un segundo, Plata —le dijo el Niño—. No está mal pensado. Plata trincaré otro cuerpo y puede avisar a los brujos y venir en nuestra ayuda.

—Tengo frío, Niño —gimió Plata.

—¡Que ya voy! —suspiró Diego yendo a su lado—. Como me cuentes que necesitas el fuego de un dragón para calentarte, te doy una paliza...

—¿Y si Plata tarda mucho en cambiar de cuerpo? —preguntó Sara—. Por lo que me habéis contado, ni él mismo sabe cuándo se va producir un salto.

—Ya me he ocupado de eso —dijo Álex.

—¡Plata! —chilló el Niño—. ¿Qué mierda te pasa? Dime algo, tío. Estoy aquí, contigo.

Sara llegó hasta ellos de dos largas zancadas. La cabeza de Plata colgaba sobre su pecho, que no subía y bajaba como debería, siguiendo la respiración. No halló pulso al tocar su cuello. El Niño se puso nervioso y lloriqueó.

La rastreadora reparó en una mancha en el pantalón de Plata, en el muslo derecho. Le movió un poco. La silla estaba mojada. Cuando se agachó ya sabía que encontraría un pequeño charco rojo debajo. Gruesas gotas del color de la grana caían desde la parte inferior del asiento sobre un charco de tamaño considerable.

—Está muerto —dijo posando la mano en el hombro del Niño—. Se ha desangrado. Alguien le ha cortado la femoral, ¿verdad, Álex?



En el centro de la cocina, justo en el punto del suelo sobre el que colgaron los dos cadáveres, Saúl estaba agachado con los ojos cerrados. Sobre las rodillas descansaban sus manos y respiraba profundamente en una concentración absoluta.

Permaneció así varios minutos. Luego abrió los ojos, tomó la cuerda que había estrangulado dos cuellos y que a punto había estado de partir el de Diego. Ahora la sogla estaba dividida en dos por el corte que le dio el Gris. Saúl repasó sus símbolos con el dedo índice, con cuidado, lentamente. Juntó los dos extremos, allí donde el cuchillo del Gris había cortado, y los apretó bajo su mano derecha. De nuevo aguardó un tiempo considerable. Cuando abrió la mano, la cuerda volvía a estar unida.

Saúl se levantó. Abrió uno de los pequeños armarios que estaban fijos a la pared. De su interior extrajo una bolsa de cuero negro.

Luego se marchó, pasando sobre el cuerpo de Ana, que yacía boca abajo, cuidando de no pisar ninguna de sus extremidades.

La enfermera seguía inconsciente. No tuvo que volver a golpearla.



El Gris, tras examinar el cadáver que hasta hacía un instante ocupaba Plata, se giró deprisa.

—¡Dejadlo de una vez! ¡Callaos!

El Niño, que no había abierto la boca desde hacía un buen rato, ni se inmutó. Tampoco Tamara, que se mantenía distante de la brutal confrontación que mantenían Álex y Sara. El Gris estaba pendiente del altercado para entender qué había sucedido mientras estaba inconsciente.

La disputa era tal que, al despertarse, el Gris había creído que les atacaban. A Álex y Sara solo les faltaba llegar a las manos, y ni si quiera habían reparado en él, hasta que se levantó para comprobar por sí mismo la muerte de Plata.

La pausa no duró demasiado.

—Ha matado a un inocente —repitió furiosa la rastreadora, que no podía contenerse.

—He salvado vidas, incluida la tuya. —Álex se retiró a una esquina alejada del salón—. Ahora solo tenemos que esperar.

—He dicho que lo dejéis ya —dijo el Gris, molesto—. Esto aún no ha terminado.

—¿Y ya está? Se comete un asesinato y no pasa nada. —Sara agitó la cabeza y miró al Gris—. ¿Así es como funcionamos?

—Lo hecho, hecho está. No podemos resucitarlo, así que no sirve de nada darle más vueltas.

—Ahora sí me creo que no tienes sentimientos. Si no le dices nada a Álex es porque apruebas lo que ha hecho.

—Te advertí que verías cosas horribles viniendo conmigo.

—Esto no me lo advertiste. Puedo aceptar que no tratamos con situaciones convencionales, pero tiene que haber un límite para lo que estamos dispuestos a hacer. Respetar la vida de un inocente me parece lo mínimo.

—Juzga la situación en su conjunto —le aconsejó el Gris—. Y marca tus propios límites. Habrá más muertes. Tal vez hoy no. Pero volverá a pasar. La muerte es parte de nuestro camino. Hay quienes quieren matarme a mí, lo sabes bien, y no voy a quedarme sentado, ni tengo intención de ponérselo fácil. Si tengo ocasión acabaré con ellos primero y preguntaré después. Me gustaría creer que nunca me equivocaré ni mataré a quien no lo merezca, pero eso es una estupidez. Decide si puedes o quieres soportarlo, Sara. No tienes por qué seguirnos. Solo Álex y yo tenemos que continuar adelante.

—¡Y yo! —soltó el Niño corriendo al lado del Gris—. De mí no te olvides. Lo siento, Sara. Yo... No es que me alegre, pero nos han puteado mucho.

La rastreadora se quedó callada. Se sintió sola, incapaz de identificarse con ellos. Lo peor para ella era la frialdad y la calma con la que todos hablaban de la muerte. Desde luego ellos estaban acostumbrados a matar y a ver morir, pero Sara no. Quizá pensando sobre ello dentro de unos días, en frío, podría llegar a entender que, dadas las circunstancias y el peligro que les amenazaba, no había otra salida. Pero ahora, en caliente, no podía concebir que se tratase la muerte de aquel pobre inválido con tanta naturalidad e indiferencia. Se preguntó si ella podría llegar a insensibilizarse como ellos, se preguntó también si deseaba que eso le sucediera. Y se habría hecho muchas más preguntas de no ser porque la puerta del salón se abrió en ese momento.

Ana saludó con la mano mientras sonreía. La enfermera se tocó la cresta y luego se miró la mano extrañada.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó a Sara.

—Atrás todos —dijo el Gris sacando el cuchillo.

—Buena idea. —La enfermera hizo una mueca de aprobación—. Yo también necesito un arma. —Se agachó y recogió el palo de la escoba del suelo—. Casi he terminado de afilar mi lanza. ¿Me dejas tu cuchillo, amigo mío?

La rastreadora nunca había visto en el Gris una expresión de sorpresa tan acentuada. El Gris extendió la mano despacio, con el mango del cuchillo por delante.

—¿Plata?

Sara se alejó mientras tenía lugar el típico intercambio con el Niño en el que Plata le preguntaba qué tal su cuerpo. Se acercó a Álex, que lucía una expresión similar a la del Gris, y se inclinó cerca de su oreja.

—Felicidades —susurró—. Tu plan ha sido brillante.





Saúl sostenía la bolsa de cuero negro mientras recorría el pasillo central de la segunda planta. Con la mano derecha acariciaba las paredes de vez en cuando, en puntos concretos. Las paredes respondían con un leve temblor a sus caricias.

En alguna ocasión, Saúl se agachaba y tocaba el suelo, que reaccionaba de la misma manera. Otras veces el contacto se prolongaba varios segundos. Así terminó con la planta entera.

Luego bajó al primer piso y también tocó aquí y allí. Daría la impresión de que Saúl escogía localizaciones al azar, pero no era el caso. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Terminó en el vestíbulo principal, frente a una pared que compartía con la cocina. Le llegaban voces desde el salón, donde se encontraban el Gris y los demás.

Una vez más, acarició la pared, describiendo líneas y círculos, alternando las manos, usando las dos a la vez cuando era preciso. La pared vibró, se onduló y deformó sus contornos. Finalmente se abrió. En el hueco estaba el cadáver de su compañero.

Saúl se lo cargó a los hombros y lo transportó sin dificultad, a pesar de tratarse de un cuerpo mucho más grande y pesado que el suyo. Regresó a la segunda planta, a una habitación con una sola cama. Dejó el cadáver en el suelo y dispuso todos los muebles en el lugar exacto. Luego situó el cuerpo de su compañero con mucho cuidado en la posición correcta, cerciorándose de que ningún detalle quedara fuera de lugar.

Lo repasó todo varias veces hasta que se sintió satisfecho.



De repente, Plata se enfadó, dejó de arrancar virutas del palo de la escoba, que ya apenas medía dos palmos y estaba tan afilado como un balón.

—¡Tú! ¿Cómo has entrado en la casa? —preguntó señalando a Sara—. ¿Has venido a cazar el dragón? Es mío, te lo advierto. ¡Y no pienso repartirlo!

Diego acudió junto a Plata.

—Tranquilo, tío. Se llama Sara, es una colega. Te caerá bien, ya lo verás.

—Pero ¿cómo ha entrado? —se extrañó Plata—. Antes no estaba aquí.

—Que sí, solo que no la habías visto. ¡Ay! ¡Aaaaaay! No, no es eso... ¡Que alguien me eche una mano, joder!

—Estaba encerrada en otra habitación, Plata —intervino el Gris. No podía dejar que Diego mintiera y Plata no aceptaría la verdad—. Pero es una buena amiga.

—Algo no huele bien aquí. Y mi olfato es infalible. ¿Podemos fiarnos de ella?

El Gris asintió y Plata volvió a centrarse en la escoba después de arrojar una última mirada cargada de desconfianza hacia Sara. Diego indicó por señas que le dejaran tranquilo.

—No sabía que Plata podía ocupar el cuerpo de una mujer —dijo Sara, aún sorprendida.

—Claro, puede entrar en cualquier cuerpo —explicó el Niño—. Pero eso no aclara que haya acabado metido en uno de los que estamos en esta casa. ¿Qué probabilidades había? Nunca ha hecho algo así.

—No ha sido una casualidad —dijo el Gris.

—¿A qué te refieres?

—No puedo explicarlo mientras esté aquí. Tenemos que conseguir que Plata salga de la habitación.

—Yo me ocupo —se ofreció Diego—. Eh, Plata, tío, ¿cómo lo llevas? La lanza tiene buena pinta, ¿no?

Plata guiñó un ojo mientras examinaba el fruto de su trabajo.

—Aún no está terminada. No podemos descuidarnos con esas bestias. Necesito capturar uno con vida.

—¿Para qué?

—Para amaestrarlo, claro. A veces salto a un cuerpo muy lejos y me cuesta mucho regresar. Pero cuando tenga mi propio dragón...

—Ya veo. Buen plan, macho, estás en todo. Oye, ¿cómo te lo vas montar? ¿Le atizarás al dragón en la cabeza?

El rostro de Plata se iluminó, sus labios se tensaron en una sonrisa inmensa.

—Celebro que lo preguntes, Niño. No todos valoran los aspectos más excitantes de la caza de dragones. —Sujetó el palo con fuerza, en posición horizontal—. Hay que esperar el momento preciso, cuando la cabeza esté...

—Eh, eh, veo un problema. ¿Y si el dragón te esquivo volando hacia atrás?

El rostro de Plata se arrugó como si estuviese olfateando algo podrido.

—Los dragones no pueden volar hacia atrás.

—¿Estás seguro? Son reptiles, ¿no?

—¡No pueden! —Se encendió Plata—. ¿Cuestionas mis conocimientos? Te lo demostraré. Observa. —Extendió los brazos hacia atrás, luego los dobló en una postura grotesca y agachó la cabeza, dejando la cresta en posición vertical. Plata sacudió los brazos arriba y abajo, aspiró una honda bocanada de aire, flexionó las rodillas—. Ahora verás cómo es imposible...

—Espera, espera. —Diego se puso delante de él—. Una demostración aquí puede ser peligrosa. ¿Y si te estampas contra la cuna del

nene? Tú no puedes volar, ¿verdad, Plata?

—Es cierto —concedió un tanto aturdido.

—Ya lo tengo. Practica un poco en el pasillo, que ahí no hay nadie y cuando te salga bien, me avisas. ¿Vale?

—Me parece correcto. Así verás quién sabe más de dragones.

Plata se dejó conducir hasta el pasillo por Diego, que cerró la puerta en cuanto estuvo fuera.

—No ha sido fácil —dijo el Niño regresando con los demás—. No hace falta que me deis las gracias, pero yo me daría prisa en hablar de lo que sea. No sé cuánto tiempo se entretendrá este ahí fuera.

Sara, que había seguido la conversación completamente alucinada, iba a preguntar por qué demonios no podían pedirle simplemente que saliera del salón, pero al ver que Álex y el Gris asentían prefirió quedarse con la duda.

—Decías que lo de Plata no era una coincidencia. —Álex sonó impaciente.

—He tardado en darme cuenta —explicó el Gris—. Saúl se equivocó y nos despistó a todos. El fantasma no me tendió una trampa a mí, se la ha tendido a Plata. Es a él a quien quiere matar.

—Tío, eso no tiene sentido.

—Ya sabemos que ocupaba el cuerpo de Bruno cuando vino a buscarnos. Al entrar en la casa, Plata iba en último lugar con la silla de ruedas, pero él se aseguró de que entrara antes de cerrar la puerta.

—Dime que tienes algo más que una posible coincidencia —pidió Álex.

—Lo tengo. Suponed que llevo razón y alguien quiere matar a Plata. ¿Cómo le encuentra? Es imposible. No hay nadie más difícil de localizar. Por eso fue a por el hijo de Tamara, porque sabía que yo vendría y Plata conmigo. Es la única forma segura de dar con él.

—Ya nos hemos equivocado antes —intervino Sara—. Aunque suena lógico, ese razonamiento podríamos aplicarlo cada vez que alguien te persiga, Gris, siempre dudaríamos de si en realidad van a por Plata.

—Además, Plata no puede morir —dijo el Niño—. Cambia de cuerpo y ya está. Intentar matarle es la mayor estupidez que se puede hacer.

—Por eso le ha encerrado. Quien quiera que sea el fantasma, sabe cómo retener a Plata.

Desde fuera llegó un estruendo, y con el golpe, la pared tembló ligeramente.

—Ni caso. —Diego hizo un gesto despectivo con la mano—. Es Plata y sus experimentos de vuelo draconiano.

La suposición del Niño quedó confirmada cuando oyeron una maldición con la voz de la enfermera.

—¿Y todo el plan de la runa y lo de ahorcarnos? —preguntó la rastreadora—. El fantasma ya nos tiene atrapados. ¿Por qué no nos mata sin más?

—Repasad lo que sabemos —dijo el Gris—. Posee a uno, dibuja un trazo en el bebé y se libra del sujeto. Lo mata para reducir los cuerpos a los que Plata puede saltar...

—Hasta que solo le quede el bebé —terminó Álex.

—Exacto. El último trazo completará la runa y matará al bebé, y también a Plata que se encontrará dentro de él. Si grabara la runa de golpe, el bebé moriría antes de que Plata ocupara su cuerpo. Y seguramente, esa runa tan complicada requiere de tiempo entre cada trazo para que funcione.

Sara desvió la vista hacia Tamara que les observaba en completo silencio, claramente atenta y extrañamente impasible.

—Pero, tío, no puede ser —se alarmó Diego—. Matar a Plata, si de verdad es posible, es algo muy chungo. No se puede. Él es... como... forma parte del esquema de la realidad o algo así.

—Eso nadie lo sabe a ciencia cierta —objetó el Gris.

—Que sí, que lo he oído en...

—Da lo mismo —le cortó Álex—. Para que Plata muera de ese modo, tenemos que morir todos antes. Así que no lo vamos a permitir.

—Ahí le has dado, guaperas.

—Tenéis que matar a ese fantasma —dijo Tamara, que se había puesto en pie—. Álex tiene razón. ¿Qué importa su plan? Dejad de hablar y salvad a mi hijo.

Volvió a sentarse, sin mirarles ni esperar una respuesta, como si no hubiera intervenido en la conversación.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Sara.

—Hay que averiguar por qué está cabreado con Plata —aseguró el Niño—. Los fantasmones tienen algo pendiente y por eso se quedan en nuestro mundo. Este debe de ser idiota y culpa a Plata de algo que le pasó. Si se lo explicamos...

—Eso son estupideces, Niño —escupió Álex—. Nadie sabe por qué algunos espíritus se quedan cuando mueren. Hay miles de teorías y repasarlas ahora no nos ayudará.

—Es verdad —le secundó el Gris—. Concentrémonos en cómo se les mata, no en cómo se crean.

—Solo hay un modo —apuntó el Niño—. El método universal. Hay que cortarle la cabeza. La putada es que para eso hay que obligarle a hacerse corpóreo. Y eso es imposible con este. Los otros espíritus que hemos visto eran estúpidos e irracionales. Cuando averiguábamos quiénes habían sido, era fácil engañarles con algo relacionado con su antigua vida. Pero este es especial, razona.

—Lo que indica que cuando estaba vivo también era alguien especial —añadió el Gris.

—¿Los espíritus se pueden hacer tangibles? —preguntó Sara.

—Solo los más fuertes, aunque no por mucho tiempo —contestó Diego—. La mayoría ni siquiera se pueden hacer visibles. De hecho, cuando un fante se hace visible más de unos minutos, tela con él, porque el bicho tiene que ser la hostia. Por eso ocupan cuerpos, para...

—Vamos a dejarlo —atajó el Gris—. Lo primero es protegernos. Voy a grabar runas en la pared del salón, para que no pueda entrar aquí. Así ganaremos tiempo para dar con un modo de acabar con él. Vosotros buscad la manera de...

—¡Niño! ¡Ya lo tengo! —chilló Plata entrando de nuevo en la habitación—. Ahora verás... ¡Eh! ¡Esa mujer sigue aquí! —dijo señalando a Sara—. ¿Ha explicado cómo entró en la casa?

—No es eso...

—¡Entonces es un dragón! —Plata apretó el palo de la escoba y se mordió los dientes. La respiración se le aceleró—. ¡A un lado! ¡Me ocuparé de ella!

—¡No soy ningún dragón! —gritó Sara con todas sus fuerzas. Plata se quedó congelado con el palo en alto—. ¡Estoy harta de tus

desvaríos! Si te acercas a mí te romperé ese palo en la cabeza. Entonces sí que verás dragones por todas partes. ¡Chiflado!

El palo de la escoba resonó al rebotar contra el suelo. Plata se fue encogiendo poco a poco, palideció, apartó la mirada. El Niño corrió a su lado y se lo llevó fuera, mientras le consolaba por el camino. Sara creyó oír un sollozo.

—No vuelvas a hacer eso —le advirtió el Gris.

El Gris la miraba fijamente, casi sin respirar. La rastreadora se inquietó un poco bajo aquellos ojos de ceniza.

—Pero si está loco... —se defendió.

—No lo está. Nadie puede comprenderle, pero Plata no está loco, al menos no del modo convencional. Es importante que no vuelvas a disgustarle, ¿me has oído?

—Claro que sí, intentaré no volver a meter la pata. Pero tampoco puedo asegurarlo, con lo bien informada que me tenéis. No es justo que me digas eso sin explicarme nada.

—No puedes aprenderlo todo en un día.

—¿Por qué dejas que Plata vaya contigo? Dímelo. Siempre soy la que menos sabe de todos y no es agradable.

El Gris tardó unos segundos en responder.

—Tengo mis sospechas... por cosas que dice y otros detalles... Es complicado, pero Plata sabe quién me robó el alma.

—¿Cómo...?

—Estaba allí. Estoy convencido de que ocupaba el cuerpo de alguno de los presentes. No sería la primera vez que Plata está donde nadie se espera.

—Pero... Eso es... ¿Y por qué no te lo dice?

—Lo hará. A Plata no se le puede obligar, pero cuando considere que es el momento adecuado me lo dirá, por eso me acompaña. Y hasta que lo haga, se queda conmigo.



En el vestíbulo de la casa, al amparo de las sombras, el Gris cerró la mano y apretó. Cayó una gota de sangre oscura, espesa, seguida de otra, y luego otra más. Aterrizaban en la hoja del cuchillo, justo en la punta y resbalaban hasta llegar al pomo, describiendo curvas sobre el metal oxidado. Al deslizarse hacia abajo, los trazos de sangre brillaban y reflejaban la luz.

El cuchillo cortó el aire dos veces. La sangre que lo ensuciaba se secó. Cortó también la pared, continuando la línea que el Gris había dejado a medias, una línea que formaba un símbolo que muy pocos conocían, tal vez nadie, dado que el símbolo provenía de una página de la Biblia de los Caídos que obraba en su poder, oculta en algún lugar oscuro de su gabardina. Era la página que había hallado en casa de Mario Tancredo camuflada en un cuadro de Rembrandt. El Gris aún no había descifrado todas las runas que contenía. Muchas requerirían de un tiempo largo, puede que años; para otras, probablemente, necesitaría ayuda.

Al terminar la runa, estaba exhausto. Respiraba demasiado deprisa y las piernas temblaban ligeramente. Pero aun así, y a pesar de no haber captado sonido alguno, supo que Álex se encontraba justo detrás de él.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

El Gris continuó de espaldas, apoyando ambas manos en la pared.

—No puedes vencerle —dijo Álex—. Tú lo sabes y yo también. Esta vez no, amigo mío.

—No siempre aciertas, amigo mío.

—No puedes enfrentarte a él.

El Gris dio media vuelta y le miró, apoyado en la pared con una mano.

—¿Hay otra alternativa?

—Es por ella, ¿verdad? Como su marido ha muerto, piensas que volverá contigo...

—Sé cómo matarle.

—No, no es cierto. Nadie sabe más que yo sobre los muertos y con este no podrás. O sabes algo que no nos has contado o el dolor nubla tu juicio.

—Todos tenemos nuestros secretos, Álex.

—Cierto. Pero no estamos en una situación precisamente favorable. No es el momento de hacerse el héroe. Tú no eres así, eres un superviviente, no lo olvides.

—No me conoces tan bien como imaginas.

—Cuéntame cómo crees que vas a lograrlo. No te guardes secretos.

Una mueca asomó en el rostro del Gris.

—¿Quieres hablar de secretos? Por mí, perfecto. Tú primero. Ha llegado la hora de que me digas por qué quieres matarme.

—Sabes que no es el momento.

—¿Por qué no? Podríamos morir todos dentro de poco. Quizá no sea el mejor momento, pero puede que no tengamos otro.

Álex asintió. Sus ojos cayeron y se oscureció su semblante.

—Me gustaría poder decírtelo, de verdad. Nadie merece mi respeto más que tú. Por eso decidí hacerlo yo, Gris. Matarte será el peor acto que cometeré en toda mi existencia. Y te juro que antes te lo contaré todo. Cuando llegue la hora, tal vez puedas... perdonarme.

—No cuentes con ello.

—No lo hago.

Se produjo una pausa larga. El Gris tosía varias veces, cubriéndose la boca con la mano. Cuando terminó, había sangre en la palma de su mano.

—¿Desde cuándo estamos juntos? Ya ni me acuerdo. Años. Tampoco recuerdo la cantidad de veces que me has salvado y sé que volverás a hacerlo. Aunque consigas matarme, nadie me habrá dado tanto como tú, amigo mío. Nadie me conocerá tan bien ni se habrá preocupado tanto por mí. Eres mi familia, Álex. Pero no te perdonaré.

—Espera, ¿dónde vas?

—A arreglar lo que has hecho. Todo esto es culpa tuya, no mía.

—¿A qué te refieres?

—Lo entenderás cuando se haya terminado —dijo el Gris echando a andar—. Te lo prometo.



Diego paseaba en círculos por el salón, sorteando los muebles y murmurando. De vez en cuando se rascaba el lunar de la barbilla sin darse cuenta.

—El Gris se lo cepillará... Es el mejor... Estoy seguro...

Tamara no le prestaba atención. Tampoco Sara, que entendía que así era como el Niño afrontaba el miedo, hablando consigo mismo si no conseguía a nadie. La rastreadora se acercó a Plata, que ensayaba golpes con el palo de la escoba en una esquina. Se alarmó un poco al verla.

A Sara no dejaba de sorprenderle que ahora ocupara el cuerpo de la enfermera. Se había hecho a la idea de que Plata era un hombre.

—Hola —dijo con suavidad—. Te debo una disculpa.

Plata dejó de atacar el aire con el palo.

—De ningún modo —dijo inclinando la cabeza—. El Niño me ha explicado que eres una gran rastreadora y que le tratas muy bien. Y el Niño tiene un gran corazón, no puede equivocarse.

La rastreadora se alegró de escuchar lo que Diego pensaba de ella.

—Aun así, no debería haberte gritado.

Plata negó con la cabeza.

—Cuando has escuchado el rugido de un dragón, querida, pocos ruidos pueden impresionarte. Por desgracia, al rugido le sigue su aliento y pocas cosas apestan tanto. El hedor es...

—El Niño también me ha dicho lo buena persona que eres —le interrumpió Sara, que se temía una de sus disertaciones.

El rostro de Plata se iluminó y se ensanchó, se curvaron sus labios.

—Tengo que darle un abrazo...

—También dice que aprecias mucho al Gris —añadió sujetándole por el brazo para que no se fuera.

—¿Eh? Claro que sí. Es un gran tipo, reservado, pero de carácter noble. Su único defecto es que no se toma en serio a los dragones. Está un poco loco.

—A lo mejor es porque le robaron su alma. —Sara por fin había llevado la conversación a donde quería—. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Desde luego —asintió Plata—. Una desgracia tremenda, por eso está tan triste. Yo trato de animarle.

—Yo también. Y creo que sé cómo podemos darle una alegría.

Los ojos de Plata brillaron de excitación.

—Te escucho.

—Lo que más feliz le haría es saber quién le robó su alma.

—¿En serio? No se me había ocurrido. Me asombra tu audacia.

—Y tú sabes quién fue, ¿verdad, Plata?

—¡Naturalmente!

—Y quieres que el Gris sea feliz, ¿a que sí?

—¡Por supuesto!

—Maravilloso. Pues, ¿qué tal si me lo cuentas para que pueda decírselo al Gris?

—¡No se hable más! —Plata estrelló un puño sobre la palma de la mano—. Por mi amigo hago lo que sea... Pero, un momento. No es una noticia fácil de asimilar. ¿Estás segura de que se alegrará?

—Confía en mí.

Plata frunció el ceño. Sara recurrió a todas sus fuerzas para contener la emoción.

—Fue una de esas escenas horribles que nadie debería presenciar —comenzó Plata—. El pobrecillo sufrió mucho. Debe doler más que perder un cuerpo, porque cuando yo salto...

—Sí, sí, pero ¿quién se lo hizo?

—Oh, es verdad. Verás, fue...

—¿Sí?

—Un dragón, por supuesto.



El Gris esperó a que todos salieran. Le extrañó un poco la expresión de rabia que mostraba Sara justo cuando entró en el salón, pero tenía asuntos más urgentes que atender. El Niño y Plata se marcharon enseguida, animados por una demostración de vuelo de dragón que Plata iba a escenificar en el pasillo. A la rastreadora tuvo que repetirle que se fuera para que él pudiera quedarse a solas con Tamara.

Cerró la puerta y se dirigió a la esquina en la que Tamara amamantaba a su hijo. El bebé agitaba las manos mientras se aferraba al pecho de su madre. Sonreía y jugueteaba con el pezón.

—Solo, con dos cucharadas de azúcar. —El Gris sacó la taza de entre los pliegues de la gabardina—. No te preocupes, no la he sacado de ahí, vengo de la cocina. ¿No reconoces tu propia taza de café?

Ella la cogió sin soltar al bebé, dio un sorbo, solo uno. Un gesto de aprobación se dibujó en su rostro. Le devolvió la taza. El Gris preguntó con la mirada.

—Sí, así es como me gustaba el café —dijo Tamara—. No lo has olvidado. Pero ahora no tomo. La cafeína no es buena para el Niño.

Él asintió y se sentó.

—Se nota que le cuidas.

—¿Qué quieres que haga? No hace falta que me adules. Dímelo y lo haré.

El Gris retiró la gabardina. En su mano descansaba el cuchillo, apoyado sobre su rodilla. Tamara torció el gesto al contemplar el arma.

—Necesito que me grabes una runa en la espalda.

—¿Por qué no se lo pides a tus chicos?

—Porque se negarían. Ellos no se fían ya de mí.

—El Niño te adora.

—El Niño es el único que no puede grabar este símbolo en concreto.

—Nunca pudiste mentirme, Gris. Es peligroso, por eso se negarían.

—Siempre es peligroso.

—Os he oído hablar. Ese fantasma o muerto o lo que sea es demasiado fuerte, te matará. Y tú eres un descerebrado que no tiene miedo de nada, es tu peor cualidad. Me sorprende que sigas con vida.

—No por mucho tiempo, si no me ayudas.

—En eso sí eres diferente. —Tamara cogió al bebé y le cambió de pecho. El pequeño continuó mamando con avidez—. Antes no contemplabas la posibilidad de tu muerte, ahora parece que no te importa.

—Es la única opción que tenemos. Coge el cuchillo. ¿Qué puedes perder?

—¡A tí! —chilló. El bebé dio un pequeño bote, pero enseguida volvió a engancharse al pezón—. Maldito imbécil. ¿Piensas que te he olvidado? —Tamara se remangó el brazo—. ¡Mira esta cicatriz! ¿Te suena? Arriesgué todo lo que tenía para que vivieras, no para que te suicides como un estúpido.

—Tamara...

—¡Calla! Vas a encontrar otro modo de acabar con ese engendro. ¡No puedo perderte, me oyes! Antes te mentí. Escuchaba historias sobre ti, sobre el hombre que no tiene alma, porque prestaba atención. Quería saber que te iba bien, que seguías por ahí, en alguna parte. Quería saber que aún podríamos encontrarnos algún día.

—¿Bruno te hacía feliz?

—¿Y eso qué importa? —bufó Tamara.

El Gris calló. Esperaba una respuesta.

—Era un hombre muy atento —continuó Tamara—. Siempre estaba a mi lado, cuidándome. ¿Es eso lo que querías saber? Hubo momentos en que casi logré olvidarte... Bruno era... lo que necesitaba.

—Suena bien. Y te dio un hijo, sé cuánto lo deseabas. Debería odiarle o alegrarme de que haya muerto. Pero no es el caso. Tampoco sentí ninguna hostilidad hacia él cuando supe quién era.

—¿Intentas que crea que no te importo, que has pasado página?

—Intento que veas que ya estoy muerto.

—No me vengas con tu falta de sentimientos. No es verdad. Sientes. Lo que pasa es que tu rabia y tu sufrimiento sepultan todo lo demás. Pero yo te conozco.

—¡Y yo a tí! —El Gris se levantó y le tendió el puñal—. Tienes lo que más te importa entre tus brazos. Si no me ayudas, él morirá y no será agradable. Vuelve a mirar la cicatriz de tu brazo. Recuerdas cómo te dolió, el escozor, el tormento tan desgarrador que soportaste cuando te grabé la runa. Era tu alma, Tamara, lo que se quemaba cuando te la arranqué. No se puede describir un dolor como ese. ¿Es lo que quieres para tu hijo?

Ella también se puso en pie, con cuidado de no dejar caer al bebé. Sacudió la cabeza hacia atrás, se quitó el pelo de la cara, quedaron a la vista unos ojos cargados de odio.

—Puede que sea cierto que no sientes nada.

Dejó al Niño en la cuna. El bebé buscó a su madre con la mirada, también con las manos. Rompió a llorar. Tamara cogió el cuchillo. Se colocó de espaldas a su hijo para no ceder ante su reclamo. Ella también estuvo a punto de gritar cuando el Gris se desnudó de cintura para arriba y dejó a la vista su pecho, lleno de cicatrices.

—Dios mío.

—Parece peor de lo que es —aseguró el Gris—. Fíjate bien en este dibujo, el que rodea mi pecho y mi abdomen. Es sencillo. Tienes que alargar el corte por el costado, por ambos lados hasta replicarlo en mi espalda. ¿Podrás hacerlo?

Tamara se limitó a asentir porque no era capaz de hablar. El Gris se dio la vuelta.

El cuchillo, a pesar de su penoso aspecto, cortaba a la perfección. La carne se separaba a su paso, la sangre manaba de la herida. Ella trataba de que el corte no fuera profundo. El Gris no se quejó ni una sola vez. El bebé estaba de pie, apoyado en la barandilla de la cuna, alargando los brazos hacia su madre y llorando cada vez más fuerte.

Al terminar a Tamara le dio grima ver cómo el Gris volvía a vestirse.

—Gracias —dijo él tomando el cuchillo—. Dile a los demás que traten de entender que no había otra solución.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—No espero que me perdonen...

—¿De qué hablas? Estás muy raro.

—Ni tú tampoco —terminó el Gris.

Luego se movió como un rayo. De un salto se plantó junto a la cuna y tomó al niño entre sus brazos. El bebé seguía llorando.

—¿Qué diablos haces con mi hijo?

El Gris tiró de la gabardina hasta extenderla completamente por un lado. Tamara observó horrorizada cómo antes de que pudiera impedirlo, su hijo desaparecía en la oscuridad de sus pliegues. El Gris soltó la gabardina, que regresó a su posición inicial, colgando de sus hombros, ligera, ondeando. El llanto del bebé se apagó.

—¡David! ¿Dónde está? ¡Maldito seas, Gris! ¿Qué has hecho con él?



—Me gusta este cuerpo —dijo Plata posando las manos sobre sus nuevas caderas—. Es joven, ágil. ¿Me queda bien?

—La cresta es lo que más mola —opinó Diego.

—¿Aún no han terminado? —preguntó Sara mirando la puerta cerrada del salón.

Nadie contestó. Plata y el Niño estaban muy centrados en su propia conversación. Álex estudiaba los símbolos que el Gris había grabado en la pared, rastros de sangre reseca entrelazados, sucios, horribles. Sara se preguntaba de qué estarían hablando el Gris y Tamara. No les imaginaba recordando los viejos tiempos mientras seguían bajo amenaza de muerte en aquella prisión. Y como nadie sugería nada que hacer, apoyó la oreja en la puerta, con la esperanza de captar algún fragmento de la conversación. Las voces le llegaban distantes y amortiguadas, no distinguía las palabras. Le llegó también un sonido que sí identificó tras unos segundos.

—El bebé está llorando —les dijo a los demás.

—También lo he oído —dijo Álex, tan cerca que Sara dio un pequeño salto.

—Eh, troncos. —El Niño se acercó con Plata a su lado—. Yo soy el más cotilla de todos, pero no me meto en rollos de pareja. Un pelín de decencia... Esos dos tienen derecho a un poco de intimidad.

—¡Chís! Cállate —susurró Sara.

—Definitivamente algo le pasa al bebé —dijo Álex.

—¿En serio? —Diego salió disparado y también pegó la oreja a la pared, un poco por debajo de la cabeza de Sara—. Cómo berrea el condenado. ¿Qué le pasará?

A todos les extrañó que ni Tamara ni el Gris hablaran. Ninguna palabra de consuelo para el pequeño, que seguía llorando, cada vez con mayor intensidad.

—¿Y si les ha pasado algo? —preguntó Sara.

—Abre la puerta —ordenó Álex.

La rastreadora alargó la mano hasta el pomo, despacio, dudaba si entrar era lo correcto. Al final decidió que no pasaba nada por echar un vistazo y volver a cerrar si todo estaba en orden. Pero antes de girar el pomo, el llanto cesó de repente. Sara se quedó congelada un instante, en completo silencio. Al instante siguiente, el silencio estalló en pedazos por un grito desesperado.

—¡David! ¿Dónde está? ¡Maldito seas, Gris! ¿Qué has hecho con él?

La voz de Tamara era inconfundible. Sara y Diego casi se cayeron al suelo al irrumpir en la habitación. Tamara tenía el rostro desencajado, estaba en el suelo de rodillas. El Gris, de pie junto a la cuna, caminó hacia ellos moviéndose deprisa.

—¡Devuélveme a mi hijo, Gris! —chilló Tamara.

—El bebé ha desaparecido —dijo el Gris, alarmado—. Tamara está en *shock*. Cree que yo me lo he llevado.

—¿Dónde estaba cuando desapareció? —preguntó Álex.

—En la cuna —contestó el Gris—. Álex, examínala a ver si encuentras algo. Sara, intenta tranquilizar a Tamara. Niño, ayuda en lo que puedas y vigila a Plata.

El grupo reaccionó, cada uno se encaminó hacia la tarea que el Gris le había encomendado. Y cuando apenas habían dado unos pasos, un portazo los detuvo a todos. El Gris se había marchado cerrando la puerta.

—¿A dónde ha ido? —preguntó el Niño.

Diego retrocedió hasta la puerta para ir en su busca. Agarró el pomo... y salió despedido hacia atrás. Cayó pesadamente en el suelo a un par de metros de distancia. Sara corrió a su lado, pero no pudo despertarle. Estaba inconsciente.



El Gris caminaba tranquilamente hacia las escaleras. Desde el salón, a su espalda, le llegaban las voces de sus compañeros, cada vez más lejos, deformadas por las runas que les mantenían encerrados en el salón.

Apretó los puños mientras caminaba con decisión. Los nudillos crujieron.

—Sé que puedes oírme —dijo al pisar el primer escalón—. Tengo al bebé.

En el siguiente escalón apareció una grieta, la lámpara reventó y cayó del techo. El Gris continuó ascendiendo sin inmutarse ni mirar a los lados. En la segunda planta la alfombra se arrugó, y en un siseo, retrocedió. Sonó un murmullo agudo y alargado.

—Tendrás que mostrarte si quieres recuperar al niño.

El Gris sabía a dónde se dirigía, en qué habitación exacta de la casa encontraría al ser que quería matar a Plata. Pero no se esperaba la escena que halló al abrir la puerta. Las camas, los muebles, la decoración... todo estaba exactamente como debería, con precisión milimétrica. En el suelo yacía un cadáver, el compañero de Saúl, cuidadosamente colocado en la postura que él recordaba.

—He venido. Es hora de que des la cara y resolvamos esto —dijo el Gris aunque no había nadie en la habitación—. Necesitas al bebé y lo tengo yo. Ven a por él.

Cruzó los brazos y esperó. No se giró al escuchar pasos a su espalda.

—Eres un completo idiota, hombre sin alma.

Ahora sí se volvió. Había reconocido la voz.

—Saúl, esto no va contigo. Vete de aquí y no interfieras...

—Saúl no está con nosotros. —El pequeño hombre sonrió. Aquella sonrisa no era propia de él.

—Entiendo. —El gris separó los brazos—. No necesitabas usurpar su cuerpo.

—Querías verme.

—Sé quién eres o mejor dicho quién eras. Nos vimos cuando estabas vivo.

—No. Tú me viste a mí, no lo olvidas. Yo no podía. —El fantasma sacó una bolsa de cuero negro—. Dame al bebé.

—Dime tu nombre.

El fantasma extrajo cuatro piezas metálicas de la bolsa, alargadas.

—Tú y Álex no me servís, no puedo poseeros. Podrías haber salido con vida de esta casa y seguir buscando tu alma, pero tuviste que meterte en mis asuntos. ¿Por qué?

El Gris repasó la habitación con un vistazo.

—No creo que lo entiendas. Veo que has recreado el momento de tu muerte, incluso has emulado la casa de Mario Tancredo. Eso demuestra tu obsesión. Eres un perturbado y no me interesa perder el tiempo con alguien así.

—Quiero que Plata sepa por qué le voy a matar. —Enroscó dos de las piezas que había sacado de la bolsa—. Le traeré aquí justo antes de su muerte y le colocaré justo ahí —añadió dando una patada al cadáver del compañero de Saúl.

El Gris sacó su puñal.

—Si no me dices tu nombre cortaré mi gabardina. Perderás al bebé y tu plan fracasará. Yo me lo pensaré.



—El Niño está perfectamente —dijo Sara. Plata estaba sentado junto a él, murmurando algo en su oído—. ¿Por qué nos ha encerrado el Gris?

Tamara no paraba de deambular por el salón, rabiosa. Sara había tenido que sujetarla para que no tratara de abrir la puerta y corriera la misma suerte que Diego. La pobre mujer estaba destrozada por la tensión, le temblaba todo el cuerpo. Si no se tranquilizaba, el estrés acabaría con ella. Apenas había podido contarles cómo el Gris había escondido a su hijo en la gabardina. Sara no podía creerlo; aunque le hubiera visto hacer desaparecer objetos muy voluminosos, no era lo mismo con un ser vivo. Sin embargo, la expresión de Álex la había convencido de que Tamara decía la verdad, no se trataba de los desvaríos de una madre atemorizada.

—¡Álex! —gritó Tamara—. Tú le conoces mejor que nadie. ¿Se ha vuelto loco? ¿Qué piensa hacer con mi hijo?

Álex, que revisaba con atención la pared, apartó la vista y la dirigió a Tamara. No se le veía tan confiado como siempre.

—No está loco —aseguró—. Tiene un plan. Nos ha engañado a todos, a mí también, para dejarnos al margen. Sabes que él no haría daño a tu hijo. —El rostro de Tamara se suavizó un tanto—. Al menos, no voluntariamente. No sé qué planea, pero estoy seguro de que implica salvar al bebé. Siempre y cuando lo consiga, claro. No podrá vencer a ese espíritu, se lo advertí.

La rastreadora se quedó espantada, aunque no menos que Tamara.

—¿No puedes cerrar esa boca por una puta vez? —estalló Sara. Ella tampoco podía seguir controlándose—. No estás seguro de nada.

—Creía que eras partidaria de la verdad.

—Déjale hablar —pidió Tamara y se dirigió a Álex—. ¿Crees que lo conseguirá? ¿Hay alguna esperanza de que el plan del Gris funcione?

—Él cree que sí.

—No te he preguntado eso.

Álex vaciló, miró a Sara, puede que como una advertencia o puede que buscando apoyo. La rastreadora no respondió de ningún modo a

aquella mirada.

—No estoy seguro —admitió Álex—. Confío en él, ha demostrado ser capaz de superar situaciones imposibles, pero...

—Pero sospechas que en esta ocasión lo hace por mí —dijo Tamara al ver que él no terminaba la frase—. Las situaciones imposibles que has mencionado las afrontó con la cabeza fría, sin emociones, sin miedo, con esa actitud que le ha convertido en leyenda. Ahora puede que sea otra su motivación. Por eso te ha dejado de lado, ¿verdad?

—Te advertí de que no se encontraba bien, que está al límite —repuso Álex con una dureza sorprendente—. Nadie puede saber lo que alguien en su situación puede pensar, porque no hay nadie más que pueda estar en esa situación. Y ahora dejad de lloriquear las dos. Él sabe algo que nos ha ocultado pero no somos idiotas, podemos deducirlo como ha hecho él. Reflexionemos qué puede haber descubierto. ¿Qué se nos está escapando?

Nadie habló durante un rato.

—Ya lo hemos repasado todo una y otra vez —dijo al fin Sara—. Solo hay dos detalles que desconocemos: quién es el muerto que quiere poseernos y por qué imita la casa de Mario Tancredo.

—El Gris sabe quién es —dijo Tamara—. Estoy segura. ¿Qué pasó en esa casa?

—El Gris mató a la hija de Mario, que en realidad era un demonio.

—¿Un demonio puede convertirse en fantasma?

—No —respondió Álex.

—¿Murió alguien más? —preguntó Tamara.

Sara y Álex compartieron una mirada significativa.

—Miriam —dijo él—. Murió una centinela. En realidad, la maté yo.

—¿Qué? —Sara se quedó pasmada—. ¿No fue el demonio quien la mató?

—Yo ayudé. Y no es el momento de entrar en detalles, ¿no crees? —Tamara puso la mano sobre la rastreadora, que logró dominarse y no decir nada. Álex adoptó un tono de voz reflexivo, pensaba en voz alta—. El Gris me dijo que todo era por mi culpa, así que debe de ser ella...

—¿Y por qué quiere esa Miriam matar al Gris?

—Al Gris no, a Plata —continuó Álex, con los ojos desenfocados—. No tiene sentido. Miriam iría a por mí y no recurriría a esta trampa.

—¿Por qué no? —preguntó Sara.

—Porque estaría muerta y entonces sabría... Da igual. No, no es Miriam. Entonces quién...

—Ya lo has descubierto, ¿verdad? ¡Por eso pones esa cara!

—Somos idiotas —se lamentó Álex, agachando la cabeza—. La respuesta no puede ser más sencilla.

—¡Dilo de una vez! —exigió Tamara.

Álex se volvió hacia la rastreadora.

—¿A quién quiere matar el fantasma?

—A Plata —contestó Sara.

—¿Y quién fue el primero que murió en la casa de Mario Tancredo?

—Pero si Plata no...

Y entonces lo recordó todo. Plata ocupaba un cuerpo alto y delgado con el que tenía problemas para mantener el equilibrio. Sara recordó con total claridad cómo cuando estaban contemplando el cuadro de Rembrandt, que luego resultó ser una página de la Biblia de los Caídos, Plata cayó al suelo atormentado por un dolor en la espalda, justo en el lugar en el que más tarde se le clavó un puñal, y tuvo que regresar en otro cuerpo, el de aquel hombre gordo. Tenía mucho sentido. Seguramente, Plata mientras estaba en el cuerpo del parálítico también habría notado ese dolor en la pierna donde Álex le había cortado de haber tenido sensibilidad en la parte inferior del cuerpo. Álex lo sabía y se había aprovechado de esa situación.

—El fantasma es el dueño del cuerpo que ocupaba Plata cuando murió en casa de Mario Tancredo —explicó Álex—. El Gris tenía razón, yo le maté.



—No lo harás —dijo el fantasma a través del cuerpo de Saúl—. No cortarás la gabardina y no arriesgarás la vida del bebé. Es un farol.

Luego ensambló la tercera pieza metálica, formando una especie de palo alargado de más de un metro de longitud. No era posible ya distinguir donde una pieza se unía con otra. Un destello metálico lo recorrió de un extremo a otro.

El Gris le observó impasible.

—Tu venganza es absurda.

Saúl colocó la última pieza sobre el extremo y la enroscó. Su forma era de cono, un poco más ancha en la base y luego se estrechaba a lo largo de unos treinta centímetros hasta terminar en punta. Con la última vuelta sonó un chasquido. La lanza estaba completa. El Gris conocía esa arma porque Saúl no era el único centinela que la empleaba. Y sabía bien que una plancha de acero no detendría su filo.

—Explicate.

—Álex no quería matarte a ti. El puñal que terminó con tu vida iba destinado a otra persona. Te repito que fue un accidente.

—¿De verdad crees eso? A mí Álex no me importa. No fue él quien me metió allí. Fue Plata, ese monstruo asqueroso que me robó mi cuerpo. Nuestros casos se parecen, ¿no es así, hombre sin alma? A ambos nos han arrebatado algo sin que lo merezcamos, siendo inocentes.

—Hay diferencias.

—Desde luego que las hay. La primera y más importante es que tú sigues con vida. ¿Sabes lo que sufre un alma en mi situación?

—Lo sé.

El fantasma asintió.

—Es posible. La segunda diferencia es que tu caso es único, pero Plata sigue saltando de cuerpo en cuerpo, sigue usurpando las vidas de

los demás. Continuará haciéndolo. Su muerte es un beneficio para todos.

—No es eso lo que se cree. Plata es...

—¿Y si cogiera el cuerpo de Tamara, tu novia, y muriera? ¿O el de alguien que te importe? ¿Seguirías pensando igual? Mírame a los ojos y dime que no te afectaría.

El Gris le sostuvo la mirada.

—Pocas experiencias despiertan mis emociones. Las pérdidas que he sufrido desde que tengo memoria no han logrado arrancarme una lágrima.

—Entonces estás más muerto que yo. —Saúl escupió al suelo y giró la lanza con sus manos—. Sin embargo algo sientes. No quieres admitir que llevo razón a pesar de que harías exactamente lo mismo que yo. Me pides que olvide mi venganza. ¿Puedes hacerlo tú? Demuéstramelo. Si encuentras a quien te robó tu alma, ¿lo olvidarás? ¿Puedes decirme que no le buscas para matarlo, que no ansías vengarte por lo que te han hecho? Vamos, convénceme y a lo mejor lo reconsidero. Supongamos que fui yo. Yo tengo tu alma, Gris. ¿Qué me harías?

—Te mataría.

El fantasma sonrió.

—Veo que nos entendemos.

—Nos entendemos perfectamente.



—Un fantasma creado a partir de Plata —dijo Álex con admiración, ensimismado—. Eso explica sus propiedades únicas, como que pueda cambiar los objetos de lugar o que conozca runas desconocidas. No las aprendió en ninguna página de la Biblia de los Caídos...

—No hemos avanzado suficiente —se impacientó Tamara—. Sabemos quién es el muerto, pero no cómo piensa matarlo el Gris, ni por qué se llevó a mi hijo.

—Yo creo —dijo Sara— que se llevó al bebé para forzarle a salir.

—Y yo —la apoyó Álex—. Pero sigo sin ver cómo piensa cortarle la cabeza. Es imposible que le supere en una confrontación física. Y ya hemos llegado a la conclusión de que el Gris no es idiota. Necesito más información. ¿Qué hizo después de poner las runas para encerrarnos? ¿Qué dijo? ¿Qué tocó? Lo que sea.

—Eh... nada que... —dijo Sara mientras intentaba recordar.

—No te pregunto a ti, Sara. Tamara, ¿de qué habló contigo cuando estabais a solas?

Tamara arrugó el rostro, se esforzó en acordarse de sus palabras.

—Me pidió que os dijera que trataseis de entender que no había otra solución. No sonó muy bien ahora que lo pienso.

—¿Eso es todo? ¿No hizo nada más?

—Se grabó un runa de esas en el cuerpo.

—Siempre lo hace para potenciar sus facultades —dijo Álex—. ¿Le viste hacerlo? A lo mejor me da alguna pista si recuerdas el símbolo.

—Se la dibujé yo en la espalda... ¿Qué pasa? ¿Es algo raro? Él me lo pidió. ¡Dios, por qué pones esa cara!

Sara consideraba que era extremadamente complicado ver a Álex asustado, pero si la mueca que deformaba su rostro no tenía ese significado, casi prefería no saber a qué podía deberse.

—El símbolo —exigió Álex—. Muéstramelo. ¡Deprisa!

Sara encontró un lápiz en uno de los cajones. Tamara, siguiendo la urgencia que transmitía Álex, no se molestó en buscar una hoja de papel, se agachó y pintó en el suelo. Sara esperaba que Álex pudiera reconocer la runa en los trazos temblorosos que Tamara trazaba. A ella no le sonaba de nada.

—No sé si es exacta —decía Tamara—. Creo que esta línea era más larga..., o esta. ¡Estoy muy nerviosa! Esta parte es más redonda, me ha salido mal por...

—Es suficiente —dijo Álex—. Creo que la reconozco. No está completa, ¿verdad? No se la dibujaste entera.

—No —confirmó ella poniéndose de pie—. Tenía una parte en el pecho. Yo solo dibujé en su espalda. Me dijo que no podía él solo.

—Mintió. Lo ha hecho otras veces. Esa runa necesita que la pinten un hombre y una mujer. Seguramente no te lo pidió a ti —dijo mirando a Sara— porque le bombardearías a preguntas.

—¿Y qué hace esa runa?

Álex se tomó unos segundos, a pesar de la respiración agitada de Tamara, que resonaba en toda la habitación.

—Es una runa muy poderosa —dijo al fin—. Tal vez demasiado. Es la runa de un santo. Si sabe cómo grabarla se la ha tenido que enseñar el padre Jorge, su confesor. No quiso que le vieras grabar la parte de delante para mantener el secreto de la runa.

—Pero eso es bueno, ¿no? —intervino Sara—. Los santos están en sintonía con Dios y son inmortales.

—No lo son —dijo Tamara—. Cuando uno muere, otro nace en su lugar, pero mueren, ¿me equivoco?

Álex asintió.

—Pero el Niño me contó una vez —insistió la rastreadora— que nadie puede matar a un santo, ¡así que estamos salvados!

Su entusiasmo no se contagió a los demás, en especial a Álex, que cada vez estaba más decaído.

—El Niño —dijo Álex—, como siempre, se deja llevar por la emoción. Al contrario que el Gris, él siente todo multiplicado por mil. A los santos se les puede matar. Si nadie lo hace es porque, además de nacer otro, el asesino muere con el santo. Su alma se consume por el efecto de esa runa.

—Bueno, es el mismo resultado. El fantasma no querrá morir y por eso no matará al Gris, y punto.

—Aún no lo has entendido, Sara. Para empezar, el fantasma no sabe que el Gris tiene esa runa, así que eso no le detendrá.

—Pero entonces...

—Ese es el plan del Gris. Vá a provocarle para que le mate y cuando muera, la runa extinguirá al fantasma. —Álex se llevó las manos a la

cabeza—. Puede que sí esté loco después de todo. Para salvarnos a todos, va a suicidarse.



En la pared, a la altura en la que hacía un instante se encontraba la cabeza del Gris, había ahora un agujero. Un pedazo de muro había saltado cuando la punta de la lanza había impactado allí con un sonido metálico. El Gris no pudo esquivar el siguiente golpe, fue demasiado rápido. El rodillazo le alcanzó en el pecho y le dejó sin aliento. Un gemido se le escapó al caer al suelo. Rodó justo a tiempo de evitar de nuevo la punta de la lanza.

—Es triste que vayas a terminar de esta manera, hombre sin alma.

Saúl se acercó despacio. Dejó que el Gris se pusiera en pie y le atacara con su cuchillo, que detuvo con la lanza. Con un movimiento veloz se lo arrancó de la mano y con una patada le hizo caer de rodillas.

—Aún no estoy acabado.

—Lo estás.

El Gris no pudo evitar un nuevo golpe, que le dio de lleno en la cara con una fuerza brutal. La sangre que salió de su boca describió un círculo en el aire. La potencia del ataque fue tal, que si el fantasma no hubiera estado pisando su pierna, el cuerpo del Gris hubiera dado la vuelta entera. La rodilla cedió por la presión con un crujido, se desencajó y vertió más sangre. El hueso quedó a la vista.

El Gris se arrastró tratando de alejarse.

—¿Aún te resistes? Es tu última oportunidad de conservar la vida, Gris. A pesar de todo, no te guardo rencor, al contrario.

—Yo a ti sí.

El fantasma, deslizando el pie debajo del brazo y tirando, le colocó boca arriba. Negó con la cabeza mientras alzaba la lanza sobre su cabeza. Apretó los labios cuando le atravesó el hombro y le clavó al suelo.

—El bebé. Entrégamelo y vivirás.

De la boca del Gris se derramó un hilo de sangre que se mezcló con su cabello plateado.

—Plata hizo bien en acabar contigo. —En su boca, al hablar, se formaban pompas, que al reventar, salpicaban su rostro de rojo—. No eres más que un muerto y un cobarde.

—Muy pronto tú también lo serás.

Apenas sintió una sacudida cuando desencajó la lanza de su hombro. El Gris vio la punta sobre su cabeza, de la que colgaba una gota oscura. Vio también la expresión de Saúl, la rabia, los nudillos de las dos manos blancos de apretar la lanza con todas sus fuerzas. Supo que el momento había llegado.

Cerró los ojos. De repente el dolor que le consumía se tornó en una sensación más cálida y confortable, le recorrió una paz que nunca antes había sentido. Esperó con ansia el momento, que parecía retrasarse horas, años, el momento de que todo acabara, de descansar.

—¡Gris!

Abrió los ojos, sorprendido por aquella voz. La lanza seguía sobre él, en el aire, apuntando a su cabeza. Seguían también allí las manos que la sostenían, en la misma posición, unidas a los brazos y al resto del cuerpo de Saúl. Lo único que le faltaba era la cabeza.

Cuando el cuerpo de Saúl se desplomó, detrás estaba Sara, temblorosa, pálida, con una expresión espantosa congelada en el rostro. En sus manos sostenía el cuchillo del Gris, manchado de sangre. El Gris, apenas consciente de las múltiples heridas que padecía, parpadeó y tosía, buscó en Sara una explicación. Ella no se la ofreció. No parecía verle ni se movía, salvo la mano que sujetaba el cuchillo ensangrentado, que no paraba de temblar. Los ojos de la rastreadora estaban fijos en un punto del suelo y muy abiertos. El Gris siguió su mirada.

Junto a él, a más de un metro del resto de su cuerpo, estaba la cabeza de Saúl, también con los ojos muy abiertos.

—Sara —susurró—. ¿Cómo has...?

—Álex salió y abrió la puerta —contestó en tono neutro. No le miraba, no podía apartar la vista de la cabeza que acababa de cortar.

—Pero... —El Gris apenas podía hablar—. Entonces...

—Sí. Me reveló su secreto. Lo hizo por ti, para que te salvara... Para que yo matara a un hombre inocente, al mismo hombre que me salvó la vida hace unas horas.

—No es...

—Sí es. Es exactamente como te lo he contado. Ahora ya sé quién es Álex, quiénes sois todos en realidad. He visto lo suficiente. Ahora sé lo que hacéis, a qué os dedicáis... Y no quiero saber nada más.

Sara por fin se movió, dejó el cuchillo en el suelo sin mirar al Gris. Cuando se marchó, la mano aún le temblaba.



Tamara llegó poco después. Probablemente habían pasado solo unos minutos desde que Sara se había ido, pero al Gris le había parecido una eternidad. Respirar se había convertido en una tortura.

Tamara recogió al bebé del suelo, lo abrazó, lo tocó, le dio besos, lo envolvió en caricias.

—Gracias —dijo cuando el pequeño se calmó un poco—. Álex está despertando al Niño para curarte. La puerta ya está abierta. Te pondrás bien.

El Gris quería asentir, pero solo alcanzó a cerrar los párpados.

—Debes irte... Esconde a tu hijo... Aléjate de mí para que esto no vuelva a pasar.

—Lo haré cuando venga el Niño. No te dejaré solo.

Diego llegó apenas Tamara terminó la frase, corriendo, tropezando y resbalando, casi sin aliento. Se dejó caer de rodillas a su lado.

—¡Estás hecho una mierda! —El Niño repasó rápidamente el cuerpo del Gris, entre jadeos. Contuvo una arcada al contemplar las heridas

—. Estoy contigo, tío. ¿Me oyes? No vas a palmar. Allá voy...

Tamara se adelantó, se interpuso entre el Gris y el Niño.

—Ven conmigo —hablaba muy cerca del rostro del Gris, casi susurraba—. Podemos volver a estar juntos.

El Gris iba a decir algo pero ella lo evitó con sus labios, apretándolos contra los de él. Le recorrió un hormigueo que apenas recordaba, pero que nunca había olvidado y se estremeció. Una lágrima resbaló por su mejilla hasta la del Gris. Tamara tenía los labios manchados de rojo cuando se separó.

—No digas nada —continuó ella—. Lo sé y lo entiendo. Encuentra lo que es tuyo. Acaba lo que has empezado y luego vuelve a mí. Te esperaré, Gris.

En ese instante, los ojos del Gris se cerraron. Ya no tenía fuerzas para mantenerlos abiertos.

Cuando los volvió a abrir, no sabía cuánto tiempo había pasado. Era consciente de su cuerpo una vez más, sentía cada miembro, cada músculo... y algo más. El dolor había regresado, abrasador, se extendía por todas partes, los brazos y las piernas pesaban. Pesaban también los pulmones, le costaba respirar.

Algo más lejos, sentado en el suelo, Diego jadeaba, apoyado contra la pared, sonriendo con esfuerzo. Levantó el dedo gordo y le guiñó un ojo.

—El Niño se ha ocupado de la parte física —dijo Álex, a su lado—. Pero aún tienes que confesarte.

El Gris se sentó y asintió.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—No me dejaste otra opción, idiota —repuso Álex—. Tuve que salir para abrir la puerta.

—Entonces, ¿todos saben quién eres? Ya no podremos...

—El Niño no me vio, estaba inconsciente. No lo habría hecho de otro modo.

—¿Seguro?

—Solo me vieron Sara y Tamara. No hablarán, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Ahora ya da lo mismo, ¿no crees? —Álex se levantó—. Preocúpate de lo que de verdad importa, no de lo que ya no se puede cambiar. ¡Niño! ¡Levanta de una vez! Lleva al Gris a una iglesia antes de que se muera.



La sala de juntas de la planta veintidós estaba repleta de ejecutivos y accionistas sentados alrededor de una mesa enorme y alargada. En la cabecera, junto a la amplia cristalera desde la que se dominaba el Paseo de la Castellana, una de las principales arterias de Madrid, se hallaba la persona más importante de todas, el dueño de aquel imperio económico. Un hombre implacable y despiadado, temido, que nunca retrocedía ante adversario alguno.

Todos le miraban en respetuoso silencio. Sabían que iba a hablar. Y cuando él hablaba, los demás escuchaban. No le interrumpían ni pensaban en otros asuntos. Escuchaban y prestaban atención.

—Está usted despedido —anunció Mario Tancredo.

Quienes le conocían bien, sabían que no había empleado un tono despreocupado por casualidad. Mario Tancredo estaba convencido de su decisión, pero no veía motivo para imprimir tensión a sus palabras. Su voz relajada era una clara señal de que no había lugar para la discusión. Era casi como una advertencia.

El director financiero carraspeó.

—No entiendo su decisión, señor Tancredo —dijo con excesiva moderación. Pero sus manos temblaban, su temperatura había subido y comenzaba a ser visible el sudor en su frente—. Los resultados económicos del semestre...

—Hemos crecido un trece por ciento —le cortó Mario. Los accionistas e inversores guardaban silencio—. No hace falta que lo repita. Su exposición ha sido impecable, concisa y perfectamente respaldada por un informe intachable. No cuestiono los resultados que ha detallado ante la junta.

—Entonces, ¿por qué me despide? —preguntó el director financiero—. Las acciones han subido. La empresa se encuentra en una situación financiera inmejorable.

—El crecimiento ha sido de un trece por ciento.

—En efecto —confirmó el director.

—Las previsiones eran de un quince por ciento —declaró Mario, impasible.

Los accionistas se miraron, algunos tragaron saliva. El director apretaba los dientes.

—¿Solo por no haber ganado un dos por ciento más?

Mario se recostó en su silla y giró sobre el soporte metálico hasta quedar de espaldas a la mesa. Observó el tráfico, distraído. No tenía nada más que añadir. Y sin embargo regresó a su posición habitual, de cara a la mesa, cuando un portazo resonó en la sala.

La secretaria de Mario, una mujer pasada de peso increíblemente eficiente en su trabajo, forcejeaba con alguien para entrar. Ambos estaban atascados en la puerta.

—¡Que me dejes pasar, ballena!

La secretaria le sujetaba entre sus brazos rollizos. El intruso, que era de tamaño reducido, protestaba con energía, se revolvió, pateaba, pero no daba la sensación de que fuera a zafarse de la mujer.

Los miembros del comité ejecutivo estaban tan sorprendidos que no reaccionaron.

—¡Ay! —exclamó la secretaria. El intruso se escurrió finalmente entre sus brazos—. ¡Me has mordido!

—¿Qué querías que hiciera? Me estabas asfixiando con tu tonelaje.

La mujer se recompuso como pudo al ver a los ejecutivos. Se le subieron los colores.

—Disculpeme, señor Tancredo —dijo la secretaria—. Este chico ha irrumpido en la sala antes de que pudiera detenerle. Salió corriendo...

—No se preocupe —dijo Mario. Ahora su voz vibraba de un modo extraño, nada que ver con el tono que había mantenido hasta ese momento—. Tengo que hablar con él, le conozco.

El chico sonrió. La mujer abandonó la sala con el rostro descompuesto por la incredulidad. Los miembros del comité tampoco podían creer que Mario Tancredo permitiera a un adolescente interrumpir una reunión de dirección.

—Hola, corruptos —saludó el chaval acercándose a la mesa—. ¿Todo bien? ¿Habéis estafado suficientes millones? No, qué va. Nunca es suficiente, ¿a que no? No hay límite a la hora de exprimir a los pobres curritos. —Se subió a la mesa de un salto—. Así mola más. Ahora soy el más alto de todos. ¡Estoy por encima de la corrupción!

—Caballeros, la reunión ha concluido —dijo Mario—. Les ruego que abandonen la sala inmediatamente.

Todos lo hicieron, murmurando y cuchicheando, tratando de comprender qué había sucedido.

—¡Qué obedientes! Los tienes muy bien adiestrados. Felicidades.

—¿Qué quieres, Diego? —preguntó Mario de mala gana.

—Tranquilízate, ricachón. No pareces muy contento de verme. ¿Y eso que te salvamos de tu hija demonio? Menudo bicho... ¿Seguro que no quieres darme un abrazo?

—Veo que sigues haciendo el payaso todo el tiempo —gruñó Mario—. Escúchame bien, si no has venido a decirme que habéis encontrado a mi mujer, no tengo nada que hablar contigo.

—Pues sí que estas irritable, macho.

Diego se bajó de la mesa. Mario le atravesó con una mirada ceñuda.

—Vamos, contesta. ¿Habéis encontrado a mi mujer? Sé que no puedes mentir, Niño.

—Sí que puedo —bufó Diego—. Lo que pasa es que me dan unos teleles que flipas, pero poder, puedo.

—¡Mi mujer!

—Ya va, tío, no ladres. No sé a qué viene tanto interés por ella, con la que te montó, pero bueno, tú sabrás. El caso es que no tengo ni

pajolera idea de dónde se ha metido. Y si te digo la verdad, mucho mejor así. —El Niño bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. No se lo digas al Gris, pero yo preferiría no volver a verla en la vida.

—¿El Gris ha venido también? ¿De día? Quiero hablar con él.

—Qué curioso. Él ha venido a hablar contigo, bueno a hablar no, a reclamarte algo que le debes. Apuesto a que el brazo te palpita. Sí, corrupto, ha llegado la hora de que pagues tu deuda.



Sara alzó la cabeza y cerró los ojos, dejó que los rayos del sol cayeran sobre su piel. Saboreó el calor, aspiró hondo y se relajó... pero solo hasta cierto punto. No llegó a sonreír.

Luego se sentó en la tumba.

Recordó, aún con los ojos cerrados, el momento en que conoció al Gris, en aquella feria en la que ella leía las manos, cuando él había surgido de entre las sombras, con su gabardina negra y su cabello plateado, con sus ojos grises como la ceniza. Por aquel entonces, ella le consideraba un mito, un personaje de historias callejeras que se cuentan para pasar el rato o para asustar a los niños, alguien que no podía ser real, aquel que no tiene alma. Sin embargo, resultó que era real y estaba ante ella y quería contar con su ayuda, con su colaboración, la quería en su equipo para ir a matar a un demonio.

Parecía que fue hace años cuando el Gris extendió la mano a la luz de la vela para demostrar que no tenía sombra. Una prueba de su identidad, imposible de falsear ni reproducir. Sara no imaginaba cuánto cambiaría su vida desde aquel encuentro que ahora revivía en su mente. Había aprendido mucho, presenciado lo inimaginable y conocido a personajes casi tan increíbles como el propio Gris.

Y había matado.

Sus pensamientos se enturbiaron al recordarlo y se revolvieron con violencia. La mano derecha comenzó a temblar de nuevo.

Sara abrió los ojos.

—Puedes salir —dijo en voz baja—. No he rastreado la tumba.

—Lo sé.

Álex estaba allí, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Hacía un segundo no estaba, pero ya había dejado de ser un misterio para Sara cómo lograba ser tan sigiloso.

—El Niño no lo sabe, ¿verdad?

—Y no debe saberlo —dijo Álex.

—Es tu compañero. Creía que el Niño sí te caía bien, que valorabas su aportación al grupo.

—Y así es. Por eso no puede saber quién soy. Me tendría miedo, o lo que es peor, sentiría curiosidad, demasiada. Podría desviar su atención del Gris hacia mí.

—Y entonces ya no sería tan útil, ya no te serviría.

—No es tan dramático —dijo Álex—. El Niño es especial en muchos aspectos. Siempre será útil. Digamos que si supiera mi secreto, sería más complicado manejarle. Además, ¿conoces a alguien más indiscreto? Casi sería mejor anunciarlo al mundo entero que revelárselo a él.

Sara comprendió con amargura que a estas alturas ya no le sorprendía la frialdad de Álex, ni su descaro al despreciar a los demás, al considerarlos meros instrumentos. Se había acostumbrado a él, ya no le producía tanto rechazo su actitud prepotente y arrogante. Y se odió por ello, por no sentir tanto odio como debería ante alguien como Álex.

Se levantó despacio. Álex permaneció inmóvil.

—Me gustaría tocarte... solo una vez. Para saber qué se siente.

Álex hizo un gesto afirmativo, pero no hizo el menor movimiento, se limitó a observarla mientras ella extendía su mano hacia él. Sara esta muy nerviosa, no logró mantener el pulso tan firme como le habría gustado.

—¿Decepcionada? —preguntó Álex.

La rastreadora retiró la mano y la miró durante unos segundos como si no fuera suya.

—Un poco —admitió—. Sabía que debía ser así, que tocarte no me produciría ninguna sensación. Lo sabía, pero me sorprende igualmente. Tú puedes tocar cosas...

—Solo a veces, en circunstancias muy extremas y por muy poco tiempo. Me agota.

—Pero puedes mantenerte visible todo el tiempo.

—Durante más tiempo, pero no indefinidamente.

—Miriam te descubrió, ¿verdad? Cuando estábamos en casa de Mario Tancredo. Por eso la mataste.

—No me descubrió. Lo dedujo.

Sara se tomó un tiempo para reflexionar.

—La primera vez que el Gris fue a ver al demonio casi le mata. Recuerdo que cuando acudimos en su ayuda, tú ya estabas allí, así que atravesaste la pared. Entonces no me di cuenta, pero Miriam ató los cabos.

—Miriam no era estúpida. Por algo era la favorita de Mikael.

—Se me olvidaba que a mí me consideras menos inteligente que a ella. No hay más que ver lo bien que me tratas.

—Miriam no era más inteligente que tú. Era más fuerte y más decidida. Pero lo dedujo porque conocía mucho más del mundo oculto. Tú eres una novata y una ignorante.

—Lo cierto es que ya no me importa, Álex. Era simple curiosidad. Por algún motivo pensé que al conocer tu verdadera condición podía cambiar mi opinión sobre ti, pero veo que no es el caso. Sigues siendo un ser despreciable.

—Tú sí has cambiado, Sara. No demasiado, pero has matado a una persona y confieso que no te creí capaz de hacerlo. Me sorprende que no me echés en cara mis propias palabras. Sin duda eres una persona noble.

—Nada de eso. Si no te he replicado es porque tenías razón. Las circunstancias me obligaron a matar a un inocente, pero eso no significa que pueda hacerlo.

—No te preocupes por el temblor de la mano. Se te pasará.

—Lo dudo mucho. Ahora sé lo que significa acabar con una vida y también sé que nunca seré como tú. Enhorabuena por estar en lo cierto respecto a mí.

—No te creo.

—No me importa. He venido a despedirme. Os dejo. No quiero saber nada de vosotros ni de vuestro mundo. Y por supuesto, nada de ti.

—Mientes. Si esto fuera una despedida yo sería la última persona a la que querrías decirle adiós.

—No puedo ver al Gris de nuevo, seguro que lo entiendes. Espero que encuentre su alma y deje de sufrir. Y al Niño sería incapaz de decirle adiós. Solo me quedas tú. Y funciona. Solo con verte se reafirma mi decisión. Tú ganas, Alex, lo dejo. Es lo que siempre has querido. Dile al Niño que le quiero.

—Lo sabe.

Sara tuvo que tomarse un segundo antes de proseguir.

—Al Gris puedes contarle lo que quieras.

Sara emprendió la marcha sin mirar atrás y se alejó con el rostro alzado, saboreando de nuevo la luz del sol.

—¡Sara! —Álex la miraba fijamente—. Has tomado la decisión correcta. No lo hiciste tan mal. Nuestro grupo es peculiar, pero con otra gente puedes aprender sin riesgos.

—Sí, lo hice mal —replicó ella—. No supe ver quién eras. Ni siquiera me acerqué a sospecharlo. Demasiadas cosas me superan. Te vi ahí, sobre la tumba, varias veces, y nunca sospeché que fuera la tuya. Soy una rastreadora. Debería haber sabido que eran tus restos los que descansaban bajo esa losa. —Se giró una vez más y se marchó—. Hasta nunca, Álex. Si eres capaz de hacer algo bueno por una vez, cuida del Niño por mí.



—¿Qué se siente al tener un alma corrupta dentro? —preguntó el Niño. El Gris murmuró algo ininteligible—. Tiene que ser un asco, ¿no? Bueno, pronto te la sacarás de encima. No te olvides de darte una buena ducha luego, ¿eh? Y apóyate en mí, cabezón, que ya te has caído tres veces. ¿Lo ves? ¿No vas así mejor?... ¡Joder!... ¡Cómo pesas! Menos mal que la iglesia está cerca, macho.

Quedaban solo un par de manzanas, aunque Diego lo vio como una prueba de resistencia. El Gris cada vez pesaba más, sus pies se movían descoordinados, apenas levantaba la cabeza. El Niño estaba muy preocupado, nunca le había visto así, tan pálido, tan desvalido. Y cuando el Niño se preocupaba, su lengua se desataba más de lo normal.

—Tío, ya verás qué bien nos va a ir. Una confesión rapidita y ¡hala!, a resolver misterios, a buscar paginitas, a nuestros chanchullos sobrenaturales, que es lo que se nos da bien. ¿He dicho bien? Mejor que bien. Somos cojonudos... ¿Por qué jadeas? Soy yo el que se está partiendo el lomo cargando contigo. Y lo hago encantado, ¿eh? Vamos, agárrate. No queda casi nada... Como te decía, nos va a ir que te cagas, macho. Deberíamos montar una empresa. Y tú tienes que estar ahí, porque si la cascas, me dejarás solo con el cretino de Álex. Pero yo sé que tú no me harías esa putada...

El Gris respondía con gemidos de vez en cuando. Si seguía palideciendo, pronto se convertiría en transparente. Diego no paraba de cotorear. Y así continuó hasta que llegaron a la iglesia y el Gris se desmoronó ante la puerta. Necesitó varios segundos para recobrar el aliento.

—Aguanta un poco —dijo Diego colocando al Gris contra la pared. Luego aporreó la puerta—. ¡Eh, abrid! ¡Vamos, mamones, que tenemos prisa! Esto seguro que lo oyen. —Diego pateó la puerta con todas sus fuerzas, varias veces—. La madre que les...

—¿Qué es este escándalo? —preguntó un cura que por fin había abierto la puerta.

—¿Estáis sordos o qué? —bufó el Niño.

—Estamos en una misa privada...

—Corta el rollo. Venimos a ver al padre Jorge. Es urgente.

El cura reparó en la figura que estaba sentada en el suelo. Por su mirada resultó evidente que no le inspiró el menor afecto.

—El padre Jorge no está.

—Tío, me estoy cabreando, en serio. Puedo ser pequeño y tal, pero tengo mala leche. Vamos a entrar a ver al padre Jorge ahora mismo. Ayúdame a cargar con mi colega. Te prometo que será una cosa rapidita. No soporto las iglesias.

—Mira, jovencito, la iglesia está cerrada en este momento. Tendréis que volver en otra ocasión...

Diego resopló con violencia.

—¡Este hombre se está muriendo! —Agarró al cura por la sotana y tiró. Le clavó una mirada dura y sus ojos relampaguearon—. Si no le atiende el padre Jorge, no sobrevivirá. ¿Lo entiendes?

—Llamaré a una ambulancia ahora mismo. ¡Ay!

El Niño le había dado un pisotón.

—No sé si eres un cura normal, de los que sois más bien tontos, o estás al corriente de acontecimientos más allá de la normalidad. —Diego hablaba deprisa, con rabia, escupía y babeaba—. Necesitamos al padre Jorge en concreto, a nadie más. Si no entiendes por qué tiene que ser él, ve a buscar a otro cura a toda velocidad y no nos hagas perder el tiempo.

La expresión del hombre se suavizó y al mismo tiempo se acentuó su preocupación.

—¿Conoces la verdadera condición del padre Jorge?

—Pues claro. Es un santo. Por eso le necesita mi colega.

—¿Quién eres?

—Soy solo un niño normal que... ¡Aaaaaaay! Está bien. Tengo una maldición, que le debo a tus superiores, por cierto, por eso me das un poco de asco. No lo puedo evitar. ¡Pero deja ya las preguntas! Es él quien necesita al padre Jorge. Le llaman el Gris. ¿Te suena?

—Aquel que no tiene alma. —El cura dio un paso fuera de la iglesia. Midió al hombre que yacía en el suelo con una mirada severa—. He oído que acostumbra a venir en busca de consuelo espiritual.

—Si yo te dijera lo que busca en realidad, flipabas. Bueno, pues ya estamos todos presentados. Vamos adentro.

El rostro del cura perdió su color de repente.

—¡Cielo santo! Yo... No puedo ayudarte. El padre Jorge no está en la iglesia.

—Te tiembla la voz, gañan. A mí no me cuela una trola ni Dios. Ya estoy harto de ti. Voy a buscarle ahora mismo.

—Espera. —El cura bloqueó la entrada con su cuerpo—. No encontrarás al padre Jorge ahí dentro. Es la verdad.

—Pues, ¿dónde está? ¡Dímelo ya, que no queda tiempo!

El cura tragó saliva, desvió la mirada antes de contestar.

—El padre Jorge... falleció. Le asesinaron.

—Eso es una gilipollez —estalló el Niño, pero una alarma se disparó en su interior—. ¿Quién iba a matar a un santo sabiendo que también moriría? Nadie...

—Un vampiro —susurró el Gris. Apenas podía levantar la cabeza, los párpados estaban medio cerrados—. Solo ellos pueden matar a un santo sin que les pase nada... Su alma no se consume porque es inmortal... Los brujos me advirtieron de que un vampiro iba por mí...

—¿Lo sabías?

—No imaginé que usarían este método para atacarme...

—¡Me da igual! Cierra la boca. —Diego encaró al cura una vez más—. Entra ahí a traerme a otro santo. Me importa un huevo quién sea.

El cura inclinó la cabeza con un gesto compasivo.

—Deberías despedirte de tu amigo —dijo con delicadeza—. Los santos están reunidos fuera de la ciudad. Nadie sabe dónde y no se puede contactar con ellos. Tratan un asunto de la máxima importancia.

El Niño comenzó a temblar, a no controlar su propio cuerpo.

—¿NNNo hay nadie en Madrid que pueda confesarle?

El cura dio un paso y se inclinó sobre el Gris.

—Puedo aliviar tu espíritu si lo deseas. Arrepiéntete y...

—¡Largo de aquí! —chilló Diego y apartó al cura de un empujón—. ¡Vuelve a tu puta iglesia! ¿No me has oído? ¡Que te pires! ¡Ya!

El cura retrocedió, entró en el templo y cerró la puerta.

—Estaré aquí mismo por si me necesitáis.

Diego abrazó al Gris por el cuello y lloró.

—No me dejes... Por favor...

—Niño...

—Dime. No cierres los ojos. Dime qué puedo hacer. No se me ocurre nada, no soy más que un estúpido. Dime algo, lo que sea.

—El vampiro... —La voz del Gris era apenas audible. El Niño tuvo que acercar la oreja a su boca—. Encuéntrale... Y venga mi muerte...

—¡No! ¡No vas a morir!

—Lo siento, Niño... Te he fallado... Perdóname...

No dijo nada más. Cayeron sus párpados, después su mandíbula, después la cabeza, sobre el pecho.

El pecho del Gris ya no se movía.



FERNANDO TRUJILLO Sanz (Madrid, España, 1973). Escritor madrileño, que comenzó su carrera literaria como un pasatiempo en que entretener las horas de insomnio. El año 2010 supuso una vuelta de tuerca en su trayectoria, ya que empezó a publicar sus historias en el mercado digital.

En poco tiempo, *El secreto del tío Óscar* (junio 2010) y *La última jugada* (julio 2010) escalaron puestos hasta encabezar las listas de Amazon en la categoría de suspense y misterio. También ha publicado *El secreto de Tedd y Todd* (agosto 2010), *La Biblia de los caídos* (mayo 2011) y, en colaboración con César García Muñoz, *La prisión de Black Rock* (octubre 2010) y *La guerra de los cielos* (diciembre 2010).